

A black and white photograph of a street scene. In the foreground, a dark, classic car is parked, facing the viewer. The car has a prominent grille and round headlights. The street is lined with multi-story brick buildings. In the background, other cars are parked along the street, and utility poles with wires are visible against a cloudy sky. A red rectangular box is overlaid on the upper portion of the image, containing white text.

Castigo para
los buenos
CRAIG JOHNSON

Siruela/ Policiaca

Craig Johnson

Castigo para los buenos
El tercer caso del *sheriff*
Walt Longmire

Traducción del inglés de
María Porrás Sánchez

 Siruela

Nuevos Tiempos / Policiaca

Para el *donut*, el origen de todo...

Filadelfia, esa ciudad donde las buenas acciones se acaban pagando.

Steve Lopez
The Philadelphia Inquirer,
15-I-1995

Índice

CASTIGO PARA LOS BUENOS

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Epílogo

Agradecimientos

Créditos

CASTIGO PARA LOS BUENOS

Aquel día no iba armado. Me habían asegurado que sería tarea fácil y yo me lo había tragado como un tonto. Me indicaron que si la cosa se ponía fea no dudara en mostrarles las ilustraciones, veintitrés en total. Ya se las había enseñado dos veces.

–«Érase una vez, hace mucho, mucho tiempo, un rey y una reina...» –miré a mi alrededor en busca de refuerzos, pero en la habitación no había nadie. Me habían dicho que no me preocupara, que no me dejarían solo, pero lo habían hecho—. «...que no tenían hijos. Un día, la reina recibió la visita de un hada madrina, que le dijo: "Tendrás una hermosa niña". El rey se alegró tanto que cuando oyó la noticia decidió celebrar un gran banquete. No solo invitó a sus parientes, sino también a las doce hadas que habitaban en su reino.»

–¿Dónde está tu arma?

Eso mismo me preguntaba yo.

–No creí que fuera a necesitarla.

Todos asintieron, pero me pareció que no quedaron muy conformes.

–¿Hace cuánto tiempo que eres *sheriff*?

–Veintitrés años –sonaba como si fueran un millón.

–¿Conoces a Buffalo Bill?

Quizá sí que fueran un millón.

–No, ese es un poco más viejo que yo.

–Mi papá dice que eres un caraculo.

Bajé la vista al ajado libro que sostenía entre las manos.

–Vale, quizá deberíamos concentrarnos en el cuento de hoy...

–Dice que siempre vas por ahí conduciendo borracho...

El instigador de la primera fila tenía apariencia de angelito y la boca de un estibador. Como estaba a punto de añadir algo, lo corté sosteniendo en alto *Los cuentos de los Hermanos Grimm* por la página en que la princesita caía en un sueño de cien años, presa de un encantamiento.

–¿Por qué creéis que el hada visitó a la reina? –en la tercera fila, una niña de piel morena y ojos enormes levantó la mano despacio.

–Sí, tú.

Ella ladeó la cabeza, indignada.

–Ya te lo he dicho, me llamo Anne.

Asentí con cara de arrepentimiento.

–De acuerdo, Anne, ¿por qué crees que el hada visitó a la reina?

–Porque su hija iba a quedarse dormida –lo dijo despacio, con verdadero desdén,

incluso los más jóvenes miran mal a los funcionarios que no hacen las cosas como es debido.

–Bueno, sí, pero eso sucede después, cuando una de las hadas se enfada, ¿verdad? – Anne volvió a levantar la mano pero la ignoré y me decanté por un niño menudo y pelirrojo del final. Su nombre era Rusty y di gracias al cielo por la fácil asociación entre su pelo y el significado literal de su nombre: «oxidado»–. ¿Rusty?

–Mi padre dice que las hadas son cosa de maricas, como mi tío Paul.

No estoy seguro de cuándo había empezado a atrofiarse mi talento como cuentacuentos, pero debía de haber sucedido en algún punto entre *Barrio Sésamo* y *La hora de Bill Cosby*. Y yo que creía que se me daba bastante bien, a pesar de la cantidad de tiempo que hacía de eso. Iba a tener que preguntarle a mi hija si estaba en lo cierto. Ahora ella era «La mejor jurista de nuestro tiempo» y ejercía de abogada en Filadelfia. Había estado hablando con Cady la noche anterior y, cuando la llamé, ella seguía en la biblioteca del sótano de su oficina. Me dio pena hasta que me contó que el sótano en realidad estaba en la planta treinta y ocho. Mi amigo Henry Oso en Pie decía que las bibliotecas de los bufetes eran lugares donde los abogados se echaban la siesta a razón de 250 dólares la hora.

–Nunca habíamos tenido un cuentacuentos así de malo.

Bajé la vista para observar al futuro crítico literario que había permanecido en silencio hasta ese momento y me pregunté si no habría cometido un error con «La espina de la rosa». Cady adoraba este cuento cuando era muy pequeña, pero parecía que el público actual era demasiado sofisticado para ese material.

–Mi papá esconde su medicina cuando alguien llama a la puerta.

Traté de no quedarme con el nombre de ese niño en concreto. Volví a apoyar el libro sobre la rodilla y los observé atentamente: el futuro del condado de Absaroka, Wyoming.

–Dice que no tiene receta.

Se suponía que al día siguiente partiría en coche hacia Filadelfia con Henry. Él había recibido una invitación para exponer su colección de fotografías menonitas en la Academia de Bellas Artes de Pennsylvania. Yo había pensado que sería una buena oportunidad para visitar a mi hija y conocer a su última conquista, un abogado. Llevaban juntos casi cuatro meses y para ella eso suponía todo un récord, así que había decidido que ya era hora de que conociese a mi futuro yerno.

–Si se cae al suelo es por la medicina.

Henry pensaba ir hasta allí al volante de *Lola*. Había tratado de convencerlo de que tomáramos un vuelo, pero hacía bastante tiempo que no atravesaba el país conduciendo y decía que le apetecía ver cómo iba todo. Claro que el verdadero motivo era que quería hacer una entrada triunfal conduciendo su Thunderbird descapotable de 1959 color azul celeste. A Oso se le daban bien las entradas.

–Se fuma la medicina.

Íbamos a pasar solo una semana en la ciudad, pero Cady estaba entusiasmada con la idea de presentarnos a Devon Conliffe, un nombre que parecía sacado de *Historias de Filadelfia*. Le había advertido a mi hija que los abogados no deberían casarse con otros

abogados, que eso solo servía para engendrar asistentes jurídicos imbéciles.

–Mi mamá dice que no consigue trabajo por culpa de la medicina.

Patti, terminada en «i», la secretaria de mi hija, pensaba también que los abogados no debían cruzarse. Habíamos estado hablando sobre la relación y me daba la sensación de que la voz de Patti dejaba entrever cierta reserva al mencionar al novio.

–Es mi tercer papá.

Se suponía que íbamos a ir a cenar a la casa palaciega que tenían sus progenitores en Bryn Mawr, algo que me apetecía tanto como hacerme una herida subcutánea.

–Me gustaba más mi segundo papá.

Sería interesante ver la reacción de los Conliffe al toparse con el indio y su fiel compañero de aventuras, el *sheriff* del condado de Absaroka. Seguro que ni siquiera nos abrían la puerta.

–No me acuerdo de mi primer papá.

Me quedé mirando al chaval y volví a abrir el libro.

–«Érase una vez, hace mucho, mucho tiempo, un rey y una reina que no podían tener hijos...»

Dorothy Caldwell fue hasta la plancha donde estaban las hamburguesas, situada detrás de ella, las aplastó con la espátula y les dio la vuelta.

–¿Qué les has leído?

Recogí la copia de Cady del taburete que estaba a mi lado y la dejé sobre la barra. *Los cuentos de Grimm*. «La espina de la rosa», es decir, «La Bella Durmiente» antes de que Disney le pusiera las manos encima.

Dorothy me echó una mirada de reojo y luego se inclinó para echarle un vistazo a la portada, gastada por el uso.

–¿De guardería? –se encogió de hombros mientras recogía la espátula para llevársela a otro sitio–. Walter, los niños de ahora son más cínicos que los de la generación de Cady.

Dejé mi vaso sobre la barra.

–Bueno, no tengo que volver a hacerlo hasta después de las elecciones.

Dorothy introdujo la carne, la lechuga, el tomate y el beicon en un bollo y deslizó el plato hacia mí.

–¿Lo de siempre?

Ella asintió al escuchar ese viejo chiste, le dio un sorbo a su té y me observó por encima del borde del vaso.

–He oído que Kyle Straub va a presentarse a las elecciones a *sheriff*.

Asentí y le añadí mayonesa a mi hamburguesa, una práctica que ella odiaba.

–Sí, he visto los carteles –el fiscal del distrito había dado el pistoletazo de salida esa misma mañana y había cubierto con sus carteles rojiblancos y azules todos los puntos estratégicos del pueblo sin saber a ciencia cierta si yo iba a presentarme a la reelección o no. Hasta el momento, esa había sido mi mayor motivación para prolongar mi mandato.

–Fiscal del distrito y *sheriff* –Dorothy se quedó callada para que sus palabras surtieran más efecto–. Eso ya te da una idea de cómo podría ser su gestión.

Recordé mi plan original: presentarme a las elecciones a *sheriff*, retirarme a mitad de mandato y luego pasarle las riendas a Vic, para permitirle demostrar su valía durante dos años antes de tener que enfrentarse sola a unas elecciones generales. Mastiqué un trozo de hamburguesa.

—¿Crees que Vic sería una buena *sheriff*?

Dorothy se recogió un mechón de pelo detrás de la oreja y miró al infinito. Tenía el pelo más largo, me pregunté si se lo estaría dejando así a propósito. La respuesta a mi pregunta sobre Vic, como todo en Dorothy, fue definitiva:

—¿Por qué no se lo preguntas a ella?

Me aguanté las ganas de darme la vuelta y salir a Main Street, donde sabía que una mujer apuesta y morena acababa de aparcar delante del café La Abeja Hacendosa un coche oficial de hace diez años. Nunca había resultado electa una mujer *sheriff* en Wyoming y las posibilidades de que los votantes eligieran a una italiana de Filadelfia más deslenguada que un cocodrilo de agua salada no eran muchas.

—Tiene un ayudante vasco —hice una pausa para continuar con mi almuerzo—. Esos dos están hechos un buen par.

Hacia tres meses que Santiago Saizarbitoria se había unido a nuestro pequeño contingente y, exceptuando su intento de apagar un incendio de una chimenea con sus propias manos después de pasearse por un tejado cubierto de hielo, su conducta podía considerarse completamente irreprochable. Oí que la puerta se abría y se cerraba; el aire cargado del mes de abril se coló por la fugaz abertura. Ambos se sentaron en los taburetes que había a mi lado y se acodaron en la barra. Llevaban uniformes y chaquetas de servicio idénticas, se les podría tomar por hermanos si no fuera porque el vasco era más corpulento, tenía las muñecas como haces de cables y perilla, y le faltaban los ojos color oro bruñido de Vic.

Continué comiendo mientras Dorothy sacaba dos tazas de debajo del mostrador, las rellenaba y le acercaba la jarra de nata y el azucarero a la pareja. Ambos tomaban café a todas horas. Vic pasó un dedo por el asa de la taza.

—¿Qué tal tu estreno en la escuela primaria de Durant?

Le di otro sorbo a mi té helado.

—No creo que la gira continúe.

Vic abrió cinco azucarillos y los echó a la taza.

—Llevo aquí dos años. ¿Cómo es posible que nunca me lo hayan pedido, joder?

Dejé mi vaso en el mostrador.

—Es difícil leer rimas con acento de Filadelfia.

Removió el café en el azúcar y dirigió sus palabras a la taza.

—El pichacorta de Kyle Straub ha colgado carteles por todo el pueblo.

—Sí, eso he oído.

Saizarbitoria se inclinó hacia nosotros y se unió a la conversación.

—En el periódico de ayer Vern Selby alabó mucho al señor Straub.

—Sí, lo he leído.

Nuestras radios tronaron a la vez, interferencias incluidas.

–Unidad dos, tenemos un 10-54 en la carretera 16, kilómetro 6.

Nos miramos los unos a los otros. Durante las últimas semanas, Ruby había emprendido una cruzada para que utilizáramos el código de la policía y a todos nos estaba resultando un auténtico coñazo. Fui el primero en tratar de adivinar:

–¿Conductor borracho?

Vic fue la siguiente:

–Carretera cortada.

Saizarbitoria tomó un último sorbo de café y se bajó del taburete. Era consciente de qué orden seguía la cadena de mando. Luego hizo clic en el botón del micro de su radio.

–10-54, recibido –se quedó mirándonos y negó con la cabeza–. Ganado en la carretera.

Vic y yo nos miramos encogiéndonos de hombros y ella le lanzó las llaves.

Tomó un sorbo de su azúcar mientras él salía precipitadamente.

–Mantennos informados.

Vic se vino en el coche conmigo. Mientras subíamos los escalones de la antigua biblioteca Carnegie que albergaba la cárcel del condado de Absaroka y nuestras oficinas, pude apreciar su champú, con aroma a flores de manzano. Habíamos subido la mitad de los peldaños cuando me retuvo cogiéndome del brazo. Me giré para mirarla mientras ella se echaba sobre la barandilla de hierro y acariciaba el barrote pintado de negro con la misma mano. Esperé, pero ella se limitó a mirar en dirección al arroyo Clear Creek, donde los álamos estaban empezando a poblarse de hojas. Me volvió a mirar, irritada.

–¿Sigues pensando marcharte mañana por la mañana?

Me coloqué bien el libro de cuentos bajo el brazo.

–Ese es el plan, o al menos eso creo.

Ella asintió.

–Tengo que pedirte un favor.

–Vale.

Inspiró y contemplé cómo las arruguitas de las ventanas de su nariz se replegaban como los bigotes de un gato.

–Mi madre quiere quedar a comer contigo y con Cady.

Esperé un momento, pensando que no había terminado.

–Vale.

Ella continuó mirando en dirección al arroyo.

–El superpoli puede que esté demasiado ocupado, pero mi madre siente que no le presta la suficiente atención a tu hija –observé que se le tensaban los músculos de la mandíbula, como siempre que mencionaba a su padre.

–Vale.

–Me refiero a que. no es para tanto. Solo quiere comer.

Asentí de nuevo.

–Vale.

–Podéis ir a la pizzería de mi tío Alphonse, aunque no es nada del otro mundo.

Sonreí e incliné la cabeza para bloquearle la vista.

–He dicho que vale.

Vic se quedó mirándome.

–Es algo familiar y, como la mayoría de las cosas familiares de mi familia, está jodida –suspiró–. Me refiero a que, deberían haberse puesto en contacto con Cady hace ya tiempo, pero, a su modo, es su jodida forma de.

–Comeremos juntos –la observé mientras ella estudiaba sus botas militares marca Browning. Unos mechones oscuros e insatisfechos le salían disparados de la cabeza.

–Me encantará conocer a cualquier miembro de tu familia.

–Ya –con Vic nada era fácil, ese era uno de sus encantos. Comenzó a subir los escalones sin mí–. Pero no vayas a esperarte demasiado.

Meneé la cabeza, la seguí y frené la puerta de cristal biselado evitando que me diera de lleno en la cara. La cerré con cuidado y pasé por delante de las fotos de mis predecesores, los cinco *sheriffs* del condado de Absaroka. Le hice un gesto de saludo al retrato de Andrew Carnegie mientras subía los últimos escalones hasta llegar al escritorio de la recepcionista, donde Ruby estaba leyendo los últimos boletines de la División de Investigación Criminal de Cheyenne.

–¿Qué demonios es un 10-54?

Ella levantó la vista y me miró con sus ojos azules a través de su flequillo cano.

–Ferg dice que se quedará 10-6 el resto del día si la semana y media que viene va a trabajar a tiempo completo y yo me voy de 10-42 a las seis menos cuarto porque tengo una fiesta de helados en mi parroquia.

Decidí ignorar la ristra de dieces.

–¿Ha subido al cañón del río Tongue? –ella asintió. Ferg era mi ayudante a tiempo parcial que se dedicaba a tiempo completo a acosar la vida acuática local con sus moscas artificiales. Iba a tener que recoger un poco el sedal mientras yo estuviera ausente, así que no me importaba que se pasara el día arrojando insectos de pelo y plumas por encima del agua–. ¿Algún *post-it*?

–Dos más el joven que vendrá esta tarde.

–¿Qué joven?

Ella agitó la cabeza.

–El joven de Sheridan que solicitó la otra plaza de ayudante para Powder Junction. Dice que llegará antes de las cinco.

Me senté en una esquina del escritorio, me fijé en la hora que aparecía en la pantalla de su ordenador y me agaché para acariciar a Perro.

–Entonces le quedan veinte minutos.

El animal levantó la cabeza y Ruby le examinó la cicatriz, producto de una bala que le había pasado rozando la oreja. Perro me lamió la mano con una lengua del tamaño de un estropajo.

–Lucian ha llamado por si se te había olvidado la noche de ajedrez.

–Maldición –iba a tener que pasarme por la residencia de ancianos de Durant para visitar al viejo *sheriff*.

–Cady ha llamado.

–Ha cambiado de opinión y no quiere que vayamos, ¿verdad?

Ruby hizo una bola con el segundo *post-it* y lo despachó con el primero.

–Ni por asomo. Dice que te llesves la pistola porque el jueves quiere que la acompañes a su club de tiro.

Nos miramos el uno al otro un momento y luego ella arqueó una ceja.

–¿Club de tiro?

Me rasqué el extremo del ojo, donde tenía una herida ya cicatrizada.

–Devon Conliffe la ha metido en estas cosas.

Ella sonrió.

–¿Devon Conliffe de nuevo?

–Pues sí... –mi comentario no me sonó entusiasmado ni a

–La niña te tiene preocupado.

Me observó rascarme el ojo durante un rato, luego extendió el brazo y me apartó la mano. Me quedé pensando en ella.

–Creo que la dama promete demasiado.

Ruby meneó la cabeza.

–Le preocupa que él no te guste –me soltó la mano con cuidado–. Es joven, guapo, versado y en un año gana seis veces más dinero que tú. Ha cortejado y encandilado a la mujer más guapa, inteligente y maravillosa que conoces –me observó con una sonrisa–. Que lo odies es más que razonable –parpadeó–. ¿10-24? ¿Misión cumplida?

Me quedé mirándola un momento, luego me dirigí a mi despacho y me pregunté si alguien se daría cuenta si me escapaba por la parte trasera. Me senté ante mi escritorio y pensé en llamar a Oso para preguntarle si no prefería marcharse temprano. Seguro que no querría. Pulsé el segundo número guardado en mis favoritos y escuché la señal del teléfono sonando en el próspero negocio de Henry en la reserva de los cheyenes del norte: parking gratuito, sin tarifa mínima.

Lo cogió al segundo tono, era como su firma.

–Aquí El Poni Rojo, donde las veladas son largas y maravillosas.

–¿Y si salimos temprano?

–No.

Colgué. No había razón alguna para discutir. Yo llevaba todas las de perder. Me quedé mirando el antiguo reloj Seth Thomas de la pared, pensé en las maletas que tenía preparadas junto a la puerta de mi cabaña y suspiré.

Pulsé el primer número guardado en mis favoritos y escuché sonar el teléfono a tres mil ciento dieciséis kilómetros de distancia, el lugar al que mi corazón se había mudado permanentemente.

–Schomberg, Calder, Dallin y Rhind. Despacho de Cady Longmire, ¿en qué puedo ayudarle?

Era Patti, con «i».

–Hola, Patti, volvéis a trabajar hasta tarde.

–¿Qué hay, *sheriff*? Tenemos que presentar un escrito mañana. ¿Qué tal todo por el Lejano Oeste?

Me recliné en mi sillón y posé el sombrero en la mesa.

–Tedioso.

Coloqué las piernas sobre el escritorio, algo que no hacía con frecuencia, y casi me caigo de espaldas. Tuve que agarrarme al borde de la mesa para sujetarme.

–¿Está disponible la mejor jurista de nuestro tiempo?

Se oyó un clic y el teléfono sonó medio tono antes de que ella contestara. Por lo que parecía, Schomberg, Calder, Dallin y Rhind le sacaban partido a su dinero.

–Cady Longmire.

Sonreí sin querer. Sonaba tan mayor.

–Eres una gamberra.

La línea permaneció en silencio durante un instante y luego se oyó una voz un tanto quejumbrosa.

–¿Habéis salido ya?

–No, el indio todavía no ha hecho la maleta.

Otra pausa breve.

–¿Todavía pasea por ahí el hallazgo fotográfico del siglo metido en una sombrerera?

–Probablemente. ¿A qué viene lo de llevarme el arma?

Se oyó un suspiro cansado.

–Ya te lo he contado. Devon y yo practicamos en el club de tiro de Spring Garden los jueves por la noche.

Me aburría y decidí discutir para pasar el rato.

–¿Por qué?

Otro silencio, más largo esta vez.

–Simplemente lo hacemos, papá. No te pongas a emitir juicios.

–No lo hago. Lo que pasa es que no comprendo por qué un puñado de abogados y tú sentís la necesidad de ir por ahí pegando tiros los jueves por la noche.

–No sentimos la necesidad y no vamos disparando por ahí. Vamos a una galería de tiro reglamentaria, allí sacamos nuestras armas, que llevan el seguro puesto, de las cajas cerradas con llave que guardamos en los coches, empleamos la munición recomendada y disparamos objetivos de papel bajo la mirada atenta de un instructor con licencia. Es un viejo chocho, un veterano del ejército, como tú.

–De los marines.

–Lo que tú digas –inspiró y suavizó su tono–. Pensaba que quizá podrías conocerlo. Estaría bien.

–¿Esto ha sido idea de Devon?

La voz se volvió áspera de nuevo.

–Da lo mismo que traigas el arma o que no. Te pones imposible. Tengo que marcharme.

Me quedé mirando el teléfono.

–La llevaré.

–Haz lo que quieras.

El teléfono enmudeció en mi mano. Bajé los pies al suelo, coloqué el auricular en su

sitio y reflexioné sobre lo bien que se me daba hacer amigos e influenciar a la gente. Pensé en cerrar la puerta y echarme una siesta, pero, cuando levanté la vista, un joven alto, delgado y de pelo rubio me estaba mirando desde el umbral.

–¿*Sheriff* Longmire?

–Sí.

–Soy Chuck Frymyer –me quedé mirándolo–. Es sobre el trabajo en Powder Junction.

Le indiqué que se sentara y saqué su expediente de la pila de papeles de mi escritorio. Apenas un mes antes, te dabas con un canto en los dientes si tenías un par de ayudantes y ahora había más de una docena de solicitudes para el puesto. Frymyer era el que tenía más experiencia, pues había pasado dos años en el condado de Sheridan.

Me quedé mirando la solicitud del muchacho. Estaba preparado de sobra. Luego lo observé.

–¿Te das cuenta de que este trabajo es nuestro equivalente a que te destinen a la legión extranjera francesa?

–¿Señor?

Solté el expediente encima de mi escritorio.

–Vas a vivir en mitad de ninguna parte. ¿Has estado alguna vez en Powder Junction?

–He pasado por allí con el coche.

–Si hace buen tiempo, se tardan cuarenta y cinco minutos en bajar hasta allí, así que necesito ayudantes que sepan cuidar de sí mismos y de la zona sur del condado.

–Sí, señor.

–No me llames señor –me quedé mirándolo un poco más y me imaginé que, como Beau Geste, el aventurero de la legión, tendría sus propias razones para marcharse al fin del mundo. Probablemente tuvieran que ver con una mujer, aunque quizá eso fuera cosa del romántico que llevo dentro. Con sus dos años de experiencia como patrullero, se complementaría bien con Superduro, el otro ayudante que tenía trabajando allí.

–¿Estás seguro de que quieres hacer esto?

El chico sonrió.

–Sí.

Me levanté y le tendí la mano.

–Puede que en el futuro me maldigas por esto: el puesto es tuyo. Recoge tus cosas y preséntate aquí el lunes por la mañana a las ocho en punto para jurar el cargo. Los uniformes de Sheridan no se diferencian demasiado de los nuestros, pero en el condado de Absaroka está permitido llevar vaqueros. Que Ruby, la que está en recepción, te dé una placa y un juego de parches con las insignias, el resto lo pediremos. Y nada de llevar sombrero negro, nosotros somos de los buenos.

Me recliné en mi sillón y él sonrió. Ruby apareció en el umbral de la puerta y se aclaró la garganta.

–Tenemos malas noticias.

Me incliné hacia delante y apoyé el mentón encima de los dedos, extendidos sobre el escritorio.

–Estoy a punto de marcharme.

–Son Omar y Myra. Se han liado a tiros de nuevo.

Levanté la cabeza y la miré.

–Técnicamente eso sería un 10-16.

Ruby sonrió.

–Me marcho a mi fiesta de helados. Pásalo bien en Filadelfia y dale a Cady un beso de mi parte.

Y ella también se marchó.

Le grité cuando ya no estaba:

–¿Quién lo ha denunciado?

Oí que se detenía en la entrada. Regresó y recogió mi sombrero, le pasó la mano para sacudirle el polvo y me lo colocó en la cabeza.

–Sal de aquí, asegúrate de que no se acaban matando y luego ve a la residencia de ancianos a jugar al ajedrez –me quedé mirándola–. Yo me llevaré a Perro y si te decides a que te acompañe en tu viaje, pásate por mi casa antes de salir del pueblo.

Recluté a Vic antes de que tuviera ocasión de salir de la oficina y le comenté que así tendríamos la oportunidad de despedirnos antes de mi partida. También podíamos acabar recibiendo un tiro del juego de fusiles de asalto 308 que Omar y Myra solían usar en sus disputas domésticas.

Omar Rhoades era el pez gordo por excelencia entre los cazadores internacionales. Si querías matar algo, donde fuera, Omar era tu hombre. Dirigía partidas de caza mayor en siete continentes, pero la especie más difícil a la que nunca se había enfrentado era su ex mujer, Myra. Llevarían un año divorciados, pero Myra había dejado sus pertenencias en la mansión familiar de los Rhoades y esperar su regreso era como contemplar la cuenta atrás de una bomba de relojería. El hogar que habían construido juntos se erguía en la frontera norte de nuestro condado, en mitad de la ladera de la montaña. Si se habían tomado en serio lo de matarse, estarían muertos cuando llegáramos.

Tomé la siguiente salida y conduje el Bullet por el camino de entrada.

Vic sacó la Remington del calibre 12 de la guantera entre los asientos.

–El portón está abierto.

Habría unos noventa metros hasta la glorieta circular frente a la entrada principal, continué y pasé rozando la fuente. Nos detuvimos en seco, apagué el motor de la camioneta y me desabroché el cinturón. Antes de que yo bajara del vehículo, Vic ya había subido las escaleras de la entrada.

–¡Espera! Una cosa es que Omar tenga intención de dispararnos y otra muy distinta que nos disparen accidentalmente, eso no me da la gana.

Saqué mi semiautomática calibre 45 y escudriñé la vivienda por la pesada puerta de paneles de cerezo que se abría ante nosotros. Vic introdujo un cargador en la Wingmaster y me miró. Se oía música, estoy casi seguro de que sonaba Edith Piaf.

Inspiré con fuerza y, un segundo después, me encontraba en el umbral.

La voz de Vic me apremió desde detrás.

–¿Y bien?

El recibidor estaba a oscuras, por los ventanales solo se colaba la luz amarillenta y plana de la caída de la tarde. No había nadie ni en el recibidor ni en el rellano.

–Vamos.

Apunté en dirección a las escaleras que quedaban a mi izquierda y avancé pegado a la pared sin separar uno de los pies del rodapié, propinándole una patada a una botella rota de vodka Absolut con sabor a frambuesa. No había licor derramado, por lo que la botella debía de estar vacía cuando golpeó el suelo. Genial.

Miré más allá de las cabezas de animales disecados que flanqueaban el pasillo principal que conducía a la cocina y pasé bajo el busto de un búfalo especialmente grande.

–¡Omar!

Omar era amigo mío, lo bastante como para llevarme volando en su helicóptero a la cima de la montaña en mitad de una ventisca y como para traer a mi hija desde Denver en medio de otra por Navidad. Pero borracho y lleno de rabia era capaz de dispararnos accidentalmente a cualquiera de los dos.

Vic avanzaba detrás de mí pegada a la pared.

–¿Quieres que vaya a registrar la parte de atrás?

–No, subiremos al piso de arriba, de ahí es de donde procede la música –inspiré hondo de nuevo y eché un vistazo hacia arriba desde el rellano de la escalera.

–¿Omar?

Los muebles estaban amontonados en mitad de la escalera, como si de una barricada improvisada se tratase. Había agujeros de bala en el aparador y en la silla Chippendale, por la alfombra oriental yacían desparramados las astillas de madera y el relleno de la tapicería. Me eché contra la pared y miré a mi ayudante.

–O están muertos o no nos oyen con Edith Piaf.

Comencé a subir los escalones. Por lo menos la barricada ofrecía algo de protección. Giré en el último tramo y repasé mentalmente la distribución del segundo piso. Entonces recordé que el dormitorio principal estaba al final del pasillo. Me encontraba a unos doce metros de la puerta, que estaba cerrada, pero incluso desde ahí se distinguían los agujeros de bala que la atravesaban. Quizá diez ráfagas, efectuadas a novecientos metros por segundo. Como Myra había estado en París casi todo el año pasado y como la música era francesa, supuse que era ella la que estaba en el dormitorio.

Estaba mirando la puerta cuando tropecé con el borde de un aparador, haciendo que el espejo que había encima girase sobre su eje y fuera a parar al suelo. Con Piaf y todo, se oyó un estruendo. Me quedé mirando los fragmentos de cristal desperdigados por la superficie de la alfombra turca y pensé en los siete años de mala suerte que me esperaban. Edith se tomó un respiro y pude distinguir a la perfección el sonido inconfundible que emite un cerrojo modular al descorrerse.

Me lancé tras la barricada y me aplasté contra el suelo mientras la primera ráfaga hendía la madera del aparador volcado. Menos de dos segundos después, el segundo disparo atravesó la puerta y fue a parar al suelo, a unos centímetros de mi mano derecha extendida. Estaba intentando retirarme gateando por la escalera cuando Vic se inclinó sobre la barandilla y descargó dos salvas del calibre 12 en el techo, permitiéndome

batirme en retirada de una forma muy poco elegante. Me choqué con Vic y los dos rodamos por las escaleras.

Tuve la suerte de aterrizar abajo; ella se quedó tumbada encima de mí. Nos miramos y me sonrió.

–Por los pelos.

Nos quedamos así durante un instante y luego ella se apartó y yo me apoyé contra la pared. Estuvimos sentados en el descansillo unos diez segundos hasta que vimos a Omar. Estaba de pie en el vestíbulo y se estaba tomando un sándwich de jamón y queso y una botella de cerveza.

–¿Qué coño...? –bajó la botella y ladeó la cabeza–. ¿Qué estáis haciendo aquí? Podrían haberos matado ahí arriba –comenzó a subir los peldaños y me di cuenta de que llevaba una pistola de caza del calibre 44 alojada en una funda en la pierna–. Os he traído una cerveza –continuamos mirándolo fijamente–. Si queréis un sándwich, los ingredientes aún están fuera –tomó otro trago y se me pasó por la cabeza tirarlo por encima de la barandilla. Se acercó a Vic para que cogiera las botellas, cosa que ella hizo después de meterse la escopeta bajo el brazo.

–¿Qué te cuentas?

Omar puso los ojos en blanco y se echó hacia atrás el sombrero modelo Silver Belly. Los mechones rubios y rizados le rozaban el cuello de su camisa blanca de traje.

–Comenzó a beber por la mañana, después mantuvimos una pequeña conversación –le dio otro mordisco al sándwich. Tenía que admitir que parecía bastante apetitoso–. Me contó que me había reemplazado por dos de veinte y yo le contesté que por mí como si se tiraba a 220. A partir de ahí, la conversación languideció –terminó su cerveza y tiró la botella, que estalló contra la pared recubierta de escayola decorada a mano. Se llevó la mano a la boca a modo de altavoz–. ¡Putá!

Dos ráfagas más del 308 atravesaron la puerta del piso de arriba. Vic y yo agachamos a la vez la cabeza mientras las balas atravesaban el rellano vacío por encima de nuestras cabezas.

Omar cogió las cervezas que Vic sostenía, las abrió con la hebilla de su cinturón, le devolvió una y echó un trago de la otra, mientras las chapas rodaban por el descansillo alfombrado y se perdían escaleras abajo.

–¿Habéis tenido la oportunidad de contar los agujeros de la puerta, por casualidad? –a continuación buscó la chapa de la botella con la mirada–. Solo hay una caja de balas para ese cacharro, son dieciséis en total...

Sabía que las armas abundaban en el hogar de los Rhoades.

–¿Qué hay del resto de las armas de la caja fuerte?

–Están sin munición. Me las he llevado al piso de abajo.

Los dos echaron un trago y me miraron.

–Doce –hice un gesto en dirección al descansillo–. Y con esas dos hacen catorce.

Omar asintió.

–Le quedan dos –todos asentimos mientras él sacaba el enorme 44 de su funda como si nada, apuntaba al techo y efectuaba dos disparos. El Smith and Wesson de cañón largo

restalló en su mano. Cayeron sobre nosotros algunos fragmentos del techo de la entrada, de la lámpara de cuerno de alce y del revestimiento de escayola.

—¡Zorra! —el 308 tronó a modo de respuesta, pero esta vez fue solo un disparo. Omar echó otro trago—. No es tonta, está reservándose la munición.

Miré a Vic, que a su vez miró a Omar.

—¿Hay alguna posibilidad de hablar con ella?

Omar se echó a reír, yo lo miré.

—¿Hay teléfono en el dormitorio?

—Sí —fuimos dando tumbos hasta la mesa del recibidor, donde había un teléfono belga antiguo. Omar cogió el auricular, marcó el número del dormitorio y me pasó el aparato—. No va a querer hablar conmigo.

El teléfono sonó tres veces antes de que Myra contestara.

—¡Cabrón!

—Myra, soy Walter. —ella colgó el auricular con tanta fuerza como para destrozarte el tímpano. Le pedí a Omar que marcara de nuevo el número. Esta vez no contestó, pero el estruendo del 308 y el silbido de la línea nos informaron de que Myra le había pegado un tiro al teléfono del dormitorio.

Colgué y los miré a los dos. Vic se volvió hacia el descansillo.

—¿Se le han acabado?

Omar asintió.

—Sí.

Yo no estaba tan convencido.

—¿Está muy borracha?

—Bastante, pero todavía es capaz de apuntar a la puerta.

Crucé el descansillo pegándome a la derecha, pues sabía que podría refugiarme en el dormitorio de invitados en el caso de que todavía le quedase munición. El problema era que la puerta cerrada se erguía peligrosamente a seis metros de distancia. Había que reconocerles el mérito a los carpinteros que habían construido la mansión Rhoades: el suelo no crujió ni una sola vez mientras yo rodeaba la barricada con cautela.

Había enfundado mi 45. No tenía ninguna intención de dispararle a Myra.

Con la música a ese volumen, era imposible distinguir si había movimiento dentro de la habitación. Mientras Edith Piaf continuaba cantando, observé el destrozo que las balas de 150 gramos y punta blanda habían hecho en los siete centímetros de madera maciza y sentí una sensación familiar de ingravidez en el tronco.

Conté de nuevo los agujeros de la puerta, pero el daño que había causado el rifle de gran calibre en ella hacía que fuera difícil saber cuántos tiros se habían efectuado. No las tenía todas conmigo. Parecía que el disparo que había pasado más cerca del pomo se había llevado consigo la mayor parte del mecanismo y la puerta se había quedado entreabierta, apenas medio centímetro, así que opté por introducir la punta de mi bota por abajo: se abrió dos centímetros. Esperé, pero no sucedió nada. Introduje la bota un poco más y la retiré con cuidado al llegar a la mitad del pie, para no descubrir mi presencia.

Inspiré con fuerza para aclararme la cabeza y entré por la abertura para darme de bruces con el cañón extendido del gran fusil 308. Ella me estaba esperando, pero yo tenía el brazo izquierdo a mi derecha, así que, con un gesto, eché el cañón hacia abajo y lo aparté de mí con un tirón de revés, al tiempo que el arma descerrajaba un disparo al suelo. El ruido en la habitación fue ensordecedor.

Iba a cargarme a Omar.

Traté de enganchar el fusil pero erré el movimiento porque Myra se echó hacia atrás y volvió a correr el cerrojo en un movimiento que me pareció eterno.

Había olvidado lo guapa que era Myra; el año sabático en Francia con una fortuna de cuarenta y ocho millones de dólares en el bolsillo no había mermado su belleza en absoluto. Tenía el pelo largo y rubio, la clase de melena que se ve en las portadas de las revistas, y una piel perfectamente bronceada, probablemente gracias a los cálidos rayos de la Riviera francesa. Llevaba puesto un jersey de mohair rosa de cuello amplio que apenas le cubría los muslos. Y nada más. Era alta y delgada y tenía las manos grandes y diestras. Todavía llevaba el tremendo diamante que había sellado su matrimonio con Omar en la mano izquierda, la misma mano con la que estaba apuntando el rifle a mi cara. Por encima de la mira me escrutaba el ojo azul más pálido que recordaba, se me quedaron helados los pulmones. El cañón bajó un poco y aquellos labios, a juego con el jersey, me sonrieron a la misma velocidad a la que avanza un glaciar. Escuché a Piaf cantar «Le chevalier de Paris» o «Mon légionnaire», no estaba seguro de cuál de las dos, y pensé que las cosas podían estar peor. El ojo azul pálido parpadeó y me decidí por «Le chevalier de Paris» mientras el pajarito trinaba, susurrando sus palabras hirientes y tiernas.

Myra se tambaleó un poco, como si alguien la hubiera golpeado, y dejó caer el rifle a un lado. Dio un paso hacia delante con los brazos extendidos y me rodeó el cuello, a la vez que la fragancia áspera del vodka de frambuesa se me colaba por la nariz y el bajo de su jersey se le subía aún más arriba.

—Walter...

—Menos mal que le gustas —el viejo *sheriff* movió su reina. Era la segunda partida y mis planes de acostarme temprano habían seguido el mismo camino que mis tres peones, mis dos torres y uno de mis caballos. Continué con el otro caballo y sentí que se cernía sobre mí la sombra de la catástrofe mientras su alfil se aproximaba en diagonal. La cánula de su pipa se giró y me encañonó como un arma, la segunda de la noche—. ¿Conseguiste sacarla de la casa? —la pipa regresó a su boca.

Me recliné en el sillón orejero de piel de caballo y me coloqué el sombrero en la rodilla. El viejo *sheriff* no estaba dispuesto a dar por terminada la velada y desplazó el otro alfil por todo el tablero para asediar a mi rey con un ataque diferente.

—Está en el motel Fin del Camino de Sheridan. Mañana tomará un vuelo.

La habitación permaneció en silencio mientras el viejo *sheriff* me observaba.

Los ojos de ébano de Lucian lanzaban destellos a la luz tenue de la cocinita que había detrás de nosotros. Finalmente meneó la cabeza.

–Bueno, ya sabes cómo terminó mi matrimonio.

Lo sabía, por eso permanecimos en silencio durante un rato antes de que yo reconociera mi aprensión.

–Odio los casos de violencia doméstica.

Él asintió y me observó.

–Es igual que ser el tercer hombre en una disputa de hockey: te echan la culpa, te dejan hecho una mierda y no se molestan ni en darte las gracias –él esperó a que yo hiciera otro movimiento inútil–. He oído que Kyle Straub ha empapelado el pueblo con carteles.

Tomé un sorbo de mi vaso y aplasté uno de los cubitos con los dientes.

–Yo también lo he oído.

–¿Te vas a presentar?

–Creo que no me queda otra alternativa si quiero que Vic se quede con el puesto.

Él se encogió de hombros.

–Yo la votaría, pero ya sabes que ellas son mi debilidad –era la forma habitual de referirse al pecho de Vic que tenía Lucian, como si este tuviera personalidad propia–. El resto del condado de Absaroka es otro cantar. De acuerdo, puedes asegurarte de que sea la próxima *sheriff*, pero eso va a costarte un año o dos de tu vida –hice una mueca–. Pero bueno, que yo sepa, tu vida en el cargo tampoco ha sido tan mala –el anciano bajó la vista al tablero–. Jaque.

Me quedé mirando el grupo de piezas cortesanas y coloqué un dedo encima de mi rey, derrocándolo con una muerte prematura.

–Sí, ya sabes..., las buenas acciones se acaban pagando.

Los tres tardamos cinco días en llegar a Filadelfia. El indio no quiso dejarme conducir. Solo conducía durante las horas del día y no pasó de noventa en todo el trayecto. Yo me entretuve leyendo en voz alta los libros de la Asociación Automovilística Estadounidense mientras él atravesaba el país, a pesar de que tenía la sensación de que el representante del pueblo cheyene había dejado de apreciar mis dotes de oratoria en Iowa, y llegué a la conclusión de que el paisaje de los Estados Unidos consiste mayoritariamente en colinas suaves y pequeñas industrias. Todavía estaba leyendo cuando cruzamos la autovía Schuylkill sin la capota, tomamos la salida de la Calle 15, giramos a la izquierda por Race y nos dirigimos derechos a Broad Street.

–En 1894, en virtud de un acuerdo entre caballeros, se decidió que no se construiría ninguna edificación de mayor altura que la torre del ayuntamiento, pero en 1986 el acuerdo se derogó y hoy en día la mayor parte de los rascacielos de la quinta ciudad más grande del país sobresalen por encima del edificio que construyó Billy Penn.

Henry aparcó con esmero el gran descapotable ante una edificio neogótico estilo victoriano y apagó el motor.

–Ya puedes dejar de leer, tú. Hemos llegado.

–Todavía me queda el capítulo de Filadelfia sobre. –el indio me dirigió una mirada asesina. Supusimos que lo mejor sería detenernos en la Academia de Bellas Artes de Pennsylvania, donde llevaban esperando a Oso desde el día anterior. Me desabroché el cinturón, lancé la guía al cavernoso asiento trasero y le rasqué a Perro detrás de la oreja.

–Espero que no te hayas metido en problemas.

La expresión de Henry no cambió mientras accionaba la manilla y abría la puerta de casi metro y medio en plena Broad Street, obligando a un taxista a maniobrar y a que nos increpara con el claxon. Se bajó de *Lola* y se quedó de pie, estirando la espalda, mientras su cola de caballo ondeaba sobre sus hombros. Sacó una chaqueta de cuero de cuentas y flecos de detrás del asiento y se la puso, convirtiéndose en un nativo al instante.

–Yo nunca me meto en problemas.

Me quedé mirando los coches que continuaban rodeándolo.

–Que pienses que no estás metido en problemas y que en realidad no lo estés son dos cosas bien distintas.

Su cara permaneció impassible mientras cerraba la puerta y caminaba en dirección opuesta al tráfico.

–No, tú, no lo son.

Perro saltó de inmediato al asiento del conductor. Otro acuerdo entre caballeros que se rompía. Los dos nos quedamos mirando al gran indio mientras cruzaba la acera como si

nada entre las farolas de estilo federal, subía los escalones y desaparecía tras las puertas de roble oscuro. La gente que pasaba por la calle se quedó mirando a Henry, luego a *Lola*, después a Perro y finalmente a mí. Yo los saludé con la mano pero ellos no me devolvieron el saludo. Pues vaya con la ciudad del amor fraterno.

Miré en dirección sur, luego al oeste, hacia la Calle Market, y luego treinta y dos pisos imaginarios hacia arriba, donde se encontraría la ventana, casi en la esquina de un edificio especialmente oscuro revestido de vidrio, de no haber sido por el bloque que tenía enfrente. Le había preguntado a Cady por qué no había conseguido el despacho de la esquina, y ella me había respondido:

–Ya lo conseguiré.

Volví la vista al reloj de los juzgados: 18:20. Todavía estaría trabajando, nunca llegaba a casa antes de las ocho. Busqué el móvil de Henry con la vista y por fin lo localicé al final del cable del cargador bajo el asiento que Perro se había apropiado. Aquellos chismes no se me daban demasiado bien, pero pulsé uno de los botoncitos con la imagen de un teléfono minúsculo y me vi recompensado con un trino y una foto iluminada de las montañas Big Horn. Sentí nostalgia de inmediato. Lo superé, pulsé «Contactos» y tuve que repasar el nombre de al menos una veintena de mujeres antes de llegar a la letra C. Encontré la entrada «Cady-Trabajo» y volví a pulsar el botón del teléfono. Solo sonó una vez.

–Hola, Oso, ¿por fin habéis llegado?

Evidentemente me había metido en problemas.

–Si pudieras mirar por la ventana, subiendo por Broad Street verías un descapotable azul celeste con un *sheriff* curtido, pero fuerte y apuesto, y a su fiel compañero, Perro.

Una pausa.

–¿Te has traído al perro?

Evidentemente, mis problemas no habían hecho más que empezar.

–¿Hay algún problema?

Otra pausa, tan larga como la anterior.

–Devon es alérgico a los perros.

Me quedé mirando a mi amigo, que me observó a su vez con sus grandes ojos marrones.

–Acabas de herir los sentimientos de Perro.

–Papá.

Extendí la mano y le rasqué debajo de la mandíbula, su lugar favorito.

–Bueno, puedo pedirle a Henry que se quede con él –hubo otro silencio y me empecé a sentir algo mosqueado–. No queríamos causarle a Devon ninguna molestia.

–Papá.

Esa escueta palabra encerraba muchas cosas.

Admiré a una mujer elegante de unos treinta años que iba caminando rápidamente por la acera con un abrigo ondeante color carbón y que se apresuraba a subir las escaleras de la academia. Tenía un mazo de llaves en la mano y una serie de identificaciones. Probablemente tuviera algo que ver con Henry.

Todavía estaba mirando en esa dirección cuando me bloqueó la vista un cinturón negro reglamentario con una Glock 19 enfundada. Levanté la vista y me encontré con una hermosa policía rubia en cuya placa identificativa se leía «Agente Sharpe», entonces le dije a Cady:

–Luego te llamo.

–¿Papá? Espera un...

Pulsé el botón rojo y el minúsculo teléfono volvió a trinar.

Perro gruñó y lo silencié mirándolo de reojo. Levanté la cabeza para verme reflejado en las gafas de la poli. Me hizo un gesto con el boli que acababa de sacar.

–No habrá venido conduciendo él todo el camino, ¿verdad?

Dejé el teléfono en la guantera entre los asientos y le sonreí.

–No, nos hemos cambiado en Cleveland.

Ella no me devolvió la sonrisa.

–Tienes que cambiar el coche de sitio.

Miré el volante y el contacto vacío. En treinta años nunca había visto que Henry guardase las llaves de nada. Levanté la vista.

–No tengo las llaves.

–No pasa nada, yo lo moveré por ti –presionó un botón de su transmisor y se lo acercó a los labios.

–Aquí unidad 43, tenemos un 10-92 en la esquina de Cherry con Broad –hizo una pausa–. Recibido, 10-51. Necesito una grúa.

Pensé en mi equipaje, el de Henry y en el hallazgo fotográfico del siglo propiedad de los cheyenes del norte, guardado en tres sombrereras metidas en el maletero.

–Patrullera Sharpe, creo que mi amigo acaba de entrar ahí para averiguar dónde podemos descargar algunas cosas.

Ella sonrió por primera vez, quizá porque me había fijado en su nombre y su rango, o quizá no.

–No pasa nada, dejaremos que saquéis vuestras cosas antes de llevarnos el coche. Incluso te dejaré que conserves el perro –y volvió a hablar por micro–. Siempre que tengas una correa para él.

Estaba pensando en todas las cosas que Perro no tenía, entre otras una correa, cuando el móvil comenzó a sonar.

–¿No puede multarme sin más?

Ella sacó su cuaderno de multas y lo abrió.

–Eso también lo voy a hacer.

Cogí el teléfono y vi que era el número del trabajo de Cady.

–Por favor, que sea de las caras. Pulsé de nuevo el botón de llamada.

–¿Hola?

–¿¡Me acabas de colgar!?

Me distrajo un movimiento al lado de la agente: la mujer que había visto desaparecer por las escaleras había regresado.

–Hola, Kathy.

La agente Sharpe bajó el bolígrafo y se volvió a medias.

—¿Michelle?

Miré hacia la ventana de la Calle Market. Juro que sentía que Cady me estaba mirando.

—No te he colgado.

La mujer señaló el coche en el que yo me encontraba. —Es uno de los nuestros. La agente suspiró. —¿Se moverá pronto?

La voz al otro lado del móvil era insistente. —¿Todavía estás ahí? Traté de hablar en voz baja. —Tenemos un problemilla aquí.

Michelle asintió y dio un paso atrás para señalar a Henry con el brazo, que ahora se encontraba a su lado.

—Este es Henry Oso en Pie. Está aquí gracias a un convenio entre el Museo del Indio Americano y el Smithsonian para.

—Mira, papá, hoy tengo que trabajar hasta tarde, así que estarás solo en casa. Probablemente no llegue hasta después de las doce, ¿vale?

No sonaba como si fuese una pregunta.

—Vale.

—¿Te acuerdas de dónde te he dicho que escondo la llave?

—Sí.

—¿Podréis Oso y tú encontrar la casa?

Le asentí al teléfono, como hago siempre cuando intento caerle bien a alguien.

—Eso creo.

—Por favor, ¿le pedirás a Henry que se lleve al perro? Devon les tiene una alergia terrible.

Me quedé mirando el auricular un momento.

—¿Papá? —se hizo el silencio al otro lado del teléfono—. Ha sido un día largo y tiene pinta de que se va a alargar más todavía.

Asentí un poco más.

—¿Hay algo que pueda hacer yo? ¿Llévate la cena, por ejemplo?

—No, Patti acaba de salir. —su voz volvía a sonar irritada—. La tal señora Moretti ha llamado dos veces para quedar a almorzar. He hablado hace un rato con ella, pensando que ya habrías llegado, y resulta que quería pasarse por casa esta noche —la irritación había vuelto de lleno—. ¿Por qué de repente esto es tan importante para esa mujer? Vamos, llevo bastante tiempo viviendo aquí.

Recordé la conversación en las escaleras de la cárcel.

—Vic mencionó que se sentía culpable por no haberse puesto nunca en contacto contigo.

—Bueno... Si no te importa, su número está en el cuaderno junto al teléfono de mi casa. ¿Podrías llamarla y quedar con ella para otro momento? Hoy no es un buen día.

—Sí, eso ya lo he pillado —como respuesta, recibí un silencio de lo más largo, ya que me colgó.

Cuando cerré el teléfono y pude reunirme con el mundo exterior, Perro había saltado al

asiento trasero, Henry se estaba poniendo el cinturón y las mujeres se habían marchado. Me miró a la cara.

—¿Problemas?

—Siempre —estudié el parabrisas—. ¿Adónde nos dirigimos?

Se quedó mirándome un momento más y luego puso en marcha el gran pájaro mecánico.

—Puedo dejarte y luego volver aquí a descargar el coche.

—¿Quieres ir a comer algo?

Él carraspeó discretamente.

—Creo que tengo una cita, tú.

Tuve que sonreír. Meneé la cabeza.

—¿Ya?

Se volvió a mirar por el parabrisas.

—¿La esquina de Quarry con Bread, en la ciudad vieja?

Reflexioné sobre el hecho de que Filadelfia tuviera nueve veces más habitantes que todo el estado de Wyoming junto y que ninguno de ellos pareciera tener ganas de cenar conmigo. Rodeamos el ayuntamiento y nos dirigimos en dirección este por la Calle Market. Quería reconocer un poco el terreno antes de que me dejaran solo y a pie. Era la primera vez que estaba en Filadelfia y había planeado pasarme el día siguiente haciendo turismo, así que dimos un pequeño rodeo por Independence Square, admirando el Independence Hall y el centro y el pabellón de la Campana de la Libertad. Esta parte de la ciudad era más arbolada y me sentí reconfortado al ver a los guardias del parque con sus uniformes verde oscuro y sus sombreros estilo explorador. Al menos no sería la única persona de la ciudad en llevar un sombrero de *cowboy*.

—¿Dónde te van a alojar?

Henry se encogió de hombros, miró por el retrovisor y giró a la derecha en Race, entre el National Constitution Center y el Mint, la casa de la moneda. Entendía las razones que habían llevado a Cady a escoger esta parte de la ciudad, con sus calles estrechas y arboladas, con acceso al río Delaware y la panorámica del puente Benjamin Franklin. Casi parecía un barrio. Supuse que siempre lo había sido. El libro de la Asociación Automovilística Estadounidense decía que el mismísimo Ben, uno de los padres fundadores de Estados Unidos, estaba aquí enterrado, en Christ Church.

Un año antes, cuando Cady compró el edificio con el dinero del fideicomiso de la herencia de su abuela materna, la ciudad vieja se estaba convirtiendo en una zona prometedora. Mientras pasaba frente a las *boutiques*, las cafeterías y los bares de moda, me dio la sensación de que la promesa se había cumplido. Henry redujo la velocidad del descapotable y esperó a que los coches pasaran para poder girar por la Calle Bread, que hacía esquina con Paddy O'Neil's Tavern, un pequeño *pub* irlandés del que Cady me había hablado. Acudía casi todos los sábados por la noche para escuchar música en directo y se quedaba hasta que la cerveza del establecimiento, la Yuengling, cautivaba a los músicos. Cady siempre llevaba un *pack* de seis botellas para mí en su equipaje de mano.

Volví la vista hacia las luces azules y doradas del puente de Ben que horadaban la oscuridad, los cables de suspensión apenas iluminados a la luz parda del atardecer. Los contrafuertes, contruidos a base de bloques de piedra, recordaban a los pabellones de un castillo que se irguiese a lo largo del río Delaware, con las luces de los arcos iluminando la piedra con un tinte amarillento y verdoso. Podía escuchar el traqueteo del tren ligero que pasaba por las vías bajo los pasos de peatones. Cady no tenía coche y normalmente recorría a pie las treinta y dos manzanas que la separaban del trabajo, ida y vuelta. Me pregunté si alguna vez tendría tiempo de admirar esta vista de postal de su barrio. Me preocupaba que volviera sola caminando a casa, pero también me preocupaba que se lavara los dientes y respirara. Como la mayoría de los padres, me preocupaba por todo.

–Puedes ir a beber en lugar de a cenar, tú.

Sonaba tentador, probablemente en el *pub* tuvieran algo de comer y estaba lo bastante cerca de la casa como para ir gateando. Eché una ojeada por la ventana del bar al pasar. Era martes por la noche, por lo que no me vería asaltado por la música en directo o las multitudes. Pagaría por el privilegio de estar solo.

Había visto en fotos el pequeño edificio que antes albergaba una curtiduría que Cady había comprado; ahora lo tenía ante mis ojos, era una estructura un tanto achaparrada de un piso más entreplanta con pinta de factoría, con una galería de hierro forjado.

La entrada para carruajes todavía tenía acceso a la calle, pero también había una puerta lateral con soportal. Oso detuvo el coche junto al bordillo con precaución. La única luz provenía de un edificio situado a unos quince metros calle abajo. Nos quedamos sentados durante un momento y yo saqué a colación el tema de Perro.

–Si para ti va a ser un coñazo no tienes más que decirlo.

–Va a ser un coñazo.

Asentí, bajamos del coche y saqué mi equipaje del maletero. Hice rodar las maletas por los adoquines hasta la puerta.

–¿Desayunamos?

–¿Qué tal si mejor almorzamos? –asentí y meneé la cabeza mientras él se montaba en el Thunderbird. Solo Henry era capaz de conseguir una cita con tanta rapidez.

–¿Perro?

El bicharraco había estado esperando que lo llamara y se bajó del coche con agilidad. Se reunió conmigo en la acera y después ambos observamos cómo desaparecían las cuatro luces de freno redondas por la calle adoquinada.

Le rasqué su enorme cabeza y él me miró.

–Que les den a todos, ¿verdad? –Perro meneó el rabo a modo de respuesta: dos huérfanos en una ciudad sin piedad.

La llave no funcionaba.

Lo intenté como mi hija me había explicado: la moví de un lado a otro y luego traté de hacerla girar en dirección contraria, pero no había manera. Retrocedí unos pasos hasta el portón de carruajes y traté de mover esas puertas, pero no cedían. Pensé en dejar allí mis maletas y dirigirme al O'Neil's, pero no tenía muy claro cómo recibirían a Perro y los

dos estábamos en el mismo barco. A mi derecha se abría un pasaje angosto de losas rotas, así que me decidí a investigar si habría forma de acceder al edificio por la parte trasera. Coloqué las maletas bajo el soportal con la esperanza de que continuaran aún allí cuando regresara, cogí mi bolsa de mano, me di unos golpecitos en la pierna para que Perro me siguiera y me dispuse a pasar de costado entre los muros de ladrillo, bajando dos escalones. El ala de mi sombrero resultó ser un engorro, así que me lo quité y lo sostuve con la misma mano que la bolsa. El muro que tenía a la espalda era macizo, pero el edificio de Cady tenía ventanas altas, a un metro ochenta del suelo, que me permitían ver las pasarelas flotantes que conformaban el entresuelo. Perro también miraba y se diría que inclinaba la cabeza, como si quisiera oír mejor algo que sonaba como alguien cantando.

No lo oí bien hasta llegar al final del pasaje. Era «La donna e mobile» del *Rigoletto* de Verdi, cantada *sotto voce* y bien entonada, sin esfuerzo y sin acompañamiento musical. No pude evitar preguntarme dónde podría comprarse una grabación así.

Pensé que el sonido venía del edificio que quedaba a mi espalda, pero cuando llegué al final del pasaje y me encontré con una verja de tela metálica, me di cuenta de que procedía de la terraza asilvestrada de Cady. Si Verdi me hubiera acompañado, seguro que se habría cruzado de brazos encima de la verja, habría apoyado en ellos el mentón y habría contemplado a la mujer que sin lugar a dudas encarnara a la Gilda de sus sueños.

En el centro del patio, a la luz perfecta del atardecer, distinguí la figura de una mujer de rasgos delicados y pelo oscuro sentada ante una mesa redonda de café con las piernas extendidas ante ella y cruzadas a la altura de los tobillos, acodada en la superficie picada de la mesa. Llevaba puestos unos pantalones tobilleros negros y una estilosa blusa blanca con el cuello abierto. Uno de sus brazos reposaba sobre la silla de hierro y con la otra mano sostenía una copa de vino de tallo corto, a la que le estaba cantando como si fuera un niño.

La mujer es volátil, sí. Esta parte le correspondía al personaje del Duque y la interpretaba un tenor, pero ella la cantaba como si nada con una voz de soprano un tanto ronca que habría hecho que Verdi se pensara dos veces el libreto y también el estado de su libido. La mujer hizo una pausa en uno de los silencios de la melodía y, sin perder el compás, alzó la copa y se la llevó a los labios. Incluso a esa distancia fui capaz de percibir el tono color caramelo en sus ojos almendrados.

Me volví a calar el sombrero con el propósito de identificarme y empecé a aplaudir suavemente cuando volvió el rostro hacia mí.

—*Brava! Bellissima, bella... bella!*

Ella me dedicó un ligero gesto de saludo con la copa y la vació de un trago rápido digno de un estibador.

—¿Cómo va eso, *sheriff*?

Ella no tuvo ningún problema para abrir la puerta. Yo fui a buscar las maletas y luego volvimos a ocupar la pequeña terraza. Lena Moretti había arrasado las despensas de una docena de tiendas especializadas del mercado italiano y nos encontrábamos deleitándonos

con pequeñas rebanadas de pan tostado con *prosciutto*, *mozzarella* y albahaca, todo ello regado con aceite de oliva virgen extra. Estábamos a punto de acabarnos la botella de chianti classico y ella seguía sin admitir que supiera cantar.

–Pero si te he escuchado.

Lena se pasó los dedos por la espesa mata de pelo casi negro vetado de plata y luego dejó caer su mano sobre el hombro, el brazo quebrado como un ala rota.

–Creo que el hambre te ha afectado al oído.

–No tengo oído ninguno, eso me da ventaja.

Se echó a reír con una risa lenta y bajó el ala rota para acariciar a Perro, rozando con el dedo la cicatriz del balazo.

–En la familia el que tiene auténtico talento es Victor.

–Victor.

Una pausa momentánea.

–Mi marido –dijo con la misma cara que ponía Vic cuando lo mencionaba–. Están montando *Rigoletto* en la Ópera de Wilmington y Victor interpreta a Monterone.

Me quedé pensando en ello.

–Es un buen papel.

–No tanto como el de Rigoletto, papel que él creía que se merecía.

–¿Tan bueno es?

–Sí.

Tomé un sorbo de vino.

–Vaya, el detective cantante.

–Inspector Jefe, División Norte –lo dijo como si la hubieran corregido en muchas ocasiones.

En la pequeña terraza la noche no parecía oscura, el cielo era más bien de un color plumizo, sin llegar a ser negro. Me llevó un momento estudiarla mientras ella miraba hacia arriba y dejaba al descubierto un hermoso cuello. Me alegré de que estuviéramos hablando de su marido.

–Sigues siendo su primer amor –esa afirmación escondía mucho.

Esperé un momento antes de responder.

–Supongo que es difícil dedicarse profesionalmente al canto.

Ella volvió la cara hacia mí. Era perturbador comprobar lo mucho que se parecía a Vic.

–Victor procede de una familia de clase obrera, el tipo de familia que no cree que dedicarse al arte sea una forma respetable de ganarse la vida.

–¿Inmigrantes de primera generación?

–Sí.

–¿Y tú?

–Yo nací en Positano; mis padres tuvieron un hotel allí después de la guerra –tomó un sorbo de su chianti y continuó escrutándome–. Tienes que entender la cronología de la familia Moretti, con Vic Padre, Vic Hijo y Vic el Maldito Terror.

Tuve que reírme.

–¿Esa es mi Vic?

Ella pestañeó lentamente a modo de respuesta.
–Esa es tu Vic.
–¿Cuatro hijos?
–Victor Junior, Alphonse, Tony y Michael.
–¿Alphonse?
Ella se encogió de hombros.
–Se lo pusimos por el hermano de Victor. No fue idea mía. Lo llamamos Al.
–¿Michael es el más pequeño?
–Sí –sonrió apenas con las comisuras de los labios–. Una intenta no tener favoritismos, pero.
–¿Son todos agentes de policía?
–Todos menos Al, que es copropietario de una pizzería junto con el otro Alphonse, el hermano de Victor –ella asintió–. Tampoco fue idea mía.
Le di un sorbo a mi vino.
–¿Es difícil criar chicos?
–Al principio, pero luego todo se vuelve más fácil. Al contrario que con las chicas, solo tienes que preocuparte por una única polla –se sonrojó inmediatamente y me hice una idea de dónde provenía el modelo lingüístico que Vic había desarrollado.
–Oh, Dios mío.
Me eché a reír y Perro nos miró a ambos.
Ella dejó la copa sobre la mesa.
–He tomado demasiado vino –miró a su alrededor, tratando desesperadamente de encontrar otro tema de conversación–. Parece que a ti se te ha dado bien.
Yo también dejé mi copa.
–Pues sí. Pero me gustaría que no estuviera tan lejos. Me preocupó mucho por ella.
Lena se quedó callada y yo esperé.
–Cuando son pequeños, te preguntas qué va a ser de ellos y cuando crecen solo quieres que sean felices –jugueteeó con la copa con la punta de los dedos–. ¿Es hija única?
–Sí.
La mano permaneció inmóvil.
–Probablemente lo mejor sea que el Terror y yo mantengamos las distancias.
–¿Más de tres mil kilómetros?
–Eso fue idea suya, no mía.
La miré.
–Pensé que había sido cosa de su ex marido.
–Eso tampoco fue idea mía –levantó la vista para mirarme y se volvió a encoger de hombros, esta vez solo con un gesto de la ceja–. Parece que no tengo muchas ideas. Supongo que es lo que sucede cuando te pasas la vida criticando.
Respondí dejando escapar un poco de aire.
–¿Cómo es que esos dos acabaron juntos?
Ella cogió la copa a pesar de todo.

–Todos lo odiábamos, así que se casó con él, por supuesto –tomó un trago–. El lema de Vic siempre ha sido ir a contracorriente –hizo girar el vino en su copa, lo miró y yo deseé que volviera a cantar–. Nunca creí que lo suyo fuera a durar, era un tipo tan formal, tan normal.

Asentí.

–Nosotros lo llamamos desbravar. De donde yo vengo, si tienes un caballo demasiado impetuoso, lo atas a una mula durante la noche. Cuando vuelves a la mañana siguiente, te encuentras un caballo distinto.

Ella me estudiaba.

–Supongo que siempre ganará la mula, ¿no?

–Casi siempre –no era la respuesta que ella esperaba.

Lena se quedó esperando a que yo hablara y eso me hacía sentir incómodo.

–¿Cómo es que no te has vuelto a casar, *sheriff*?

Cada vez se asemejaba más a Vic.

–Yo, esto.

–Supongo que he sido algo indiscreta, ¿eh? –esperó–. Supongo que sí, ya que no has contestado.

–No, solo estaba pensando. Es algo que hago a veces antes de hablar.

Lena sonrió, esta vez fue una gran sonrisa.

–Pues yo no, priva la velada de toda su espontaneidad. Un poco de vino, unas cuantas verdades y de repente tienes una conversación auténtica entre manos –y echó un último trago.

Me dispuse a servirle más vino. Parecía que la conversación se estaba poniendo interesante y no estaba preparado del todo para dejarla ahí.

–¿Has venido en coche?

La sonrisa permaneció en su sitio.

–En taxi. Me quitaron el carné hace dos años y Victor se aseguró de que nunca volvieran a expedirme otro –me observó mientras yo servía alegremente–. No has respondido a mi pregunta.

Dejé la botella en la mesa, estiré los músculos del cuello y asomé los ojos por debajo del ala del sombrero.

–No estoy seguro de que haya una respuesta –pensé en ello, como había prometido, y levanté la vista para mirar entre los árboles de la parte de atrás de la pequeña curtiduría–. Estuve. No sé, deprimido durante bastante tiempo, y no tengo claro si habré perdido la costumbre.

–¿De estar deprimido o del matrimonio?

–De ambas cosas.

La sonrisa se esfumó de su rostro pero permaneció en sus ojos.

–Eres divertido. Exactamente como dice Vic.

–Ella me conoce bastante bien.

–Eso también lo dice.

Me eché a reír y abrí mucho los ojos, dejando que volvieran

donde ella. Un momento después se levantó y yo creí que la velada habría terminado.
—¿Quieres dar un paseo?

Giramos a la izquierda en la Calle Quarry y nos dirigimos hacia el río, tras dejar a Perro hecho un ovillo en el sofá modular de piel del salón de Cady. Mientras caminábamos por la calle adoquinada bajo el resplandor ámbar de las luces de la ciudad, Lena sacó un tema que debía haber estado rondándole la cabeza.

—¿Qué hay dentro de la funda que está en la encimera de la cocina?

—Mi arma.

Se quedó callada un instante.

—¿Eres hombre de armas tomar?

—Algo así.

Pasamos por delante del parque de bomberos y atravesamos Elfreth's Alley que, según el cartel, era la calle de Estados Unidos que había permanecido habitada durante más tiempo de forma ininterrumpida. Cuando llegamos al final, divisamos el muelle municipal que destacaba sobre la negrura del río. La superficie del agua reflejaba las luces de la avenida y el ruido del tráfico retumbaba sobre el cemento de la Interestatal 95 que pasaba por encima. Era una noche hermosa y el aire cargado de humedad del río hacía que se formasen unos anillos alrededor de las farolas en forma de gominola. Era extraño ver tanta agua suspendida en el ambiente; en las altas llanuras ese fenómeno solo sucedía durante la luna de septiembre.

Apenas había coches circulando, por lo que cruzamos por mitad de la calzada y levantamos la vista para admirar los contrafuertes occidentales del puente.

—¿Y qué vas a hacer en Filadelfia?

—Se supone que tengo que conocer a mis posibles futuros suegros en Bryn Mawr. ¿Sabes dónde está eso?

—En Main Line, no tienes más que seguir el olor de la pasta —me sonrió—. ¿Entonces van en serio?

Escruté la superficie plana del contrafuerte, que se extendía hasta un casquete iluminado que lo coronaba.

—Todavía no hay anillo de por medio, pero nunca había tenido una relación tan larga.

Ella me observó.

—¿No te gusta?

—No lo conozco.

—Eso no es lo que te he preguntado.

Me encogí de hombros.

—Vale, me has pillado. Por eso he traído la pistola. —ella soltó una carcajada y luego otra—. No sé, nunca pensé que sería uno de esos padres que piensan que ningún hombre es lo bastante bueno para su hija.

—¿Pero?

—Ninguno es lo bastante bueno —otra carcajada—. ¿Tus hijos están todos casados?

Lena se giró y miró el agua.

–No, el Terror es la única que lo ha intentado. Vic junior ha dejado preñada a una peluquera, así que supongo que será cuestión de tiempo. Al lleva saliendo con la misma chica desde hace cuatro años pero no se decide a comprar la moto. Tony es un mujeriego y Michael. –ella permaneció mirando el agua con los labios apretados.

–¿Y Michael.?

No se movió.

–Ninguna es lo bastante buena.

Se estaba haciendo tarde y quería estar en casa cuando Cady llegara, así que nos dimos la vuelta en el puerto deportivo, donde habíamos estado contemplando los barcos mecidos por la corriente del gran río.

–Entonces, ¿cuáles son tus planes?

Hundí las manos en los bolsillos delanteros de mis vaqueros y comparé el sonido de nuestros pasos, mis pesadas botas frente a sus zapatos.

–No sé si Vic te habrá contado algo de la exposición de fotografía de Henry.

–¿Las fotografías de nativos americanos?

–Sí –asentí ante esa pregunta tan políticamente correcta–. La inauguración es el viernes, pero esa es la única obligación que tengo –caminamos en silencio–. Creo que estaba buscando una excusa para venir aquí y puede que Henry también.

–Está bien echarles un ojo de vez en cuando –ahora le tocaba a ella asentir–. No me preocupa que Victoria esté lejos. Sé que te parecerá una tontería, pero creo que allí tiene menos probabilidades de que le suceda algo malo.

–Así es –reduje un poco el paso tras decidir que ya era hora de tranquilizar a la madre de mi primera ayudante–. Hay riesgos que son propios de la profesión, pero en nuestro condado tenemos el índice de criminalidad más bajo del estado, un estado que cuenta con uno de los índices más bajos de criminalidad del país.

Estaba intentando suavizar la situación pero a ella no parecía importarle.

–He oído que te jubilarás pronto, ¿es así?

Vaya, los carteles de Kyle Straub habían llegado hasta Filadelfia.

–Es bastante posible.

–¿Y entonces qué?

Me quedé pensando en ello.

–Entonces quizá me dedique a ser el ayudante de tu hija.

Me resultaba increíble que todavía hubiera tanta gente en la calle a esas horas. Había parejas paseando cogidas del brazo, gente vestida de traje y haciendo balancear sus maletines como si quisieran darse impulso con ellos y un indigente que me pidió dinero en el cruce de Race con la Segunda Avenida.

Era un señor mayor y se tambaleaba sobre sus playeras viejas con un cartel en la mano derecha donde se leía: «Soy veterano, vivo en la calle, una ayuda, por favor».

Lena se quedó mirándome mientras me sacaba cinco dólares del bolsillo delantero y se los ponía en su mano espástica.

–Gracias, caballero.

Por su acento se diría que era un hombre con educación. Me quedé mirando un instante más sus ojos azul intenso y luego continué caminando con Lena.

–Como sigas así, te marcharás sin un centavo.

Asentí.

–Probablemente lo utilice para comprar bebida.

–Yo haría lo mismo.

Ella agitó la cabeza y me sonrió un poco más.

–¿Estuviste en el ejército?

Levanté débilmente un puño.

–Acuérdate del *Maine*.

–¿No quieres hablar de ello?

Le sonreí.

–Te propongo un trato: yo no hablo de Vietnam y tú no tienes que cantar.

–Trato hecho.

Cruzamos la Calle Bread a la altura del *pub* Paddy O'Neil's y miramos calle abajo, donde se distinguía un coche patrulla de la policía de Filadelfia con las luces encendidas. A esa distancia no podía estar seguro, pero parecía que estaba detenido ante la puerta de Cady. Miré a Lena de reojo, que miraba hacia el coche con el ceño fruncido.

–¿Hay alguien buscándote?

–Siempre.

Caminamos por la calle estrecha. Lena iba deprisa y me sacaba algo de ventaja. Cuando llegué al lado del conductor del coche patrulla, vi que el hombre joven que se sentaba al volante se parecía notablemente a Lena, por lo que supuse que sería uno de los Moretti. Ella fue la primera en hablar.

–¿Qué estás haciendo aquí, Tony?

El patrullero levantó la vista hacia ella, pero no sonrió.

–Hola, mamá –pasó a mirarme a mí y a mi sombrero–. ¿Es usted Walter Longmire?

Mi sonrisa se borró de un plumazo.

–Sí.

–Ha ocurrido un accidente.

La Unidad de Traumatología del Hospital de la Universidad de Pennsylvania estaba al otro lado de la ciudad y del río Schuylkill, pero al agente Anthony Moretti solo le llevó doce minutos llegar hasta allí. Tardé la mitad de ese tiempo en subir a la UCI de cirugía de la quinta planta y tardé muchas vidas en pensar en los tipos de traumatismos que había y en que estos arrebatan más vidas que el cáncer y las enfermedades coronarias juntos. El agente no me dio más detalles, solo me contó que mi hija había sido víctima de un accidente, que estaba siendo intervenida en el hospital y que, por cortesía profesional, me llevaría hasta allí en su coche.

Lena Moretti nos había acompañado, declarando con rotundidad que le resultaría igual de fácil coger un taxi en el hospital que en la Calle Bread. Se había quedado con Tony mientras yo miraba fijamente los ojos cansados de un traumatólogo que me explicaba que Cady había sufrido una fractura grave de cráneo y que de momento estaba inconsciente. El TAC había confirmado la fractura y un neurocirujano se encontraba en esos momentos interviniendo el hematoma subdural. No podía hacer nada más que sentarme con un vaso de plástico de café y esperar. No había mucho espacio en la sala de espera de la UCI, así que saqué uno de los sillones grises al pasillo, donde tenía una buena vista de las puertas rojas del ascensor de emergencias. Lo estuve observando durante diez minutos. La media noche se aproximaba y, con las luces encendidas y el ruido de las máquinas, aquello parecía un casino. aunque había otras cosas en juego.

En estas situaciones nadie te dirige la palabra, es como si fueras un lanzador sin bateador al que tirarle la pelota, nadie te mira y no quieres que lo hagan. Pensé en toda la gente a la que debería llamar, pero Henry era el único que podría hacer algo. Saqué mi cartera y extraje la tarjeta de la estación de servicio Sinclair de Fred Ray, en Durant, en cuyo reverso había escrito el número del móvil de Henry. No lo llamaba muy a menudo al móvil y nunca recordaba el número. Fui hasta el puesto de enfermeras y pregunté si podía usar el teléfono. Marqué y continué observando el ascensor mientras el teléfono sonaba y una vocecita cursi me informaba de que la persona a la que estaba intentando llamar no estaba disponible pero que dejase un mensaje después de la señal, cosa que hice.

–Henry, soy Walt. Cady está malherida y estoy en la UCI del Hospital de la Universidad de Pennsylvania –le di el número de teléfono desde el que le estaba llamando junto con la extensión. Colgué al mismo tiempo que Lena Moretti y otro agente de policía joven con un cesto de plástico y el maletín de Cady doblaban la esquina del final del pasillo. Los esperé donde estaba y ellos se detuvieron a un paso largo de distancia, como quien se aproxima a un gran animal herido.

Lena me tendió una mano: era la valiente.

—¿Qué tal está?

Cogí dos dedos de su mano y la miré a los ojos, los ojos que se parecían tanto a los de Vic. Sentí que me flaqueaban las rodillas. Lo siguiente que supe fue que el vaso de café yacía sobre la superficie pulimentada del suelo de baldosas, ahora moteadas. Lena y el muchacho estaban arrodillados a mi lado. Él había dejado el cesto junto a mi sillón y vi que contenía un monedero pequeño, un dispositivo electrónico enfundado que no reconocí, un móvil, un reloj de pulsera y el anillo de compromiso de la abuela de Cady.

—Tómalo con calma, grandullón —el policía me tenía agarrado del hombro y de la espalda para sostenerme. Inspiré hondo. Sentía las manos frías de Lena en la cara.

—¿Walter?

Continué respirando y luego me recliné en el sillón.

—Estoy bien.

Ella me miró, no del todo satisfecha.

—¿Quieres que vaya a buscar un médico? —echó un vistazo a su alrededor para crear un efecto cómico—. Vaya, pero si estamos rodeados de ellos.

Traté de reírme pero creo que todo lo que conseguí fue poner una cara rara.

—Estoy bien, de verdad —pensé que lo estaba pero, cuando miré al joven agente para darle las gracias, él también me miró como Lena. Todo el mundo empezaba a parecerse. Bajé la cabeza y parpadeé para aclararme los ojos. Levanté la vista para mirar al tipo, pero continuaba pareciéndose a Lena, aunque no era del todo igual a Tony. Me sentí ligeramente mejor cuando descubrí su placa identificativa.

—¿Michael Moretti?

Él sonrió.

—¿Cómo va eso?

Michael era un chico guapo. En cierto modo, los rasgos de las hermosas féminas de la familia también le favorecían a él. Los ojos eran de un color marrón más oscuro y el mentón era un poco más pronunciado, con un hoyuelo que ni Lena ni Vic tenían. Rondaría el metro ochenta, pero sus hombros y sus brazos eran enormes.

—Estoy bien.

Él continuó sonriendo.

—Sí, no para de decir eso.

Miré a Lena, a sus ojos cercados de patas de gallo.

—¿Has llamado a la caballería?

Ella asintió.

—Ha sucedido en su distrito, el Lejano Oeste. Tony está en el sexto.

Lena fue a buscar algunas servilletas de papel del puesto de las enfermeras y limpió el café derramado mientras yo firmaba el recibo por los efectos personales de Cady. Michael había oído por los canales no oficiales que Cady estaba estable y que pronto la trasladarían del quirófano a la UCI. Miré al hijo predilecto y oí los crujidos de su cinturón reglamentario, prácticamente nuevo, en el silencio del pasillo.

—Señor Longmire, ¿le importa si le hago unas preguntas?

–Walt, llámame Walt.
–¿Seguro que te encuentras en condiciones?
–Sí.
Él asintió.
–¿Tu hija trabaja en Schomberg, Calder, Dallin y Rhind?
–Sí, hoy se había quedado trabajando hasta tarde.
Él garabateó en su bloc de notas y volvió a mirarme.
–¿Hasta tarde?
–Sí, hablé con ella por la tarde, supuestamente iba a cenar con tu madre y conmigo, pero tenía trabajo pendiente.
Michael apretó el labio de forma apenas perceptible.
–¿El bufete se encuentra a la altura del 1500 de la Calle Market?
–Sí –esperé.
–Entonces, ¿se te ocurre por qué podrían haberla atacado en el Instituto Franklin?
–¿Atacado?
–Escucha, podría decirte que esto ha sido un accidente inocente... –se detuvo y luego inclinó levemente la cabeza–. Pero el agente que se personó dijo que había hablado con el guardia de seguridad y que este le contó que había tenido lugar un altercado entre la señorita y otro individuo: varón, caucásico, de unos treinta y tantos.
–¿Dónde?
–En el Instituto Franklin, al otro lado de Logan Circle, cerca del museo de arte – continuó mirándome–. El guardia de seguridad dijo que oyó voces y que acto seguido un tipo aporreó la puerta pidiendo ayuda. Cuando abrió la puerta y salió, tu hija estaba tendida sobre los escalones y el hombre había desaparecido. Cuando hablaste con ella, ¿mencionó que tuviera otro compromiso por la noche?
–No, lo único que dijo fue que llegaría tarde.
–¿Te resulta familiar la descripción del individuo?
–Bueno. está saliendo con un hombre.
–¿Y cuál es su nombre?
Me detuve un instante antes de decirlo.
–Devon Conliffe.
Él lo anotó.
–¿Tienes su dirección?
–No, pero él también es abogado..., seguro que Cady la tiene.
Él miró en el cesto.
–¿Te importa si lo busco en la PDA?
Seguro que se dio cuenta de que lo miraba sin entender.
–Si supiera lo que es eso, probablemente no me importaría.
Extendió una mano, sacó el dispositivo desconocido del cesto y lo extrajo de la funda de cuero.
–¿Trabaja para el mismo bufete?
–No, en otro distinto, pero no sé el nombre.

El aparato se parecía a una calculadora pero, evidentemente, tenía otras aplicaciones. Michael garabateó la dirección y el número de teléfono de Devon Conliffe en su libreta, colocó el dispositivo en su sitio, se levantó y me miró.

–Escucha, probablemente no sea nada, pero voy a investigar todo esto y, si descubro algo, te lo haré saber –sus palabras denotaban una confianza que contrastaba con lo nuevo que parecía su uniforme. Estaba seguro de que no tenía ni un año de experiencia.

Le dio un beso a su madre y se giró para llamar el ascensor, pero la puerta se abrió justo en ese momento, dando paso a un séquito de auxiliares, enfermeras y médicos que transportaban unos aparatos y la camilla donde Cady yacía. Me levanté y todos nos pegamos a la pared para dejarles pasar. Menos mal que tenía la pared para apoyarme, porque volvía a sentirme mareado. A mi hija le habían afeitado un lado de la cabeza, donde se veía que le habían practicado una incisión en forma de U, además de insertarle un tubo en la garganta para que pudiera respirar. Tenía los ojos cerrados y estaba inmóvil. Seguí al grupo y los observé mientras la instalaban en la habitación de la esquina: la triste ironía de la situación no se me escapó.

Detuvieron su camilla con cuidado, como haría cualquiera con un coche nuevo y caro. Me quedé observando cómo colocaban el electrocardiograma en el monitor de la pared y cómo comenzaba la familiar alternancia de líneas y puntas.

El mismo médico que había hablado antes conmigo se separó del resto y se acercó hasta la puerta. En su placa ponía que se llamaba Rissman. El doctor miró hacia el suelo, luego a la pared y finalmente se decidió a centrarse en mi hombro izquierdo. Me explicó que el cerebro de Cady estaba experimentando descargas que lo atravesaban como corrientes eléctricas, provocando relámpagos en el horizonte para luego desaparecer. Declaró que Cady había caído en un coma de grado siete según la escala de Glasgow y que solo respondía a estímulos dolorosos con respuestas involuntarias. Supongo que el resto lo comprendí, pero la palabra que se quedó flotando en mi cabeza fue «coma». Su respuesta durante las próximas veinticuatro horas sería clave para determinar si pasaría a formar parte de ese 53 por ciento que muere o se queda en estado vegetativo, o del 34 por ciento que salen de él recuperados o con una minusvalía moderada. No estaba seguro de qué le sucedía al 13 por ciento restante, pero conocía bien el trauma craneal, conocía bien el coma. Lo que no sabía era lo que nos depararían las próximas veinticuatro horas.

El médico dijo que Cady se encontraba en excelente forma física y que la juventud estaba de su parte, que la reacción de sus pupilas había sido normal al llegar y que todo el equipo tenía grandes esperanzas. Había escuchado antes ese discurso porque yo mismo lo había pronunciado. Sabía que merecía la pena.

El doctor Rissman dijo que regresaría en una hora para ver qué tal iba todo y luego me presentó a la enfermera jefe, una mujer robusta de unos cuarenta años. No dijo nada pero me dio un apretón de manos antes de marcharse. Me senté en la silla al lado de la cama y Lena Moretti fue la única que permaneció junto a la puerta del área acristalada. Se acercó hasta el borde de la cama y permaneció de pie a mi lado, con una mano sobre mi hombro y sin ofrecer ningún consejo, cosa que le agradecí. Se quedó allí el tiempo suficiente como para que me sintiera culpable.

–Deberías irte a casa.

Me respondió en voz muy baja.

–¿Estás seguro? –no dije nada, pero seguro que le pareció bien porque me dio unas palmaditas en el hombro y me aseguró que volvería a la mañana siguiente con el desayuno. Y se marchó.

Escuché el ruido que hacían las máquinas que respiraban por mi hija, que monitorizaban su corazón, que la alimentaban de forma intravenosa, pero no aparté la vista de la incisión que le habían practicado para extirparle parte del cráneo y así darle espacio a su cerebro magullado para que pudiera sobrevivir. Un pequeño resto de Cady se encontraba en esos momentos en el congelador de la cuarta planta y, al pensarlo, me sobrevino la misma sensación de flaqueza de antes, así que la miré a la cara. Era preciosa, y cada vez que la miraba me costaba convencerme a mí mismo de que yo hubiera tenido algo que ver en eso. Sus rasgos siempre me habían encantado, tan definidos. En eso había salido a su madre. Los míos eran más imprecisos, como si la naturaleza hubiera tenido una buena idea pero se hubiese aburrido por el camino. Cady era distinta. Ella era hermosa.

Pensé en las dos fotografías que tenía en el escritorio de mi despacho de Wyoming. En una de ellas aparecía una Cady preadolescente. Se había echado el pelo hacia atrás para enseñar los grandes pendientes de aro, que habían sido sus favoritos hasta los dieciséis, cuando los cambió por otros diminutos que yo le regalé. Estaba sonriendo. A decir verdad, tenía que reconocer que no la recordaba muy sonriente durante ese periodo – prácticamente el mero hecho de que yo existiera le hacía fruncir el ceño–, pero debió de sonreír en algún momento, ya que la foto lo probaba.

La otra foto se tomó durante el periodo que pasó a la historia como el verano gandul. Entre la facultad de leyes en la Universidad de Washington y los consiguientes exámenes para conseguir la licencia que le permitiría ejercer de abogado y su actual ocupación en Schomberg, Calder, Dallin y Rhind, Cady se pasó un magnífico verano en las montañas Big Horn, durmiendo, tomando el sol y yendo de compras. La foto se tomó a finales de agosto y estaba sentada en el porche de la casa de Henry, calzada con unas chanclas que dejaban al descubierto sus enormes pies. Un viejo par de vaqueros y una estupenda chaqueta de cuero con tachuelas marca Double D que me había costado la mitad de la paga de una semana completaban el conjunto. También estaba sonriente. Una hija, una maravilla. Mis ojos se nublaron de lágrimas. Volví la vista hacia la puerta y traté de evitar que la sangre se me subiera al rostro y de apartar las ideas descabelladas que se me pasaban por la cabeza como golondrinas bajo un puente oscuro.

El cesto de plástico, así como el maletín de Cady, habían sido depositados cuidadosamente en otro sillón. Me acerqué, saqué el móvil del cesto y regresé a mi asiento. La miré un poco más y luego abrí el teléfono, una versión mucho más pija que la de Henry. Desplegué la lista de contactos y no me llevó mucho tiempo encontrar la entrada «Henrymóvil». Pulsé el botón verde y la misma voz cursi de antes me indicó que la persona a la que estaba llamando no se encontraba disponible. Dejé otro mensaje, esta vez advirtiéndole de que lo llamaba desde el móvil de Cady. Pulsé el botón rojo y miré

las otras opciones disponibles en la diminuta pantalla, una de las cuales rezaba «Llamadas entrantes».

Me quedé mirando el teléfono un poco más y luego pulsé el botón: «Devon 22:03». Bajé por la pantalla y leí:

«Devon 22:01.»

«Devon 21:47.»

«Devon 21:32.»

«Devon 21:10.»

«Devon 20:48.»

Revisé todas las llamadas: en total había veintiséis y todas eran de Devon. Cady no había respondido a ninguna.

Me acordé de volver a respirar y sentí la punta de las alas de la venganza arañándose el interior de los pulmones. Tragué saliva, observé mis manos temblorosas durante un instante y luego pulsé el botón que indicaba que solo habían dejado un mensaje y que había sido en la última llamada.

Una vocecita en mi interior me decía que no lo hiciera, pero todo lo demás me gritaba que adelante. Era mi deber como padre. Decidí jugármela e introduje la palabra «OSO» como contraseña.

–Tiene un mensaje –no era mío, pero lo estaba escuchando.

Durante los dos minutos siguientes escuché la voz de Devon Conliffe. Estaba hecho una furia e insultaba a Cady de todas las formas posibles; el lenguaje que empleaba para describir sus acciones y su persona habría hecho palidecer a Vic. La amenazaba con hacerle cosas que no había oído en mi vida, ni durante los cuatro años de servicio con los marines ni en el casi cuarto de siglo que llevaba como agente de la ley. Hacia el final, se había quedado sin aliento pero no por ello su voz era menos vitriólica. Terminaba con una última salva en la que le aseguraba que, si no aparecía en un minuto, su castigo sería terrible. La línea enmudeció.

Cerré el diminuto teléfono; un montón de sensaciones procedentes de mi lado más oscuro comenzaron a abrirse paso hacia la superficie. Sabía cómo se alimentaban estos pensamientos y la peligrosidad que entrañaban. El saludable calor de mi rostro se vio reemplazado por el frío y mis manos se calmaron súbitamente. Me coloqué el móvil en el bolsillo delantero de mi chaqueta y la colgué en el respaldo del sillón. Luego me eché un poco hacia atrás el sombrero, me crucé de brazos y miré fijamente a Cady. El movimiento de mis acciones, firme y tranquilo, provocó que el hombre racional que me estaba abandonando entrara en pánico.

Me pregunté qué demonios habría estado haciendo en la otra punta de la ciudad. ¿Por qué se encontraría en el Instituto Franklin en lugar de conmigo, en su casa en la ciudad vieja? ¿Habría sido un accidente fruto de una pelea entre ella y Devon? ¿La habría empujado él sin querer? En ese caso, ¿por qué no había llamado a alguien? ¿Por qué él no estaba en el hospital?

Saqué el móvil del bolsillo y volví a escuchar el mensaje.

Ahora tenía algunas respuestas. Las siguientes preguntas tendrían que provenir del

quinto cuerpo de policía más grande del país. Filadelfia estaba completamente fuera de mi jurisdicción. Sentí que el pánico trataba de ganarle la partida a la confusión emocional para hacerme entrar en razón, pero las tinieblas pueden ser testarudas.

Permanecí allí sentado bajo las luces de la UCI envuelto en el murmullo de las máquinas, observando a mi niña mientras todas las sombras quedaban en libertad y emprendían el camino hacia el aire libre, donde podrían hacer mucho daño. Supuse que habría transcurrido una hora cuando el doctor Rissman regresó para comprobar sus constantes vitales.

Le cerró un ojo y volvió a mirarme por encima del hombro. Me entraron ganas de emprenderla a puñetazos con él por no mirarme a la cara pero, en lugar de eso, agité la cabeza y me aclaré la garganta.

–No ha hecho ningún movimiento.

–Todavía es pronto.

–Lo sé.

El médico asintió mecánicamente y salió en dirección al puesto de enfermeras. Y volví a quedarme solo.

El amanecer estaba próximo y el traumatólogo la había reconocido cinco veces más con los mismos resultados. El débil resplandor de los rayos solares incidía sobre los edificios adyacentes y me sentí como si estuviera en el torreón de un castillo infinito. Debía de tener los ojos cansados porque, cuando parpadeé, me pareció que había alguien más en la habitación. Traté de enfocar la vista pero, a consecuencia del estrés de la noche, tenía los ojos como si alguien me los hubiera restregado con papel de lija. Los cerré y los volví a abrir, aunque la imagen del hombre arrodillado junto a la cama permaneció borrosa.

Me entró miedo y me removí en el sillón, pero él extendió una mano y me tranquilizó. Solo cuando la imagen se aclaró y escuché la intrincada melodía del canto cheyene supe que se trataba de Henry.

De su garganta surgían susurros epigramáticos, como si se tratara de un hombre poseído, quizá las voces de los ancestros llegaran volando en las lenguas de los vivos. Contemplé cómo sus anchas espaldas capturaban todo el aire de la habitación y extraían el daño infligido a Cady. Por un momento se hizo la calma y luego el canto arrancó con un lamento tembloroso y terminó con un último grito ahogado.

Un momento después, Henry se giró para mirarme y descubrí que había estado llorando, debía de llevar cantando un rato. Llevaba una camisa vaquera gastada que le había visto en muchas ocasiones y tenía el cuello mojado con las lágrimas que le anegaban la cara. No se levantó, pero se apoyó sobre un pie y se sentó en el suelo cerca de la cama. No se secó las lágrimas y me dirigió una sonrisa de labios apretados mientras cruzaba las manos en el regazo.

–¿Qué ha pasado, tú?

Le expuse la situación clínica lo mejor que pude.

Me miró fijamente.

–¿Cómo ha sucedido esto?

Le conté lo que Michael me había contado.

Su mirada permaneció inmóvil.

–¿Quién ha hecho esto?

Saqué el teléfono del bolsillo de mi chaqueta y se lo lancé.

–Hay veintiséis llamadas entrantes en su teléfono y un único mensaje –me levanté mientras él pulsaba los botones–. La contraseña es «OSO» –fui hasta el otro lado de la cama para buscar signos esperanzadores que revelasen que Cady se encontraba entre el 34 por ciento que conseguía volver en sí. Aguardé y la observé, mientras sentía que el calor me volvía a inundar el rostro y el temblor regresaba a mis manos.

Henry cerró el móvil con un golpe seco y permaneció sentado. Cuando se levantó, sus movimientos fueron deliberadamente lentos, se giró y me estudió desde el otro lado de la cama. Su voz me llegó crispada.

–No lo hagas, tú.

–¿Hacer qué?

–No hagas esto –esperó, pero yo no respondí–. No hagas esto, porque no podré salvarte del hombre en el que te convertirás si lo haces.

Inspiré hondo y sentí una vibración en mi interior que me sacudió de arriba abajo.

–Supongo que todo depende del rumbo que tomen los acontecimientos.

Él se inclinó, tratando de colarse en mi campo de visión.

–No depende de eso.

Lo miré, pero algo a mis espaldas había atraído su atención. Me giré para encontrarme con el uniforme, la placa, la pistola y a Moretti en la puerta de la habitación.

–¿Cómo va eso?

–Ya veremos –me giré hacia Cady mientras Henry rodeaba la cama y extendía su mano, pasándose con discreción el móvil a la mano izquierda.

–Henry Oso en Pie.

Se estrecharon la mano.

–Michael Moretti.

Henry no lo soltó y lo miró con atención.

–Supongo que Vic se ha comido a alguno de sus hermanos.

Él sonrió.

–Algunos conseguimos escapar –Oso siguió al chico con la mirada mientras él se detenía a los pies de la cama.

–¿Alguna mejoría?

–Lo cierto es que no –nos quedamos inmóviles por un momento. Seguro que no era el único capaz de oír los latidos de mi corazón–. Dicen que todavía es pronto, –sabía qué pregunta debía formular a continuación, así que supuse que lo mejor sería terminar cuanto antes–. ¿Le habéis tomado declaración a Devon Conliffe?

Cualquier rastro de sonrisa desapareció.

–Anoche no la vio.

Me giré para mirarlo. –¿Qué?

Michael sacó una libreta negra delgada y consultó sus propias notas.

–He hablado con el señor Conliffe esta mañana y ha declarado que anoche no estuvo con la señorita Longmire.

Escuché los latidos de mi corazón.

–¿Hablaste con él esta mañana?

–Sí.

El ruido era tan atronador como el tráfico de la I-95.

–¿Por qué no anoche?

–Lo intenté localizar en su domicilio media docena de veces.

Asentí.

–¿Te ha contado dónde estuvo?

–Estuvo en un partido de los Phillies y luego en casa de sus padres.

–Un partido de béisbol.

–Sí... –Michael le echó un vistazo al cuaderno–. Tengo dos testigos y sus padres lo han corroborado. Su bufete tiene un palco y dice que lo ha reservado hoy a las 12:30 para el partido de mediodía.

Me quedé pensando en ello.

–¿Vive aquí en el centro?

–Sí.

–¿Ha hecho algún comentario que explique por qué se quedó a dormir en casa de sus padres?

–No.

Henry nos estaba observando, finalmente rompió el silencio cuando este se hizo demasiado pesado.

–¿Fue desde el estadio, al sur de la ciudad, hasta la casa de sus padres en Main Line y regresó al centro esta mañana para ir a trabajar?

–Eso es lo que dice todo el mundo.

–Pues entonces anoche condujo bastante –estaba seguro de que los latidos de mi corazón estaban provocando que se me hinchara la pechera de la camisa–. ¿Pareció preocupado cuando le contaste que su novia estaba tendida en la cama del hospital en coma?

El chico cerró su cuaderno y me escrutó un instante.

–El señor Conliffe me ha comunicado que la relación que él y tu hija mantenían no era tan seria como ella podría haberte hecho creer –se guardó el cuaderno en el bolsillo interior de su chaqueta–. Ha declarado que simplemente salieron en un par de ocasiones pero que él puso fin a la relación porque ella se la estaba tomando demasiado en serio.

Miré a Henry, que me observaba con atención. Devon mentía y, si sus padres y dos personas más habían corroborado su declaración, entonces también ellos habían mentido. Asentí y Henry me lanzó el teléfono. Pulsé los botones pertinentes y se lo entregué a Michael. Él nos echó un vistazo a los dos y luego se llevó el teléfono a la oreja. El joven se quedó mirando fijamente los pies de Cady, cubiertos por una sábana y una manta de poliéster, durante los dos minutos enteros. Su expresión no cambió. Pulsó el botón de

colgar y cerró el teléfono.

Lo observé y luego hablé muy despacio.

–Hay veintiséis llamadas perdidas de Devon Conliffe entre las 17:11 y las 22:03 de anoche, que terminan con el mensaje que acabas de escuchar –tomé aire, señalé el móvil y continué–. A mí eso no me parece un hombre que tiene una relación que no se toma en serio –apenas podía hablar–. Y tampoco se oye ningún partido de béisbol de fondo en ese mensaje.

Él se llevó el teléfono al pecho.

–¿Te importa si me lo llevo?

–Claro, insisto.

Su sonrisa fue lúgubre, cada vez me gustaba más el chaval.

Michael asintió y se guardó el teléfono junto a la libreta.

–La próxima vez que alguien hable contigo sobre esto, puede que no sea yo.

Yo miré a mi hija.

–Con tal de que alguien lo haga, no importa, pero más vale que sea pronto.

Después de que Michael se marchara, nos sentamos cada uno en un sillón a ambos lados de la cama y observamos a Cady.

–Has hecho lo correcto, tú.

Llevaba tanto tiempo escuchándolo que ya no estaba seguro de que hiciera falta contestarle.

–Pues sí.

Él me miró de reojo.

–¿Y por qué será que no me lo creo?

–Quizá mi respuesta desganada haya tenido algo que ver.

–Quizá –esperó–. ¿Hay alguien a quien quieras llamar?

–Todavía no.

Él asintió y volvió a posar sus ojos en ella.

–Deberías dormir algo.

–No.

–No le haces a nadie ningún bien quedándote dormido en un sillón, tú –lo miré–. Lo mejor que podrías hacer es acostarte.

–No.

–¿Y qué me dices de comer algo?

–No tengo hambre.

Henry dejó escapar un largo suspiro.

–Pues ve a dar un paseo, lo que sea, pero no te quedes aquí sentado dándole vueltas, tú.

–No le estoy dando vueltas.

–Entonces estás tramando algo –lo miré; ese hombre me conocía mejor que yo mismo–. Concéntrate en caminar, respirar, comer, beber, cualquier cosa menos esto –se le marcaban las venas en el rostro–. Yo la vigilaré. Márchate.

No llegué demasiado lejos, pero conseguí salir del hospital. Fue todo un milagro teniendo en cuenta todos los pasillos, ascensores y escaleras que tuve que utilizar. Atravesé las puertas giratorias y salí al campus de la Universidad de Pennsylvania. Era primavera, a pesar de que nos encontráramos en el invierno de mi descontento, y todos los novatos se apresuraban a llegar a sus clases de las ocho. Tenían la misma cara de sueño que debía tener yo.

Había algunos puestos ambulantes en la calle y supuse que podría conseguir una taza de café en uno de ellos sin pillar una enfermedad. Me puse en la cola, me fijé en que la gente se me quedaba mirando y pensé que estrangularía al primero que hiciera algún comentario gracioso sobre mi sombrero. Di un paso hacia el mostrador y pedí un café grande, que me costó dos dólares.

–Aquí tienes, tejano.

Lo dejé vivir.

Deambulé por la zona y me senté en un murete de cemento con unos arbustos de flores plantados detrás. Me dolían la espalda y los hombros. Me quité el sombrero: incluso Atlas se relajaba de vez en cuando. Hacía un día magnífico y los manzanos y los cerezos habían estallado en todo su esplendor colorista. Inspiré hondo. Al vivir en el oeste, siempre me maravillaba lo balsámico que era el aire del este, con esa humedad que todo lo inundaba, portadora de la vida. Incluso en plena calle se adivinaban los árboles, el río y quizá cierto aroma oceánico procedente de la costa de Nueva Jersey, no demasiado alejada.

Le acababa de quitar la tapa al vaso para dejar que el café se enfriase cuando alguien apartó mi sombrero y se sentó a mi lado en el muro.

Lena Moretti tenía mucho mejor aspecto que yo. Se había puesto un sencillo vestido veraniego estampado y llevaba dos bolsas pequeñas que apoyó sobre el cemento. Se puso mi sombrero y lo dejó caer sobre sus orejas, de forma que apenas se le veían los ojos.

–No te fiabas de que te fuera a traer el desayuno, ¿eh?

–Se me olvidó.

Se echó hacia atrás el sombrero y señaló el vaso que tenía en la mano.

–¿Eso es un café?

Bajé la vista al vaso.

–Estoy esperando a que se enfríe.

Ella extendió una mano.

–Dame, te enseñaré qué hacer con él –le entregué el vaso y ella vertió el contenido en la acera. Una chica que pasaba por allí cargada con el peso de una mochila le lanzó una mirada reprobatoria.

–Ese era mi café.

–No, este es tu café –me entregó otro vaso con tapa que extrajo de una de las bolsas y lo sostuve con ambas manos. Luego abrió el suyo y tomó un sorbo.

–He sacado a tu perro a pasear esta mañana.

–Gracias –me había olvidado de él–. ¿Has encontrado una correa?

–Usé un cable –cruzó las piernas a la altura de los tobillos.
Empezaba a pensar que esa mujer era capaz de hacer cualquier cosa.
Abrí mi café y me quedé mirando el oscurísimo brebaje.
–Parece cargado.
–Un doble expreso tamaño grande. Pensé que te vendría bien.
Y me miró a los ojos.
–¿Cómo está?
Tomé un sorbo y me tragué la mayor parte del esmalte de mi dentadura.
–Supongo que uno de tus muchachos te habrá mantenido informada.
–Lo ha hecho, pero eso fue hace casi media hora.
Asentí.
–No se ha producido ningún cambio.
Nos quedamos allí sentados bebiendo café en silencio.
–¿Está con ella el indio?
–Se llama Henry. Me ha echado.
Ella sonrió.
–Toma, te he traído algo de comer –rebuscó en la otra bolsa y me entregó un montón de galletas y una diminuta servilleta de papel.
–Son *biscotti*. Pensé que no tendrías demasiada hambre.
–Pensaste bien.
Ella mordisqueó una y la observé mientras comenzaba a balancear sus piernas entrelazadas inconscientemente.
–Son de almendra, las favoritas de Michael –las galletas estaban ricas y durante un rato solo se nos oyó masticar el desayuno. Me fijé en que Lena tenía la mirada fija en el ala de mi sombrero, que todavía llevaba calado casi hasta los ojos.
–¿El Terror lleva un sombrero como este?
–No, dice que son una chorrada.
Lena masticó un poco más.
–Qué decepción –echó un vistazo a mis pies–. ¿Lleva botas?
–Tiene un par y se las pone en ocasiones especiales.
Me observó durante un rato. Inspiré otra vez y levanté la vista hacia el hueco que quedaba entre los edificios, hacia el cielo azul. Sentía que el corazón me latía al mismo tiempo que la tentación de darme la vuelta y subir los cinco pisos tiraba de mí. Un par de palomas gordas se acercaron lentamente desde el jardín de enfrente y se colocaron ante nosotros. Partí un trozo de galleta y se lo lancé. Se comieron las migajas y me miraron como pidiendo más, ignorando a Lena por ser nativa.
–¿El doctor Rissman ha confirmado que la contusión es producto de la caída?
Yo asentí.
–De los escalones de cemento.
Ella no dijo nada durante un rato.
–Se va a poner bien.
Me quedé mirándola. Ella continuaba con mi sombrero puesto, como si fuera una niña.

–¿Cómo lo sabes?

Ella ignoró mi ridícula pregunta, sonrió y miró en el interior de la bolsa.

–Tengo también un café para Henry.

Estaba a punto de disculparme pero, en lugar de eso, volví a inspirar hondo. La oscuridad continuaba al acecho mientras charlábamos.

–¿Tienes nata y azúcar?

–Sí.

Les lancé más migas de *biscotti* a las palomas.

–Es un poco especial.

Ella sonrió.

–Eso he oído –le dio un sorbo a su café y me observó mientras yo daba de comer a los pájaros–. Quizá tengamos que enseñaros a ser fuertes mientras dure vuestra estancia.

Las palomas se aproximaron a la punta de mis botas. La oscuridad se cernía sobre mí y había empezado a forjar un plan que se desplegaba ante mí como un mantel de lino sobre una larga mesa, cubriéndolo todo.

–Lena, puede que durante el día de hoy te pida un favor.

Ella se giró al oír el tono de mi voz.

–Pídeme lo que quieras.

Ahora las palomas se habían subido a la parte más ancha de las botas, comiendo las migajas directamente de los dedos de mi mano.

–Quizá necesite que te turnes conmigo para estar con Cady.

–Cuando quieras. Soy una mujer ociosa –tomó un sorbo y continuó clavándome sus ojos color caramelo–. ¿Tienes planes para esta tarde?

Les di los *biscotti* restantes a Mutt y Jeff y miré al otro lado de la calle en dirección al río.

–Creo que iré al béisbol.

–Esta es una idea pésima, tú.

Miré a mi alrededor, a los miles de fans de los Phillies de Filadelfia que caminaban por la Avenida Pattison en dirección al estadio Citizens Bank.

–Tenemos veintiún grados y hace sol. Es un día hermoso para ver un partido de béisbol.

–Y un día horrible para una agresión con agravantes –me miró y negó con la cabeza–. ¿Dónde quieres que enterremos el cadáver?

–Solo quiero hablar con él.

Oso torció el gesto.

–¿Qué te parece detrás de la tercera base? Los Phillies llevan años sin tocarla.

Le compré dos entradas en las gradas más altas a un tipo que estaba detrás de un puesto de periódicos abandonado en la esquina de la Calle 11 con Pattison. Le entregué a Henry una entrada y me guardé el cambio en la cartera.

Íbamos de incógnito. El representante de la nación cheyene estaba radiante con sus vaqueros, su raída camisa de cambray y un par de zapatillas de deporte. Tras bajarnos del metro en Broad se había comprado una gorra de los Phillies y se había hecho una cola de caballo con su espesa cabellera, recogida con la tira de la gorra. Podría pasar por un habitante de Filadelfia de pura cepa: un indio muy grande de Filadelfia, pero de Filadelfia al fin y al cabo. A mí se me daba mejor pasar desapercibido. Había dejado mi sombrero en la cabeza de Lena Moretti y poco antes le había comprado una gorra de béisbol bastante pija y una cazadora amplia de satén rojo a un vendedor ambulante en Broad Street y ahora me aproximaba al estadio de béisbol, como si fuera una cabina telefónica inglesa.

–¿Qué hacemos si no ha venido?

–Pues ver el partido de béisbol –volvía a atenazarme el miedo, a pesar de que no hacía ni diez minutos que habíamos hablado con Lena. Nos había contado que once abogados del bufete de Cady la habían visitado y que incluso David Calder –el mismo Calder de Schomberg, Calder, Dallin y Rhind– se había pasado a verla. Lena había dicho que lo había reconocido por las fotos de las páginas de sociedad del *Philadelphia Inquirer*, que era un carcamal pero que le había gustado mi sombrero de *cowboy*. También nos había contado que Cady estaba descansando apaciblemente pero que no había indicios de cambio.

Le entregamos nuestras entradas a la señora que había delante de los tornos y caminamos por la amplia zona de servicios que rodeaba la pista. De haberme hallado en otras circunstancias habría disfrutado del ambiente del estadio, con el terreno de juego de

césped de Kentucky por debajo del nivel de la calle, el marcador gigante y una capacidad aproximada como para albergar a la décima parte de la población de Wyoming, pero tenía otras cosas en la cabeza.

Compré una tarjeta y un lápiz para apuntar los resultados a un vendedor y me dispuse a subir a la planta superior por las escaleras metálicas.

Detrás de mí, Henry se hacía el remolón.

–¿Sabes qué palco es?

Me encogí de hombros.

–¿Cuántos puede haber?

Para ser exactos, había setenta y tres. Lo descubrimos gracias a un amable octogenario con sombrero de paja y chaleco rojos.

Oso también le preguntó qué debíamos hacer si nos habían invitado a pasarnos por uno de los palcos pero no teníamos entradas. Él nos contestó que deberíamos llamar a nuestros amigos y pedirles que fueran a buscarnos al otro lado de la zona de seguridad, en el extremo de esa planta.

Subimos. Henry se detuvo ante una barandilla y admiró el perfil de la ciudad al otro lado del terreno de juego.

–¿Todos los grandes bufetes tienen palcos?

–No estoy seguro, ¿por qué lo preguntas?

–¿Schomberg, Calder, Dallin y Rhind tiene palco?

Esa forma de pensar fue la que hizo que el general Custer mordiese el polvo.

Extendí la mano para pedirle el móvil, dispositivo en el que me había convertido en todo un experto. Sentí una punzada de dolor al ver la entrada «Cady–Trabajo» justo antes de pulsar el botón.

–Schomberg, Calder, Dallin y Rhind, despacho de Cady Longmire, ¿en qué puedo ayudarle?

–Patti, soy Walt.

Sin detenerse, ella bajó la voz y me dijo:

–La policía ha estado aquí haciendo preguntas.

–¿Se llamaba Moretti?

–No, era un detective llamado Katz. Ha dejado su tarjeta.

–¿Patti...?

–Lo acompañaba un hombre negro. No ha dejado su tarjeta, pero creo que también él era detective. –¿Patti?

–Han hecho un montón de preguntas sobre ella y Devon.

Dejé que las aguas se calmaran.

–Patti, necesito tu ayuda.

Se quedó callada.

–¿Qué necesitas?

Le expliqué que habíamos hecho una escapada para investigar por nuestra cuenta y me preguntaba si el bufete tendría un palco en el estadio. Me aseguró que lo tenían y, tras consultarlo brevemente, me informó de que ese día había un par de personas del

ayuntamiento haciendo uso de él pero que todavía quedaban asientos libres. Le pregunté cómo podíamos entrar y me contestó que me pasara por la oficina de relaciones públicas de los Phillies en cinco minutos.

La señora que estaba junto a las puertas de cristal nos sonrió mientras rasgaba nuestras entradas y nos entregaba el resguardo.

–Disfruten del partido.

La galería por la que se accedía a los palcos era un pasillo enmoquetado que trazaba un arco entre las dos líneas de falta. Estábamos en el palco 38 y la suerte había querido que nos encontráramos allí. Eché un vistazo al interior y vi que había dos mujeres mayores de aspecto un tanto ordinario bebiendo cerveza en unos vasos de plástico que más bien parecían bebederos para caballos.

Una se dio la vuelta y se quedó mirándome, propinándole un codazo a su amiga de pelo naranja ensortijado.

–¡Mira, Franny, tenemos chicos!

Me quedé con la cabeza en el hueco de la puerta sin saber qué decir, pero finalmente me decanté por un saludo típico del Oeste.

–Buenas –retrospectivamente, puede que sonara un poco raro viniendo de alguien que parecía el ayudante del masajista de los Phillies.

Dejé a Henry entreteniéndolas mientras yo me disculpaba para ir en busca de algo de beber. Bernice dijo que había camareras, pero le contesté que no me apetecía esperar.

Había unos pequeños letreros junto a las puertas de cada palco, así que solo era cuestión de encontrar el bufete adecuado. Contaba con acordarme del nombre, mencionado en una conversación telefónica que habíamos mantenido tiempo atrás en la que me contó a qué se dedicaba Devon. Recordaba que era algo así como Fulano y Mengano, y no Fulano, Mengano, Fulano y Mengano, como el bufete de Cady. Recordaba que no eran nombres particularmente llamativos y, cuando llevaba recorrido un tercio del pasillo, leí «Hunt y Driscoll».

Me saqué la tarjeta para apuntar las puntuaciones del bolsillo trasero y el lápiz de detrás de la oreja cuando escuché al locutor anunciando con estruendo las alineaciones de ambos equipos. Después de todo, era un agente encubierto. Me apoyé contra la baranda más alejada, que me ofrecía una vista decente del palco 51. Pasaron algunas personas pero fingí estar concentrado en lo mío y no levanté la cabeza hasta que se hubieron marchado.

Distinguí las espaldas de tres hombres jóvenes sentados en el reposabrazos de sus lujosos asientos de palco. Estaban hablando, pero no podía escuchar su conversación con claridad. El hecho de no conocer a Devon en persona me situaba en desventaja, pero la suerte se presentó en forma de una chica en pantalones cortos y un escueto top de los Phillies que le dejaba la barriga al aire.

–¿Señorita?

Era otra joya del sur de Filadelfia, con peinado de barrio, sombra azul en los párpados y vocales redondeadas.

–¿Sí?

–¿Podría hacerme un favor?

–Va.

Lo tomé por un «vale», me calé la tarjeta y el lápiz debajo del brazo y extraje de mi cartera un billete de veinte nuevecito procedente del cajero automático del banco estatal de Durant.

–¿Podría llevarle la cerveza más grande que tenga a un joven de ese palco llamado Devon Conliffe? –cogió los veinte dólares, que era mucho dinero incluso para los precios de un estadio–. Es importante que no sepa quién se lo envía.

–¿De qué va?

Lo traduje mentalmente y respondí:

–Es una sorpresa.

Se quedó mirándome un momento más y luego miró el billete que tenía en la mano.

–De acuerdo.

–Cuando termine, estaré por allí y habrá veinte más esperándola si me dice su respuesta –y se fue pitando.

Henry se encontró conmigo en las escaleras.

–No pienso volver a entrar ahí, tú.

–Vale.

Miró a su alrededor y comprobé que sus ojos se habían transformado en linternas oscuras, calculando las distancias y sopesando todas las posibilidades del terreno.

–¿Está aquí?

–Estoy a punto de descubrirlo –esperamos a que la chica entrara en el palco. Se oyó el grito preocupado de alguien borracho y ella reapareció rápidamente sin la cerveza. Saqué otro billete de veinte y se lo entregué mientras ella se calaba la bandeja debajo del brazo.

–¿Ha ido todo bien?

–¿Son amigos tuyos?

–No exactamente.

Miró a Henry de reojo una vez y luego otra. Yo estaba acostumbrado.

–He hecho lo que me dijiste y le he dicho que era de un admirador secreto.

–¿Un chaval alto, con el pelo castaño?

Se quedó mirándome.

–Más bien rubio.

–Claro –asentí con la cabeza–. ¿El de la camisa azul?

La chica seguía mirándome.

–Blanca.

Necesitaba algo más.

–¿Con corbata roja? –me la estaba jugando, pero parecía el típico tío de corbata roja.

–Sí.

Le di otro billete de veinte.

–Espera unos diez minutos y llévale otra, ¿vale?

Se encogió de hombros y se marchó. Observé a Henry, que a su vez observaba los pantaloncitos que se alejaban.

—¿En el baño?

Inspiré hondo.

—Parece el mejor lugar para encontrarnos a solas con él.

—¿Antes o después?

Continué mirando fijamente la puerta del palco 51.

—Antes. Nadie se hace el duro cuando tiene ganas de mear.

Los Phillies recibieron un doble *play* al principio, permitiendo a los Reds de Cincinnati realizar dos carreras, y el partido renació. Por lo que a mí respectaba, empezaba a creer que Devon Conliffe tenía la vejiga de un león marino. Había pagado sesenta dólares por las tres cervezas más caras de Filadelfia y, por ahora, *rien de rien*.

Henry había caminado hasta la zona que daba al atrio de la explanada de abajo. Estaba viendo el partido o, al menos, eso era lo que parecía. Me miró y yo me encogí de hombros. Estaba a punto de pedir dos cervezas para nosotros cuando Devon salió del palco. Era fácil distinguirlo, se veía bastante pagado de sí mismo. Era alto y delgado, llevaba una camisa blanca de traje y una corbata roja estampada. Tenía el pelo tirando a rubio y lo llevaba con la raya a un lado: lo que venía a ser el tipo anglosajón, blanco y protestante de toda la vida. Lo único que me venía a la cabeza era la llamada telefónica que había escuchado esa misma mañana, temprano. Le dije «qué hay» y me correspondió con un gesto al pasar.

—Qué hay.

Era la misma voz que había escuchado en el móvil, le hice un gesto a Oso y desaparecí en el interior del baño.

Había estudiado previamente el terreno: a un lado del baño había una fila de lavabos y espejos y al otro una serie de urinarios y cabinas con retretes. Estaba a punto de bajarse la bragueta para hacer sus necesidades cuando yo doblé la esquina.

—¿Devon Conliffe?

Se giró y me miró, con el aire de suficiencia todavía en el rostro.

—¿Sí? —lo dijo como si tuviera que haberlo sabido—. ¿Te conozco? —continué avanzando hacia él. Ahora parecía algo más acorralado, pero solo cuando se fijó en mis botas de *cowboy* se decidió a darse la vuelta. Lo cogí del hombro que tenía más cerca, empujándolo hasta la pared más apartada.

—¿Qué coño? ¿Quién demonios eres tú?

Continué acercándome y él trató de hacerse a la derecha, así que lo enganché y lo empotré contra la esquina entre una de las cabinas y la pared enlosada.

—Me llamo Walter Longmire —no se movió, pero buscó con la mirada alguna vía de escape. Me detuve a menos de medio metro de él—. Sabes perfectamente quién soy.

Quizá estuviera intentando ganar tiempo pero lo cierto es que yo no estaba dispuesto a dárselo. Sus rasgos se endurecieron y trató de mirar detrás de mí, pensando en que alguien entraría para rescatarlo de un momento a otro, aunque yo sabía que cuando la

nación cheyene cierra una puerta, cerrada se queda.

Incliné un poco la cabeza para verlo más de cerca. Noté que se le tensaban los músculos del torso. Pensé que creía que yo iba a pegarle, pero me equivocaba: me lanzó un puñetazo a la nuca que me alcanzó en la nariz.

Seguro que puse cara de sorpresa. Me han golpeado en la cara en numerosas ocasiones, unas a propósito y otras no. En primaria había encajado un puñetazo de Henry y ese sí que había sido un buen intento pero, por lo general, los golpes en la cara no me causan más que irritación y fastidio. Seguro que no se esperaba que mi reacción sería acercarme aún más a él para susurrarle:

–Vuelve a hacer eso y te arranco la cabeza.

Al comprobar que la fuerza bruta le había fallado, se decantó por la negociación.

–Tu hija está loca.

–Has elegido mal el tema de conversación –notaba la cara mojada, supuse que me sangraba la nariz–. Ni te he tocado, todavía no. Tú y yo vamos a charlar y vamos a mantener las formas, así no tendré que golpearte. ¿Queda claro?

Recuperó parte de su aire de suficiencia.

–¿Sí?

–Sí –yo inspiré hondo para quitarme las ganas de engancharlo del pescuezo.

–Cuéntame qué pasó anoche.

–No tengo por qué... –probablemente estuviera acostumbrado a salirse con la suya o a tener el control solo con cambiar el tono de voz, pero ahora estaba jugando en otra liga. Se apartó de la pared tratando de zafarse. Extendí mi mano izquierda para detenerlo y comprobé que él estaba haciendo retroceder la suya para volver a golpearme en la cara. Lo enganché de la muñeca con mi derecha y le pasé el brazo izquierdo por el cuello, inmovilizando su brazo derecho con el costado y contra la pared. Era casi tan alto como yo, pero los treinta kilos de diferencia lo mantuvieron pegado a las baldosas. Trató de propinarme una patada, pero yo ya lo había previsto y había apartado un poco el cuerpo.

–No te muevas –se revolvió un poco más y comenzó a chillar, pero yo le atenacé más la garganta y lo único que salió de ella fue un gañido jadeante. Los ojos se le estaban saliendo de las cuencas y yo me maravillé de lo bien que encaja el dedo pulgar sobre la laringe. Solo con un buen apretón. Me entraron náuseas, algo en mi interior me decía que lo que estaba haciendo estaba mal. Me quedé allí tragándome la bilis, que no paraba de recordarme quién era y qué sería lo que nunca me perdonaría. Me llevó unos segundos, pero aflojé la presión y le permití que respirara un poco. Devon continuó con los ojos abiertos como platos, pero ya no eran tan saltones como antes.

–Cuéntame lo que pasó anoche.

–Oye, ¡que yo no he hecho nada!

–¿Nada de qué?

Lo dejé que tragara saliva.

–No le he hecho nada a ella.

–No te creo –miró a su alrededor como loco, pensando que habría alguna vía de escape–. Dime la verdad.

Le asomaron las lágrimas a los ojos.

–Mira...

–La verdad.

Las primeras lágrimas le recorrieron sus rasgos bien definidos y yo cada vez me sentía peor.

–Fue un accidente... Tuvimos una pelea.

–Háblame de eso.

Me miró a los ojos y pienso que, a su manera, retorcida y desquiciada, se creía lo que dijo a continuación.

–La quiero.

–Tienes una extraña forma de demostrarlo.

Trató de mover el brazo, probablemente para secarse las lágrimas, pero no le permití que se moviera.

–¡Se cayó! Estábamos peleándonos y yo traté de cogerla del brazo... –lo observé mientras tomaba aliento–. Apartó el brazo... y entonces se cayó –traté de concentrarme en lo que estaba diciendo–. ¡Ni siquiera he pasado por casa! Llevo la misma ropa que hace dos días.

Había empezado a dolerme la cabeza.

–¿Por qué no te quedaste con ella?

Él prácticamente aulló.

–¡Estaba asustado!

Me sentía muy cansado y lo solté, pero él comenzó a deslizarse por la pared. Estaba llorando abiertamente. Me sentía demasiado cansado como para sostenerlo, así que le permití que se deslizara hasta el suelo, donde me uní a él y me senté, con las manos sobre mi regazo. Nos quedamos allí sentados mirándonos el uno al otro.

–¿No te importaba lo que pudiera pasarle?

Las lágrimas apenas lo dejaban hablar.

–Tenía miedo. No sabía qué hacer... O sea, ella estaba allí tumbada...

–¿Comprobaste al menos si estaba viva?

Se secó la cara con una manga y se quedó mirando fijamente al suelo.

–Oí que alguien se acercaba, otro tipo, así que salí corriendo –levantó la vista y me miró, no sé si llegó a creerlo–. No había hecho algo así en mi vida. Estaba asustado.

Asentí e inspiré hondo. Me dolía la cabeza y estaba cansado de hablar, sobre todo de hablar con Devon Conliffe. Me hice a un lado y me levanté despacio. Todavía me preocupaba mi pierna izquierda, por la herida de bala que había recibido hacía cuatro meses. Extendí un brazo y me apoyé contra la pared del retrete para recobrar el equilibrio. Volví a coger aire.

–Cuéntaselo a la policía.

Le llevó un segundo responder.

–¿Qué?

Lo miré fijamente.

–Cuéntaselo a la policía –lo estudié, tenía mis dudas de que lo fuera a hacer,

especialmente una vez que saliera del baño—. Vas a llamar a la policía y les vas a contar todo lo que me has dicho. ¿Entendido? —volvió a mirar al suelo, yo me quedé esperando una respuesta—. ¿Me has oído?

Él inspiró.

—Sí —levantó la vista para mirarme de nuevo y puso una cara rara.

—¿Eso es todo?

Yo asentí.

—Eso es todo —le di un empujón a la pared del retrete y me quedé parado.

—Llama a la policía y cuéntales todo lo que me has dicho —me dispuse a marcharme pero me detuve un momento—. Cuéntaselo... o volveremos a vernos las caras. Me verás con el rabillo del ojo y seré lo último que veas.

Al pasar la camarera Oso le cogió el trapo que llevaba. Ella se detuvo y echó un vistazo a mi cara.

—¿A tu amigo no le ha gustado la cerveza?

Me encogí de hombros y me limpié la nariz.

—Los hay que no saben beber.

Mientras Henry y yo nos encaminábamos hacia las escaleras mecánicas, él extendió la mano y apartó el trapo. Me echó hacia atrás la cabeza y examinó mis fosas nasales.

—Entonces, ¿cómo ha quedado el otro tipo?

—Le he golpeado el puño con la nariz, pero creo que vivirá —me volví a taponar la nariz con el trapo y me incliné sobre el pasamanos de goma de las escaleras, alegrándome de que fueran ellas las que hicieran todo el trabajo. Me giré para mirar a Henry—. No lo he matado.

Él asintió con su amplio rostro, tan inescrutable como siempre.

—Bien.

Al mismo tiempo que bajábamos, otros dos hombres subían. El de delante tenía el pelo gris e iba severamente vestido con un traje color carbón, corbata granate y una gabardina negra. Detrás de él iba un hombre con el pelo cortado al rape y traje, corbata y abrigo del mismo tono marrón. Era difícil distinguir dónde acababan las prendas y dónde empezaba el hombre. Se quedaron mirándonos cuando nos aproximábamos. Al cruzarnos con ellos, me fijé en que la montura de las gafas de marca del primero tenía diminutas motitas rojas que acentuaban sus grandes ojos castaños. El segundo hombre sonrió con una sonrisa agraciada y noté que bajo su brazo izquierdo se apreciaba el bulto de una pistolera.

—¿Una pelota perdida?

Puse los ojos en blanco y asentí.

Salimos rápidamente del estadio y caminamos hacia Broad y el metro. Henry no decía nada, por lo que me dio tiempo de sobra para pensar, sobre todo en si creía a Devon Conliffe.

Hasta cierto punto, todo el mundo te miente cuando eres policía. Con motivo o sin él, suele haber una pequeña parte de la verdad que prefieren omitir al hablar contigo. Lo

único bueno de eso es que comienzas a ser capaz de distinguir cuándo la gente te está mintiendo, y estaba seguro de que ese era el caso de De-von. Era evidente que el chico tenía una serie de problemas emocionales y mentales sin resolver, pero me estaba costando mucho trabajo sentir empatía con él.

Me fijé en que Henry sacaba el móvil para llamar a Lena Mo-retti antes de entrar en la boca del metro. Miré en dirección sur, al paso elevado de la autopista que, tomando los desvíos apropiados, me llevaría de vuelta a Wyoming. Me pregunté cuándo lo haría, si lo conseguiría alguna vez. Al darme la vuelta de nuevo, Henry estaba cerrando el teléfono.

–Ningún cambio.

Asentí y nos dispusimos a bajar las escaleras en dirección al ruidoso traqueteo de la línea Broad Street SEPTA. Escogimos un vagón casi vacío y nos sentamos uno frente al otro en los asientos de fibra de vidrio naranja del fondo. Me retiré el trapo y lo doblé con cuidado sobre una rodilla. La cabeza me iba a estallar y me alegraba de poder sentarme.

–Lena dice que puede quedarse todo el tiempo que quieras y que, si ella tuviera que marcharse, Michael podría relevarla –no respondí–. Parece muy agradable, tú.

–Pues sí.

Me observó con atención.

–¿Estás bien?

Fijé la vista en el suelo.

–Mi hija está en coma, creo que tengo la nariz rota y toda la poli de Filadelfia está a punto de echárseme encima. ¿Cómo no iba a estar bien?

El tren se detuvo en la siguiente estación y algunas personas más entraron y se sentaron. Henry me miró pero no dijo nada hasta después de varias paradas. Entonces había mucha gente en el vagón y habló en voz baja.

–Tengo que ir al museo esta noche para ayudar con el montaje.

–Lo comprendo.

Él esperó un momento.

–Puedo cancelarlo todo, tú.

–No –sonreí, pero sin ninguna alegría–. Uno de los dos debería hacer algo constructivo, ¿no crees?

Él también me sonrió, pero su sonrisa ofrecía algo de calidez.

Lo dejé junto al ayuntamiento y tomé el tren de cercanías hasta la ciudad universitaria y el hospital. La tarde discurría con rapidez y lo único en que podía pensar era en las horas que habían pasado sin mejoría y en que las probabilidades de recuperación caían en picado a cada minuto.

Se estaba nublando por el oeste y parecía que tendríamos lluvia esa noche. Me encontré con otro indigente en la Avenida Conven-tion y le regalé la chaqueta. Estaba manchada con algunas gotas de sangre y sentaba fatal, pero el hombre pareció contento. Pensé en darle la gorra también, pero me había encariñado con ella.

Cuando llegué a la quinta planta, Lena y el doctor Rissman estaban esperándome en la habitación de Cady. Lena fue la primera en hablar.

–Se ha movido.

No podía creer lo que oía.

–¿Qué?

–Ha movido la pierna.

Fue el turno de Rissman.

–Reacciona a los estímulos externos. Todavía no tenemos respuesta del ojo, pero es una señal muy, muy buena.

Empezó a arderme la cara y el dolor de la nariz se hizo más molesto. Busqué con la mirada un lugar donde sentarme, me derrumbé sobre la silla más cercana y miré a Cady. Lena estaba llorando junto a la cama y acariciaba el pie de mi hija con la mano. La pierna se movió y un sonido se escapó de mi garganta.

–¿Cuándo?

Rissman estaba arrodillándose junto a mi silla y miró la pared y el suelo antes de decidirse por mi hombro izquierdo.

–Hará unos cinco minutos. ¿Qué le ha pasado a tu nariz?

Me eché hacia atrás.

–Me suele sangrar –miré a Cady–. Lo va a conseguir.

–No nos precipitemos demasiado. Se está moviendo y eso hace que haya muchas más probabilidades que antes.

Lo miré aunque él no me miraba a los ojos, tuve que contentarme con sus mechones plateados.

–Joder, que sí.

Él asintió.

–Simplemente no quiero hacer un pronóstico precipitado. El camino es largo y en cualquier punto podría cortarse.

Inspiré hondo.

–Las probabilidades me gustan más ahora.

El doctor me dio unas palmaditas en el hombro al levantarse.

–Bueno, lo cierto es que son mayores que antes –le dirigió una sonrisa al hombro de Lena–. Voy a practicarle otra serie de pruebas dentro de una hora, lo que significa que los dos vais a estar mirando una cama vacía durante la mayor parte de la noche –me echó un vistazo, estableciendo contacto visual solo por un segundo–. Creo que deberíais marcharos a casa y descansar un poco.

Compartimos un taxi hasta la ciudad vieja y yo me bajé en casa de Cady. Traté de darle algún dinero pero ella no lo aceptó. Me devolvió mi sombrero y yo me lo calé sobre la gorra de los Phillies. Seguro que estaba estupendo. Antes de que el taxi arrancara, me acordé de preguntarle:

–¿Has llamado a Henry?

–Le he dejado un mensaje.

–Gracias.

–Hablando de mensajes, hay un montón en el contestador de Cady. Espero que no te

importe que los haya escuchado, pero pensé que podía servirte de ayuda que los copiara en un cuaderno. Está junto al teléfono.

–Supongo que debería llamar a Wyoming.

Permanecí de pie sobre los adoquines de la Calle Bread, donde habíamos emprendido nuestro paseo la noche anterior. Parecía que habían pasado años desde entonces. La noche y la ciudad. Tuve ganas de preguntarle si quería pasar, pero caí en la cuenta de que la pobre mujer tendría vida propia.

–Gracias de nuevo.

Ella se inclinó hacia delante y levantó la vista, envuelta en la pálida luz del coche.

–No ha sido nada –se pasó los dedos entre el pelo y volví a asombrarme de su brillo azulado.

–Sí que lo ha sido. No sé cómo podría haber pasado la noche sin tu ayuda, por no mencionar el día de hoy –vi cómo entrecerró los ojos, complacida, como gata tras una caricia. La sonrisa permaneció en su rostro, una sonrisa suave y relajada. No quería que se marchase sin volver a quedar con ella.

–¿Qué tal si comemos mañana?

–Trato hecho. ¿Nos vemos en el hospital?

Asentí y cerré la puerta. El taxista estaba pendiente de algún papeleo, así que esperamos un momento, cada uno a un lado de la ventana, y sentí un cierto remordimiento cuando ella volvió a mirarme. Extendí la mano. Ella permaneció quieta observándome mientras el taxi emprendía su marcha por Bread, giraba a la izquierda en la Calle Quarry y desaparecía.

El cielo amenazaba tormenta pero no sabía si lo que se oía a lo lejos eran truenos o el tren al pasar el puente. Me giré y caminé hasta la puerta de Cady, levanté el brazo para alcanzar la parte superior de la caja de conexión y cogí una nota con la llave. Lena la había limado de modo que encajara fácilmente en la cerradura. Abrí la puerta e inmediatamente Perro se me vino encima.

Le di el jamón que había sobrado de la cesta de picnic de Lena y pensé en ir a comprarle un par de hamburguesas a Paddy O'Neil's..., y de paso otro par para mí. Había un menú por allí, lo cual me permitiría llamar para hacer el pedido, todo un lujo. Abrí el frigorífico y me encontré un paquete de seis botellas de Yuengling, abrí una de ellas y me la bebí mientras buscaba el cuarto de baño. Me di una ducha y saqué algo de ropa limpia del petate, que había dejado junto al sofá. El reloj del microondas me indicaba que disponía de tres horas y media antes de que devolvieran a Cady a la UCI, así que cogí el cuaderno que había junto al teléfono y leí los numerosos y variados mensajes que habían dejado prácticamente todos los habitantes del estado *cowboy*. La mayor parte eran de Ruby y Vic, pero también había algunos de Ferg, Lucian, Sancho, Superduro, Vern Selby, Dorothy, Lonnie Pájaro Pequeño, Brandon Búfalo Blanco, Dena Muchos Campamentos, Omar, Isaac Bloomfield y Lana Baroja.

No había ningún mensaje de Devon Conliffe.

Relegué mis oscuros pensamientos a lo más hondo de mi mente y dejé el cuaderno en

la mesita de cristal. Llevaba allí dos días y no había llamado a nadie. No estaba seguro de si se habría corrido la voz por el condado de Absaroka a través de la red Moretti, del hospital de la Universidad de Pennsylvania o del departamento de policía de Filadelfia, pero me iba a tocar dar muchas explicaciones. Supongo que había estado esperando a tener un pronóstico favorable que poder contar y, ahora que Cady había tenido un reflejo involuntario, debía devolver las llamadas.

Me quedé mirando el teléfono: me faltaba la energía. Inspiré hondo, me apoyé contra los almohadones del sofá y me coloqué el sombrero de *cowboy* sobre los ojos. Perro saltó encima sin que nadie lo invitara y, después de un rato que se me antojó muy largo, nos quedamos dormidos.

En los últimos tiempos había tenido muchos sueños y en ellos siempre aparecían indios, por lo que no me sorprendía cuando los veía por el rabillo del ojo. En esta ocasión sentía el azote del viento, el que solemos tener en las altas llanuras y al que le falta poco para ser huracanado. El vendaval me empujaba al borde de unos riscos cerca de Cat Creek. Era difícil ver con claridad: mis ojos eran simples hendiduras llorosas. Giré un poco la cabeza y vi a un valiente cheyene que levantaba los brazos animándome a que hiciera lo mismo. Llevaba una camisa de guerra de flecos y abalorios con franjas de cuentas azules y blancas que le recorrían las mangas y distinguí que llevaba colgada una bolsa de medicina india de cuero crudo, pintada en rojo y negro con el símbolo geométrico del viento.

El viejo indio me dirigió una media sonrisa, extendiendo un brazo hacia mi cara para obligarme a concentrarme en lo que tenía delante. Contemplé el horizonte mientras los relámpagos se sucedían, como las descargas en el cerebro de Cady, y barrían el firmamento como una tormenta eléctrica silenciosa. Bajé la vista en dirección al cañón y un escalofrío me recorrió la espalda como una mecha encendida: a nuestros pies se extendía la nada, estábamos a cien metros de altura.

El teléfono sonó y al levantar la vista comprobé en los números verdosos del microondas que llevaba una hora durmiendo. Sentí una punzada al escuchar la voz grabada de Cady en el contestador y escuché la señal.

—Walt, soy Ruby. Espero que estés escuchando estos mensajes... Vic dice que ha recibido una llamada de su madre contándole que el estado de Cady ha experimentado una mejoría. Solo quería saber si alguno de nosotros podemos hacer algo desde aquí. Hemos tratado de llamar a Henry, pero tampoco él responde al teléfono —la línea permaneció en silencio mientras yo seguía ahí sentado sintiéndome culpable y escuchando—. Vic ha amenazado con plantarse allí, así que será mejor que nos llames — Ruby hizo otra pausa y estuve dispuesto a jurar que sabía que yo estaba escuchando—. Llámanos, por favor. Estamos preocupados por Cady y estamos preocupados por ti — estaba a punto de extender la mano para cogerlo cuando la llamada se cortó.

Suspiré. Si Cady continuaba en ese estado, no podría regresar. Así de simple era.

Miré a Perro y él me miró a mí.

—¿Quieres una hamburguesa?

Él meneó la cola y yo lo tomé por un sí. Pedí cuatro hamburguesas para llevar al irlandés que había a la vuelta de la esquina.

Fui hasta las puertas de la terraza y escuché el goteo intermitente del agua sobre las hojas del manzano silvestre. Era una lluvia suave que limaba los bordes afilados de la noche de la ciudad, dejando todas las superficies relucientes. Estaba a menos de cincuenta metros de la entrada de Paddy O'Neil's, por lo que creí que podría ir hasta allí y volver sin empaparme. Contemplé cómo las gotas de lluvia caían suavemente sobre los charcos cada vez más grandes de la calle adoquinada a la luz amarilla de las farolas. Levanté la vista en dirección al tramo de arco del puente que se adentraba en la ciudad vieja mientras oía el continuo rumor del tráfico.

Por encima del estruendo del grupo de música celta y del griterío del público, comprobé que su acento no se había perdido en el salto de generación: irlandés profundo. El *barman* era un chaval guapo aproximadamente de la misma edad de Cady que bizqueaba de un ojo, empeñado en mirar a la izquierda.

—¿No serás el padre de Cady, el *sheriff*?

Me miré el ala de mi sombrero de *cowboy*.

—Pues sí.

El chico era como uno de esos tipos duros que había visto en Vietnam, de los que se metían dentro de los túneles del Vietcong con una semiautomática del 45 y un buen par de cojones.

—¿Eres O'Neil?

Él me dedicó una sonrisa.

—El mismo. Me quedé con el local que había pertenecido a mi tío Paddy, el O'Neil originario —me entregó una bolsa llena de hamburguesas con queso y vi que tenía los brazos cubiertos de tatuajes. Le pagué, añadiendo algo de propina—. ¿Dónde está tu hija?

Esperé un momento. El barullo de las voces del bar me envolvía.

—No se encuentra bien —me incliné hacia delante y carraspeé—. O'Neil, ¿puedo hacerte una pregunta?

Él se secó las manos en un trapo.

—¿Sí?

—¿Conoces a su novio, Devon Conliffe?

O'Neil soltó el trapo en seco.

—Sí, lo he visto un par de veces.

Asentí, nuestras caras estarían a unos treinta centímetros.

—¿Un tipo simpático?

Él movió la mandíbula de forma casi imperceptible. —Sí.

—¿O'Neil? —él se acercó un poco más con la pregunta—. Eres un mentiroso —el chico me observó un segundo y luego se echó a reír, mientras se iba hacia el otro extremo de la barra para ayudar a unas camareras desbordadas. Cuando me marché me miró de reojo.

Perro se zampó sus hamburguesas con queso todavía más rápido que yo. Tras darle el último bocado a mi segunda pieza, traté de echarme otra siesta, pero supongo que me preocupaba quedarme dormido, porque no conseguí pegar ojo.

Una hora más tarde desistí y llamé para pedir un taxi. Me quedé mirando a Perro desde la puerta, que me observaba con sus grandes ojos marrones.

–En la UCI no está permitido que entren perros –él continuaba mirándome y estoy seguro de que no se le escapó nada–. No puedo hacer nada –se sentó–. Mañana te llevaré a dar un largo paseo –se tumbó, sin dejar de mirarme–. De verdad.

Cuando salí llovía con un poco más de fuerza y, antes de saltar al interior del taxi, noté el parpadeo de unas luces azuladas de emergencia que parecían emanar de los tirantes del puente Benjamin Franklin. En la oscuridad, parecía como si el tablero del puente colgara sobre el aire impregnado de humedad. Debía de haberse producido un accidente. Permanecí allí un segundo más y luego decidí que no era mi problema y me subí al taxi.

Como no había demasiado tráfico a esas horas de la noche no tardamos mucho y doce minutos más tarde me encontraba sentado en la cama de Cady. Acababan de hacerle las pruebas y la enfermera del puesto me había contado que no se había producido ningún cambio significativo pero que la respuesta involuntaria a los estímulos era un excelente síntoma.

La llovizna de primavera había dado paso poco a poco a fuertes ráfagas de lluvia que azotaban las ventanas como si fueran olas rompiendo contra un quinto piso. Permanecí allí sentado durante dos horas antes de quedarme dormido escuchando el sonido, con la barbilla pegada al pecho.

Cuando me desperté todavía llovía pero había alguien más en la habitación. Parpadeé y miré al hombre que había de pie junto a la cama de Cady. Su gabardina negra y su paraguas estaban aún goteando, así que no podía llevar mucho tiempo allí; eché un vistazo a la puerta y vi que había un rastro de pies mojados que conducía hasta donde él se encontraba ahora. Al otro lado de la pared de cristal estaba el hombre negro de pelo rapado, hablando con la enfermera que me había alentado antes.

Volví la vista hacia el hombre que se hallaba junto a la cama y vi que este me estaba observando con sus ojos marrones a través de sus gafas de diseño con montura de motitas rojas.

–Hola.

–Hola.

Volvió a mirar a Cady.

–Tiene una hija muy guapa.

–Gracias.

Sus ojos permanecieron fijos en ella.

–Supongo que no recordará.

–Sí, me acuerdo.

Él asintió y se giró para mirarme.

–Bien. ¿Sabe por qué estoy aquí?

–Supongo que tendrá algo que ver con Devon Conliffe.
Se aproximó hasta los pies de la cama.
–Supone bien –el detective frunció los labios y se metió la mano en el bolsillo, el mango del paraguas continuaba sobre su muñeca–. ¿Tiene algo que contarme?
Pensé en ello y pensé en lo que Devon probablemente les habría contado.
–Estaba un poco enfadado... –bostecé, cubriéndome el rostro con la mano–. Por eso fui al partido de béisbol y traté de sacarle la verdad.
–¿Y?
–Me parece que en él casi todo es falso –levanté una mano y me froté la nariz–. Creo que yo salí peor parado que él. Él asintió.
–¿Esa fue la última vez que lo vio? –Pues sí. ¿Por qué?
–Porque. –me estudió con atención–. Hará unas tres horas alguien lo arrojó del puente Benjamin Franklin.

No me llevaron detenido a la central. Siempre he querido que me llevaran a la central, pero supongo que no lo creyeron necesario, así que quedamos en vernos a las 9:30 de la mañana siguiente. Henry se presentó a las 9:00 y me entregó un vaso desechable de café. Yo le conté mi conversación con los detectives.

Le quité la tapa, pero el contenido se parecía sospechosamente al que Lena había vertido en la acera el día anterior.

–Yo no lo hice, ¿fuiste tú?

–No, pero lo cierto es que esto dificulta las cosas, tú –y cogió la silla del otro lado de la cama.

–¿A quién?

Henry tomó un sorbo de su café.

–A Devon, para empezar.

Cogí un taxi delante del hospital y me dirigí al edificio de la central de policía. Estaba a unas cuatro manzanas y media del de Cady. El edificio se asemejaba a dos panales y ante él, sobre el césped fresco, se alzaba una estatua de un agente sosteniendo a un niño entre sus brazos. Lo llamaban la «Rotonda» y todo me resultó muy impresionante hasta que tuve que dar la vuelta a toda la manzana para encontrar la entrada.

En una ventanilla a prueba de balas había un cartel donde se leía en siete idiomas que había traductores disponibles. Le dije al agente que estaba allí para ver a los detectives Katz y Gowder y que quizá necesitara un traductor. El tipo no tenía mucho sentido del humor. Como no había sillas, permanecí de pie junto a la pared y esperé mientras leía sobre los criminales más buscados de Filadelfia. Parecía que tenían mucha más actividad de la que teníamos por el condado de Absaroka. Pensé en Vic, en cuando trabajaba aquí, y consideré que sus cinco años de experiencia superaban con creces mis veintitrés años de servicio. Siete minutos después, aparecieron Gowder y Katz.

El café que había comprado en la máquina expendedora se merecía el mismo trato que le había procurado Lena Moretti al mío, pero me lo bebí igualmente y eché un vistazo a mi alrededor, a los ventanales que iban del suelo al techo, a los bancos y a los árboles de interior.

–¿No tenéis una habitación con una silla y una bombilla colgando del techo?

–Hay recortes presupuestarios –esa mañana Gowder se encargaba de llevar las riendas de la conversación. Su traje, su camisa, su corbata y sus zapatos volvían a hacer juego con su piel. Estaba seguro de que sus calcetines también–. Esa nariz tiene pinta de doler.

–Las he conocido peores.

Katz no decía nada: poli interesado, poli indiferente.

—¿Por qué no nos hablas del partido de béisbol?

Me senté en uno de los bancos y me eché el sombrero hacia atrás.

—Fui a hablar con él para preguntarle por el mensaje que le había dejado a mi hija y para hacerme una idea del tipo de relación que mantenían.

—¿Y te hiciste una idea de qué tipo era esa relación?

—Creo que sí —medité sobre ello—. Por parte de él, no era una relación especialmente sana.

Él se inclinó hacia delante y se cruzó de brazos.

—Bien, tendremos que tomarte la palabra con este tema, ya que ninguna de las dos partes está en condiciones de prestar declaración.

Solté mi café en la mesa que tenía ante mí y dejé que pasara un buen rato.

—Quizá sea mejor que abreviéis. Estoy empezando a perder interés.

Gowder sonrió y bajó la vista para mirar la mano que acababa de soltar el vaso desechable.

—Tienes las manos grandes —esperé—. El difunto Devon Conliffe tenía marcas en el cuello que indican que podría haber sido estrangulado por alguien con las manos grandes.

—¿Es esa la causa de la muerte? Pensé que tendría algo que ver con el hecho de caerse desde un puente.

—Fue debido a un trauma por desaceleración —esa era la primera vez que Katz tomaba la palabra.

Como no tenía nada que ocultar, continué y les conté todo.

—Lo sujeté contra la pared del baño y lo agarré del cuello con una mano porque estaba intentando darme una patada en la entrepierna —me quedé mirándolos—. Mirad, muchachos, si de verdad me creyeráis culpable me habríais arrestado anoche. Soy consciente de que estar durmiendo la siesta no es la mejor coartada de la historia del mundo, pero, si pudiéramos averiguar cuándo compré las hamburguesas de queso en O'Neil's y contrastarlo con la hora de la muerte, podríais ponerlos a perseguir al que realmente ha hecho esto.

—¿Dónde estuviste después del partido y antes de la siesta?

Me giré hacia Gowder.

—En el hospital —agité la cabeza—. Puedo entender lo que tratáis de averiguar, pero ¿cuándo iba yo a seguirlo y cómo iba a subirlo allí arriba?

Gowder sonrió un poco más.

—Como he dicho antes, eres un tío grande.

Katz dejó su café sobre la mesa.

—A lo que el detective Gowder se refiere es a que el asesino tendría que haber lanzado al señor Conliffe por encima de la barandilla y al otro lado de la vía del tren. Y eso, sin la colaboración del propio Devon, sería toda una proeza física.

Me recliné sobre el banco.

—¿Qué hay del suicidio?

—¿Qué hay de él?

Hice una mueca.

–No pasé más de cinco minutos con el chico y vi perfectamente que tenía problemas, eso sin contar con lo que sucedió la noche anterior.

Fue Katz quien se inclinó hacia delante esta vez.

–¿Y qué pasó la noche anterior?

Les hablé de lo que Devon me había dicho, incluida su promesa de contárselo a la policía.

–¿Qué fue lo que os dijo a vosotros?

–Dijo que te habías puesto en plan tipo duro con él y que había tenido que partírte la cara –suspiré y clavé la vista en la superficie de la mesa. Gowder se rio.

–Nosotros también pensamos que sonaba bastante gracioso.

–¿Qué os contó sobre la relación?

Los detectives se miraron entre sí.

–Lo mismo que le contó al agente... Mmm...

Katz terminó la frase por él.

–Moretti.

La sonrisa regresó y Gowder se quedó mirando a Katz más tiempo del necesario.

–Moretti. ¿Cómo he podido olvidarlo?

–Supongo que habréis escuchado los mensajes del teléfono, ¿no?

Katz sacó el móvil de Cady del bolsillo delantero de su chaqueta y me lo entregó.

–Lo hemos hecho. También hemos comprobado su móvil, el fijo y toda la correspondencia que pudimos encontrar en su casa, y todo confirma que, en efecto, la relación era seria –se ajustó las gafas y me miró por entre los puntos rojos–. Señor Longmire, quiero que sepa lo mucho que sentimos lo que le ha sucedido a su hija, pero la muerte de este joven va a suscitar muchas preguntas.

Gowder enarcó las cejas.

–Su padre es juez de lo penal y tiene muchas conexiones con la actual administración local. Léase: un marrón de la hostia.

Me quedé pensando en ello.

–¿Qué os induce a creer que no fue un suicidio?

–No dejó ninguna nota y, además, aunque tuviera un historial de problemas emocionales, no hay antecedentes de intentos de suicidio –y miró a Katz, que se encogió de hombros.

–Escucha, *sheriff*, tienes razón, no creemos que seas el culpable, pero tuviste un altercado con el joven. Ocho horas más tarde aparece muerto a una manzana y media de la casa de tu hija y aquí estás tú, sin una coartada sólida –enlazó los dedos y me miró por encima de ellos–. Hemos investigado un poco y sabemos todo lo que hay que saber de ti. Fuiste investigador en los Marines, tienes una estrella de plata y una de bronce, la Cruz de la Armada... Eres un Audie Murphy, un soldado ejemplar.

–No te olvides de mi medalla al mérito en macramé.

Él me estudió un instante y luego continuó.

–Más de un cuarto de siglo al servicio de la ley y cuentas con el respaldo del despacho

del fiscal general del estado, de la División de Investigación Criminal de Wyoming y del gobernador del estado; todos ellos te ponen por las nubes.

Los observé a ambos.

–Entonces, ¿qué queréis de mí?

Gowder volvió a sonreír. Estaba intentando cansarme de su sonrisa, pero era estupenda.

–Ambos tenemos media docena de casos de homicidio pendientes.

Necesitaban un aliado. Cuando se trata con agentes del orden siempre hay que tener en cuenta que estamos mal pagados, sobrecargados de trabajo y deseando encontrar a alguien que quiera saltar a las trincheras con nosotros.

–¿Tenéis intención de contratar a alguien?

Katz levantó la cabeza, también él sonreía.

–Pensábamos que tendrías capacidad para ayudarnos y que tienes una posición ventajosa en lo que se refiere a este caso.

En Wyoming nunca me saldría con la mía con una frase así.

–Y que lo digas.

Acordamos que volveríamos a vernos con lluvia o con viento, para lo bueno y para lo malo, pero preferiblemente al día siguiente a la hora del desayuno. Me dijeron que me quedara con el teléfono de Cady. Les pregunté si me darían un anillo que me acreditase como agente especial en prácticas, pero me recordaron lo de los recortes presupuestarios.

Cuando volví a casa de Cady, Perro se alegró de verme y se alegró todavía más cuando encontré el cable para sacarlo colgado del pomo de la puerta. Las nubes seguían siendo amenazantes pero no llovía. Perro y yo recorrimos la Calle Race hasta que giramos a la izquierda en Independence. En el lado norte del puente me topé con un portón cerrado. Miré la pasarela peatonal del lado sur y decidí al menos intentarlo. Todavía quedaban dos coches patrulla y un furgón de la unidad del laboratorio de criminalística. Entonces entendí realmente lo que Gowder había querido decir. La baranda era considerablemente alta y luego estaba el ancho de las vías de la línea de tren de cercanías y a continuación la calle, mucho más abajo. Menudo lanzamiento. Calculé que Devon debía haber estado cayendo a unos sesenta y cinco kilómetros por hora cuando aterrizó en el callejón. Las pasarelas quedaban al otro lado, a unos seis metros de distancia, por lo que quienquiera que lo hubiera hecho había dispuesto de espacio suficiente para lanzarlo, pero ¿en quién habría confiado tanto como para citarse tan tarde?

Al otro lado un patrullero me gritaba que continuara mi camino; quizá no había recibido la circular informando de mi nombramiento. Lo saludé con la mano y conduje a Perro por la pasarela. Al final, encontramos un pasaje subterráneo estrafalario que llevaba al otro lado. Salimos justo al lado opuesto del portón norte y continuamos hasta el nivel de la calle, retrocedí por New Street, pasé por la iglesia metodista de Saint George, crucé la Segunda y me detuve frente a la barricada de la policía, que estaba bloqueando el callejón.

Había un poli gordito comiéndose un donut, lo juro. En su insignia del cuello decía Unidad 6, el distrito de Cady, según había podido descubrir. Como parecía un tipo amistoso, le pregunté qué había pasado.

Miró a Perro, al cable y a mí.

–Tú no eres de por aquí, ¿verdad?

Iba a tener que apañármelas sin el sombrero de cowboy y comprarle una correa a Perro.

–Estoy visitando a mi hija.

–¿Vive por la zona?

–En Bread.

–Bueno, si el suicida se hubiera inclinado un poco más, quizá tu hija tendría un tragaluz nuevo en el techo –le dio el último trozo de su *donut* a Perro–. Ha sido un chico de clase alta de. –apretó la mandíbula como adoptando una pose pija– de Main Line –se chupó los dedos después de darle de comer a Perro. El poli me caía bien.

–Parece un sitio raro para saltar.

Él levantó la vista.

–Sí, normalmente saltan al agua. Quién sabe, quizá no supiera nadar –le rascó la cabeza a Perro mientras el animal seguía buscando más donut–. ¿Cómo se llama tu hija?

–Cady Longmire. Compró la pequeña curtiduría que hay detrás de Paddy O'Neil's.

Él asintió.

–Conozco O'Neil's –en su placa identificativa ponía O'Connor–. Ian lo heredó de su tío hará un año. Es un sitio decente, pero no saques el tema de la política.

–¿Es del IRA o qué?

–Y de los malos. ¿Eres irlandés?

–¿Acaso no lo somos todos? –miré más allá de donde él estaba, al furgón del laboratorio de criminalística aparcado en el callejón–. ¿Vais a quedaros mucho rato por aquí?

–No, nos marcharemos esta tarde –tomé nota mentalmente y continué caminando por la calle con Perro–. Estaré pendiente de tu hija.

Me giré a medias.

–Gracias.

Cuando regresamos bajando por Race, O'Neil's estaba preparándose para entrar en faena. Me detuve con Perro junto a la puerta, que tenía la persiana a medio subir, y oí ruido procedente de detrás de la barra.

–¿Hay alguien en casa?

Casi inmediatamente, el propio O'Neil se asomó a la puerta.

–Hola.

Señalé a Perro con un gesto.

–¿Te importa que pasemos?

Él se lo pensó un momento.

–Va en contra de la normativa municipal, pero el bar está vacío. Pasad –me senté en el

taburete que quedaba más cerca de la puerta lateral y Perro se hizo un ovillo en el umbral—. ¿Qué vas a tomar?

—¿Qué tal un café irlandés sin el irlandés?

Él asintió.

—Marchando un café americano —sirvió dos tazas y se vino a tomárselo conmigo, se acodó en la barra y extendió la otra mano. Noté que tenía cicatrices en el antebrazo entremezcladas con las formas geométricas y sinuosas de sus tatuajes celtas, que desaparecían debajo de su camiseta negra.

—Anoche no nos presentamos como es debido. Ian O'Neil.

Yo estreché la mano que me tendía.

—Walt Longmire.

Se inclinó por encima de la barra para echarle un vistazo a Perro.

—¿Y quién es el animalito?

—Se llama Perro —se quedó mirándome—. De verdad.

—¿Cómo está tu hija?

—Está algo mejor —cambié de tema para ver si me seguía el rollo y miré en dirección al puente.

—Parece que tenéis follón, ¿no?

Cuando me volví, él continuaba mirándome fijamente.

—Sí, tiene que ver con el chico que se ha caído.

—¿Qué sabes de eso?

Extendió el brazo para alcanzar una copia del Daily News y me lo puso delante.

—Solo lo que leo en los periódicos.

Había un retrato de Devon Conliffe y una foto del puente Benjamin Franklin. El artículo llevaba por título: «El hijo de un juez muere al caer del puente». El joven y fornido irlandés se inclinó sobre la barra de la misma manera que yo lo había hecho la noche anterior.

—*Sheriff*, si quieres algo de beber o de comer eres más que bienvenido, pero si has venido a jugar a los polis, yo que tú me iría a otra parte —me sonrió para demostrarme que lo decía sin mala intención.

Le sonreí, sintiéndome como un auténtico capullo.

—Lo siento.

Extendió el brazo detrás de sí para coger una botella de Jameson y vertió un chorrito de whisky en su café.

—No sé cómo puedes beberte esto sin aliñar —me tendió la botella pero yo negué con la cabeza—. Entonces, ¿estás intentando averiguar quién mató al noviete de tu hija?

—Algo así —tomé un sorbo de café—. ¿Qué te hace pensar que no se suicidó?

Él resopló.

—Era un gilipollas. Si no lo mató nadie, alguien debería haberlo hecho —dejó la taza de café sobre la barra y me miró—. Mira, *sheriff*..., no quiero problemas. Ya he tenido bastante con lo de Irlanda para los irlandeses e Irlanda para los católicos. Ahora esto es un simple *pub* irlandés, ¿me entiendes?

Cuando volví a casa de Cady me dispuse a revisar el correo que estaba amontonado en la encimera de la cocina. Encontré las típicas facturas y publicidad, pero nada relevante. Había un calendario en el lado de la nevera. Me había olvidado del club de tiro hasta que vi que los jueves estaban marcados. Traté de acordarme de la calle que Cady había mencionado por teléfono y, finalmente, caí en la cuenta de que era Spring y algo más. Rebusqué en su escritorio y saqué las Páginas Amarillas de Filadelfia, un tocho de doce centímetros, busqué por «Armas» y encontré la sección «Seguridad y Tiro». Había media docena de clubes de tiro, pero solo uno en la Calle Spring Garden. Su nombre era Especialistas en Entrenamientos Tácticos.

Copié la dirección y el número en el cuaderno que Lena había usado para anotar todos mis mensajes y miré el teléfono. Todavía era demasiado temprano para llamar a Wyoming, menos a Ruby, que trabajaba desde el alba.

–Oficina del *sheriff* del condado de Absaroka.

–Soy yo.

La línea enmudeció.

–¿Cómo se encuentra?

–Oh, tan bien como podría esperarse, está reaccionando a los estímulos externos pero todavía no hay respuesta ocular alguna.

El silencio de nuevo.

–Oh, Walter...

–Pues sí.

Podía escuchar cómo se le hacía un nudo en la garganta.

–¿Qué vas a hacer?

–Esperar –de nuevo el silencio. Me pareció oír a Ruby sorbiéndose la nariz al otro lado de la línea, por lo que cambié de tema–. ¿Cómo van las cosas por casa?

Ella trató de reírse.

–¿Quieres tus *post-it*?

–Claro.

Su voz pareció afianzarse y se aclaró la garganta.

–Chuck Frymyer vino por su uniforme.

–¿Quién?

–El chico que contrataste para Powder Junction.

Una pausa.

–Alguien ha robado todas las bolas de billar del bar Euskadi.

–Que miren debajo de la mesa, donde se pone el triángulo de las bolas, a la gente le parece divertido esconderlas ahí.

–Bessie Peterson ha denunciado que alguien le ha arrojado basura por encima de la verja trasera.

–Habla con Larry Stricker. Es el dueño de ese perro que ladra tanto y del que ella se estuvo quejando la semana pasada –Perro, creyéndose que había escuchado su nombre, se levantó y colocó la cabeza sobre mi rodilla.

–Una mujer ha notificado que se ha topado con un hombre mayor caminando por

mitad de la ruta 16, llevaba un mono y un gorro de caza. Por lo visto extiende la mano como si estuviera haciendo autoestop y, cuando pasas por su lado, levanta ambos brazos.

–Es el hermano de Catherine Bishop. A veces se desorienta y le da por salir a dar paseos.

–Recibimos una llamada de alguien pidiendo que un agente le ayudara y luego colgaron. Los agentes se personaron y encontraron a una pareja discutiendo. Habían arrancado el teléfono de la pared. Encima del mostrador de la cocina había una botella abierta de whisky.

–¿De qué marca?

–El informe no lo menciona.

Le di unas palmaditas a Perro en la cabeza y la línea permaneció en silencio.

–Ya tenías respuesta para todo, Ruby.

–Sí.

–Entonces, ¿lo has dicho por mí?

–Sí.

Se me estaba acalorando el rostro otra vez.

–Gracias.

Ruby estuvo respirando junto al teléfono durante un rato.

–La gente hace preguntas. ¿Puedo decir que el pronóstico es reservado pero esperanzador?

El calor había alcanzado su cota máxima.

–Sí.

–Vic amenaza con coger un vuelo a Filadelfia o con llamar a Omar para emprender una expedición aérea.

–Dile que estoy bien.

–No suenas como si lo estuvieras.

–Será mejor que me vaya.

–¿Walt?

–Hablamos más tarde.

Colgué el teléfono y contemplé la superficie de cristal de la mesita de café que reflejaba las nubes que pasaban por el tragaluz. Era como si en este mundo todo estuviera en permanente movimiento.

Volví a acariciar a Perro y luego me fui a la zona del despacho para registrar el escritorio de Cady. No había ni un trozo de papel encima del mueble pero había un ordenador portátil que tenía pinta de ser caro. Podía llamar a Ruby de nuevo para pedirle ayuda con el ordenador o esperar y dejar que Henry probara suerte con él. Había algunas fotografías enmarcadas sobre el escritorio: una que había tomado yo en el rodeo del condado de Absaroka cuando ella tenía ocho años; otra de Cady con una mujer joven que no conocía en una especie de barco de recreo y otra de Henry mirando fijamente a la cámara, con una ceja tan tensada como la cuerda de un arco.

No había ninguna foto mía.

Abrí los cajones del escritorio y encontré material de papelería pero ningún documento.

Busqué en la galería enmarcada por vigas metálicas y en los pasillos de arriba. Sabía que en esa planta había dos dormitorios pero todavía no había visto ninguno.

Al final de la escalera de caracol se encontraba el dormitorio principal, no demasiado grande, con un balcón que daba a la terraza de atrás. Debía de corresponder al espacio que antes ocupaban las oficinas de la curtiduría, cuando aquello todavía era un comercio, pero ahora contenía una cama grande con dosel y una escribanía rústica francesa, herencia de su madre. Mientras permanecí a los pies de la cama me envolvió la esencia de Cady. Me sentí de repente como una avalancha a punto de desatarse, pensando en ella, en el champú de pomelo marca Jo Malone y en su cabeza medio afeitada y la cicatriz en forma de U.

Me senté y me miré en el sencillo espejo de cerezo. Aparte de mí, se reflejaba en él una caja metálica situada en la superficie del vestidor. Fui hasta allí y traté de abrirla: cerrada, había que introducir una clave. Introduje la fecha de nacimiento de Cady y los pequeños cierres saltaron. Meneé la cabeza con incredulidad, cómo podía ser tan predecible mi hija.

Dentro había una Sig Sauer P226 de 9 milímetros. Se trataba de un modelo caro con un acabado niquelado con incrustaciones en oro de 24 quilates. Solo a mi hija se le ocurriría comprarse una pistola de diseño. Hallé dos cargadores completos en la funda y tomé nota mentalmente para darle a mi hija un par de consejos sobre el buen uso de las armas de fuego, si es que alguna vez tenía oportunidad de volver a hablar con ella.

Saqué la munición y la metí en el cajón de abajo, cerré la funda, me giré y salí de la habitación al pequeño descansillo situado encima de la cocina. Perro me observó desde el sofá de abajo y luego bajó la cabeza para continuar con su siesta.

Me quedé allí durante un rato, agarrado a la barandilla, tratando de pensar qué habría querido Cady que hiciera. Al igual que yo, no soportaba los misterios. Incluso desde muy pequeña me hacía preguntas: preguntas en forma de afirmación, preguntas a modo de respuesta y preguntas en forma de interrogatorio infinito. Quería saberlo todo y, si le decías que fuera a averiguarlo, lo hacía y volvía con más preguntas todavía. Incluso a esa edad habría sido capaz de entrevistar a un tocón.

Me di la vuelta y proseguí hasta el otro dormitorio. Allí tenía colgado un viejo cráneo de antílope pronghorn que encontramos en la parte trasera del rancho cuando ella tenía seis años. Probablemente le dispararon en los sucios años treinta, se llevaron los cuernos y lo dejaron tirado al sol de las altas llanuras. Cady me preguntó qué le había sucedido al antílope y yo le conté la verdad, cosa que siempre había intentado hacer. Ella se lo llevó a Henry y, con su ayuda, lo decoró con cuentas y plumas. Lo tuvo colgado en su habitación de la casa del pueblo, lo colgó en los distintos apartamentos en los que vivió a su paso por Berkeley, San Francisco y Seattle y ahora colgaba sobre la cama de la habitación de invitados en Filadelfia. También había un rótulo oxidado en un marco recargado donde ponía: «Departamento del Interior: Asuntos indios, Reserva india Boundary». Se lo había regalado Lucian. También había más fotografías, pero yo no salía en ninguna.

Bajé la vista hacia la cama para mirar algo que me había llamado la atención desde el

descansillo. Era un sobre de papel apergaminado color marfil donde ponía «Papá». Lo cogí y vi que debajo, sobre la almohada, había colocado una chocolatina de After Eight. Abrí el sobrecito y leí las tres palabras que contenía, luego lo cerré con cuidado y me lo metí en el bolsillo de la camisa, junto a mi corazón.

Había llamado a Lena Moretti para contarle que se había producido un cambio de planes y que comeríamos en el Instituto Franklin. Me dijo que nunca había comido allí y que tenía sus buenas razones, así que nos decantamos por tomar unos pretzels al estilo Filadelfia a pie de calle. Era la primera vez que los probaba y el mío estaba embadurnado de mostaza picante color marrón. Había estado hablando con el jefe de seguridad del instituto y me dijo que me mandaría a Esteban Cordero, el agente de seguridad que estaba de guardia cuando se produjo la caída de Cady, para que hablara conmigo tan pronto como llegara al trabajo.

Lena llevaba puestos unos vaqueros y una blusa blanca con cierres a presión, al estilo del Oeste, que seguramente le había enviado Vic. Supuse que intentaba que me sintiera como en casa. Estábamos sentados en las escaleras masticando y bebiendo soda de cereza rodeados de niños que bajaban y subían de los autobuses a la entrada del museo.

–¿Cómo era ella de pequeña?

Me re Coloqué mi gorra de los Phillies.

–Teníamos la norma del trasero pegado a la silla. Como Cady siempre se sentaba a medias en la silla cuando íbamos a cenar, le enseñamos esa regla –le di un trago a mi soda–. ¿Cómo era el Terror?

Lena se encogió de hombros.

–Todo le parecía mal –Lena observaba a los niños, que hacían sonidos de pájaro... Sonidos atolondrados y jubilosos, solo de escucharlos uno se alegraba–. Era una treintañera atrapada en el cuerpo de una niña. Ella y su abuela Nona siempre hicieron causa común para dejar bien claro lo mucho que me desaprobaban.

–¿Desaprobarte? ¿Qué hay de malo en ti? –era una pregunta inocente, pero creo que tropecé con algo en el camino, un algo que rebotó y se llevó una pesada carga consigo.

Lena se lamió un resto de mostaza de la comisura del labio.

–Pasé una mala racha hace un tiempo –tomó un trago de su refresco y me miró–. Hace ocho años tuve una aventura. Me sorprende que no hayas visto la letra escarlata que llevo bordada en la blusa.

Estaba a punto de contestar cuando una sombra procedente del otro lado cruzó ante mí. Levanté la vista y vi que un señor mayor latino con chaqueta azul me miraba con cara de preocupación.

–¿Es usted el padre de la chica que resultó herida?

Me levanté y le presenté a Lena. Seguimos al guardia escaleras arriba y nos dirigimos hacia la derecha, mientras él nos hablaba sobre el interrogatorio de la policía.

–Me hicieron muchas preguntas esa misma noche, luego vino otro agente y volvió a interrogarme.

Terminé mi *pretzel* y el refresco mientras subíamos las escaleras hasta el punto donde

estas se encontraban con una rampa de acceso para discapacitados que ascendía por un lateral del edificio. Luego cambiamos de dirección y bajamos a la acera. Él señaló una zona llana del pavimento.

–Ahí fue donde cayó.

Contemplé la acera de cemento. Traté de imaginarme la noche tal y como Devon la había descrito: él la había cogido del brazo, ella había forcejeado para zafarse y había caído. Al ver el escenario su declaración cobraba sentido. Él estaba enfadado, ella había acudido a verlo y se habían peleado.

Volví la vista a la entrada del museo, pero desde donde nos encontrábamos no se veía la entrada principal.

–¿La viste caer?

–No.

Me giré y lo miré.

–¿Entonces cómo supiste que había pasado todo esto?

–El chico llamó a la puerta.

–¿Subió hasta la puerta? –él asintió y yo pensé en lo que Devon había dicho en el estadio, me contó que había salido corriendo–. ¿Devon Conliffe fue hasta la puerta del museo?

Él asintió un poco más.

–Sí, yo estaba en el vestíbulo principal cuando el chico llegó corriendo hasta la puerta y empezó a golpearla y a gritar.

–¿Qué aspecto tenía?

Él se quedó pensando.

–Era alto, llevaba traje, corbata azul, gabardina –me observó–. Me dijo su nombre, señaló lo que había pasado y me pidió a gritos que llamara al 911.

–¿Te dijo su nombre?

–Sí.

–Y luego, ¿qué?

–Llamé a la policía, llamé a otro de los guardias para que subiera al vestíbulo y salimos fuera.

–¿Cuánto rato te llevó?

Él inspiró.

–Un minuto, puede que dos.

–Y luego, ¿qué?

–Cuando salí fuera, había desaparecido.

–¿Cuándo llegó la policía?

–Un par de minutos después –me quedé mirando el cemento fijamente y luego volví a mirarle a él.

–¿Qué aspecto tenía?

–¿El poli?

–No, Devon Conliffe. Has dicho que era alto y la ropa que llevaba, pero ¿y la cara?

–No lo sé. Un chico blanco, pelo oscuro con raya al lado.

–¿No tendrás el *Daily News* de esta mañana?

Me miró durante un segundo y luego asintió.

–Sí, lo tengo en el mostrador de la entrada, pero todavía no he tenido ocasión de leerlo.

–¿Te importaría que le echáramos un vistazo?

Pasamos por delante de la estatua de Benjamin Franklin que había en el vestíbulo, sentado y complacido bajo el cálido resplandor del museo de ciencias.

Me centré en el puesto de seguridad. Cordero había sacado el periódico para dejarlo sobre el mostrador. Lo miré un segundo y luego le di la vuelta para que él lo pudiera ver.

–Míralo con atención. ¿Es este el chico que llamó a la puerta?

Estudió la página durante un minuto y luego volvió a mirarme.

–¿Sabes...? No creo que fuera él.

–Tres cosas. Primera: Devon dijo que salió corriendo en cuanto llegó otra persona. Supuse que se refería al guarda jurado, pero, al comprobar que no se ve la entrada del museo desde el lugar donde Cady resultó herida, he empezado a darle vueltas.

Tomé un trozo de mi helado mientras observaba a Lena hacer lo mismo. ¿Qué clase de almuerzo sería sin postre?

–Segunda: Cordero ha dicho que Devon tenía el pelo oscuro, pero el chico era rubio.

–¿Y tercera?

–La corbata azul. Cuando hablé con Devon dijo que no había pasado por casa y que todavía llevaba la misma ropa del día anterior. En el estadio, la corbata que llevaba era roja –estábamos sentados en un banco en la fuente de Logan Circle, observando a los peces y los cisnes expulsar chorros de agua de seis metros de altura. Como si se pudiera saturar de más humedad el ambiente–. Por separado no es gran cosa, pero en conjunto. Por supuesto, ahora que la foto de Devon aparece en todos los periódicos de la ciudad, probablemente sea más difícil encontrar al hombre misterioso. Sea quien sea, si es listo, llevará anclas y se marchará a casa.

–¿No podría ser alguien que pasara por allí? Me refiero a que estamos en una gran ciudad, hay mucha gente de paso.

–No creo. Esa noche no había actividades en el instituto. ¿Qué iba a hacer alguien paseándose por las escaleras del museo? ¿Por qué iba a conocer el nombre de Devon Conliffe y por qué iba a identificarse como tal? –me recliné sobre el banco y tomé otro trozo de helado. Pensé en ello mientras miraba al indio que estaba más cerca de la fuente de los Tres Ríos. Representaba el río Delaware y se parecía considerablemente a Henry–. Quizá, después de que Devon saliera corriendo, el otro tipo decidió inculparlo.

–¿Y luego también él desapareció?

–Está claro que él también tenía algo que ocultar –acabé mi helado y me quedé mascando el palo–. Estamos buscando un varón blanco, de unos treinta años, pelo oscuro y alrededor de uno ochenta de estatura.

–¿Crees que el hombre misterioso podría tener algo que ver con la muerte de Devon?

Comencé a astillar la madera con los dientes.

–Tendría sentido. Alguien se preocupa lo bastante por Cady como para seguirla, se preocupa lo bastante como para descubrirse después de que resulte herida y se preocupa lo bastante como para tirar a Devon por el puente.

Ella terminó su helado.

–Eso es mucho preocuparse.

–Pues sí.

–¿Todavía tienes hambre?

–¿Eh?

Ella sonrió.

–Estás masticando el palo, he pensado que quizá quieras comer algo más.

Lo arrojé en la papelería más cercana. Esa mañana Henry se estaba quedando con Cady y yo quería regresar al hospital antes de que él se marchase al museo, pero Lena estaba haciendo tanto por mí...

Inspiré hondo.

–¿Quieres contarme lo de tu aventura?

Ella se echó a reír y me miró por el rabillo de su ojo almendrado.

–No estaba segura de que recordaras esa parte de la conversación.

–Se me da muy bien retener los detalles, especialmente los relacionados con problemas domésticos.

Ella contempló la doncella india que se inclinaba hacia un lado con modestia, apoyada sobre un cisne crispado. Había leído la placa de la fuente después de cruzar la calle y sabía que la muchacha representaba el Wissahickon Creek, pero a ojos de Lena Moretti quizá fuera la metáfora de algo más.

–Sucedió hace ocho años. A Víctor lo acababan de ascender a inspector y comenzaba a trabajar como oficial de enlace de la fuerza especial contra el crimen organizado. No pasaba mucho tiempo en casa y supongo que me aburrí.

Esperé pero ella no añadió nada más.

–Suena como si detrás de esa historia hubiera mucho más.

Ella continuó contemplando la fuente.

–Lo hay, pero probablemente eso sea todo lo que necesites saber.

Esperé un momento respetuoso antes de contestar.

–Vale.

Observé a la gente alrededor de la fuente y pasó un momento antes de que me diera cuenta de que estaba buscando a un hombre de treinta años con pelo oscuro y que reflejara una cierta oscuridad interior.

Cuando volví a mirarla, Lena se había girado hacia mí y me sonreía.

–¿Quién tiene el turno de tarde?

–Yo, pero si pudieras echarle un ojo a Perro y cubrirme un rato esta noche, te estaría muy agradecido.

La sonrisa se mantuvo en su sitio.

–¿Me invitarás a cenar?

Volví a mirar a los indios.

–Claro.

Ella también tiró el palo en el cubo de la basura y se levantó. Era clavadita a Vic.

–El sitio lo elijo yo.

Dejé a Lena en un taxi y yo tomé otro que iba en dirección contraria. No me llevó demasiado tiempo llegar a Spring Garden y sentí cierta liberación al salir en busca de

respuestas.

Especialistas en Entrenamientos Tácticos era el único negocio que había en toda la manzana, tenía las ventanas enrejadas y una puerta que parecía más propia del fuerte Fetterman, allá en Wyoming. No parecía la mejor zona de la ciudad. En el cartel del escaparate se leía: «Venta de armas al por menor: nuevas y usadas, clases de defensa personal, galería de tiro cubierta, cursos para todos los niveles». Al lado había un aparcamiento con una entrada lateral que probablemente condujera a la galería. Traté de recordar lo que Cady había dicho del instructor, pero solo recordaba que era un ex combatiente con una puntería excelente. Me pregunté despreocupadamente qué tal se le daría arrojar cuerpos desde los puentes.

Empujé la puerta e hice sonar la campanilla de la entrada. Todas las armas que podía haber visto a lo largo de mi vida estaban alineadas contra la pared, llegaban hasta el fondo del local. Las armas cortas se exhibían en mostradores de cristal, mientras que los rifles y las escopetas estaban colocados de pie, encadenados a las estanterías situadas detrás de los mostradores. En el centro de la tienda había expuestos al público distintos chalecos antibalas y sensores de seguridad con cerraduras y alarmas, junto con blancos tridimensionales y cajas de seguridad para armas.

—¿En qué puedo ayudarle?

Jimmie Tomko era un poco más joven que yo, de complexión y estatura medias, piel clara y un pelo ralo que no hacía nada por ocultar el hecho de que le faltaba la oreja izquierda. También parecía que tenía un ojo de cristal. Estaba sentado en un taburete detrás del mostrador a mi derecha, desde donde podía fichar a todo aquel que entraba antes de que la otra persona pudiera verlo. Vi que llevaba puesta una pistolera con una Kimber calibre 45 y que estaba leyendo el *Daily News*, lo tenía doblado por la segunda página, donde continuaba el artículo sobre Devon Conliffe.

Extendí la mano.

—Walt Longmire. Soy el padre de Cady Longmire.

Él sonrió sin separar los labios.

—Hola, *sheriff*.

Fuimos a su despacho, que daba sobre la galería de tiro. Me habló de sus andanzas por la provincia de Quang Tri, que tocaron a su fin a causa de una mina detonada a presión, una bomba trampa de 105 milímetros de diámetro fabricada por uno de los nuestros.

—Habían pasado al menos dos pelotones por encima de la maldita cosa, yo era el penúltimo, y entonces el tipo que iba a mi lado tropezó con algo y yo me giré —se señaló el ojo izquierdo—. El ojo me quedó como un huevo escalfado. Dicen que probablemente fue la arena lo que nos salvó a mí y al tipo que iba delante de nosotros —no le pregunté por el compañero que había tropezado con la mina.

No era la primera vez que me sentía ansioso por dejar Viet nam atrás, así que cambié de tema.

—Jimmie, ¿cuánto hace que tienes este sitio?

—Desde el 77 —hizo un gesto en dirección a la galería—. Monté la pista hará unos diez años y gracias a eso he salvado el culo.

–¿Tantas personas hay que quieran aprender a disparar?

–Eso por un lado, y por otro están los permisos –lo miré sin entender–. Muchos de estos *yuppies* quieren licencias para llevar armas de fuego ocultas, pero las probabilidades de conseguirlo en la ciudad, incluso haciendo el curso, son las mismas que tendría Wilson Goode de unirse al Mando Aéreo Estratégico.

Recordé vagamente un caso de la ciudad en el que se vieron envueltos el mencionado ex alcalde, un helicóptero, una bomba y un proyecto urbanístico, por lo que deduje que conseguir una licencia para llevar armas de fuego ocultas en Filadelfia era prácticamente imposible.

–Entonces, ¿tú puedes conseguirles los permisos?

–Sí, de esa manera pueden llevar armas siempre y cuando las transporten en el maletero del coche, con la munición guardada por separado.

–Imagino que alguno de ellos se habrá aprovechado de ese privilegio.

Él suspiró.

–Gané bastante dinero hasta que un afamado ayudante del fiscal del distrito se dedicó a disparar contra un monovolumen Toyota en Roosevelt Boulevard. Afirmó que un par de tipos lo habían perseguido a toda velocidad, a ciento sesenta kilómetros por hora.

Medité sobre lo que había dicho.

–No sabía que los monovolúmenes de Toyota pudieran alcanzar los ciento sesenta.

–Dijo que eran traficantes de droga.

Pensé en ello un poco más.

–¿El monovolumen Toyota es el vehículo preferido de los traficantes de droga de Filadelfia?

–No. Entonces declaró que podían haber sido del Ku Klux Klan. La única pega es que antes había asegurado que los dos ocupantes del vehículo no eran blancos –Tomko me observó con su único ojo–. Vale, podría haber dos miembros no blancos del Klan paseándose por Filadelfia en un monovolumen japonés, pero.

–¿Las posibilidades son las mismas que tendría Wilson Goode de unirse al Mando Aéreo Estratégico?

–Exacto –le estaba pillando el tranquilo–. Vale, ahora probablemente te estarás preguntando por qué te he contado esta historia –y levantó la página del periódico para mostrármela.

Me quedé mirándolo.

–¿Devon Conliffe?

Él asintió.

–Estaba en el coche con Vince Osgood, ayudante del fiscal del distrito y amiguete suyo.

–¿Por qué se suponía que los perseguían unos traficantes?

–Ese tema dio lugar a muchas preguntas –dejó de nuevo el periódico sobre el escritorio–. Sorpresa, sorpresa, retiraron los cargos. Creo que pudo haber tenido que ver con el hecho de que el padre de Devon, el juez, ejerciera su influencia sobre el jurado.

–¿Su padre? –Tomko asintió–. ¿Y Devon continuaba viniendo aquí?

–La liga de los abogados. Vienen todos los jueves –se reclinó en su silla y dejó caer el mentón desfigurado en un puño–. No le quitaron el permiso y, como te comentaba, se retiraron todos los cargos.

Pensé en el hijo del juez.

–Entonces, es posible que Conliffe se hubiera visto envuelto en asuntos turbios.

–Es probable.

–¿Se te ocurre alguien que quisiera matarlo? –el ojo me miró durante un buen rato–. Además de mí.

–Media Filadelfia, aproximadamente –apartó la vista un segundo–. Mira, sé que tu hija salía con él, pero ese tío era un mierda. ¿Los viste juntos alguna vez?

–No.

–No es por nada, pero ella se comportaba como si fuera su criada –su ojo regresó hasta donde yo estaba–. ¿Por qué no le preguntas a tu hija?

Lo escruté pero no pude distinguir nada.

–Prefiero dejarlo como último recurso.

Él asintió.

–No me queda muy claro por qué estás preocupado, es lo mejor que podría haberle pasado –carraspeó y se encogió de hombros–. *Sheriff*, por si no lo has notado, tu hija es un bellezón, es inteligente y probablemente sea la mejor tiradora que he tenido el placer de conocer, porque yo no le he enseñado nada –cruzó las manos en el regazo–. No es asunto mío pero, en mi opinión, está mejor sin él.

Me ahorré el comentario.

–¿Te importa si vengo mañana por la noche?

–No, pero la tarifa para visitantes son treinta pavos más munición. ¿Qué arma usas?

–Una ACP calibre 45.

Él asintió. Probablemente el calibre le recordara Quang Tri, las minas antipersona y los huevos escalfados.

Cuando llegué al hospital era casi la una.

–¿Cuándo conoceré a la madre, tú?

Ignoré a Henry y observé a Cady.

–¿Algún cambio?

–No, pero he estado cantándole toda la mañana.

Me senté.

–Gracias.

Sus ojos permanecieron posados en Cady.

–Ella nos escucha.

Le había dado muchas vueltas a eso, pero no estaba seguro.

–¿Tú crees?

–Sí –dejó escapar una única carcajada–. Puede que esta sea tu única oportunidad de decir la primera, la de en medio y la última palabra –ahora me estaba mirando fijamente–. Cady debe escuchar nuestras voces para poder regresar con nosotros.

Pensé en la maravilla que suponía tener a una persona como él conmigo, en ese lugar y en ese momento. Incluso de niño, Henry siempre era consciente de algo que los demás ignorábamos. Pensé en el libro que había traído de Wyoming, la colección de los cuentos de Grimm gastada por unas manos afectuosas. Quizá podría leerle eso.

–Bueno, yo no sé cantar. ¿Se te ocurre algo que pudiera decirle?

Henry sonrió.

–Dile lo mucho que la quieres. Comparado con eso, todo lo demás son naderías.

Le hablé a Cady durante las cuatro horas siguientes y luego las enfermeras me echaron para poder bañarla. Cogí mi sillón y me senté en el pasillo. En el puesto de enfermeras había un *Daily News*, así que me hice con él.

«El hijo de un juez muere al caer del puente.» Estudié la foto de Devon Conliffe. Seguramente era una foto corporativa de su bufete. No se podía negar que era un chaval apuesto, pero la mirada transmitía un carácter díscolo, algo que parecía indicar que el chico buscaba una vía de escape. Supongo que finalmente la había encontrado... o esta lo había encontrado a él.

Observé la foto del puente sobre la que aparecía una línea de puntos que marcaba la trayectoria de la caída y una flecha que señalaba el punto exacto donde había aterrizado. Pensé en el callejón donde había estado hablando con el poli del *donut* y tomé nota mentalmente para regresar a la mañana siguiente, cuando la policía y los del laboratorio de criminalística se hubieran marchado.

«... A las 22 horas el tráfico en el puente Benjamin Franklin era escaso, cuando Devon Conliffe, hijo del juez Robert Conliffe, falleció a consecuencia de la caída.» El artículo era bastante sencillo, se centraba en la carrera de Devon como hombre de leyes y en los actos benéficos en los que había participado, mencionando de pasada el episodio que Jimmy Tomko había descrito como el «incidente de Roosevelt Boulevard». Robert Conliffe había declarado que su hijo era un buen hombre y un abogado excelente y que la sociedad lamentaría su pérdida.

No se hacía mención alguna a Cady. Me imaginé a los Conliffe y a mí yendo a cenar juntos. El tema de Roosevelt Boulevard me inquietaba. Necesitaba saber más del pasado de Devon. Conocía a dos detectives que quizá pudieran ayudarme. Extraje el móvil de Cady de mi chaqueta, pero se había quedado sin batería. Me lo volví a guardar en el bolsillo y me decanté por rumiar el asunto, algo que se me da bastante bien.

Cabía la posibilidad de que lo que le había sucedido a Devon fuera a consecuencia de lo que le sucedió a Cady, pero la cosa no tenía por qué reducirse a eso. Por lo que parecía, el chico se había visto involucrado en una serie de hechos que podrían haberle conducido a su trágico fin.

Las enfermeras habían terminado. Doblé el periódico, volví a dejarlo en su sitio y me acodé en el mostrador de la UCI. Nancy Lyford, la enfermera jefe, la que me había estrechado la mano cuando llegamos por primera vez, se me acercó y se quedó de pie a mi lado.

–Tu amigo tiene una voz hermosa.

–Pues sí, es verdad.

–¿Es nativo americano?

Yo sonreí.

–Sí, es indio.

–¿Nativo americano no es el término correcto?

–Supongo que sí, pero la mayoría de los indios que conozco se reirían de ti si lo utilizaras –consideré que lo mejor sería explicarme–. La mayoría de los indios no se sienten americanos, sino miembros de una nación propia –se quedó mirándome con pinta de no entender–. Una nación, como una tribu.

Ella se lo pensó.

–¿No dijo que era cheyene?

–Cheyene del norte y lakota.

–¿Siux?

Negué con la cabeza.

–Si empiezas a llamar lakotas a los siux te meterás en serios problemas.

Ella se echó a reír.

–Parece más complicado que nativo americano.

Hice un gesto en dirección a mi hija.

–¿Cómo está?

Ella miró por encima del hombro.

–El reflejo pupilar indica una mejoría, lo que significa que sus esperanzas de recuperación son mucho mayores. La respuesta involuntaria a estímulos externos es otra buena señal.

Básicamente era el mismo discurso que me había echado Rissman el día anterior y todavía no me quedaba claro si era algo bueno o malo.

–¿Entonces continuamos esperando a ver qué pasa?

Ella asintió con la cabeza y pareció un poco triste.

–Esto no es como en la tele. Es un proceso largo y muy difícil, incluso contando con que las cosas salgan bien –yo asentí y ella volvió a mirar a Cady–. No estoy segura de que este sea el momento adecuado para mencionarlo, pero se está formando una montaña con todo lo que la gente ha enviado –supuse que la miré con cara de no entender–. Tarjetas, animales de peluche, flores y esas cosas –ella sonrió–. Es una jovencita muy popular.

Doné las flores a otras unidades y procedí a introducir el resto en una bolsa grande que la enfermera jefe tuvo el detalle de proporcionarme. Mientras tanto, continué hablándole a Cady.

–Me parece que voy a dejarlo todo aquí hasta que te lo puedas llevar a casa tú misma –casi todos los animales de peluche que había tenían que ver con el Oeste: búfalos, caballos y hasta un oso. Había un surtido de golosinas y un buen mazo de tarjetas, la mayoría de las cuales llevaban su nombre, menos una en la que venía el mío–. Mira, yo también soy popular.

Tenía el tamaño habitual de una nota de agradecimiento y en el sobre habían escrito a

máquina la palabra «*SHERIFF*». Pasé el pulgar por debajo de la solapa y abrí el sobre cerrado. Dentro había una simple tarjeta blanca, de las que se utilizan para escribir los nombres de los invitados a un evento y, con la misma tipografía, se leía: «TE HAN HECHO UN FAVOR, AHORA DÉJALO ESTAR».

Estuve mirándola durante mucho rato. Al final, me di cuenta de que estaba aferrando la tarjeta con el índice y el pulgar como si fuera un salvavidas; supongo que creía que si la soltaba, podía desaparecer. Estudié el sobre. No había nada que indicara la procedencia de la nota o el remitente. La sostuve al trasluz del fluorescente y vi las marcas del carro de la máquina de escribir, unas letras gastadas entre las que destacaba una «o» con una gotita en la parte inferior. ¿Máquina de escribir? Nadie usaba ese trasto ya.

Me levanté y fui hasta el puesto de enfermeras. Sostuve el sobre en alto.

–Perdóname, ¿se te ocurre de dónde puede venir esta?

Ella negó con la cabeza.

–No, no sabría decirte.

–¿Podrías hablar con el resto del personal para ver si alguien recuerda quién ha traído este sobre en concreto?

Ella extendió la mano para cogerlo.

–Claro.

No se lo di.

–Necesito quedármelo, pero no hay ningún otro escrito a máquina. ¿Crees que podrías pedirles que vinieran, o describírselo? –ella no pareció muy convencida–. Lo único que pone es «*SHERIFF*» en mayúsculas.

–Sí –ella continuó sentada mirándome.

–Tiene que ser ya.

Las otras tres personas que trabajaban en la planta nunca habían visto la nota y, después de unas cuantas llamadas, averiguamos que el resto del personal tampoco. Saqué una tarjeta de mi cartera, miré el emblema de la ciudad de Filadelfia y pensé en los ojos hundidos que me habían escrutado con tanta atención esa misma mañana. Asa Katz, Detective, Unidad de Homicidios, Octava con Race. Había cuatro números de teléfono diferentes pero no llamé a ninguno de ellos.

Me encontraba de pie con la enfermera jefe en la habitación de Cady cuando llegó Lena Moretti.

El sol se había puesto pero los últimos rayos rebotaban en los distintos lados del edificio otorgando a la estancia una luminosidad moribunda de un tono bruñido, que prendía y se consumía como un pensamiento que se escapara.

–No, yo no la he escrito.

Extendí la mano y toqué el pie de Cady. Sentí el movimiento reflejo y que la cara se me iluminaba al mirarla.

–Bueno, solo quería darte la oportunidad de entregarte –la oí soltar un suspiro de alivio que acompañó con una sonrisa.

–¿Qué vas a hacer?

Yo también dejé escapar una risita.

–¿Sabes qué? Tu hija siempre me está preguntando eso –los cálidos rayos del sol me retrotraían a mis montañas de Wyoming y recordé lo engañosamente sencilla que parecía la vida allí–. Supongo que les entregaré a los detectives un informe completo por la mañana.

–Sí, pero ¿qué vas a hacer esta noche? –Lena sostenía la tarjeta en la mano y estaba de pie envuelta en la luz dorada, con la otra mano apoyada en la cintura.

–Esa nota parece indicar que la muerte de Devon Conliffe fue una consecuencia directa del accidente de Cady –sonreí mientras miraba el suelo de baldosas un poco más y dejé su pregunta sin contestar.

Me encontraba allí de pie acompañado por el representante de la nación cheyene, contemplando el elevado edificio y el cielo nocturno.

–¿Me vas a decir que esta también es una mala idea?

Él observó las farolas que iluminaban la Calle Market.

–No, ha sido buena idea, tú.

Eso sí que me resultaba preocupante.

Las nubes aún ocultaban la luna y apenas pasaban rozando los edificios, reflejando las luces de la ciudad. La noche era cálida y suave y, con la cubierta de nubes, daba la sensación de que todo estaba más cerca.

Eché un vistazo a mi reloj de bolsillo y miré a ambos lados de la calle. Habíamos quedado con Patti con «i» a las nueve, pero ya eran casi y cuarto.

–¿Crees que ha cambiado de idea? –Henry no contestó, simplemente miró en dirección al ayuntamiento. Se parecía un montón al indio de la fuente de Logan Circle.

–¿Qué es lo que estamos buscando exactamente?

–No lo sé. Por eso tenemos que buscarlo nosotros.

Clavó sus ojos en mí.

–¿No crees que la policía lo habrá hecho ya, tú?

–Estoy seguro de que han hecho algunas preguntas, pero probablemente la cosa se haya quedado ahí. Es difícil tratar con abogados sin una orden.

Volvió a mirar hacia el edificio.

–¿Y por eso mismo vamos a burlar la seguridad y a entrar por nuestra cuenta?

–Solo vamos a entrar, no tenía pensado burlarme de nadie –él asintió pero no pareció demasiado convencido.

Fue entonces cuando vi a una mujer que me pareció Patti doblar la esquina y aproximarse desde el centro comercial de Broad. Al cruzar la calle miró a su alrededor.

–Lo siento, he tenido problemas para encontrar una niñera. –dejó de hablar y se quedó mirando a Henry. El indio surtía ese efecto en la gente criada más allá del río Mississippi.

–Patti con «i», yo soy Walt y él es Henry Oso en Pie.

Él inclinó la cabeza, extendió la mano y sonrió mientras ella se derretía sobre las grietas de la acera.

–Patti con «i», he oído hablar mucho de ti.

Puse los ojos en blanco e inmediatamente eché un vistazo por las puertas giratorias del vestíbulo, donde había un par de guardias de seguridad sentados en un escritorio entre los ascensores. Me pregunté vagamente si no sería mejor dejar fuera de la operación al representante de la nación cheyene.

Una vez dentro, Patti los saludó con la mano. Me fijé en que uno de ellos estaba leyendo el *Philadelphia Inquirer*, que había optado por una versión más discreta de la saga de Devon Conliffe. El otro nos miró con curiosidad pero no se pronunció.

Observamos a Patti pulsar el botón de subida y entramos en el ascensor mientras ella introducía una tarjeta de seguridad en un panel y apretaba un botón rojo con el número 32. A continuación bajamos del ascensor y la seguimos hasta unas puertas de cristal opaco donde ella volvió a introducir la tarjeta. Las puertas emitieron un zumbido. Empujé una y la abrí parcialmente.

–Tú te quedas aquí.

Ella se quedó mirándome.

–Yo pensaba.

Negué con la cabeza.

–No me gusta que los guardias te hayan visto con nosotros. Si nos pillan, no quiero que andes cerca.

–No sabréis qué buscar.

Miré a Henry de reojo.

–Tendremos que arriesgarnos.

Ella suspiró.

–Encontraréis su despacho siguiendo todo recto por el pasillo hasta llegar a la biblioteca, luego girad a la derecha e id hasta la esquina. Es la penúltima puerta a la izquierda.

Le hice un gesto de saludo y esperamos hasta que se hubo marchado. Luego me giré para mirar a Henry.

–Me pregunto qué haría el gran abogado Gerry Spence en una situación como esta.

–Gerry Spence nunca se vería envuelto en una situación como esta, tú.

El pasillo principal llevaba directamente hasta la sala de reuniones.

Como todas las luces estaban encendidas, podía vernos alguien que pasara por ahí en cualquier momento. Esperé un rato y luego me adentré en el descansillo y miré a derecha e izquierda por el pasillo que se cruzaba con el nuestro. Parecía que había tres cruces más antes del final. Permanecimos a la escucha, pero solo se oía el rumor de los aparatos de la calefacción y refrigeración.

Comprobé que Henry se adueñaba de la primera posición, puesto que siempre ocupaba y que le correspondía como explorador. Avanzó hasta la siguiente intersección y me hizo un gesto para que lo siguiera, sin apartar la vista de la zona que tenía frente a sí.

Me situé detrás mientras él cruzaba el pasillo y continuaba hacia delante. Nos encontrábamos ante la puerta de la biblioteca cuando se detuvo y asomó la cabeza por la abertura. Yo esperaba escuchar de un momento a otro el aullido de los abogados al verse

atacados por una partida de guerreros, pero todo estaba en silencio. Esperé mientras Henry levantaba el puño, luego un dedo y luego el puño otra vez.

Para, una persona, quédate ahí.

Esperé mientras él cruzaba al otro lado de la puerta y se asomaba a la habitación desde el ángulo opuesto. Aguardé mientras sus ojos oscuros lo inspeccionaban todo. Se quedó inmóvil durante un segundo y luego se dio la vuelta despacio y se pegó a la pared del fondo. Yo hice lo mismo. Escuché con atención y oí que alguien revolvía unos papeles y caminaba por la habitación, a unos seis metros de la puerta.

Un momento después y mucho más tiempo del que la mayoría de los hombres blancos serían capaces de esperar, Oso inclinó la cabeza y miró al interior de la biblioteca. Echó un vistazo hacia atrás y me hizo un gesto para que lo siguiera. Crucé al otro lado y lo seguí hasta la esquina del fondo, donde se detuvo y volvió a mirar en ambas direcciones.

En ese maldito sitio todas las luces estaban encendidas y empecé a preguntarme cuánto dinero se ahorrarían en facturas Schomberg, Calder, Dallin y Rhind si las apagaran. En el pasillo que conducía al despacho de Cady había unos cuadros abstractos que a mí se me antojaron representaciones de indios. Cuando me volví para mirar a Henry, él se encontraba estudiando el que tenía más cerca, luego me miró y se encogió de hombros.

Para mi alivio, casi todas las puertas que daban a la derecha estaban a oscuras o cerradas. Al pasar, las luces de los otros rascacielos me deslumbraban y me sentí algo mareado, por lo que me alegré cuando llegamos a la puerta donde ponía «CADY LONGMIRE» en una pequeña placa de latón. La tercera puerta antes de llegar a la de Cady estaba abierta y el despacho tenía la luz encendida. En la placa ponía «JOANNE FITZPATRICK», un nombre que me resultaba familiar. Henry giró el pomo del despacho de Cady y cerró la puerta detrás de nosotros.

Era una habitación pequeña y permanecimos quietos un momento para dejar que nuestros ojos se acostumbraran a la oscuridad. Rocé algunas prendas de ropa de Cady que colgaban del perchero de detrás de la puerta y detuve el balanceo con la mano. Henry estaba situado ligeramente a mi izquierda, mirando por el ventanal que teníamos enfrente de nosotros y que iba del suelo al techo. La estatua de William Penn y el ayuntamiento quedaban a nuestra derecha y el resplandor amarillento del reloj situado bajo el propio Penn indicaba que ya era hora de que todos los abogados buenos estuvieran en casa y en la cama. La luz azulada del edificio del otro lado de Market reflejaba la imagen de las farolas de la calle y del edificio donde nos encontrábamos.

Henry extendió la mano hacia el escritorio en sombras y encendió una lámpara de carey. Era suficiente iluminación, pero no lo bastante como para que pudiese colarse por la rendija de la puerta. Inspiré hondo por primera vez desde que habíamos entrado en las oficinas.

—¿Había alguien en la biblioteca?

Oso asintió.

—Sí. Una chica guapa, más o menos de la edad de Cady, de pelo oscuro.

Pensé en ello mientras echaba una ojeada a mi alrededor.

—No conozco de vista a ninguno de sus compañeros de trabajo —él asintió.

En la habitación no había mucho espacio para moverse. Como había cajas con expedientes apiladas contra la pared me coloqué tras el escritorio, donde había más carpetas amontonadas y un ordenador. También había cajas al pie del ventanal, además de una serie de archivadores en la pared de la derecha.

Me senté en la silla y miré a mi alrededor. En la pared tenía un mapa grande de Wyoming de principios de siglo en un marco muy recargado. Flanqueando el mapa había cuatro dibujos de los que los indios solían realizar en los libros de contabilidad y un grabado de Cloud Peak de Joel Ostlind. Contemplé la elegante simplicidad del grabado y fue como si sintiera el frío viento de ese picacho del oeste.

Sobre el escritorio había una vieja fotografía de Cady con Martha después de que la quimioterapia hubiera empezado a hacer de las suyas. Estudié la hermosa estructura ósea de ambas mujeres, madre e hija, el brillo de sus ojos y la postura lánguida y relajada de las manos, con las que se abrazaban por los hombros. En otra aparecían Henry de pie y Dena Muchos Campamentos vestidos con el atuendo tradicional indio en la representación de la batalla de Little Big Horn. Incluso había una de Perro.

Supongo que estaba visiblemente decepcionado.

—¿Qué sucede, tú?

Esperé un momento antes de responder.

—Sé que te parecerá una tontería pero. No hay ninguna foto mía —carraspeé, quizá esperaba que haciéndolo no sonaría tan estúpido o patético lo que dije a continuación—. No tiene ninguna foto mía en su casa, ni aquí tampoco —él permaneció en silencio mientras me miraba, observando cómo el sentimiento de culpa causado por las emociones a flor de piel salía a la luz como un animal herido—. Pensaba que sería lo bastante importante en su vida como para que guardara una o dos fotos de su padre.

Él extendió la mano sobre el escritorio y pulsó la tecla de espacio del ordenador.

Levanté la vista y me vi asaltado por un aluvión de sentimientos: profundos, antiguos, llorosos. Permanecí allí sentado mientras se calmaban las aguas, pero me asomaban lágrimas en los ojos que me nublaban la vista.

En el fondo de pantalla aparecíamos Cady y yo con las cabezas juntas. A juzgar por el ángulo, la había tomado ella misma estirando los brazos. Los dos salíamos sonriendo y ella tenía la nariz pegada a mi oreja.

Registramos solo una caja. Lo único que nos quedó claro fue que Cady estaba trabajando en un montón de casos y que sabíamos muy poco de leyes.

Henry se frotó los ojos.

–¿Qué hora es, tú?

Eché un vistazo por encima del hombro al reloj del ayuntamiento.

–Casi las diez.

Él cerró el expediente que sostenía en las manos.

–¿Estamos buscando algún caso que tenga alguna conexión personal con ella?

–Pues sí.

–¿Alguien que cree que matando a Devon Conliffe estaría ayudando a Cady?

–Eso es.

–¿Puedo volver a ver la nota? –me la saqué del bolsillo y se la entregué.

Esperé, pero él no se pronunció. Señalé la tarjeta haciendo un gesto.

–De ahí se extrae que el asesino conoce a Cady, que el asesino conocía a Devon y que el asesino nos conoce.

Henry estaba mirando una fotografía de Cady acompañada de una mujer joven de melena oscura. Salían montando a caballo y al fondo había un cartel donde ponía «Establos Gladwyne».

–¿Una advertencia?

–¿Una amenaza?

Él clavó sus ojos en los míos.

–¿Y crees que es alguien que ha conocido por su trabajo?

–Es el único contacto con el mundo criminal que tiene –me encogí de hombros–. Dime con quién andas y te diré quién eres –contemplamos las cajas. Él se levantó, avanzó en dirección a la puerta y estiró la espalda–. ¿Qué estás haciendo?

–Voy a por dos tazas de café, tú –giró el pomo, abrió la puerta y se deslizó al pasillo–. Y en busca de un abogado –tonto de mí, y yo que pensaba que regresaría solo con el café.

Me recliné en la silla de Cady y observé la ciudad que se extendía a mis pies a lo largo del río Delaware, la única franja a oscuras en mitad de lo que parecía un océano de diamantes sobre un paño de terciopelo. Era fácil distinguir el puente Benjamin Franklin, con sus cables azules y sus contrafuertes amarillos extendiéndose hasta Nueva Jersey, donde seguramente la vida tampoco fuera fácil.

¿Quién había sido capaz de llevarlo hasta allí arriba? Los carteles de la pasarela

indicaban que las puertas se cerraban a las 19 horas, así que no había sido un encuentro casual. Alguien había querido que Devon Conliffe subiera a ese puente, alguien que lo quería muerto.

Pensé en toda la gente con la que había hablado antes. Era evidente que Jimmie Tomko no le tenía demasiado afecto a Devon pero, durante nuestra entrevista, no me dio la sensación de ser la clase de persona que tiraría a alguien por un puente. Sería interesante pasarse por la galería de tiro la noche siguiente para ampliar la lista de sospechosos. Ian O'Neil me intrigaba –un joven con un pasado turbio–; me imaginaba que Cady le gustaba, pero la cosa tampoco pasaba de ahí.

Cerré los ojos y escuché el sonido del rascacielos, el vaivén de los ascensores, el rumor del aire acondicionado y el mismo edificio, los crujidos y las sacudidas de ese colosal buque amarrado.

Me eché hacia atrás y me sentí como si yo también hubiera soltado amarras. Estaba fuera de mi elemento, cabía la posibilidad de que el proceso deductivo en el que siempre había confiado ahora me estuviera fallando, o quizá fuera que no podía dejar de pensar en Cady. Me planteé ir hasta el otro extremo del edificio para mirar por las ventanas, para buscarla. Sentía como si aquí arriba, a bordo de esos barcos anclados al cielo, fuera capaz de vislumbrarla tal y como era antes.

Oí más de un par de pasos en la moqueta. La puerta se abrió y apareció Henry sosteniendo un capazo de bebé. Junto a él había una mujer joven de melena oscura. Llevaba unos pantalones vaqueros, zapatillas de deporte y un cinturón de estrás inspirado en el Oeste. Llevaba el pelo recogido en una coleta, pero era la misma mujer que aparecía en la fotografía.

–He conseguido un abogado, tú –me levanté y Henry me pasó una taza de café. Luego miró al bebé–. Esta es Riley Elizabeth Fitzpatrick y ella es Joanne Fitzpatrick, compañera de Cady.

Noté que Henry utilizaba la palabra compañera deliberadamente, como si Joanne fuera su amiga y no algún peón en la cadena de mando del bufete. Cady también se habría dado cuenta.

–Walt Longmire. Soy el padre de Cady y un delincuente en potencia.

Ella se echó a reír y luego se llevó una mano a la boca, mirando por la puerta parcialmente abierta. Luego miró a su hija, a Henry y, finalmente, a mí.

–Tengo entendido que necesitáis ayuda.

El caso en el que Cady se encontraba trabajando en ese momento tenía que ver con la Comisión del Mercado de Valores y no parecía tan personal como para tirar a alguien por un puente. El único caso criminal con el que nos habíamos topado era uno del que se había hecho cargo sin cobrar y que estaba relacionado con un preso de la prisión de Graterford, una penitenciaría de máxima seguridad al este de Pennsylvania. Se trataba de una queja por motivos religiosos y Cady había nombrado el expediente «Ojos Blancos». Henry fue el primero en preguntar:

–¿De cuántos casos de indios se ocupa este bufete?

Ella agitó la cabeza con cara de estar un tanto nerviosa, como suele hacer la gente del este cuando hablan con un indio sobre otros indios.

–Casi ninguno, pero Cady es la que suele ofrecer asistencia gratuita cuando se trata de casos en los que hay nativos americanos implicados. El demandante es uno de esos reclusos que van de picapleitos en la cárcel y ha interpuesto al menos cuarenta y siete quejas.

Henry levantó la vista del expediente.

–Si William Ojos Blancos es indio, ¿por qué en su ficha figura como blanco?

Joan se encogió de hombros, parecía que seguía incómoda.

–Es un indio blanco. Se convirtió. Son bastante habituales en las penitenciarías.

–Estás de broma –me froté la nariz, todavía me picaba. Eché un vistazo al capazo, pero Riley Elizabeth continuaba durmiendo a pierna suelta.

–No. Supongo que no tuvieron experiencias demasiado positivas en nuestra sociedad y decidieron pasarse al otro lado –Joanne miró a Henry de soslayo–. Sin ofender.

Él sonrió.

–No pasa nada.

–Tiene una 1983 archivada contra el Departamento de Penitenciarías por no tener un baño de sudor disponible para poder practicar libremente su religión de acuerdo con la Ley PRP 71 P. S. 2402.

A saber qué demonios significaba eso.

–¿De qué se acusa al tal William Ojos Blancos?

–Me parece que lo han soltado, pero no es más que un cocinero, no se le imputan crímenes violentos.

–¿Cocinero?

–De drogas de diseño. Parece que William es un chaval espabilado y se le da bien la química, pero dudo de que sepa cómo se apunta con un arma.

Todos depositamos los expedientes en la caja abierta que había sobre el escritorio de Cady.

–Jo, ¿alguna vez has ido a practicar tiro con Cady y su pandilla?

Ella me miró y luego negó con la cabeza.

–¿Los jueves por la noche? No, eso era más bien cosa de Devon –se quedó pensando un momento y luego apartó la mirada–. Hay un tipo de la oficina del fiscal del distrito que solía ir con ellos. Vince Osgood.

–¿El mismo Vince Osgood, ayudante del fiscal del distrito, que fue suspendido en el incidente de Roosevelt Boulevard? –ella asintió–. ¿Se te ocurre alguien que quisiera proteger a Cady tanto como para tomarla con Devon? –Jo nos miró a Oso y a mí un rato demasiado largo–. Además de nosotros.

Ella se lo pensó.

–La verdad es que no. Lo cierto es que todo el mundo adora a Cady y nadie se pirra por Devon, pero ¿tanto como para tirarlo por el puente? No sé.

–¿Te puedo preguntar otra cosa?

–Claro.

Miré a Henry de reojo, buscando algo de apoyo.

–¿Por qué salía con él? –Henry sonrió y meneó la cabeza pero yo creía que era una pregunta bastante buena.

Ella se detuvo un instante.

–No era un mal tipo, creo que ella quería salvarlo –se quedó mirándome–. No tengo que explicártelo, ya sabes cómo es Cady –yo permanecí en silencio–. Me refiero a que ella era consciente de sus problemas...

–¿Y cuáles eran?

–No tengo muy claro si debería estar contándote esto.

–¿Por favor? –había descubierto que las súplicas podían ser una herramienta muy persuasiva para un agente del orden, sobre todo con las mujeres.

Ella nos miró alternativamente a Henry y a mí y luego continuó.

–Hace un tiempo tuvo un problema de drogas...

–¿Eso incluye el incidente de Roosevelt Boulevard?

Ella asintió.

–Sí, por esa misma época los del bufete también le dieron la patada.

–¿Lo echaron de este bufete?

–Sí –ella se cruzó de brazos y yo pensé que iba a dejar de hablar, pero continuó–. Quizá lo de la patada sea una exageración. Devon era un consumidor de cocaína ocasional, pero permitió que la droga sacara lo peor de él. Su trabajo se resintió y, cuando tuvo que pasar la revisión anual, se consideró que lo mejor sería que prosiguiera su carrera en la jurisprudencia en otro sitio.

–¿Adónde fue?

–A Hunt y Driscoll –tratamos de parecer impasibles–. Es un bufete excelente – continuó–. Así fue como se conocieron. Devon todavía tenía aquí algunos conocidos y él y Cady solían comer con un amigo común.

–¿Y quién era?

Ella suspiró y se quedó mirando los archivadores. Sus ojos se posaron en los míos.

–Yo los presenté, pero no les dije que empezaran a salir –inspiró hondo–. Lo siento. Me siento mal por cómo han salido las cosas.

Yo sonreí, para que supiera que no la consideraba responsable.

–Creo que todos nos sentimos así –cogí mi café del escritorio y tomé un sorbo. No lo bebía por ganas–. Entonces, ¿lo conocías bien?

Ella nos miró alternativamente a mí, a Henry y de nuevo a mí.

–Conmigo fue muy generoso en un periodo en que lo necesitaba –inconscientemente, extendió la mano para tocar el capazo–. Salí con él un par de veces antes que Cady. Nada serio.

–¿Y cómo era?

Ella se mordió el labio.

–Creo que quería gustarle a la gente, pero quizá no supiera cómo hacerlo. Me parece que ya estaba bastante desequilibrado, y si a eso se le añade la cocaína.

–¿De dónde la sacaba?

Sus ojos se volvieron más afilados.

–La verdad es que no lo sé.

–¿Quién podría saberlo? –la estaba presionando, pero formaba parte de mi trabajo.

Me observó un momento y luego suspiró.

–El tipo que he mencionado antes, Vince Osgood, Oz. Hubo un reportaje sobre él en la televisión local, donde aparecía diciendo que le gustaba salir de marcha con los chicos a liarla. Se decía que estaba intentando que el nuevo gobernador lo nombrara asistente del fiscal general, pero todavía estaba suspendido de empleo por el tema de Roosevelt Boulevard.

–¿Se procesó a alguien en ese caso?

–A uno de los tipos del otro coche.

–¿Conoces los detalles del caso, sus nombres o si fueron condenados?

–La verdad es que no estoy segura –yo hice una mueca–. ¿No me crees?

Me aclaré la garganta, tratando de suavizar el tono de lo que iba a decir a continuación.

–Me parece extraño que salierais juntos y que no sepas nada más.

Ella se puso rígida en la silla.

–Como he dicho, Oz y yo no teníamos una relación, solo me estaba ayudando – todavía tenía la mano en el capazo.

Levanté la vista a la foto de ella montando a caballo y luego mis ojos fueron de madre a hija. Aquí había algunas piezas que aún no sabía cómo encajar.

–¿Te importa que te pregunte quién es el padre de tu hija?

Joanne me miró fijamente a los ojos.

–Sí, me importa.

Cuando bajamos las escaleras, nos encontramos a dos polis en mitad del vestíbulo.

–Hola, Michael.

–¿Cómo va eso?

–Estamos bien –miré de reojo a los dos guardias de seguridad–. ¿Os han llamado ellos?

–Sí, les pareció sospechoso que entraseis acompañados por la señora y que luego ella se marchara sin vosotros.

Saludé con la mano a los guardias, pero ellos no me devolvieron el saludo.

Empezaba a pensar que en Filadelfia la gente no era de saludar con la mano.

–¿Quién es tu amigo?

Michael hizo un gesto en dirección a su compañero. El chico que había a su lado tendría aproximadamente la misma talla que Michael y estaba en buena forma física. También tenía cara de estar pasándose bien. Yo supuse que tendríamos que batirnos en combate porque nunca podríamos correr más que ellos.

–Es Malcolm Chavez. Malcolm, estos son el *sheriff* Walt Longmire y su fiel compañero de aventuras nativo americano, Henry Oso en Pie.

–En realidad, el fiel compañero soy yo –a Henry le daba lo mismo cualquiera de las dos versiones–. ¿No estáis fuera de vuestro distrito?

–Sí, escuchamos en la radio que habían montado un espectáculo del Salvaje Oeste y dijimos que nos encargaríamos nosotros.

Me quedé mirando la chaqueta de flecos de Oso.

–Ha sido por tu culpa –tampoco eso pareció importarle–. ¿Nos hemos metido en problemas?

–Bueno, tendremos que rellenar un informe aunque no hayáis hecho nada.

–No hemos hecho nada.

–Sí, bueno, tendremos que rellenar un informe, lo que significa que probablemente os las tengáis que ver con Vic Padre.

–El padre de nuestra Vic y también el suyo –Henry asintió, continuaba mirándolos con la cara de póker que los indios reservan para los polis. Me metí las manos en los bolsillos y me miré las botas.

–¿Katz y Gowder trabajan para él?

–Sí, están en el Departamento de Homicidios de la zona norte, pero he oído que Katz se ha pasado a asuntos internos –el chico le echó un vistazo a Chavez, que asintió–. No está muy claro el motivo de su regreso a Homicidios con Gowder, pero debe de haber sido cosa de los de arriba. Seguro que a Vic Senior no le ha hecho gracia.

Levanté la vista.

–Tengo una pregunta. ¿Hay alguien con quien Vic Padre se lleve bien?

Fue la primera vez que el muchacho me dirigió una sonrisa desprovista de calidez.

–Tengo el presentimiento de que pronto lo descubrirás.

Enfilamos la salida por las puertas giratorias y nos encontramos en la calle. Chavez abrió la puerta trasera del coche patrulla para que entráramos.

–Solo para aclararnos, nos estáis llevando a casa, ¿verdad? –él asintió y nosotros subimos.

Como acababa de comenzar el turno de noche, dejaron a Henry en la academia y luego cruzaron el puente para llevarme a su propio distrito. Las luces sobre el río Schuylkill reflejaban los edificios del lado oeste de la ciudad y acerté a ver el Museo de Arte de Filadelfia y las escaleras que Sylvester Stallone subía corriendo en *Rocky*. Justo después del museo, vi el estremecedor perfil del Boathouse Row con su aire de casa embrujada y traté de pensar en otra cosa que no fuera el tufo que despedía el asiento de atrás del coche patrulla.

Observé las cabezas de los patrulleros a través de la mampara, su corte de pelo militar y sus uniformes en perfecto estado. Ni se quitaban la gorra dentro del vehículo. La mayor parte de mi equipo estaba bastante gastado, como yo. Ni siquiera podía recordar cuándo había sido la última vez que compré una camisa de uniforme.

Chavez respondió a una llamada por radio mientras pasábamos por delante de la estación de la Calle 30 de camino al hospital. Michael se reclinó, pasó el brazo por el respaldo del asiento y me miró por el espejo retrovisor mientras estábamos esperando a que se abriera el siguiente semáforo.

–Tenemos que dar un pequeño rodeo.

–Si a tu madre no le importa quedarse con Cady un ratito más...

Michael miró a Chavez, que a su vez me sonrió.

–Oye, tío, acaba de decir algo sobre tu madre.

Los dos se echaron a reír y luego encendieron las luces del techo y la sirena. Tomamos la Calle 34 y giramos a la izquierda en la Avenida Lancaster. Llamé a Lena. Me dijo que me tomara todo el tiempo que necesitase, que no se había producido ningún cambio, que estaba leyéndole a Cady un libro de Margaret Coel y que estaba bien. El vecindario iba cambiando progresivamente a medida que avanzábamos hacia el oeste y el ajetreo nocturno de Market y las facultades dejaron paso a edificios más pequeños, ruinosos y sucios. La gente empezó a desaparecer de las calles y cada vez las farolas estaban más espaciadas. Nos encontrábamos en un lugar que me retrotraía a las reservas indias de mi estado, un lugar donde los sueños parecían sin remisión, un lugar para los vivos y, sobre todo, para los muertos.

Avanzamos un poco más por Lancaster hasta que Michael contestó a otra llamada y detuvo por completo el coche patrulla, tras apagar las luces y la sirena. Aparcamos en una gasolinera abandonada. Había una tienda de pelucas al otro lado de la calle, al final de la manzana, aunque solo uno de sus escaparates estaba intacto. Michael apagó los faros y dejó que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad. Echó un vistazo a la vuelta de la esquina, pero yo tuve que inclinarme hacia delante para distinguir qué estaba mirando.

Era un solar abandonado, desdeñado y desocupado salvo por los detritos urbanos habituales. En otro tiempo probablemente existió más de un edificio, pero todos se habían hundido o habían ardido. Solo quedaba en pie una casa adosada de tres plantas. Podía apreciar que en su día había sido una vivienda digna, pero los años de abandono y abuso le habían otorgado un aspecto decrepito y peligroso. No había ninguna luz encendida en el edificio, solo el reflejo iluminado en las ventanas del resplandor de la única farola que quedaba encendida en media manzana de distancia y la claridad de las nubes bajas. Había basura por todas partes y una barricada de contenedores a rebosar bloqueaba la calle.

Chavez volvió la cabeza y me miró, describiendo un arco con la mano para presentarme la escena.

–Le presento el fuerte de Toy Diaz, los grandes almacenes del *crack* –pude distinguir formas que se movían en las sombras mientras él hablaba–. El vendedor coge el dinero del comprador, luego entra en el edificio para entregarle el dinero al que tiene la mercancía, este le da la mercancía al vendedor y el vendedor vuelve a salir y se la entrega al comprador. Son muy hábiles y, según la ley, el vendedor no está en ningún momento en la calle con el dinero y la mercancía a la vez.

Terminé la frase por él.

–Lo que implica tenencia, pero no tenencia con intención de distribuir.

Chavez se echó a reír.

–Acaba de aterrizar un nuevo *sheriff* en la ciudad.

Ví cómo Michael apretaba la mandíbula igual que Vic.

–El edificio es propiedad de un agente inmobiliario, un cabronazo del noroeste que saca

una tremenda tajada de todo esto.

–¿Quién es Toy Diaz?

–Es un refugiado salvadoreño, un hijo de puta de primera. A su hermano lo pillaron hace unos años, pero todavía estamos intentando coger al diablo en persona.

Chavez señaló con el dedo.

–Como el edificio está rodeado de espacio abierto, no podemos acercarnos sin que nadie lo ponga sobre aviso. Si venimos montando follón, se deshacen de la mercancía y de las armas sin más –se quedaron callados por un momento–. Ahí dentro hay muchas armas.

–Cuéntales lo de los 32.

–De eso iba la llamada que hemos recibido por radio. Cuando las cosas les van bien, avisan de un 10-32 en el otro lado del distrito para mantenernos distraídos –incluso con mis limitados conocimientos del código municipal, sabía que un 10-32 era un hombre armado y un aviso prioritario–. Suelen tener unos veinte viales en la calle escondidos por todas partes. Una vez encontré uno en una bolsa de patatas vacía. Venden esos y luego entran en la casa a por más, normalmente durante el cambio de turno –Michael agitó la cabeza–. Ya ni siquiera salen corriendo cuando hacemos redadas. Hemos entrado en el maldito sitio al menos una docena de veces. Esta misma noche ya van dos. Y nada.

Contemplamos el ir y venir de las figuras en las sombras. Yo quería volver con Cady pero me puse a pensar en qué harían los cheyenes en una situación así.

–¿Creéis que os cuentan?

Los dos jóvenes agentes se giraron para mirarme.

–¿Qué?

–¿Creéis que cuentan cuántos polis entran durante una redada y cuántos salen?

Fueron llamando a varios compañeros de uno en uno para que la señal no llegase a la central. Los once agentes que se presentaron eran como Moretti y Chavez: jóvenes, optimistas y jodidos. Michael comenzó a describirles el plan.

Tres coches patrulla harían una redada rutinaria en el edificio y el cuarto coche permanecería aparcado por la zona pero oculto para no ser visto. Nueve de los once oficiales irrumpirían en el fuerte y los dos hombres en el cuarto coche avisarían de un 10-32, fingiendo haber recibido la llamada de la centralita del distrito. Los polis saldrían pitando del sitio y se montarían corriendo en sus unidades para atender el falso aviso que nadie, excepto ellos y los traficantes que interceptaran la señal de radio de la poli, escucharía. El truco consistía en que cuatro oficiales permanecerían en el tejado del edificio y esperarían cinco minutos a que los traficantes volvieran a hacerse con las armas y a reabastecerse de mercancía.

Malcolm Chavez quería estar en el escuadrón del tejado, pero Michael lo convenció de que a los traficantes les resultaría más difícil identificarlo a él ya que todos los tipos blancos les parecían iguales. Chavez y otro oficial llamado Johnston ocuparían la posición en el cuarto coche y avisarían del 32 a la hora acordada. Solo las radios de las inmediaciones recibirían la llamada, pero eso incluiría el receptor que usaban los

traficantes de droga, por lo que estos se quedarían mirando cómo los polis salían echando leches de la casa, se subían a sus coches y se largaban. Aparentemente todos los polis. Luego, los que se quedaron en el tejado atacarían el edificio por sorpresa. Mi trabajo consistía en quedarme sentado de brazos cruzados en el asiento trasero del coche intentando no pensar qué hacía ahí en lugar de estar con mi hija.

–Entonces, mientras estabas planeando tu visita a Filadelfia, ¿pensaste alguna vez que acabarías sentado en un gueto con dos hermanos?

–¿Tú qué crees?

Rayfield Johnston era un tipo simpático, un poco mayor que el resto. Había sido profesor de primaria pero aquello no iba con él y decidió cambiar de profesión. Le conté mis experiencias como cuentacuentos con los alumnos de la escuela elemental de Durant. Él las encontró muy divertidas.

Johnston meneó la cabeza y comparó sus notas.

–Tenemos la competición de atletismo de la policía y yo hago de árbitro de la zona al norte de Belmont...

Chavez dejó escapar una bocanada de aire.

–Mierda...

Johnston se echó a reír.

–La pasta es la pasta, tío.

Desde la radio nos llegó el sonido de la voz de Michael, con la consiguiente interferencia.

–Unidad 18, hay un 10-34 en Lancaster con Pauley –por las ventanillas abiertas oímos las sirenas de los coches patrulla saliendo a toda velocidad en dirección al fuerte, a unas dos manzanas. Se distinguía un resplandor rojizo sobre los edificios circundantes, producto de las luces intermitentes de los coches al reflectarse sobre la superficie irregular de las casas adosadas en ruinas.

Pensé en la gente que vivía en los pequeños edificios, eclipsados por las torres del centro de la ciudad, no muy lejos de allí. Desde donde estábamos se apreciaban los techos de los rascacielos, cerniéndose sobre el foso del río Schuylkill como si se tratara de un reino encantado. Me pregunté qué pensarían de la actividad que se desarrollaba ante las puertas de sus casas. ¿Se alegrarían de que se interrumpiera este pequeño negocio de venta de veneno o para ellos era solamente otro eslabón en la cadena de desesperación y estupidez cívica? Observé las cabezas de los dos hombres sentados en el asiento delantero y pensé en Johnston, alentado por entrenadores y por unos padres demasiado entusiastas, y en Chavez, regresando al lugar de donde se había esforzado tanto por escapar. En el fondo, todo se reduce a la esperanza, tanto si es en una caravana al otro lado de las vías en Durant, Wyoming, como en una diminuta casa adosada en el Salvaje Oeste de Filadelfia. Sonreí para mis adentros y deseé que mis pensamientos no alcanzasen a los dos patrulleros de delante...; seguramente se reírían. Más allá de las placas y las pistolas, la esperanza y la risa eran sus armas más poderosas.

Chavez arrancó el coche y la acción de llevarse el micro a los labios pareció desarrollarse a cámara lenta.

–Unidad 41, tengo un 10-32 en la 52 con Market –permanecemos a la escucha mientras las sirenas volvían a rugir y el espectáculo de luces cobraba intensidad. La caballería acababa de cargar y ahora parecía que se batía en retirada.

Chavez colgó el micro en el salpicadero y puso el coche en marcha.

–Allá vamos.

Nos deslizamos entre las manzanas que quedaban en pie hasta otra esquina, giramos a la izquierda y nos encontramos frente a la parte trasera de la casa adosada. Los balcones llegaban hasta la tercera planta en la parte de atrás del edificio y había un tramo de escaleras que subía desde el lado derecho. Los restos de las marquesinas de aluminio arrojaban sombras sobre la estructura, por lo que era difícil distinguir si había alguien apostado. En el patio de atrás había un coche abandonado sin ruedas y lo que parecía una vieja verja de tela metálica. Aquello parecía una zona desmilitarizada y lo único que me venía a la cabeza era la cantidad de armas que podía concentrarse allí.

Después de que Chavez detuviera el coche patrulla detrás de una furgoneta abandonada, Johnston y él salieron del vehículo. El joven oficial extendió la mano y abrió la puerta para que me pudiera reunir con ellos en la acera.

–Dejad aquí las porras y las gorras.

Johnston se giró y me miró, ninguno de ellos había oído una palabra de lo que había dicho.

–¿Qué?

–Dejad aquí las porras y las gorras, se os caerán de todas formas. Poneos las chaquetas del revés para que el metal no refleje la luz.

Los dos me miraron un instante más y luego hicieron lo que les había dicho. Parecían tan jóvenes.

Tras prepararse, Chavez estudió a Johnston.

–Tío, sigues pareciendo poli.

Johnston sonrió.

–¿Sí? Pues tú también –ambos se giraron para mirarme–. Él no –sonreí y me quité la gorra de los Phillies y se la puse a Chavez en la cabeza.

Él se echó la visera a un lado, estilo macarra.

–¿Estarás bien cuando nos marchemos?

Miré calle arriba y abajo, solo había una luz encendida en la segunda planta del edificio del final de la manzana.

–Parece que esta parte del vecindario está bastante tranquila.

–Eso podría cambiar –entonces introdujo la mano por la ventanilla abierta y extrajo una escopeta negra Mossberg 590 DA del calibre 12 y me la entregó–. ¿Sabes utilizarla?

Comprobé la recámara y el seguro.

–Sí.

Él sonrió.

–Apuesto a que sí.

El tiempo acordado había pasado y, en los próximos minutos, Michael y su equipo harían un descenso muy ruidoso desde el tejado. Contábamos con ello.

Observé a Chavez y a Johnston rodear la furgoneta abandonada y comenzar a abrirse paso por la calle para luego disponerse a saltar la valla desvencijada. Se mantuvieron separados y no oí ningún sonido que nos alertara desde el fuerte mientras ellos cubrían lentamente los cincuenta metros que los separaban del coche abandonado.

Me coloqué la Mossberg junto a la pierna tras comprobar nuevamente el seguro, apoyando la punta del cañón en la puntera de mi bota. Supuse que lo más prudente sería no exhibir la escopeta, por si alguien miraba por la ventana. Avancé pegado al flanco de la furgoneta para obtener una perspectiva mejor y permanecí atento mientras los coches de la brigada regresaban después de dar la vuelta rápidamente. Michael y su grupo debían de encontrarse dentro del edificio, bajando las escaleras.

Pude escuchar el ruido sordo que emitió la puerta trasera cuando Chavez y Johnston la echaron abajo para después desaparecer en la oscuridad. Se oían gritos por doquier y a alguien diciendo a voces que eran de la policía y que nadie se moviera. Se oyeron más gritos y me quedé mirando las luces de las linternas Maglite de los polis en el interior del edificio, repartidas entre el tercer y el segundo piso.

Había gente corriendo por todas partes. Los agentes que alcanzaron la fachada atraparon a algunos. Los más ágiles se las arreglaron para escurrirse entre ellos y desaparecieron por las calles y los callejones circundantes.

Fue entonces cuando oí el primer disparo, ese agujonazo que se siente al escuchar el sonido cortante de un arma de fuego. No suena como en las películas: es más parecido al sonido de una palmada rápida, por eso te lo piensas dos veces. Escuché el sonido de nuevo y prácticamente me convencí de que provenía de la segunda planta. Eché un vistazo a la escopeta del 12 que tenía entre manos y me di cuenta de que ya le había quitado el seguro.

Crucé la calle. Estaba llegando a la valla desvencijada cuando vi un tumulto en la ventana del segundo piso y oí el disparo de una pistola. Me apresuré.

En la ventana se distinguía una imagen irregular y contemplé horrorizado lo que parecían dos hombres enzarzados en una pelea que caían desde la ventana del segundo piso. Aterrizaron sobre el fragmento de marquesina de aluminio de la primera planta y fueron a parar a lo alto del porche trasero. Se oyeron más disparos y muchos gritos y chillidos antes de que una de las figuras se pusiera en pie y saltara por encima de la barandilla, salvando de un salto la altura de aquel porche medio hundido. Se giró mientras otras personas se apelotonaban en la puerta y se llevó la mano al cinturón para coger algo. Tropezó pero se recuperó de una zancada que lo llevó hasta donde me encontraba yo.

Creí que el tipo me estaba mirando fijamente mientras yo permanecía ante la verja con la escopeta apuntándole al torso. Me llegaba la voz de Chavez gritándole que se detuviera y recé para que no la emprendieran a tiros, pues me encontraba en la línea de fuego, pero no salió ninguna bala silbando del fuerte, solo ese hombre medio desnudo que continuaba rebuscando algo en sus pantalones de tiro bajo.

El policía de detrás volvió a gritarle, pero él no lo escuchaba, solo tenía ojos para encontrar una vía de escape. Al aproximarse, distinguí que los músculos de su cuerpo

estaban bien definidos y calculé que más o menos sería de mi talla, pero se encontraba mucho más en forma que yo. Me quedé mirando la escopeta y luego sopesé lo que estaba haciendo y el lugar donde me encontraba. Al aproximarse más, distinguí los tatuajes que parecían recubrirlé todo el cuerpo. El tipo era una auténtica bestia. Me quedé junto al coche abandonado durante un momento y luego di dos pasos, agarrándolo cuando se disponía a saltar la verja.

En la Universidad de South California, cuando jugaba al fútbol americano en la línea ofensiva, allá por el Medioevo, me enseñaron dos cosas. Una: después de que piten una falta ofensiva, agárrate a todo lo que se menee porque nunca pitan dos faltas seguidas. Dos: nunca infravalores el poder de un placaje con el brazo extendido. Cuando levanté mi brazo derecho y le di en mitad del torso, sentí que el otro cuerpo dejaba de bombear el aire y en lugar de eso lo expulsaba por completo.

No consiguió saltar la valla, pero lo que llevaba metido en la cintura sí: una pistola semiautomática de 9 mm cayó a la acera y rebotó encima del bordillo hasta ir a parar a una boca de alcantarilla en mitad de la calle.

Lo observé mientras él se quedaba boqueando un momento. Luego recuperó el aliento y se llevó las manos al abdomen, rodando por el suelo de un lado a otro. En un momento de ironía, me fijé en que llevaba unas botas de *cowboy* negras de piel de caimán. Mientras uno de los polis llegaba hasta la verja, me calé la escopeta bajo el brazo y fui en busca de la automática, aunque estaba bastante seguro de que se había colado por la alcantarilla.

Delante del fuerte se habían congregado un montón de vehículos de policía y de ambulancias con gran despliegue de luces, por eso le entregué la escopeta a un patrullero llamado Fraser antes de que alguien de mayor rango acudiera hasta donde estábamos. Su compañero le dio la vuelta al tipo, que ya había empezado a quejarse, y lo esposó.

—Este tenía una automática, pero creo que se ha caído por la boca de la alcantarilla.

Fraser sonrió.

—Traeremos unas linternas y echaremos un vistazo.

—¿Todos los que han entrado están bien?

—Moretti ha pisado un clavo, el muy nenaza, va a tener que ponerse la antitetánica.

El tipo grande que acababan de esposar ladeó la cabeza y dejó de gemir lo bastante como para gritarme.

—¡Oye, hijoputa, me has roto las costillas!

Volví la vista hacia Fraser.

—¿Y el tiroteo?

—¡Oye, hijoputa! Pero ¿tú quién coño eres?

Él avanzó en dirección al traficante.

—Uno de sus colegas realizó un par de descargas por el hueco de la escalera antes de dispararse en la pierna.

—¡Oye, hijoputa, te he hecho una pregunta!

El otro poli tiró de él hacia un lado.

–¡Cállate de una puta vez, DuVall!
–¿Quién se ha caído por la ventana con este tipo?
Entonces el agente se puso serio.
–Johnston.

Cuando llegué hasta Rayfield, dos de los técnicos de emergencias se encontraban atendiéndolo. Johnston se había dislocado el hombro y tenía una clavícula rota, pero estaba sonriendo cuando me apoyé contra el porche para mirarlo a los ojos. Le estaban entablillando el brazo y preparando una camilla para transportarlo.

–¿Cómo te encuentras?

Él gimió.

–Estoy hecho un asco. ¿Qué tal lo hemos hecho?

Miré a mi alrededor, vi a los polis que se habían agrupado allí y distinguí a Chavez y a algunos de los demás, sonriendo como si se hubieran salido con la suya.

–Creo que bastante bien.

Me ardían las fosas nasales y me dolía la nariz. Me la froté con precaución y miré a Cady. Le di las gracias a Lena y me disculpé por llegar tarde, pero no le hice la pregunta habitual del cambio de guardia, es decir, si se había producido alguna mejoría, aunque Lena tampoco me proporcionó esa información. Me pregunté si sería la primera fase que uno atraviesa tras abandonar toda esperanza. No quería comenzar a decir el nombre de Cady de la misma forma en que decía el de Martha, con una carga de tristeza y desesperación que me impulsaba a pronunciarlo de tal manera que la gente apartaba la vista.

Me senté en el sillón junto a la cama de Cady y me vino a la mente algo a lo que solíamos jugar cuando ella tenía unos ocho años. Los días en que yo llegaba tarde a casa, pasada la hora de que Cady se hubiera ido a la cama, avanzaba cuidadosamente para no hacer crujir el pasillo de nuestra casa de alquiler, empujaba suavemente la superficie pintada de la puerta de su habitación para entreabrir la y me quedaba en el hueco en penumbra. Se suponía que ella llevaba un buen rato dormida y, aunque era buena actriz, yo sabía cuándo estaba fingiendo. Si pensaba que todo era cuento, iba hasta la cama y colocaba mi cara a unos centímetros de la suya, pronunciaba la palabra mágica y esta era recibida con una explosión de risitas.

Entonces acerqué el sillón y dejé caer la barbilla sobre el brazo magullado que había depositado cuidadosamente sobre la cama de la Bella Durmiente. Aproximé mi cara a la suya y susurré:

–Embustera.

Ella no se movió.

Esta vez los polis me llevaron en el coche hasta el centro. De hecho, me llevaron hasta otro estado.

El gran Ford Crown Victoria tomó la rampa de acceso a la I-95 dirección sur por la Calle Broad. A la derecha había un lago con patos. Me entraron ganas de unirme a ellos.

Hasta el final de la tarde el Departamento de Policía de Filadelfia no puso a todos sus polluelos en fila para informarse detalladamente acerca de mis andanzas. Katz y Gowder me habían recogido en casa de Cady, a donde yo me había retirado para darme una ducha, sin mencionar siquiera el desayuno que nos habíamos saltado. Yo había sacado a Perro a dar un paseo y cuando regresé me estaban esperando.

Estudié las motitas rojas de la montura de las gafas de diseño de Katz y me pregunté de dónde las habría sacado.

–Entonces, chicos, ¿me vais a llevar de vuelta a Wyoming en coche?

Él suspiró profundamente mientras Gowder cambiaba de carril y conducía el vehículo sin distintivos hacia el que estaba situado más a la izquierda, todo ello sin bajar de los ciento cincuenta. Sí, fuéramos donde fuéramos, parecía que teníamos prisa.

Katz carraspeó.

–Estoy tratando de averiguar si he cometido un error terrible.

Sentí que se me subían un poco los colores.

–No, no lo has hecho...

Él continuó como si yo no hubiera hablado.

–Estoy tratando de averiguar si vas a ser una ventaja o un inconveniente.

Cuando respondí, Gowder me estaba observando por el espejo retrovisor.

–Una ventaja. Que me muera si no.

Katz parpadeó por primera vez.

–Aquí en Filadelfia tenemos unos 350 homicidios al año y tratamos de mantener al máximo el porcentaje de agentes de policía en esa lista –miró de reojo a Gowder, que podría haberle sonreído. Sus ojos volvieron a posarse en mí–. ¿Eres consciente de la suerte que tuviste anoche?

–Probablemente no.

Él asintió.

–Personalmente, no creo que tengas ni idea, pero como el hijo del inspector jefe resultó herido.

–El chaval pisó un clavo –era la primera vez que Gowder hablaba, y Katz lo miró como si fuera un bicho insignificante. Se quedó mirando fijamente su perfil hasta que Gowder se acodó en la ventanilla y disimuló su sonrisa con el dedo índice.

Un momento después, Katz volvió a mirarme.

–Entonces, ¿podrías decirme cómo van a contribuir a nuestra investigación tus aventuras de la pasada noche?

–No van a hacerlo.

Él apretó los labios.

–No puedes volver a hacer algo así.

Avanzamos en silencio, Katz me estudió un rato más antes de entregarme un sobre amarillo que contenía algunos expedientes. Los miré fijamente mientras avanzábamos por la I-95 a la velocidad del rayo.

–¿Devon Conliffe?

Katz me habló por encima del hombro.

–Tienes treinta minutos.

Abrí el sobre.

–¿Os importaría decirme adónde vamos?

–A la ópera –Gowder sonrió y el lunar que tenía debajo del ojo pegó un brinco, que se reflejó en el espejo retrovisor.

La Grand Opera House en Wilmington, Delaware, exhibía las mismas características que el ayuntamiento de Filadelfia pero era un edificio menos dramático, por dentro y por fuera. Estilo Segundo Imperio francés, la fachada de hierro fundido estaba iluminada en ese momento con unos focos situados en la parte inferior que resaltaban cada detalle.

Un caballero mayor y gruñón que estaba sentado en un taburete en el vestíbulo nos condujo hasta el auditorio principal, donde Gowder y yo nos sentamos bajo el palco. Katz continuó avanzando en la oscuridad del teatro hasta llegar a una gran mesa de sonido que ocupaba dos filas en el centro de la sala y le llamó la atención a la directora de escena tocándole el hombro.

Ella, una mujer joven, se quitó los auriculares e intercambió unas palabras con él. Él esperó mientras ella volvía a calzárselos, comenzando y finalizando una conversación con la palabra «maestro». Los asientos eran cómodos. Observé que Gowder ponía los pies encima de la fila de delante y me fijé en que, efectivamente, sus calcetines combinaban con el resto del estilismo de ese día. Me susurró una pregunta inclinando la cabeza hacia mí.

–¿De dónde demonios sacaste la idea para entrar en ese antro de *crack*?

Yo murmuré:

–Es un VTI.

–¿Y eso qué es?

–Un Viejo Truco Indio.

Él me dirigió la sonrisa de rigor y ambos contemplamos el ensayo. Era el final del segundo acto, el momento en que Monterone se enfrenta al jorobado, ratificando la maldición contra Rigoletto y el Duque. Aquella ópera narraba el drama de un padre y una hija, una ironía que no se me escapó. Solo podía esperar que Cady y yo tuviéramos un final más feliz.

La escenografía y el vestuario eran deslumbrantes, la escena se desarrollaba en el salón

del Duque y en las estancias adyacentes, enmarcada por una vista de la ciudad de Mantua en el siglo XVI. Era de noche y el bufón veía impotente cómo se llevaban a rastras al angustiado padre. El inspector Victor Moretti tenía una presencia imponente encarnando a Monterone, con una túnica rasgada y caída hacia un lado para dejar al descubierto su espalda flagelada. Era alto y enjuto como un Doberman e incluso desde la distancia a la que me encontraba podía sentir sus ojos. Lena estaba en lo cierto con lo de su voz. Victor era un barítono fuera de serie.

Continué observando y pensé en el sobre amarillo que los dos detectives habían compartido conmigo. Alguien había hecho saltar la cadena que cerraba el portón del acceso norte del puente con una buena cizalla y en la pasarela, junto a la baranda del puente, habían descubierto un arañazo que revelaba que el autor de los hechos llevaba zapatos o botas con suela de cuero. No había huellas en ninguna de las localizaciones y se daba por hecho que el asesino llevaba guantes.

Habían arrojado a la víctima por encima de la barandilla y de las vías del tren de cercanías y su cuerpo fue a parar al callejón de abajo. El autor de los hechos había lanzado a Devon por los aires y el cuerpo había trazado un arco de más de seis metros antes de caer. Yo también habría sospechado de mí mismo.

Para acabar de rematar las cosas teníamos la muestra de la sangre de Devon, que indicaba que estaba hasta arriba de clorhidrato de ketamina, también conocido como Special K, una droga de gente guapa que se esnifaba en polvo. Químicamente emparentada con el tranquilizante para animales PCP, la ketamina provoca una sensación irreal al enlazar los transmisores de serotonina en el cerebro y, por consiguiente, destroza la capacidad del consumidor de regular su estado de ánimo, el apetito, el sueño y la temperatura aunque, supuestamente, te hace sentir bien.

Quizá ese había sido el gancho que utilizaron para que Devon fuera hasta el puente de Benjamin Franklin a esas horas, probablemente querría meterse otro tiro. Y vaya si lo consiguió, pero luego lo arrojaron desde el puente. Estaba imaginándome un escenario del crimen digno de Rasputín cuando me di cuenta de que el detective Katz venía por el pasillo acompañado por el Monterone de Verdi.

Estaban hablando con brusquedad, pero *sotto voce*, y parecía otro idioma. Miré a Gowder.

—¿Están hablando en italiano?

Él asintió.

—Asa lo hace para joder a Victor. Su italiano es mejor que el suyo —se rio para sí—. Hace todo lo posible para joder a Victor, hasta follarse a su esposa.

Permanecí sentado un momento y luego me giré.

—¿Qué? —no le dio tiempo a responder porque acto seguido vi que el inspector jefe Moretti se había plantado delante de nosotros, de pie y con los brazos cruzados en mitad del pasillo. Quizá fuera el maquillaje de teatro, pero me pareció la persona más intensa que había conocido en los últimos tiempos. Poseía una magnífica cabellera con unas cejas a juego y una perilla plateada. Con el manto rasgado y la espalda flagelada, parecía la reencarnación de Jesucristo, un Jesucristo cabreado y de melena leonina.

Le sonreí pero él no me devolvió la sonrisa.

–¿*Sheriff* Longmire?

Yo le tendí la mano.

–Walt.

Él se quedó mirándome la mano y luego volvió a fijarse en mi cara, declarando con un tono monocorde y desprovisto de emoción:

–*Sheriff*, lamento mucho lo que le ha ocurrido a su hija.

Dejé caer la mano.

–Gracias.

–Pero debe hacerse cargo de que aquí, en la ciudad de Filadelfia o en el estado de Pennsylvania, usted no tiene ninguna jurisdicción.

–Soy consciente de ello –también era consciente de que nos encontrábamos en Wilmington, Delaware, pero supuse que era un mal momento para manifestar discrepancias geográficas.

Él echó un vistazo a Gowder y a Katz.

–Tenemos a unos detectives muy capaces a los que se les ha asignado el incidente en el que se vio envuelta su hija y el caso que concierne al señor Conliffe –hizo una pausa–. Debe prestar mucha atención a lo que le voy a decir a continuación –abrió los brazos y apoyó las manos en el asiento que había delante de mí–. Si descubro que usted se ha involucrado en este caso, de la manera que sea, lo llevaré de vuelta a la Rotonda tan rápido que no le dará tiempo ni a pestañear –se inclinó hacia delante con su pecho descubierto y maquillado–. ¿Me ha entendido?

Yo asentí.

–Pues sí, pero antes de que te ofusques, será mejor que eches un vistazo a esto –extraje la tarjeta mecanografiada del bolsillo de mi camisa y se la pasé.

Él cogió el sobre y, para mi mal disimulado y gran regocijo, Katz le prestó sus gafas de diseño. Luego el inspector me volvió a mirar mientras los detectives me observaban con preocupación.

–¿De dónde ha salido esto?

–Dejaron la nota en la habitación de mi hija. El personal del hospital no sabe quién pudo haberla dejado o cuándo.

Él se quitó las gafas y se las devolvió a Katz.

–¿Vosotros sabíais esto?

Lo interrumpí.

–Les pedí que me dejaran contártelo.

Él sostuvo la tarjeta ligeramente en alto.

–Entonces, a juzgar por esto, tenemos que asumir que ya se encuentra involucrado.

–Eso parece.

–Vamos a asegurarnos de que nuestra colaboración continúa siendo algo extraoficial.

–Pues claro –esperé un momento–. Pero ¿puedo darte un consejo? –él permaneció inmóvil–. Monterone nunca llevaría un Rolex.

–Creo que ha ido bien, ¿no os parece?

Ninguno de los dos me dirigió la palabra.

–Chicos, lo siento...

Esta vez Katz no se volvió para hablarme.

–¿Nosotros te facilitamos el acceso a algunas de las pruebas más relevantes de este caso y tú te guardas para ti solo algo como esto? –sostuvo la nota en alto, ahora cuidadosamente preservada en una bolsa de plástico.

–Os lo iba a contar.

–¿Cuándo?

Miré por la ventanilla en dirección a los pinares de Nueva Jersey y me recibió la oscuridad aterciopelada del río Delaware.

–Cuando me enseñarais los informes.

Por fin Katz se giró para mirarme.

–Esto no es un juego de póker donde apuestas y pasas. Esto es una investigación por asesinato y, si no empiezas a jugar limpio con nosotros, no habrá más apuestas y te cogerás el próximo vuelo de regreso a la granja.

Permanecemos en la misma posición un rato más.

–Tengo más información –se miraron entre ellos–. Interrogué más a fondo al guardia de seguridad del Instituto Franklin, Esteban Cordero –tenía que ser cuidadoso al decir esto para que la culpa no recayera sobre el inexperto Michael Moretti–. Se acordaba de que un hombre joven había golpeado la puerta después de la caída de Cady, pero no creo que fuera Devon Conliffe –los detectives eran todo oídos. Les expliqué las incongruencias que había entre la descripción del sujeto y lo de la corbata roja–. Cuando le enseñé la foto de la portada del *Daily News*, declaró que estaba seguro de que Devon no era la persona que había llamado a la puerta.

Katz se giró de nuevo para mirarme.

–Entonces había alguien más allí.

–Alguien que se identificó como Devon Conliffe y que se marchó antes de que el guardia saliera –mientras ellos digerían la información, les hice una pregunta–. Chicos, ¿podrías hablarme del incidente de Devon en Roosevelt Boulevard?

Fue el turno de Katz de suspirar.

–Esa es tuya, Tony. Cuéntaselo tú.

–Fue antes de Acción de Gracias –Gowder estableció contacto visual conmigo a través del espejo retrovisor–. El ayudante del fiscal del distrito, junto con la unidad especial de narcóticos.

–Vince Osgood.

–¿Has oído hablar de él?

Me quedé un momento callado, no quería meter a nadie más en problemas.

–Suena como si fuera alguien importante.

Él se echó a reír.

–Lo bastante importante como para que lo condenase un gran jurado federal por violar la ley RICO para la prevención del crimen organizado. Le cayeron media docena de

cargos por tráfico de influencias, posesión de armas, conspiración para extorsionar con fines económicos, conspiración para fabricar drogas, soborno de testigos y toma de represalias contra un testigo.

–¿Seguro que ese tipo está del lado de los buenos?

–Espera, que se pone mejor –interrumpió Katz–. Cuéntale lo de la represalia.

–Tim Gomez, periodista del *Daily News*, está investigando y escribiendo sobre las actividades de Osgood en la unidad de narcóticos. Como es un buen reportero, pilló al fabuloso Vince en la Calle 13 con Samson, donde le pregunta al ayudante del fiscal del distrito sobre un alijo hallado por el cuerpo especial antidroga. Oz pierde la cabeza y tienen que impedirle por la fuerza que siga golpeando a Gomez, sin dejar de gritarle que si no lo deja en paz irá hasta Camden dándole por el culo.

–Siempre es positivo llevarse bien con el cuarto poder.

Gowder se rio.

–Alguno de los cargos por extorsión hacen referencia a cifras por encima de los cien mil dólares.

Meneé la cabeza y miré por la ventanilla.

–¿Qué pasó con los cargos por posesión y distribución?

Gowder también agitó la cabeza y se concentró en la carretera.

–Según declaraciones, Oz vio cómo otro hombre cocinaba unos 118 gramos de una droga de diseño, y luego, en junio del año pasado, aceptó la mitad de esa cantidad para distribuirla. Unos colegas de Osgood del cuerpo especial antidroga pillaron al cabecilla local, Toy Diaz, en un control de tráfico y se hicieron con una cantidad valorada en dos millones de dólares.

–Debía de ser un coche grande –me quedé pensando en ello–. Toy Diaz es el mandamás de la casa donde anoche hicimos la redada.

–Podría ser, está metido en muchos fregados.

–En la transacción antes mencionada, todas las pruebas desaparecieron del depósito, que estaba bajo la supervisión de Vince Osgood.

–¿Y qué hay de Roosevelt Boulevard?

Ví que el lunar volvía a subir, seguro que Gowder estaba sonriendo.

–Domingo de Pascua, Oz abandona la oficina con su buen amigo y también abogado.

–Devon Conliffe.

–El mismo.

Le eché un vistazo a Katz.

–¿La mañana de Pascua?

Gowder continuó.

–Mientras conducen, se dan cuenta de que los sigue un monovolumen Toyota ocupado por dos varones, que no son blancos, de unos treinta años. Osgood saca una escopeta recortada de debajo del asiento y la deja sobre su regazo. Luego le dice a Conliffe que saque la 9 milímetros que lleva en la guantera para su protección personal y que se prepare para lo que va a suceder a continuación –inspiró hondo, miró a Katz de reojo y continuó–. Como es un ciudadano responsable y es consciente de que pueden abrir fuego

contra ellos, Oz coge la salida en la Quinta y detiene el coche en un solar abandonado de Fentonville... –bajó la voz para darle más efecto–. Recorriendo cinco kilómetros de distancia por calles embotelladas. Al principio, Oz declaró que habían decidido enfrentarse a aquellos individuos en una zona neutral.

Me aclaré la garganta.

–¿No se les ocurrió ir a una comisaría?

–Evidentemente, no –Gowder adelantó a un coche que iba a paso de tortuga y me fijé en que volvíamos a rozar los ciento cincuenta–. Oz declara que, después de una breve y acalorada discusión interrumpida por unos disparos de armas cortas, vio que la cabeza del que iba en el asiento del acompañante recibía un impacto y que el Toyota se largaba.

Tenía que preguntarlo.

–¿Y Oz qué...?

–Conducía un Hummer.

Asentí.

–He oído que Osgood también declaró que podía haber sido el Ku Klux Klan.

–Sí, sus declaraciones fueron bastante confusas. Luego Toy Diaz se presentó en el hospital universitario Temple con unos cuantos perdigonazos y con un malherido Ramon Diaz, que acababa de pasar tres años a la sombra en Graterford.

–¿Ramon es pariente de Toy?

Él inclinó la cabeza como si aprobase que fuera un buen estudiante.

–Son hermanos.

–Entonces, ¿esta es su venganza?

Esta vez contestó Katz.

–Bueno, esa fue la línea de investigación que siguió el tribunal de primera instancia, pero Toy Diaz continuó declarando airadamente que se trataba de un asunto de negocios que terminó de forma inesperada.

–¿Osgood no había querido pagar por las drogas?

–Eso fue lo que contó Diaz, pero dado que es un salvadoreño con cuatro condenas por drogas, los jueces no se tomaron sus declaraciones al pie de la letra.

–¿Dónde está ahora Toy Diaz?

–Esa es una buena pregunta.

–¿Qué dijo Devon Conliffe?

Gowder se echó a reír.

–Dijo lo mismo que Osgood, cada vez que Oz cambiaba su historia él también lo hacía. Katz me estudió. Yo levanté la vista y contemplé reflejadas en sus gafas las luces del paseo marítimo de Penn's Landing.

–Entonces, ¿Osgood fue suspendido de empleo?

El interior del Crown Victoria permaneció en silencio mientras tomábamos el desvío pasado el puente Benjamin Franklin.

–Sí, pero tenía muchos amigos en la ciudad.

Hubo un momento de silencio mientras nos deteníamos ante un semáforo en rojo.

–Supongo que querrás que te llevemos a casa de tu hija, pero si necesitas ir al hospital

podemos dejarte allí.

–De hecho, aunque preferiría ir al hospital, tengo que ir a una tienda de armas en Spring Garden.

Así conseguí que me miraran los dos.

Cuando llegamos a Especialistas en Entrenamientos Tácticos le pedí a Gowder que se detuviera en el aparcamiento del local, que estaba hasta los topes, y esperé a que quitara el seguro de la puerta. Como por dentro no había tiradores tuve que aguardar a que me dejaran salir.

–Graterford.

Gowder me estaba mirando, era un alivio poder verle la cara entera.

–¿Qué?

–Puede que no sea nada, pero Cady estaba proporcionando asistencia gratuita a un recluso en Graterford. Lo averiguamos al revisar los papeles de su despacho. Un indio blanco –me quedé pensando un momento–. William Ojos Blancos.

Los dos me miraron sin comprender, y Gowder ladeó la cabeza como si no me creyera.

–¿Un indio blanco?

–Me han dicho que es algo relativamente frecuente.

–¿Y quién ha sido?

Me crucé de brazos.

–El tal Ojos Blancos estaba intentando que le instalaran un baño de sudor en Graterford apoyándose en la legislación que garantiza la libertad religiosa. Era un caso en el que Cady estaba trabajando de forma voluntaria, el único caso criminal que pude encontrar en su despacho.

Katz negó con la cabeza.

–Hay cuatro mil tipos encerrados en Graterford...

–Podría no ser nada, pero pensé que os lo debía mencionar.

–¿William Ojos Blancos? –yo asentí. Katz escribió el nombre en un cuadernito de notas–. Lo investigaremos.

Salí del coche y Katz cerró la puerta tras de mí.

–Gracias.

–Oye, nos estás haciendo un favor –se fijó en el Hummer color amarillo chillón aparcado junto al edificio–. ¿Quieres compañía?

Volví la vista atrás, pensé en lo que Gowder me había revelado sobre Lena Moretti y vi a Katz con otros ojos.

–No, creo que obtendré mejores respuestas trabajando extraoficialmente.

Me llegó la voz de Gowder mientras me aproximaba al portón de seguridad de tela metálica.

–Eh, *sheriff* –me detuve y me volví a medias para mirar al detective, que continuaba sentado dentro de la unidad–. ¿Eso que veo que lleva en la pistolera de la espalda es un Colt del ejército calibre 45?

Me quedé donde estaba un momento más.
—¿Por qué lo preguntas? ¿Me hace gordo?

La fiesta estaba en su punto álgido. Yo me encontraba en una calle lateral con Jimmie Tomko envuelto en la música de los altavoces y el sonido de las voces nerviosas de la gente joven, al menos más joven que yo. Sostuve un dedo en alto, saqué el teléfono de Cady y llamé a Lena. Me contó que no se había producido ningún cambio pero que al final de su turno quería ir a cenar. Le dije que eligiera ella el sitio, que Henry me había prometido que llegaría en una hora. Le conté que había conocido a Vic Padre y ella me dijo que lo lamentaba. No mencioné quién nos había presentado.

A lo largo de mi vida había pasado mucho tiempo en galerías de tiro pero nunca había estado en una como esta. En la zona de los tiradores había alfombras y las paredes estaban recubiertas de paneles de roble oscuro y decoradas con escenas de caza de Currier and Ives, enmarcadas en verde e iluminadas con lamparitas de carey. Había un bar, pero parecía que solo había botellines de agua y cerveza sin alcohol. La pared del fondo estaba revestida de paneles de cuero repujado, y ofrecía a los espectadores una vista despejada de las siete calles que se abrían ante ellos.

El sitio estaba hasta arriba y di un paso hacia atrás cuando una rubia diminuta se aproximó con una Beretta de 9 milímetros. Miré al mogollón y luego a Tomko.

—¿Son todos abogados? —él asintió y su ojo de cristal vibró—. Sería una ocasión estupenda para fumarlos.

Traté de encontrar una cara familiar entre la multitud y por fin reconocí a una morena imponente en la barra. Con la rubia prácticamente apuntando a nuestros pies con la Beretta, dejé que Jimmie Tomko continuase con su ronda.

—Greta, no tienes que apuntar con el arma a...

Me giré de lado y me abrí paso hasta la mesa de montaje, mientras intentaba dar con alguien que pudiera ser Vince Osgood. Todos los allí reunidos componían una multitud atractiva, bien vestida y bien peinada, claro que, tratándose de abogados y no de indigentes, era de esperar.

En la calle central había un hombre alto que no paraba de hablar a voz en grito, probablemente le pareciera normal porque tenía puestos unos cascos, pero casi alcanzaba el volumen de la música *hip-hop*. A su lado había un hombre pequeño y justo cuando empezaba a parecerme raro que nadie disparase, la rubia que me había apuntado a los pies se estrenó con una salva entrecortada. Solo dos de los catorce proyectiles impactaron en la silueta de papel. Jimmie Tomko me miró y enarcó una ceja. Por si las moscas, procuré no darle la espalda a la pista para evitar que me pegaran un tiro.

Observé que el latino menudo se apartaba del tipo alto y calculé que se cruzaría conmigo más o menos en mitad de la pista abarrotada. Traté de hacerme a un lado pero él continuó y nos encontramos nariz a esternón. Me excusé y me moví a la derecha, igual que él. Me sorprendió que su apariencia fuera tan pulcra, su pelo y su ropa parecían impecables. Él levantó la vista y me percaté de que sus pupilas eran muy grandes y que le proporcionaban a su rostro una expresión desprovista de vida.

Su voz era suave y cultivada.

–Disculpe.

–No, ha sido culpa mía –se deslizó a un lado antes de que pudiera continuar la conversación y me observó mientras me abría paso hasta el otro extremo de la sala.

Los ojos de Joanne Fitzpatrick se encontraron con los míos cuando llegué penosamente hasta ella.

–Hey, Jo –miré a mi alrededor para darle un mayor efecto a mi chascarrillo musical–. ¿Qué estás haciendo aquí?

Ella sonrió.

–Pensé que te alegrarías de ver una cara conocida.

No llevaba maletín, a diferencia de la mayoría de las personas de la habitación.

–¿No disparas?

–No.

–Pues yo soy un maestro –ella se echó a reír y su sonrisa era una réplica exacta de la imagen a caballo que colgaba en el despacho de Cady. Cogí una de las botellas de la barra y me giré para mirar por encima del hombro, pero el hombre diminuto había desaparecido.

–¿Sabes quién es el tipo con el que acabo de bailar?

–¿Quién?

–Un tipo bajito.

–No.

Señalé al hombre alto del centro.

–¿Es ese Osgood?

Ella asintió levemente.

–No parece que le haya afectado demasiado la muerte de su colega Devon.

Ella se inclinó hacia delante.

–Pues no, no lo parece.

Mientras hablábamos, Osgood descargó su 9 milímetros en el objetivo de papel del centro de la pista de tiro. El chico era bastante bueno. Se oyeron algunos aplausos cuando se dio la vuelta para hacer una ligera reverencia. Luego se tomó un momento para echarme una ojeada.

Me giré hacia Jo.

–Venga, te enseñaré a disparar.

Tomko me entregó una bandeja con una caja de munición del 45 para Colt semiautomáticas y me dirigió una mirada interrogante hasta que me llevé la mano a la espalda. Mientras regresaba al otro extremo de la sala, Osgood me estaba observando descaradamente. Le dirigí una sonrisa de labios apretados y un gesto con la cabeza, pero él no me devolvió el saludo.

Llevé a Jo a la pista siete, que quedaba junto al muro, con la esperanza de que la numerología jugase a nuestro favor.

–No había hecho esto nunca.

Yo le quité el pasador a la pistolera, extraje el Colt y lo coloqué sobre el mostrador, con la corredera abierta y sin cargador.

–Eso es lo que dicen todas –me hice disimuladamente con el peine de siete cartuchos, bajé el brazo y le dije que cogiera el 45.

–Parece vieja.

–Es más vieja que tú.

Después de que se familiarizara con las características del arma, se situó con las piernas ligeramente abiertas y los brazos extendidos. Ahora ambos llevábamos protectores auditivos que habíamos encontrado colgados en la cabina.

Ella apretó el gatillo tal como le indiqué y el gran Colt saltó en su mano. Estaba apuntando al techo, pero le agarré los hombros. Se quedó mirando la diana de papel pero no vio ningún impacto, sin caer en la cuenta de que el arma no había llegado a dispararse. Le quité uno de los cascos.

–Te has movido.

–No, de verdad.

Amartillé el 45 vacío.

–Inténtalo otra vez, pero esta vez asegúrate de mantener los ojos abiertos –volví a ponerle el casco y ella repitió los mismos movimientos, pero esta vez la automática permaneció en su sitio.

Jo se giró y me miró.

–No he abierto fuego.

–Ni antes tampoco –le enseñé el cargador que tenía en la mano–. Es un reflejo muy habitual. Crees que la pistola va a saltar y entonces haces que salte –cogí el Colt, coloqué el cargador en su sitio, desplacé la corredera y le coloqué las manos alrededor del arma, apuntando a la diana.

–Si parpadeas no te preocupes, mucha gente lo hace.

Ella me preguntó sin apenas mover los labios.

–¿Tú lo haces?

Yo miré el objetivo.

–No.

Ella se concentró en la diana y apretó el gatillo, haciendo un gran esfuerzo por no parpadear. El retroceso del 45 hizo que se tambaleara y, por la expresión de su cara, supe que esta vez no le quedó ninguna duda de que había abierto fuego. Los dos echamos un vistazo al objetivo: la silueta tenía una perforación en el riñón izquierdo, entre la línea de los 4 y los 5 puntos.

–Mucho mejor.

Ella sonrió y volvió a quitarse el protector.

–¿Todas saltan como esta?

Le devolví la sonrisa.

–No. Esta es una antigualla, es pesada, resulta difícil apuntar con ella, el intervalo entre disparo y disparo es largo. –su sonrisa se borró rápidamente cuando miró por encima de mi hombro derecho, más allá de la barrera. Yo supuse que había conseguido mi

propósito.

Ella me entregó la automática y se quitó los cascos.

–Hola, Oz.

En lugar de darme la vuelta, adelanté el martillo del Colt y le puse el seguro. Su voz no era como me la había imaginado, sino aguda y discordante.

–Pensé en pasarme por aquí para comprobar quién había disparado un obús –salvo por la música y por algunas conversaciones un poco apartadas, todo estaba más o menos en silencio–. ¿Quién es tu amigo?

El rostro de ella permaneció impassible.

–Este es Walt Longmire, el padre de Cady.

–Oh, Dios mío –era tan alto como yo, rondaría los treinta y tantos, exhibía una complexión atlética y entradas, además de la perilla que tan de moda estaba–. Siento lo de tu hija.

Coloqué el Colt en el mostrador.

–Gracias.

Él se pasó la pistola Glock de una mano a otra y me fijé en que tenía el cargador puesto y el seguro quitado. Extendió la mano derecha.

–Vince Osgood, pero me llaman Oz –yo asentí y él continuó–. Era amigo de Cady.

Me entraron ganas de agarrarlo del pescuezo al notar que había utilizado el pasado.

–¿También eras amigo de Devon Conliffe?

Su mirada era firme.

–Lo era... ¿Conocías a Devon?

Hice un gesto para señalar hacia la Glock que sostenía en la mano izquierda.

–¿Te importaría ponerle el seguro al arma mientras hablamos?

Él se quedó inmóvil por un segundo.

–Tiene un mecanismo de acción segura.

Interpreté mi papel de hombre responsable lo mejor que pude.

–Me pongo un poco nervioso cuando hay armas de fuego sin seguro a mi alrededor.

Él extendió la otra mano y presionó el botón: la viva imagen de la cortesía.

–Claro. Como me paso tanto tiempo rodeado de estas cosas las considero algo natural.

–Conocí a Devon justo antes del accidente.

–Sí, lo he oído –se inclinó contra la pared de la cabina y me llegó el olor de su loción de afeitado–. Tú y yo deberíamos hablar.

Asentí y miré a Joanne de reojo.

–Sí. Seguro que tú podrás informarme mejor de lo que está pasando.

Él frunció los labios y bajó la vista a sus zapatos de cuatrocientos pavos: la viva imagen del ayudante del fiscal del distrito sabelotodo, aunque suspendido de empleo, obligado a ayudar a su rústico primo.

–Creo que sí podré hacerlo.

Luego levantó la cabeza.

–¿Dónde vas a estar esta noche?

Pensé en Lena.

–He quedado para cenar, pero podríamos vernos después para tomar una cerveza.
¿Conoces un sitio que se llama Paddy O'Neil's, en Race?
Él me observó durante un instante demasiado largo.
–¿Cerca del puente?
Extraje mi reloj de bolsillo.
–¿A las diez y media? –él asintió y yo hice un gesto en dirección a su Glock 34–. Eres bastante bueno con ese trasto.
–Es algo que va con la profesión.
Me pregunté cómo sería el ejercicio de la jurisprudencia en Filadelfia y recogí mi Colt.
–¿Vas a disparar otra vez?
–Oh, sí, ¿y tú qué?
Dejé que mirara mientras recargaba el 45 y luego lo guardaba en la pistolera de la espalda.
–No, gracias.
Él sonrió y movió la cabeza de un lado a otro.
–Supongo que tú también serás bastante bueno, ¿no? Lo bastante bueno como para tener el arma amartillada y asegurada con un cargador repleto y con una bala en la recámara. Lo bastante como para saber que a él no le quedaba ninguna.

–Alphonse, si no bajas el volumen de esa música para turistas, nos iremos a otro sitio.

El restaurante estaba cerrado, pero Lena había abierto la puerta trasera y había entrado resueltamente como si fuera la dueña del lugar. Me depositó en una pequeña cabina cerca de la cocina y gritó escaleras arriba, donde se encontraba Alphonse, amenazándole con el fuego eterno si no bajaba a prepararnos la cena.

Alphonse, el tío, era hermano de Victor Moretti, y su restaurante representaba la quintaesencia del mercado italiano, con sus manteles de cuadros rojos y blancos y con las ajadas botellas de chianti cubiertas de rafia que hacían las veces de candelabros. Los reservados eran altos y de madera antigua y brillante a base de muchas capas de barniz, pero el alma de Alphonse's era Alphonse. Alphonse Moretti debía de pesar tanto como yo, que no era poco teniendo en cuenta que mediría solo un metro setenta.

–Si quieres que me ponga a crear, necesito música –salió de la cocina como una exhalación con una botella de vino y varios vasos de agua, sacó el corcho con la mano y se sentó en mi banco, interpretando junto a Frank Sinatra «The Lady Is a Tramp» en un dueto lleno de sentimiento. Llevaba gafas pero, al igual que sus facciones, estas parecían engullidas por la carne. Lo único que despuntaba en su rostro era su bigote entrecano, que le caía sobre las comisuras de los labios. A cualquier otro hombre le hubiera dado un aspecto severo, pero a Alphonse le daba un aire de pintor que se hubiera metido una brocha en la boca y se hubiera olvidado de ella.

–Es una mujer hermosa, ¿a que sí?

Lena apoyó la barbilla en la palma de su mano y lo miró.

–Alphonse...

Sirvió el vino en los vasos del agua y deslizó uno hacia mí.

–Pertenece a una raza de *principesse*, no como nosotros, simples campesinos –Lena se recostó en el respaldo de madera de la cabina y me miró. Estaba seguro de que era una actuación repetida muchas veces–. ¿Conoces la isla de Capri? –señaló a Lena con un dedo rechoncho y derramó un poco de vino sobre la mesa–. Ella te dirá que es de Positano, pero no es verdad.

Lena cogió el vaso y se apartó del alcance de la luz de la vela.

–Al, ¿no tienes copas de vino?

Él volvió a hacer un gesto hacia Lena.

–¿Lo ves? Una *principessa*.

–Al..

–*Un pezzo di cielo caduto in terra*, como se suele decir, un trozo de cielo caído sobre la tierra. Dicen que Lucifer robó la isla y la trasladó a Italia y, ya sabes, cuando quieras

ver mujeres guapas, pregúntale al diablo –Lena resopló displicente. Él continuó–. ¿Te suena Tiberio, el emperador que arrojaba a la gente por los acantilados? –yo asentí–. Construyó palacios por toda la isla, incluso trasladó la capital imperial a Capri.

Ella dijo con voz queda:

–Dios, Al...

Él se santiguó.

–Es una mala mujer, pero es tan deliciosa –noté que Lena le pegaba una patada por debajo de la mesa–. Tiberio tiene todos esos palacios desperdigados por Capri, pero luego necesita mujeres a las que seducir. Se corre la voz por todo el imperio y las mujeres más voluptuosas y deseables son traídas desde todos los rincones de Italia. Villa Jovis es el palacio más esplendoroso, así que en él debe habitar la mujer entre todas las mujeres. Tiberio lleva a todas las *princesse* al palacio y manda que se desnuden una a una –hizo un gesto en dirección a Lena–. Su antepasada, Dona Allora, es la última y, cuando deja caer su túnica, la corte guarda silencio. Ninguna mujer de las que haya visto antes se puede comparar con esta. El emperador debe hacerla suya de inmediato, así que la posee en el suelo delante de toda la corte.

Como se quedó callado, me sentí obligado a decir algo.

–Menudo cabroncete romántico.

Lena agitó la cabeza.

–Chorradas.

–Allora se vengó –Alphonse tomó un trago de su vino–. Dicen que Tiberio murió ahogado a manos de un rival, pero. –señaló con un dedo en forma de salchicha a Lena–. No se puede amar a mujeres tan hermosas como esta, te arrancarán el corazón.

–Me gustaría arrancar corazones de la misma manera que tú tergiversas la verdad.

Él me estaba mirando.

–Perseguí a esta mujer durante tres meses antes de que ella eligiera al feo de mi hermano, que no es tan listo como yo –me tocó el brazo para asegurarse de que atendiera–. ¿Su hija, el Terror, trabaja para ti?

Yo asentí.

–Sí.

–Cuando era adolescente, solía trabajar de socorrista en la piscina de la Calle Christian.

–Alphonse. –la voz de Lena sonó amenazante.

Él la ignoró y continuó.

–El Terror solía llevar un bañador negro de una sola pieza, una camisa blanca atada a la cintura y unas sandalias ligeras con flores entre los dedos.

–Al...

–En verano, los hombres de la Calle Christian siempre encontraban algún motivo para asomarse al balcón a las diez de la mañana a verla pasar.

–Al...

–Tenía catorce años y era más deslenguada que un estibador.

Tomé un sorbo de vino mientras Lena hablaba.

–Si has terminado con tus historias..., por favor, nos estamos muriendo de hambre.

Él me miró.

–¿Lo ves...?, una *principessa*.

Ella se inclinó hacia delante.

–¿Qué vamos a tomar?

Él levantó las manos con un gesto teatral.

–Pizza Rustica Alphonse.

Lena dio unas palmadas.

–¡Mi favorita!

Él se tomó el resto del vino de un trago, depositó el vaso sobre la mesa con otra floritura y se levantó.

–Le robé la receta a Termini, pero como no está aquí... –y desapareció entre las puertas de la cocina, cantando «One for My Baby» a dúo con Frank.

Levanté el vaso y ella brindó con el borde del suyo.

–Por la venganza de la dama y las sandalias con florecitas entre los dedos –ella sonrió y bebió. Hice un gesto en dirección a la cocina, donde Alphonse rivalizaba con Sinatra–. Es todo un personaje.

–Es mi aliado.

–Parece que sabe disfrutar de la vida.

Ella inclinó la cabeza levemente.

–Y se inventa excusas para la gente que comete ese mismo error –el vaso se mantuvo sobre su labio inferior, un gesto muy de Vic–. Después de mi aventura, Alphonse me dejó que me quedara en el piso de encima del restaurante.

–Hablas de ello como si fuera un hecho histórico.

Ella tomó un trago.

–Para nuestra familia lo fue –Lena me estudió–. Supongo que siempre te mantuviste firme.

–¿Firme?

–Ya sabes a qué me refiero.

Pensé en ello, tratando de no salir con ninguna mojigatería.

–Siempre estábamos ahorrando para algo. A decir verdad, no creo que nos lleváramos de maravilla. Hubo muchas ocasiones en las que estuvimos a punto de abandonar pero parecía que siempre necesitáramos algo: una tele nueva, una lavadora y una secadora, un coche o algo para Cady... Es increíble lo mucho que un sueldo de funcionario puede hacer por la fidelidad –ella se echó a reír y yo me fijé en el dibujo de damero del mantel–. No sé muy bien cómo soltarte esto, pero creo que somos lo bastante amigos para que te lo cuente –ella levantó la vista para mirarme–. Creo que me he tropezado con el hombre que fue tu amante.

Su expresión cambió ligeramente y luego volvió a centrarse en el mantel. Fue una pausa muy larga y yo estaba a punto de decir algo cuando ella comenzó a hablar.

–Me parece que Michael te ha echado del hospital.

–Pues sí.

–Se está curando deprisa –se llevó el vaso a los labios–. Lo han suspendido durante

tres días y me parece que debería estar cabreada contigo por eso.

Esperé y luego hablé con mucho cuidado.

–Si ese es el único motivo por el que estás cabreada conmigo... –ella arqueó una ceja de proporciones perfectas mientras yo continuaba–. El plan fue mío, pero la idea no – tampoco me apetecía que la conversación discurriese por esos derroteros, así que volví a cambiar de tema–. Hoy he estado en Delaware. Fue el primer estado en firmar la Constitución, tienen una placa.

–¿Qué tal la ópera?

–Creo que tu marido preferiría que regresara a Wyoming lo antes posible.

–No me cabe ninguna duda.

Sonreí y tome otro sorbo de vino.

–¿El estreno es mañana por la noche?

–Sí, ¿por qué?

Me encogí de hombros.

–Estoy buscando pareja para ir a la inauguración de la exposición de Henry, pero supongo que ya tienes un compromiso previo.

Ella se tomó su tiempo para responder, contemplando su vaso.

–Sí.

Permanecimos en silencio y comprobé que Lena apretaba la mandíbula. Volvía a parecerse a Vic. Nos quedamos escuchando mientras Alphonse terminaba de dar una nota.

–Victor canta muy bien, pero creo que prefiero a Alphonse. Es más sentido.

–Y menos engolado –ella se rio con una risa lenta y contagiosa–. Bueno, como parece que no podemos hablar de otros temas, cuéntame, ¿qué tal va el caso?

–Esta noche voy a tomarme una cerveza en O'Neil's con un ayudante del fiscal del distrito. Era amigo de Devon y fue uno de los implicados en lo de Roosevelt Boulevard.

–¿Vince Osgood?

–Sí, supongo que salió en todos los periódicos.

–No, me suena de algo más reciente.

Dejé que pensara mientras yo continuaba.

–Lo suspendieron...

Ella levantó una mano para impedirme que hablara.

–No, está relacionado con algo que has dicho. Ya he oído mencionar antes estos dos nombres juntos. Osgood y Conliffe.

–Roosevelt Boulevard...

–No, no, no. Es otra cosa –continuó meditando–. Sé que he oído el nombre de ese chico antes, pero ahora no recuerdo dónde –Alphonse regresó con los platos y los servicios de cubiertos enrollados en servilletas, los colocó cuidadosamente sobre la mesa y se sirvió otro vaso de chianti–. Alphonse, ¿qué sabes de Vince Osgood?

–¿El ayudante del fiscal del distrito que cesaron? –él apretó los labios por debajo del bigote–. Ese quemaría a su madre para entrar en calor.

–¿Qué me dices de él y de Devon Conliffe, el hijo del juez?

–¿Qué hay de él? –tomó un sorbo de vino–. Se cayó del puente, fin de la historia.

–Al...

Se quedó mirándome.

–Pero bueno, te dejo aquí con esta mujer hermosa, vino, velas..., y os ponéis a hablar como polis.

Lena bajó el vaso.

–Tú fuiste poli.

–Pero ya no. Si quieres hablar de cosas de polis, habla con tu marido. Si quieres hablar de mujeres, de vino y de música, habla conmigo.

Ella sostuvo el vaso con ambas manos y no lo miró.

–¿Todavía trabajan aquellos amigos tuyos en la oficina del fiscal del distrito?

–No.

Esta vez sí lo miró.

–¿Vas a hacer que se lo pregunte a Víctor?

Él tomó un sorbo de vino y se lo pensó. Finalmente, suspiró.

–¿Qué quieres saber?

–Hay alguna conexión entre Osgood y el chico de los Conliffe, algo que he oído por casualidad o que he leído en alguna parte, algo reciente.

–Haré una llamada. mañana, pero con una condición.

Esperamos.

–No más charla de polis.

Llamé a Henry desde O'Neil's. Quería realizar una serie de ceremonias en la habitación de Cady del hospital y me dijo que él relevaría a Michael y que yo me tomara el resto de la noche libre. Le dije que no estaba seguro de que pudiera hacerlo.

–Entonces tendrás que ayudar, tú.

–Te ayudaré –lo oí hablando con las enfermeras y me pregunté qué opinarían los otros pacientes sobre los rituales que se avecinaban–. ¿Qué tal va el montaje en la academia?

–Espléndidamente bien. Son todos muy complacientes –pensé en la mujer de las llaves y el pase de seguridad–. Vas a venir a la inauguración, tú –no era una pregunta, era una afirmación.

–De acuerdo, pero alguien tiene que quedarse con Cady.

La línea permaneció en silencio.

–Para entonces se encontrará mejor –de golpe, sentí que el rostro se me acaloraba y que los ojos no dejaban de picarme. Incluso a través del teléfono, él lo sintió–. ¿Me harás un favor?

–Sí.

–Procura tardar bastante en venir. No estoy seguro de que les gusten las ceremonias paganas..., y trae plumas de águila –la línea enmudeció.

Ian me observó mientras colgaba el teléfono.

–¿Algún problema?

–Más o menos. Tengo que encontrar plumas de águila.

Él cruzó sus brazos musculosos sobre la barra, haciendo que las serpientes celtas se contorsionaran en sus antebrazos.

–Veré lo que puedo hacer.

Probablemente le pidieran cosas aún más raras. Eché un vistazo al local y localicé una mesa vacía cerca de la ventana. Había gente en el local, pero no tanta como me había imaginado.

–Esta noche no tenéis mucho lío, ¿verdad?

El irlandés se encogió de hombros.

–El grupo ha cancelado la actuación.

–¿Qué ha pasado?

Deslizó por la barra hasta mí una Yuengling de cuello largo que no le había pedido.

–Empezaron a beber demasiado temprano.

–¿Irlandeses?

Él sonrió con suficiencia.

–Franceses, creo.

–Malditos franceses.

–Sí, acabarán jodiendo Europa, espera y verás.

Miré por encima del hombro la mesa que continuaba libre.

–Creo que voy a sentarme junto a la ventana.

Él echó un trago muy respetable de una bebida que los escoceses llaman «criatura».

–¿Eres demasiado bueno para beber en la barra, *sheriff*?

–He quedado con un abogado.

–¿Va a venir Cady?

Inspiré hondo al levantarme.

–No, hay algo que debería. –entonces distinguí a Osgood de pie junto a la puerta de la entrada. Levanté la mano para llamar su atención e hice un gesto en dirección a la mesa de la esquina. La mirada de Ian se había endurecido, no sé si por mis palabras o por la aparición de Osgood–. Tendré que contártelo más tarde.

–Estaré pendiente de tus plumas de águila.

Me llevé mi cerveza y la servilleta a la mesa y me coloqué de espaldas a la pared, como buen *sheriff* de frontera.

–Buenas.

–¿Cómo estás?

–Bien, ¿puedo invitarte a una copa?

Se quitó la chaqueta del traje y la colgó cuidadosamente en el respaldo de la silla, luego se aflojó la corbata y apoyó los brazos en la mesita. Después asintió antes de echar un vistazo al local.

–¿Por qué querías que nos viéramos aquí? Este sitio es un antro.

Le hice un gesto a O'Neil y me volví hacia Osgood.

–Cady vive solo a media manzana de distancia.

–Oh –ese fue su único comentario.

Ian se acercó y me fijé en que Osgood ni siquiera se molestaba en mirarlo.

–Whisky escocés con agua, cualquiera que tenga más de doce años.
Ian se quedó mirándolo un segundo más de la cuenta, luego se giró y se alejó. Estudié a Osgood.
–¿Os conocéis?
El asistente del fiscal del distrito negó con la cabeza.
–No lo había visto en mi vida –estaba bastante seguro de que hacía un momento tampoco lo había hecho–. ¿Cómo está tu hija?
–Está mejorando, ha empezado a tener respuestas involuntarias –pensé en Henry–. Hemos hecho venir a un especialista.
Él asintió.
–He oído que andas investigando por tu cuenta.
Me pregunté a quién se lo habría oído.
–Mantengo los ojos abiertos por si puedo ayudar a Cady, nada demasiado serio.
Él asintió un poco más.
–Ten cuidado con Gowder y Katz –echó un vistazo por la ventana–. El judío es de asuntos internos y la verdad le importa una mierda –continuó mirando la acera–. No tengo ni idea de por qué llevan años detrás de mí.
Imaginé que los casi diez cargos pendientes tendrían algo que ver.
–¿Qué me puedes contar de Devon y Cady?
–Bueno... –se mesó la punta de la perilla–. Tenía la esperanza de que pudiéramos compartir información, ¿sabes? ¿Ayudarnos mutuamente?
Yo asentí, todo cándido.
–Pues claro.
Ian regresó con el whisky con agua e hizo un gesto a mi cerveza, aún sin estrenar.
–¿Quieres otra?
–Dentro de un rato. Gracias –él asintió y miró de reojo a Osgood, que continuaba estudiando la superficie de la mesa. Levantó la cabeza cuando Ian se marchó.
Tomó un sorbo de whisky y posó el vaso encima de la servilleta de papel.
–Supongo que sobre todo estás interesado en la conexión entre Devon y tu hija.
–Cady.
Él me observó un instante más.
–Cady.
–Estás en lo cierto.
–No hay ninguna conexión –parecí vagamente sorprendido–. Entre lo que le pasó a Devon y lo que le pasó a tu. a Cady –él se inclinó hacia delante–. Devon estaba hasta arriba de problemas en los que no se debería haber metido –le pegué un trago a la cerveza y esperé–. Tenía un pequeño problema, ya sabes a qué me refiero –se llevó un dedo a un lado de la nariz y esnifó–. Sus dificultades empezaron cuando conoció a ese tipo, Shankar DuVall, que solía conseguirle la mercancía. Comenzaron a trabajar en un sistema de trueque, ya sabes, mercancía a cambio de servicios legales.
Pensé en el tipo al que había placado en el antro de *crack*, le habían llamado DuVall, pero parecía demasiada coincidencia.

–¿Qué pinta tiene el tal DuVall?

–Negro, con tatuajes, un cabrón bien grande. Le van los fármacos y las drogas. Es más bien un aficionado, o eso he oído.

Pues resultaba que no era demasiada coincidencia. Supuse que el tipo era lo bastante grande como para arrojar a alguien por el puente Benjamin Franklin.

–¿Y qué pasó entre él y Devon?

–Pillaron al puto DuVall y a un amiguito suyo, Billy Carlisle, con ocho kilos de drogas de diseño en una furgoneta de venta ambulante en el mercado de mayoristas del sur de Filadelfia. Habían tenido la brillante idea de venderlas como si fueran helados –levantó una mano como quien agita una campana imaginaria–. ¡Din don! ¡Hora de colocarse! Durante el juicio mostraron las fotos de la furgoneta al jurado. En los lados tenía pintados niños comiendo polos. Te puedes imaginar la buena acogida que tuvieron –tomó otro sorbo de whisky y agitó la cabeza–. Vamos, lo que se dice un par de ases del crimen. Bueno, en cualquier caso. DuVall y Carlisle se ofrecieron a colaborar con nosotros y el fiscal del distrito decidió jugársela por DuVall, dejando a Carlisle colgado, creyendo que todo lo que supiera el chavalín lo sabría por Shankar.

Rasqué con la uña del pulgar la etiqueta de mi cerveza.

–Vale.

–Sucede muy a menudo. Para algunos de estos sacos de mierda, colaborar con las autoridades significa que pueden conseguir un 5k1.1, lo que implica una carta de recomendación del fiscal.

–Si colabora con la justicia, ¿DuVall evita cumplir la sentencia e ingresa en prisión por un tiempo mínimo?

Él levantó cuatro dedos.

–Cuatro años y tres meses. La zona este de Pennsylvania encabeza la lista de colaboradores, hasta un 41,1% de los acusados reciben sentencias reducidas por seguirnos el rollo.

–¿Y Carlisle?

–Diecinueve años y siete meses –soltó una carcajada–. Y todo por conducir una camioneta de helados.

–Pero con suficiente droga como para rellenar todas las narices del monte Rushmore –me quedé pensando en ello–. ¿A DuVall le cayeron cuatro años y tres meses? Parece poca cosa.

–Él nos siguió el rollo.

Traté de pensar en cómo sacar a colación el incidente de Roosevelt Boulevard, pero quizá lo sacara él mismo.

–¿Cómo entra Devon en juego?

–Hizo una llamada al menda, quería saber si yo podía hacer algo por Billy Carlisle.

–¿Y pudiste?

Él negó con la cabeza.

–No –extendió sus manos inocentemente–. Yo sigo las reglas.

Bueno, pues de perdidos, al río.

–¿Qué hay de Roosevelt Boulevard?

–¿Qué hay de eso? –su voz se tensó.

–He oído algo sobre el tema.

Sus ojos permanecieron fijos en mí.

–¿Y qué es lo que has oído?

–Que tú y Devon os visteis envueltos en un tiroteo al norte de aquí.

Él se rio a medias.

–¿Qué pasa? ¿Es que tienes mi expediente?

Sonreí y le di otro trago a la cerveza. Él me observó, luego tomó un sorbo de su bebida y mantuvo el vaso a la altura de la cabeza.

–Eso fue cosa de Devon –suspiró–. Casi me cuesta el trabajo, y puede que todavía lo pierda si Katz y Gowder, esos dos capullos, se salen con la suya –traté de decidir qué parte de lo que me estaba contando era mentira–. Devon tenía un trato con esos gilipollas, se asustó y me pidió que lo acompañara.

–Entonces, ¿no os estaban persiguiendo cuando saliste de tu oficina?

–No, eso me lo inventé, pero tienes que reconocer que suena mejor que confesar que dos abogados blancos fueron hasta Fentonville por un asunto de drogas.

–Pues sí.

–Pensaba utilizar los contactos de Devon para llevar a cabo una pequeña operación encubierta en la que estaba trabajando con la unidad de narcóticos. Solo preparaba el terreno, ya me entiendes. Se suponía que no íbamos a comprar, pero Devon tenía el mono, así que las cosas se pusieron feas.

–He oído que Ramon Diaz recibió un tiro de tu escopeta recortada.

Él dejó el vaso sobre la mesa.

–Era o él o yo.

Se me ocurrió que acababa de escuchar el mantra de Osgood y supuse que escucharía lo mismo si sacaba el tema del hombre bajito en la pista de tiro.

–¿Por qué se ha desestimado por completo la teoría del suicidio de Devon? Solo lo vi una vez, pero me pareció que podía ser un candidato idóneo.

–Yo también me pregunto eso.

Estaba caldeando el ambiente.

–Lo arrojaron a una distancia de seis metros por encima de las vías del tren y cayó al callejón de abajo –me recliné en la silla y traté de que los hechos hablaran por sí solos–. A no ser que él pusiera de su parte, no creo que eso sea físicamente posible. Lo que intento decir es que yo no sería capaz de tirar a alguien tan lejos.

Él levantó su bebida y se quedó mirando el hielo que se arremolinaba en el líquido ambarino.

–Quizá lo podrías hacer si estuvieras lo bastante motivado.

De ahí en adelante la cosa iba a ponerse difícil. Osgood estaba tan acostumbrado a fardar de lo duro que era que tal vez no se diera cuenta cuando lo hacía otra persona. Se inclinó hacia delante.

–Lo que quiero decir es que comprendo que hay ciertas circunstancias que pueden

llevar a que un hombre haga algo precipitado.

–Has hablado como un auténtico abogado.

Él hizo una mueca con los labios y pensé que quizá había jugado demasiado pronto mi baza, pero él me siguió el juego.

–Ese es mi trabajo, pero soy consciente de que a veces hay que sacar la basura.

Levanté la vista al escucharlo.

–Eso es ser muy comprensivo por tu parte.

–Mira... –echó un vistazo a su alrededor, bajando la voz–. *Sheriff*, no sé si fuiste tú y, para ser sincero, tampoco me importa. No encontrarás ninguna manera de mezclarme en esto porque tengo casi mil testigos que pueden confirmar que esa noche estaba en una gala para recaudar fondos en el Painted Bride Art Center –suspiró–. Si lo hiciste, buen viaje de vuelta a casa y que te vaya bien.

Por primera vez en toda la noche me creí lo que había dicho. Eso no significaba que Devon y él no se hubieran visto implicados en una serie de trapicheos sucios, pero sí que él no había sido el autor material y no había tirado a Conliffe por el puente. Osgood no encajaba con el perfil de asesino calculador. Quizá fuera lo bastante estúpido como para meterse en asuntos de los que no podía salir sin cargarse a alguien, pero solo lo haría en caliente.

Quizá le alegrara pensar que había sido yo: por lo que a él concernía, asunto resuelto. Fuera cual fuera su motivación, ahora yo tenía más material para trabajar y la reputación de un padre implacable y vengador, si es que eso servía para algo.

La llegada de Ian me evitó más preguntas.

–¿Otra ronda?

Negué con la cabeza.

–Tengo que marcharme.

Osgood tiró un billete de veinte sobre la mesa.

–A esta invito yo –se sacó una tarjeta del bolsillo tras ponerse la chaqueta–. Oye, si surgiera algo, llámame –asentí y cogí la tarjeta como un hombre culpable–. Y si esos capullos de asuntos internos empiezan a ser un problema. –se enderezó la corbata y dejó el resto en el aire, mientras se giraba hacia O'Neil y le hacía un gesto en dirección al billete de veinte–. ¿Es bastante con eso?

El irlandés lo miró.

–Claro.

Osgood y yo nos estrechamos la mano y él salió del *pub* con aire decidido. Ian y yo nos quedamos mirándolo hasta que se subió al Hummer amarillo y desapareció.

Me bebí el último trago de cerveza y le pasé a O'Neil la botella.

–¿Dónde está el Painted Bride Art Center?

Señaló la dirección con la mirada.

–A unas dos manzanas de aquí.

Qué conveniente. Me levanté.

–¿Os conocéis?

Él permaneció con la mirada puesta en la calle.

–Ha estado aquí un par de veces, de hecho, vino con Devon Conliffe –me di la vuelta para mirarlo–. Mantuvieron unas cuantas conversaciones acaloradas.

–¿Le has contado algo de eso a la policía?

Él sonrió.

–Creía que eso era lo que estaba haciendo ahora.

Había escondido algo a sus espaldas. Movi6 el brazo con destreza y me lo coloc6 contra el pecho. Era un casco bastante machacado del equipo de f6tbol americano Philadelphia Eagles, enmarcado a cada lado por unas alas de 6guila pintadas. Lo mir6 y 6l me sonri6.

–No vas a conseguir nada mejor, *sheriff*.

Todav6a era demasiado temprano para ir al hospital y, tras la conversaci6n con Osgood, pens6 que me vendr6a bien un poco de aire fresco, as6 que sub6 al puente. Esta vez no estaba cerrado el acceso norte y pude echarle un primer vistazo a la verdadera escena del crimen. Mir6 hacia abajo y observ6 el tr6fico que se desplazaba hacia Nueva Jersey, las luces traseras de los veh6culos formaban una l6nea caprichosa de puntitos rojos sobre el arco del puente. Me inclin6 sobre la gruesa baranda y vi a un hombre que pasaba corriendo. Llevaba puesto un chaleco reflectante e iba a buen ritmo. Se qued6 mirando el casco que llevaba en la mano.

–Eh, t6o, quiz6a el a6o que viene –y continu6 su camino.

Alcan6 el lugar desde donde Devon hab6a levantado el vuelo y mir6 por encima de la baranda hacia la v6a del tren. Ser6a dif6cil lanzar a un hombre tan lejos. Pens6 en el tipo llamado Shankar DuVall. El t6o encajaba y sin duda habr6a sido capaz de arrojar a Devon como quien tira una ficha de p6ker. Tendr6a que comprobar lo que Katz y Gowder sab6an.

Hab6a algunos veh6culos aparcados en uno de los lados del callej6n; pens6 que quiz6a a Devon le habr6a ido mejor si hubiera aterrizado encima de uno de ellos en lugar de hacerlo sobre los parches de cemento, asfalto y ladrillo del suelo.

Un grafitero hab6a escrito «Rob ama a Melissa» en una valla publicitaria situada en lo alto del edificio que quedaba a mi derecha. Pens6 en los P6jaro Peque6o y me pregunt6 qu6 tal le ir6a a Melissa. Iba camino de convertirme r6pidamente en todo un experto en mujeres maltratadas.

El edificio a mi izquierda era un viejo almac6n que ten6a pinta de estar convirti6ndose en un complejo de *lofts*. Quienquiera que hubiese elegido el lugar para asesinar a Devon hizo un buen trabajo, pues hab6a encontrado un sitio en una ciudad con seis millones y medio de habitantes donde no pod6a haber ning6n testigo de lo ocurrido.

Si no hubiera sido por la nota an6nima que hab6a recibido en el hospital, podr6a haberme cre6do la hip6tesis del suicidio. Entre la mierda en la que 6l y Osgood andaban metidos y el da6o que Devon le hab6a hecho a Cady, la 6nica cosa buena que ten6a en su vida, esa teor6a cobraba sentido.

Katz y Gowder hab6an desechado de un modo sospechosamente r6pido esa posibilidad, incluso antes de que yo recibiera la nota. ¿Por qu6? ¿Y qu6 ventaja le sacar6a

alguien al hecho de cargar con la culpa de un asesinato que no había cometido? ¿Y por qué contármelo? Alguien no quería que yo investigara este asesinato y había tratado de advertirme: «TE HAN HECHO UN FAVOR, AHORA DÉJALO ESTAR».

Pasé la mano por la barandilla color azul celeste y noté que mis dedos topaban con algo. Me incliné sobre el borde, a una distancia suficiente como para ver que aquello estaba pegado a la parte inferior de la baranda. La cinta adhesiva y el papel estaban en buen estado, así que debían de haberlos colocado allí hacía poco tiempo. Se trataba de un sobre y, como la vez anterior, llevaba mecanografiada la palabra «*SHERIFF*».

No me jodas.

Pensé que debía esperar a tomar las huellas dactilares por si mi amigo postal era el asesino de Devon pero creí que no iba a ser tan tonto como para dejarlas. Pasé un dedo por debajo de la solapa y abrí el sobre. Era el mismo tipo de tarjeta y esta vez el mensaje rezaba:

«VUELVE CON EL INDIO». Con la misma marra en la «o» mecanografiada.

Me quedé mirando la nota fijamente y de repente sentí que había alguien a mi lado. Me di la vuelta, girando automáticamente el casco de fútbol americano.

–Cuidado, grandullón –ella era bajita, morena y llevaba puesta una chaqueta de cuero negra con el cuello levantado. Se acodó en la barandilla como si la cosa no fuera con ella y balanceó una botella de cerveza que llevaba en la mano. Luego echó un trago–. No lo hagas. La vida es demasiado valiosa para. –se detuvo un segundo–. Ah, joder, no me acuerdo del resto –Vic se giró y se quedó mirándome a mí y al casco que llevaba en mi mano–. Pero entiendo que quieras saltar, teniendo en cuenta la última temporada.

–Entonces ¿qué?, ¿estás intentando follarte a mi madre?

Observé que el taxista volvía la cabeza para mirarnos mientras ella se terminaba la cerveza y tiraba la botella vacía al suelo del coche. El conductor tenía la voz aguda y acento extranjero.

–¿Oiga?

–¿Qué estás haciendo aquí?

–Vengo como emisaria de Wyoming, como no nos escribes ni nos llamas... –se acodó en el borde de la ventanilla abierta y se llevó la mano a su negra cabellera–. No has contestado a mi pregunta.

El taxista volvió a intentarlo.

–¿Señorita?

–¿Por qué me preguntas eso?

Ella dejó vagar su mirada por la ciudad nocturna que discurría a nuestro lado.

–Cogí un vuelo antes y os vi a los dos en el restaurante de mi tío Alphonse. Parecíais muy acaramelados, así que no quise interrumpir.

–¿Amable señora?

Suspiré.

–Tu madre ha sido de gran ayuda.

–Lo dices como si yo no fuera a serlo.

El taxista no estaba dispuesto a ceder.

–¿Madame?

Vic puso cara de fastidio y le lanzó una mirada furibunda por el espejo retrovisor.

–¿¡Qué¡?

Él le dijo como pidiéndole disculpas:

–No puede dejar esa botella de cerveza en el taxi.

Vic lo miró durante un momento y luego recogió la botella enganándola por el cuello con el dedo índice.

–¿Esta botella?

Entonces la arrojó por la ventanilla abierta, lanzándola por encima de la barandilla del puente para que fuera a parar al río Schuylkill. Casi me vuelvo a partir la nariz con el separador de plexiglás cuando el conductor pisó los frenos.

Era un paseo de tres manzanas hasta llegar al hospital y observé a Vic mientras ella se empapaba de su ciudad natal.

–No, creo que vas a ser de gran ayuda –en la ciudad parecía diferente, como si se encontrara en casa. En Wyoming no encajaba, pero aquí era como si todas las piezas se

acoplaran en su sitio. Nunca la había visto con esa ropa: chaqueta negra de cuero, camiseta negra, pantalones negros y botas Dr. Martens negras.

–¿Tu familia sabe que estás aquí?

–Solo Alphonse. Entré cuando os marchasteis.

–¿Por qué no entraste antes?

Ella arrugó los labios y echó un vistazo en dirección al río.

–Me gusta medir mis entradas.

Los guardias de seguridad del hospital levantaron la vista cuando pasamos pero volvieron a bajarla cuando subimos por las escaleras mecánicas hacia los ascensores de la entreplanta. Vic se había detenido y estaba estudiando la nota.

–Solo puede referirse a Henry.

–Eso es lo que he pensado, pero no lo pillo.

–Quizá el indio lo entienda –levantó una mano para contener las puertas automáticas del ascensor–. ¿Tienes la llave de casa de Cady?

Me quedé allí parado, sin saber qué hacer.

–¿No vas a venir?

Ella negó con la cabeza.

–Estas cosas no se me dan nada bien, por eso no suelo hacerlas.

–¿No quieres pasar a saludar a Henry?

–Lo veré pronto –fue un momento incómodo, pero luego me sonrió y me hizo un gesto con la barbilla–. En circunstancias normales te diría que pillaras al cabrón que lo hizo, pero me parece que alguien se nos ha adelantado.

Tuve que parpadear para acostumbrar la vista a las luces artificiales de la UCI. El ambiente olía a cedro y salvia quemados. La enfermera de noche hizo ademán de levantarse pero al ver que era yo volvió a sentarse. Miró el casco que llevaba en la mano y sonrió. Resultaba evidente que Henry ya había utilizado su magia para conseguir la autorización que nos permitiría llevar a cabo la ceremonia.

Henry se giró para mirarme y no se mostró sorprendido cuando le conté que Vic había llegado. Observé el intrincado montaje de objetos por la habitación.

–Ya está funcionando, tú.

Le pasé a Oso el casco de fútbol americano.

–Menos mal que no necesitabas un *tomahawk*, si no habría tenido que ir hasta Atlanta.

Henry estudió el casco y las alas con las plumas al viento.

–Esto servirá.

A los pies de Cady había dispuesto un cráneo de búfalo con el morro apuntando hacia ella. Había colocado dos piedras negras en el lado derecho de la cama, dos rojas en el izquierdo y una roja y otra negra sobre su almohada. Encima de uno de los carritos había un cuenco de cerámica lleno de tierra. Resultaba evidente que, a pesar de ser un extranjero en tierra ajena, Oso tenía buenas dotes para conseguir lo que se proponía.

Henry puso el casco encima de uno de los monitores y lo contemplé mientras él colocaba unos palitos sobre la cama dibujando dos líneas paralelas que se unían por los

extremos formando una uve: era un *Hetanihya* o *Hetan*, la figura que simboliza el hombre. Parecía que Oso iba a llevar a cabo una ceremonia cheyene de las que se solían realizar en un baño de sudor, pero sin el baño y sin el sudor.

Su bolsa de cuentas de medicina india también colgaba del carrito. Extrajo del interior su pipa ceremonial, cuya cazoleta estaba realizada en catlinita, un tipo especial de arcilla, y tallada en forma de búfalo. Luego insertó el búfalo en la boquilla, relleno la cazoleta, la prendió y trazó un círculo con la boquilla sobre el *Hetan*. Estuvo un rato dándole bocanadas a la pipa y luego me hizo un gesto para que me colocara al otro lado de la cama, pasándomela a continuación. Fumé durante un rato que me pareció equivalente y luego se la devolví. Cuando terminamos cuatro cuencos de tabaco, Oso desperdigó enebro y esteba sobre las piedras que rodeaban a Cady. Alzó la pipa y señaló con ella los cuatro puntos cardinales, para dejarla finalmente apoyada contra la calavera de búfalo, con la boquilla entre los cuernos. Luego sacó un atadizo de medicina india de la bolsa de terciopelo verde que siempre llevaba consigo y que, según contaba, lo había salvado de una muerte segura tras recibir un balazo que le dejó muy malherido en mitad de una tormenta de nieve en las Big Horn. Colocó el paquete encima de la almohada junto a la cabeza de Cady y me pasó unas viejas sonajas fabricadas con caparazones de tortuga y decoradas con pelo, dientes y pezuñas de ciervo. No me dijo que agitara las sonajas, así que me quedé quieto. A continuación, Henry habló con voz queda pero autoritaria.

–Escuchadme, espíritus. Pensad en mí, pues soy un hombre desdichado. Los que entren en mi baño de sudor en busca de protección, que salgan dejando atrás todo mal. Llevadlos en vuestro pensamiento, que el bien sea con ellos.

Se detuvo e inspiró hondo. La siguiente estrofa la pronunció como si improvisara.

–Dejad que los caballos de todos los colores se acerquen a ellos –señaló con la cabeza las ventanas que daban al oeste e hizo un gesto hacia el cráneo de búfalo–. Vuestra pipa está llena, venid y fumad. Cuando salgan de mi baño de sudor, que les acompañe el bien. A los lugares de donde vinieron, que lleven consigo la suerte. Que el bien sea con todos sus parientes. Que sus hijos los abracen con alegría. Dejad que su camino discurra por buenos senderos.

Por su voz parecía que se estaba emocionando.

–Que nuestros pacientes se levanten con salud, llevadlos en vuestro pensamiento, dejad que vuelvan a caminar con alegría –la voz se le quebró y fue entonces cuando me di cuenta de que estaba hablando en mi idioma–. ¿Quién sois vosotros? ¿Acaso no sois los que nos habéis enseñado esta costumbre? No pretendo pasar por hombre sabio. Soy pobre. No sé nada. Los ancianos me enseñaron la manera pero, si me equivoco, convertidlo en algo bueno. Todo lo que os pido concedédmelo. *Henahi!*

Agité las sonajas cuatro veces, como Henry me indicaba, y luego lo escuché mientras entonaba ocho cantos cheyenes. Cuando terminó, se desplomó sobre el sillón que había a mi lado y dejó caer los brazos hasta el suelo.

Extendí la mano y le di un apretón en el hombro.

–Gracias.

Él asintió y me sonrió con complicidad.

–Ha funcionado, tú.

Me quedé mirándolo, luego me volví hacia Cady y de nuevo hacia él. No parecía que se hubiera producido ningún cambio. Me levanté y me fijé con más atención, pues sabía que Henry no haría una afirmación de ese tipo a la ligera. Me volví y lo miré.

–¿Cómo puedes saberlo?

Levantó el rostro y continuó sonriendo.

–He tenido una visión.

–¿Ahora mismo? –él negó con la cabeza pero la sonrisa permaneció en el mismo sitio. Empezaba a ponerme nervioso.

–Antes.

Lo observé.

–¿Por qué sonríes?

Él se echó a reír.

–Por la visión, no te va a gustar.

Me convencí rápidamente de que no podía ser algo tan malo, porque si no, no estaría sonriendo.

–¿Qué?

–Caballos. Los caballos te ayudarán, corceles pintos y poderosos.

Me reí con él.

–Cualquier ayuda será bienvenida.

Henry se puso serio.

–Conoces el poder de esta medicina –estiró los músculos de la espalda y me volvió a mirar–. Los caballos te ayudarán, corceles pintos y poderosos.

–Vale –con eso Henry pareció darse por satisfecho, así que saqué la nota del bolsillo de mi camisa.

Henry la cogió y la estudió sin abrir el sobre.

–¿Otra vez?

Yo asentí.

–La he encontrado en el puente Benjamin Franklin, en la escena del crimen, pegado a la barandilla con cinta adhesiva.

Henry abrió el sobre y leyó la nota.

–¿Conoces a otros indios en Filadelfia, tú?

–No.

Volvió a estudiar la tarjeta.

–Entonces no sé... ¿Quizá tenga algo que ver con la inauguración?

–Es posible.

Henry volvió a meter la tarjeta en el sobre y me la pasó.

–Te será revelado.

Me metí el sobrecito en el bolsillo de la camisa.

–Déjame que adivine, lo harán los caballos.

Él se encogió de hombros.

–Eso u otra nota.

Decidí pasar el resto de la noche durmiendo en el sillón y enviar a la nación cheyene a su cama de artista invitado. Ojalá hubiera tenido mi sombrero de *cowboy* para taparme los ojos, pero lo dejé en casa de Cady. Me planteé utilizar el casco de fútbol americano, pero no quise alterar el conjuro. Le pedí prestada una toalla a la enfermera del turno de noche y la doblé. Me quedé un rato así quieto, mirando el reverso de la toalla y pensando: «VUELVE CON EL INDIO». De todos los implicados en el caso, ¿quién podía sentir compasión por nosotros? ¿A quién conocíamos en la ciudad? «VUELVE CON EL INDIO.» Eso había hecho, pero no había averiguado nada que no supiera antes. Menudo detective.

Me quité la toalla y me froté los ojos. Henry había dejado una botella de agua medio llena en el otro sillón, así que me deshice del tapón y me bebí lo que quedaba. La botella había dejado un cerco de agua en la cubierta del dossier impecable donde reposaba. Lo cogí y distinguí la galería principal de la Academia de Bellas Artes de Pennsylvania bellamente iluminada. Era el folleto para la exposición de las fotos menonitas.

La fotografía de la contraportada mostraba un caballo encabestrado a una camioneta Studebaker destartalada. El pinto estaba mirando a la cámara y la botella de agua que Henry había dejado sobre el folleto había dibujado un círculo perfecto alrededor del ojo del corcel. Me eché a reír al recordar la visión de Henry y me fijé en el texto. Era uno de los poemas que Dena Muchos Campamentos había tenido la amabilidad de ceder para el proyecto, un texto potente y elegante.

*Pasea entre los juncos inmóviles del Mni Shoshe, luego
marcha al norte,
a tierras más altas. Se encamina hacia los ponis mientras
estos se levantan
y desatan sus lágrimas, grandes gotas como manzanas
maduras.
Luego bailan, mientras mi madre y mi padre se agitan
en su lecho,
soñando con el ritmo de los cascos de caballos.*

Ese caballo que llevaba muerto setenta años me estaba mirando y me pregunté si Dena acudiría a la inauguración. Probablemente no, pues Henry no lo había mencionado. Quizá me equivocara, pero parecía que Henry hablaba menos de ella. Le pregunté por el torneo de billar en Las Vegas donde Dena había resultado ganadora, pero él me contó que había sido vista en compañía de un indio assiniboine alto y guapo con la mitad de años que él. A partir de ahí, la conversación había languidecido.

Volví a dejar el folleto en el asiento, doblé la toalla y me la coloqué de nuevo sobre los ojos, obsesionado con las cuatro palabras que flotaban en mi cabeza, la advertencia, la pista, la nota pasada de un pupitre a otro.

Supongo que había empezado a acostumbrarme a los sonidos y los ritmos de la UCI.

Me resistí un poco pero finalmente caí en un sueño intranquilo y poco gratificante.

Continuaba mirándome las botas, que flotaban por encima de la hierba y la salvia del norte de Wyoming. Di unos puntapiés y sentí que las botas se me aflojaban y que el aire se colaba entre los calcetines y la planta de los pies. Miré de reojo a mi derecha: ahí se encontraba el mismo hombre medicina del sueño anterior y continuábamos suspendidos en el aire sobre los riscos de Cat Creek.

No nos movíamos pero la corriente nos mantenía a flote, los brazos extendidos hacia las montañas Big Horn.

Sentí que las corrientes de aire me despojaban de mi sombrero y me eché a reír. El hombre medicina se rio conmigo y giré la cabeza con las lágrimas surcándome la cara, los párpados cerrados con la imagen retenida del anciano que flotaba a mi lado. Tuve que gritar para hacerme oír por encima del aullido del viento, pero uno se acostumbra a esas cosas en las altas llanuras. Él volvió la cabeza hacia mí y me quedé mirando cómo los flecos de sus pantalones trazaban dibujos en el aire como si fueran remolinos.

El anciano asintió a la pregunta de una sola palabra que le formulé y señaló con la mano que quedaba más cerca de mí, apuntando con un dedo curtido el cañón de abajo. Y allí estaban: una caballada de ejemplares salvajes, el viento haciendo ondear sus crines mientras ellos resollaban, utilizando la tormenta incipiente en beneficio propio. El repicar de los cascos aventajó al bramido del viento y se sumó a él en un eco forjado en los muros de piedra del cañón. El pelaje anaranjado y blanco de sus cuerpos se asemejaba al dibujo de los cumulonimbos que ascendían como si de una fotografía secuencial se tratase, en la que las explosiones de los nubarrones fueran más fuertes que la tecnología.

Los caballos eran grandes y fuertes y los músculos de sus patas se extendían como si fueran dedos flexionados, devorando la distancia y regresando a por más. A mi lado, el anciano indio se echó a reír cuando volví a mirarlo, debía de hacerle gracia que se aproximaran. Cuando alcanzaron el final del cañón treparon por las paredes con sus cascos sorprendentes y poderosos, horadando la roca, haciendo saltar chispas que trazaban arcos en el aire y, finalmente, pasaron ante nosotros para desaparecer entre las nubes. El aire era fresco, presagiaba lluvia, y notaba que el pelo se me había erizado.

Los caballos surcaron el aire a la misma velocidad que habían atravesado el cañón, parecía que quisieran emprender una loca carrera con nosotros. Viré para apartarme de ellos y perdí el equilibrio. Cerré un ojo como un niño en la matiné del sábado y esperé a que se produjera el impacto. La yegua que los lideraba coceó como queriendo deshacerse de un jinete no deseado y contorsionó su cuerpo moteado. La tierra se alejó de nosotros de un latigazo y choqué de espaldas contra su cuello mientras ella estiraba la cabeza y me cubría la cara con sus largas crines. Me agarré con dificultad a las crines, le pasé un brazo por el cuello y hundí las piernas en sus flancos. La presión de su cuerpo en ascenso me hizo contener el aliento y no me quedó más remedio que agarrarme como pude mientras la estrella metálica que tenía enganchada en la chaqueta se me clavaba en el pecho.

Las crines todavía me cubrían el rostro pero se abrieron al llegar al borde del cañón,

justo lo suficiente para que viera que el anciano se encontraba subido a horcajadas en el ancho lomo de su corcel de nubes. Con una mano se agarraba a las crines y con la otra señalaba la masa nebulosa que había sobre nosotros.

Levanté la vista para admirar las nubes, coloreadas como en una acuarela saturada. Unas llamaradas compactas se abrían paso entre las columnas de ocre, blanco y azul difuminado para reflejarse en los flancos de mi montura pinta. El paso de la yegua era firme y seguro y sus ojos lo observaban todo atentamente, como si un casco en el lugar equivocado pudiera hacernos caer en picado al suelo que se perdía abajo, en la distancia.

El hombre medicina movió los labios y, a pesar de que su voz era apenas un susurro, sus palabras retumbaban contra las nubes como si se tratara de un clamor de tambores.

–Esto está mejor, ¿verdad? –lo miré fijamente y entonces me resultó evidente que estaba loco. Él se echó a reír–. ¿Cómo puedes conocer la tierra si nunca la has visto?

Seguí la dirección de su brazo extendido hacia las nubes resplandecientes y vi que una se asemejaba a un ojo enmarcado por un círculo.

–Señor Longmire... ¿*Sheriff*? –abrí los ojos, moví la toalla y me quedé mirando la mano que tenía sobre el hombro. Era una mano masculina de un tamaño considerable y en ella destacaba el anillo de graduación de la academia de policía de Filadelfia–. ¿Cómo va eso?

–Buenas, Michael –él sonrió y me observó con atención.

–Estabas roncando.

–Lo siento –miré por la ventana, pero todavía estaba oscuro–. ¿Qué hora es?

–Las cuatro pasadas. Le dije a mamá que yo podía hacer otro turno..., ya que me sobra el tiempo.

Inspiré hondo y miré a ese apuesto chaval que tenía toda la vida por delante.

–Michael, ¿alguna vez has oído hablar de un tipo llamado Shankar DuVall?

Se quedó pensando.

–No me suena. –se encogió de hombros–. Pero puedo enterarme.

Yo asentí.

–Podría tratarse de uno de los tipos que arrestamos en la Avenida Lancaster.

–Lo comprobaré –él miró a Cady y luego el despliegue de objetos, la pipa ceremonial, el cráneo de búfalo y las piedras–. Parece que habéis estado ocupados.

Me levanté, estiré los brazos por encima de la cabeza y me aproximé a la cama a punto de perder la esperanza.

–He decidido ponerme en manos de instancias más altas.

No se había producido ningún cambio y sentía que el corazón se removía en mis entrañas, dándole una buena tunda a mis pulmones. Cogí aire y me quedé escuchando el siseo en mi garganta, que sonó como una serpiente de cascabel en la época de muda, cuando están ciegas, cabreadas y dispuestas a atacar a cualquier cosa. Oí que Michael decía algo.

–Lo siento, ¿cómo dices?

–Deberías marcharte a casa.

Me giré para mirarlo.

–Tienes razón –luego pensé en si debía o no desvelar los secretos de la familia Moretti, quizá no debería–. Tu hermana está en la ciudad.

Él me miró con cara de no entender.

–¿Te refieres a Victoria? –su sonrisa regresó, no era capaz de mantener la impostura–. Lo sé. La llamé yo, lo hice anteayer –me estudió por un momento–. Pensé que no te importaría y creo que podría ser de ayuda –no dije nada. Él continuó sonriendo y movió de un lado a otro los pies, embutidos en unas zapatillas moradas y naranjas, como si dudara de mi reacción–. Es una buena poli.

Por fin, asentí.

–Eso te lo puedo asegurar –el chaval era un encanto.

Me marché en taxi pero me sentía tan inquieto que me vi obligado a bajarme en la esquina de la Calle 20 con Market. Sabía más o menos dónde me encontraba y supuse que si me dirigía al norte-noroeste, acabaría en Race y allí podría girar a la derecha. Si llegaba al río, es que me había pasado. Observé que una camioneta Ford Expedition se detenía ante el semáforo y que luego continuaba calle abajo. Como una manzana más arriba, vi un cartel que señalaba el camino al Instituto Franklin y continué en dirección norte durante un rato.

Debía de haber llovido mientras dormía, mientras experimentaba lo que Henry habría considerado una visión. Las calles estaban mojadas, todavía no había amanecido. El ambiente era fresco y los halos de las farolas parecían eslabones meciéndose en las calles oscuras de la ciudad. Escuché el rumor de mis pasos resonando entre los altos edificios y perdiéndose por los derroteros por los que discurren nuestras vidas, por los cruces que no permiten dar media vuelta y te condenan a tu destino. Deseaba con todas mis fuerzas tener algún sitio a donde ir, donde poder pagar la multa y largarme a casa con mi hija.

En la esquina con Arch me detuve y miré a mi alrededor. Capté un movimiento detrás de mí con el rabillo del ojo y giré ligeramente la cabeza. Era la misma Expedition negra que había visto en Market. Estaba parada en un semáforo en rojo y el reflejo de las farolas hacía que fuera imposible distinguir su interior. Me metí las manos en los bolsillos e hice como si estuviera sumido en mis pensamientos. Pasó por delante de mí y observé que las luces traseras del vehículo frenaban y luego se alejaban, escuchando el sonido de las llantas radiales al girar por la calle desierta. Saqué las manos de los bolsillos y me reí en voz alta. ¿En qué estaba pensando? ¿Que era tan importante para que me siguieran por las calles de Filadelfia? Agité la cabeza y proseguí mi camino.

Teniendo en cuenta que el sol no saldría hasta dentro de un rato, quizá me diera tiempo a dormir un par de horas antes de llamar a Katz y Gowder para verme con ellos. Sería interesante escuchar su opinión sobre la galería de artistas invitados mencionada por Vince Osgood, pero más interesante todavía sería ver cómo reaccionaban ante Vic. Me pregunté cuál sería la reacción de Lena al ver a Vic y me pregunté si Alphonse habría llegado a alguna parte con la corazonada de Lena sobre esa otra posible conexión entre Osgood y Devon.

Estaba preguntándome todas estas cosas cuando volví a ver la Expedition negra cruzando la calle una manzana más allá de donde me encontraba. A mi derecha se abría un callejón angosto por el que me colé. Me quedé pegado a un portal entre un poste de electricidad y una caja de fusibles de la parte trasera de un edificio. Permanecí allí unos minutos sintiéndome bastante imbécil, hasta que vi pasar la camioneta negra lentamente por la Calle 20. Podría tratarse de un vehículo del gobierno, pero ¿quién podría estar siguiéndome con eso? ¿Osgood? ¿Katz y Gowder? No tenía ningún sentido, a no ser que hubieran llegado a la conclusión de que las notas anónimas me habían convertido en el próximo candidato a ser arrojado por un puente.

Me aproximé hasta la esquina y observé que la Expedition volvía a girar a la derecha en la siguiente manzana y daba la vuelta. Quienquiera que fuese, no se le daba muy bien seguir a la gente, lo que me indujo a pensar que no eran de la profesión.

Miré por el callejón y eché a correr en dirección a la Calle 19. Cuando llegué al otro extremo, la Ford Expedition bajaba lentamente la calle tratando de volver a dar la vuelta. Un camión en el que se leía «Pan Amorosso» se detuvo ante el semáforo en dirección sur. Me pegué a la esquina de otro edificio. La Expedition pasó delante de mí y se detuvo detrás de la camioneta.

Si sentía un cosquilleo, es porque había llegado el momento.

Que maten a un agente de policía cuando este se acerca a un vehículo sospechoso es bastante frecuente pero, de todas formas, atravesé la acera como un rayo, me detuve junto a la Ford y abrí la puerta de par en par. Antes de que yo pudiera decir nada, el conductor me gritó:

–¡Eh, tío!

–¿Me estás siguiendo?

Observé al chaval alto y delgado que iba al volante. No parecía ni un poli ni un ladrón. Llevaba gafas, tenía el pelo castaño recogido en una coleta y barba de tres días. Parecía un estudiante recién licenciado y me miró como si hubiera perdido la chaveta.

–¿Qué?

Me entró la duda. Puse las manos en alto para demostrarle que iba en son de paz.

–Perdona, pensé que me estabas siguiendo.

Él me estudió.

–¿Eres poli?

–Pues sí –no tenía que decir de dónde. Él asintió y tomó aliento. Supongo que había estado a punto de provocarle un ataque al corazón–. Lo siento.

Él no se movió pero continuó mirándome.

–Joder, tío, me has acojonado –inspiró hondo mientras la camioneta del pan soltaba el freno y se disponía a doblar la esquina–. Pensé que eras un asaltacoches o algo así.

–No, yo solo. Como ibas conduciendo despacio, pensé que me estabas siguiendo.

–Estaba buscando una dirección, tío.

Asentí y me sentí un completo imbécil.

–Lo siento.

Extendió una mano para impedir que cerrara la puerta.

–Oye, tío, ¿no sabrás dónde queda el edificio de servicios municipales?

Negué con la cabeza.

–No –me dispuse a cerrar la puerta, pero él continuó hablando.

–Tengo que entregar este paquete a...

Cerré la puerta mientras me tendía el sobre de FedEx y solo en el último segundo me fijé en que la Expedition tenía el contacto reventado porque le habían practicado un puente. Traté de aferrarme a la puerta, intentando volver a abrirla mientras él pisaba el acelerador, pero solo conseguí golpearme con la superficie brillante del vehículo.

Lo observé mientras él cometía el error de girar a la izquierda detrás del camión de reparto, que había avanzado hasta la mitad de la calle y estaba dando marcha atrás en una zona de carga y descarga mientras el pitido del asistente de a bordo sonaba. Vi que la Ford se detenía en seco en medio de la manzana. El conductor hizo sonar el claxon, pero al repartidor de Amorosso le importó muy poco. Echó mano del freno del camión y puso el intermitente, que le dieran al que tenía detrás.

Benditos sean los camioneros de Filadelfia.

Esquivé un coche aparcado que había en la esquina y corrí con todas mis fuerzas, tratando al mismo tiempo de sacar el Colt de la pistolera a mi espalda.

El conductor de la Ford seguía haciendo sonar el claxon pero, cuando me encontraba apenas a diez metros de la camioneta, matrícula de Filadelfia número 90375, se encendieron los pilotos de marcha atrás.

Me detuve en seco en mitad de la calle con las piernas extendidas, levanté mi 45 y grité.

–¡*Sheriff!* ¡Detente!

No lo hizo y tuve que decidir si merecía la pena o no disparar a un hombre por una corazonada, decantándome finalmente por el no. Él continuaba dando marcha atrás pero no demasiado rápido y pensé: «¿Qué es lo peor que puede pasar?». Así que salté al parachoques y me agarré a la baca. El impacto me dejó sin aliento. Estaba agarrado con la mano izquierda a la barra negra cuando oí que las grapas que sujetaban la baca empezaban a saltar del techo. Cuando aceleró, los pies se me escurrieron del parachoques y luché por asirme a cualquier sitio, tratando de no pensar en qué demonios estaba haciendo.

Tal y como iba no podía aguantar mucho, así que levanté la culata del Colt y golpeé con ella una de la ventanillas traseras. El cristal se resquebrajó en el marco como si fuera una tela de araña. Noté que la baca ya estaba prácticamente suelta al tiempo que el conductor pisaba el freno en Race y giraba a la derecha en dirección a Logan Circle. Casi chocó con nosotros un monovolumen japonés cuando atravesamos los cuatro carriles para poder girar.

Volví a dejar caer la culata del 45 sobre la ventanilla y esta vez el cristal se desmoronó, cayendo al interior, y detrás fue mi brazo, permitiéndome izarme y asomarme al interior del vehículo hasta las axilas.

Aplasté la cara contra el frío metal que separaba las ventanillas y noté que el cristal se me clavaba a la altura de la mandíbula.

–¡En nombre de la ley! ¡Detén el vehículo ahora mismo!

Podía ver al conductor al volante y noté que empezaba a perder pie en el parachoques mientras él continuaba rodeando Logan Circle y la fuente Swan Memorial. El conductor dio un volantazo hacia el carril exterior, como si se hubiera decidido a probar las aguas en Benjamin Franklin Parkway, pero una furgoneta del ayuntamiento le cortó el paso. Aproveché que había reducido la velocidad para agarrarme a la puerta justo en el momento en que la baca se desprendía completamente del vehículo.

De tanto meneo los pies se me resbalaban en el parachoques y una de mis botas rebotó contra la superficie de la carretera, mientras yo introducía mi otro brazo por la luna trasera y trataba de encontrar un asidero.

Estaba a punto de soltar el 45 cuando me agarré a algo con la otra mano y cuando la puerta de la que estaba colgando dio un respingo y emitió un sonido seco, me di cuenta de que había accionado la manecilla interior de la puerta.

Con la velocidad que llevaba el vehículo la puerta se abrió de par en par y de repente me solté. Rodé y me golpeé la cabeza contra la acera de cemento, mis piernas terminaron pasándome por encima de los hombros. Me llevé las manos al pecho junto con la semiautomática y deseé que, rodara hacia donde rodara, nadie me atropellase.

Al principio no me moví, simplemente me quedé mirando cómo la Ford Expedition negra continuaba en dirección contraria por la Calle 18 y desaparecía, mientras oía el aullido de las sirenas aproximándose, como sabuesos en una cacería.

Traté de enfocar la vista, pero se me nublaba. Me dolía la cabeza y cerré los ojos. Era capaz de oír a la gente, lo cual era un buen síntoma. Abrí los ojos y levanté la vista para encontrarme con un individuo gigantesco que blandía un tricornio y que me miraba fijamente. Entonces me di cuenta de que estaba delante de una estatua y que el cartel de la base tenía tantas consonantes que me desplomé sobre el cemento y traté de recuperar la respiración.

–¿Señor? –sentí que alguien me tiraba suavemente del hombro derecho tratando de darme la vuelta–. Señor, ¿está vivo?

Giré sobre mi espalda y comprobé que la persona retrocedía al ver el Colt que yo sostenía en la mano.

–No pasa nada –tosí y me aclaré la garganta, mi voz sonaba como si perteneciera a otra persona–. Soy agente de la ley –la cara regresó y me fijé en su uniforme–. ¿Eres poli?

Él negó con la cabeza.

–Soy el portero. Llevo aquí desde que se inauguró el hotel y esta ha sido la entrada más espectacular que se haya producido nunca en el Four Seasons –me reí débilmente y sentí una punzada en el abdomen, me encogí un poco y me coloqué otra vez de costado, que era como mejor estaba. El hombre mantuvo su mano en mi hombro y me habló con suavidad.

–No te preocupes, los refuerzos están de camino, quédate tumbado.

Me quedé mirando el tráfico y respirando con dificultad, absorbiendo parte del frescor de la calzada. Por un momento me sentí un poco mareado, pero se me pasó, igual que la

descarga de adrenalina. Me quedé mirando la fuente, al otro lado del tráfico y en el centro de Logan Circle, con sus cisnes que lanzaban chorros de diez metros de alto.

Lo tenía justo ahí. Ese era el indio con el que tenía que volver.

–Entonces, ¿sabes el número de matrícula del coche que te ha golpeado?

Vic estaba sentada en el respaldo de la silla con los pies encima del asiento, la postura que volvía locos a los profesores.

En el Hospital de la Universidad de Pennsylvania se había organizado toda una convención de polis. Habían tratado de trasladarme al Hahneman, que estaba a solo cuatro manzanas de distancia del hotel Four Seasons, pero les dije que me tirarían de la ambulancia en marcha si no me llevaban al hospital en el que estaba Cady. Después de sopesar mis argumentos a la luz de los hechos recientes, me tomaron la palabra.

–Como le he contado a la pasma, llevaba matrícula de Filadelfia, número 90375 – cuando hablaba los puntos de la mandíbula me tiraban de la cara. El doctor Rissman estaba explorándome la oreja pero no dijo nada, así que debió imaginarse que la herida era antigua. Supuse que había bajado a examinarme por pura curiosidad y que como era neurocirujano podía subirse al carro en cualquier momento.

Vic se volvió hacia los dos detectives mientras Katz cerraba su cuadernito de notas.

–El coche fue robado del parking municipal hace dos noches.

Gowder miró a Vic y ella a su vez miró a Katz, y supe que aquellos tres se conocían desde hacía tiempo.

Michael estaba apoyado contra la pared y habían apostado a un agente detrás de la cortina.

Gowder se adelantó y sostuvo en alto una orden de búsqueda con una foto de cinco por cinco de William Ojos Blancos. Estaba ligeramente más gordo, no tenía gafas y llevaba el pelo suelto.

–Es él.

Katz se colocó junto a Vic y se ajustó las gafas; los puntitos rojos brincaron antes de asentarse en el puente de su nariz. Era un canalla apuesto y entendía que hubiera despertado el interés de Lena.

–Lo soltaron hace una semana. Anoche, después de que lo mencionaras, lo investigamos rápidamente. ¿Se te ocurre por qué podría haber estado siguiéndote?

–Los *cowboys* solemos tener ese problema con los indios, incluso con los blancos – Katz me lanzó una mirada de reproche–. ¿Sabéis algo de Shankar DuVall?

Los dos detectives se giraron y miraron a Michael, que sonrió.

–Parece que es el tipo con el que tropezaste la otra noche. Resulta que Fraser y los demás no pudieron encontrar su arma y, como no llevaba ninguna otra encima, tuvieron que soltarlo.

–¿Qué hay de su relación con Toy Diaz?

–Rastreamos su pista hasta un coche abandonado en Atlantic City, pero ni rastro de Diaz.

–Creo que conocí a Toy Diaz anoche –todas las miradas se posaron en mí mientras Gowder continuaba esperando que le pasaran por teléfono la dirección actual de William Ojos Blancos.

Katz se aclaró la garganta.

–¿Dónde?

–En el club de tiro. Estaba con Osgood. Al menos creo que era él. Un tipo bajo, latino, muy escrupuloso, con ojos de serpiente.

El detective asintió despacio con la cabeza.

–Sí, esa descripción encaja bastante con él.

Gowder cerró la tapa de su teléfono móvil.

–Tenemos una dirección.

Vic le dio un sorbo a su café.

–Asa, ¿por qué iba a querer William Ojos Blancos hacerle daño a Walt? Sobre todo si fue él quien llamó a la puerta del Instituto Franklin, el que envió a Devon a la escuela de vuelo y el que escribió la nota. Deberíamos centrarnos en Toy Diaz.

–Lo estamos haciendo, créeme, pero quizá Ojos Blancos se ha acercado más de la cuenta al *sheriff*.

–Tuvo dos oportunidades para atropellarme –negué con la cabeza y levanté un dedo con un esguince–. Disculpad: una.

Katz me miró de reojo.

–Pues yo creo que Ojos Blancos se ha empleado a fondo con él.

–Pero no lo ha matado –ella no había mencionado la nota que le había dado y pensé que tal vez sería mejor no mencionarla por el momento. Alcancé la camisa limpia que Vic me había traído de casa de Cady. Me contó que se había encontrado allí con Lena, que estaba cuidando de Perro.

Gowder me estaba observando.

–¿Adónde crees que vas?

–Con vosotros.

Él negó con la cabeza.

–De eso nada, estás bajo arresto domiciliario hasta que atrapemos a William Ojos Blancos.

Me quedé mirándolos a los dos.

–Entonces, ¿nuestra relación ha terminado?

Gowder sonrió antes de marcharse.

–Eso parece.

Esperé a que estuvieran al otro lado de la cortina.

–¿Y qué pasaría si os dijera que tengo otra nota? –Vic tomó otro sorbo de café y soltó un bufido.

Ellos se detuvieron sin volverse y se quedaron así un momento, luego Gowder se dio la vuelta, miró a Vic, a Katz y por último a mí.

–Mierda.

–¿Vic?

Ella se tomó su tiempo para dar otro sorbo.

–Estaba en el puente, en la escena del crimen –Vic se sacó el sobre del bolsillo y lo sostuvo en alto con los dedos índice y corazón.

Yo continué poniéndome la camisa.

–También sé dónde está la siguiente.

Katz cogió el sobre, lo abrió y leyó la tarjeta.

–¿Supongo que a ninguno de los dos se os habrá ocurrido analizarla?

–¿Había huellas en la otra? ¿Alguna muestra de ADN en el sobre? –él no respondió y así fue como yo obtuve mi respuesta.

Katz le pasó la nota a Gowder y me miró.

–¿Dónde está?

Vic bajó de la silla y se estiró.

–¿Significa eso que volvemos a ser compañeros? –se acercó a mí y me ayudó a bajar de la camilla–. Entonces, ¿cuándo se encoñó mi hermano con tu hija? ¿Antes o después de entrar en coma?

La Calle Bodine se encontraba en un polígono industrial a cinco manzanas al norte del puente Benjamin Franklin. Le dije a Vic que parecía de lo más oportuno, ya que era la única del coche que me dirigía la palabra. El agente de la condicional de Ojos Blancos, John Meifert, iba a encontrarse con nosotros allí, lo cual resultó ser una buena idea, porque de no haber sido por el sedán color tostado aparcado en la esquina quizá nunca hubiéramos encontrado el sitio.

El agente era el tipo fornido de pelo rubio que nos estaba esperando en la acera. Se dirigió a la puerta situada junto a una dársena de camiones. Miré a mi alrededor pero no había nada que me indujera a pensar que la dirección era un domicilio particular. Meifert se encogió de hombros y empujó una puerta de acero con una ventana recubierta de malla de tela metálica. A la entrada del edificio había un mostrador destartalado sin utilizar y una pared divisoria de plexiglás que conducía a un ascensor de carga. Todos pasamos por encima de la abertura que conectaba las plantas y Meifert cerró con estruendo la pesada puerta metálica, bajó del techo otra malla metálica de seguridad y apretó un botón a su izquierda.

El chirrido del sistema de contrapeso y el estado de los cables inspiraban poca confianza pero, con todo, el destartalado ascensor subió hasta la sexta y allí Meifert alineó las flechas negras pintadas con espray en la puerta con las que había sobre los ladrillos adyacentes. Elevó la puerta de seguridad y nos encontramos en un *loft* grande e industrial rodeado de paredes de cristal de más de cinco metros de altura.

El suelo era de planchas de madera y en los mil quinientos metros cuadrados no había nada salvo un tipi decorado con pinturas. Estaba en medio del espacio, con sus dieciséis postes de madera tallados a mano extendidos hacia arriba formando una cúpula para la ventilación.

Todo el mundo parecía sorprendido, Meifert incluido.

–Asumo que esto es nuevo, ¿no?

Nadie dijo nada, nos dimos la vuelta y nos dirigimos hacia aquella estructura que habría encajado mucho mejor allá por nuestra tierra. Observé que Gowder destapaba la pistolera donde llevaba su Glock 40 milímetros.

Era un tipi de tamaño familiar con hileras de pinturas indias atravesando la pesada lona. Ahí estaba, una isla doméstica en medio de tanta desolación industrial. Al aproximarnos me fijé en que los pliegues que colgaban entre las estacas estaban pegados al suelo con velcro y que unas alfombras de búfalo y varias mantas asomaban por la abertura que hacía las veces de puerta, a pesar de que la tapa que la cubría estaba cerrada. También había un tótem con una cabeza de un ciervo mulo, pintado y envuelto en tela y cuentas, al estilo de los indios cuervo. Estaba clavado en un orificio practicado en el suelo y en lo alto habían enganchado algunas plumas y flecos de cuero. El sitio estaba limpio, habían barrido el suelo y habían limpiado los cientos de ventanales en los que se reflejaba la estructura erigida en mitad de la estancia.

Gowder encabezaba la marcha y se giró para mirarme. Las cuencas vacías del cráneo del animal me observaban desde encima de su hombro. Él lo señaló.

–¿Qué demonios es esto?

–Un jalón de tipi –todos me miraron con cara de no entender–. Es una mezcla entre cartel de bienvenida y buzón para el correo.

Todo el mundo se detuvo pero yo continué hacia la derecha, leyendo la historia que narraban las pinturas que circundaban el tipi. La línea central había captado mi atención. Mostraba unos jinetes montados disparándose unos a otros. El tema no era del todo infrecuente, pero los detalles eran distintos a los de las pinturas que yo había visto antes. Los jinetes no eran rojos, sino blancos y negros. Tampoco llevaban arcos o Sharps, sino armas modernas. Uno de ellos incluso llevaba puesta una camiseta del equipo de baloncesto de Filadelfia. Los uniformes y los sombreros de los jinetes blancos indicaban que se trataba de policías y el hombre grande representado cayendo de su montura de una forma un tanto cómica llevaba una estrella en el pecho. La línea central estaba sin terminar. En el suelo todavía estaban los utensilios de pintura: un vaso de papel lleno de disolvente y un par de pinceles, uno de ellos todavía manchado. Me agaché y toqué el pincel, el pigmento color rojo vivo seguía húmedo. Miré a mi alrededor y descubrí una ventana abierta anclada al techo, al fondo de la estancia.

–¿Eso es una salida de incendios? –todos me miraron cuando yo levanté un dedo manchado de rojo–. Ha estado aquí hasta hace poco.

Gowder fue el primero en moverse, extrayendo silenciosamente la Glock de su pistolera y dirigiéndose a la salida de incendios mientras le hacía un gesto a Katz para que se aproximara a la escalera. En la mano de Asa apareció su pistola y los dos se desplegaron en abanico. Meifert se giró y me miró.

–Yo no llevo armas.

Atraje la atención de Vic mientras ella rodeaba el tipi por el otro lado y le lancé el 45 que acababa de sacarme de la pistolera. Ojalá me hubiera sentido mejor. Esperé mientras

ella tomaba la misma ruta que habría escogido yo, hacia la salida de incendios. Se veía rara con mi abultado Colt entre sus manos, tan pequeñas, pero lo sostenía confiadamente, producto de sus cinco años de servicio patrullando las calles, estas mismas calles.

Los contemplé, suspiré y continué andando alrededor del tipi, con mis costillas magulladas y mi dedo inmovilizado por un armazón de aluminio. En la parte trasera había más pinturas: una de un hombre vestido con traje y corbata empujando a una mujer pelirroja por un acantilado y otra del mismo hombre cayendo desde lo que parecía un altar funerario: la historia de Devon Conliffe.

Vic regresó con Gowder de la salida de incendios. Este se quedó mirando las pinturas en el suelo, se arrodilló y comprobó el pincel. Estaba claro que no se fiaba de mi análisis.

–Ten cuidado o te mancharás el traje.

Él asintió y se limpió los dedos en un trapo sucio que había en el suelo.

–En el tejado no hay nadie.

Me volví para mirar a Meifert.

–Si me permite una pregunta, ¿cómo es que un tipo como William Ojos Blancos dispone de un sitio como este?

–Su tío era el propietario del edificio y se lo dejó en herencia.

Me enderecé y respiré durante un minuto.

–Entonces, ¿William proviene de una familia adinerada?

–Lo cierto es que sí, bastante. Al chico no le faltó de nada: creció en el barrio de Gladwyne, estudió química en la Ivy League e incluso compitió en los Juegos Olímpicos como jinete de doma clásica.

Interesante. Me volví hacia el tipi y miré fijamente la abertura.

–Entiendo que vamos a pasar por alto el hecho de que podríamos necesitar una orden.

Meifert ladeó la cabeza.

–Es una tienda.

Nos miramos durante un segundo, luego miré de reojo a Vic, tiré de las lazadas de lona y contemplamos cómo la tela se abría. Escruté el interior del tipi casi a oscuras.

–Supongo que nadie habrá traído una linterna, ¿no?

Todos negaron con la cabeza, así que me arrodillé para poder ver mejor. Como las trampillas de tela de la parte superior estaban cerradas no llegaba mucha luz hasta el suelo. Había distintos objetos en el interior y la única forma de averiguar de qué se trataba era entrar, así que eso fue lo que hice. Que le dieran a la orden.

Evité golpearme el dedo fracturado entrando de rodillas en el tipi. Se me había pasado por la cabeza la posibilidad de que William Ojos Blancos pudiera estar en el interior pero como no se oía otra respiración que no fuera la mía, deduje que estaba solo.

Lo único que distinguía eran los pliegues de más pieles de búfalo y algunas mantas navajo apiladas en una esquina. Allí dentro no había nada más. Quedaba claro que William Ojos Blancos vivía en otra parte. Aquello debía de ser un proyecto inacabado o simplemente un decorado, al menos por el momento. Me senté en aquel espacio casi insonorizado. Apenas se distinguía la conversación que mantenían los tres policías en el

exterior. Era como estar en casa: cerré los ojos solo por un momento para aislarme de la conversación, del tráfico de las calles de abajo y del atronador paso de los aviones de arriba.

Pensé en el viejo hombre medicina que había visto en sueños y escuché las voces que nos habían elevado por encima del cañón a lomos del viento que surcaba y peinaba las altas llanuras. «¿Cómo puedes conocer la tierra si nunca la has visto?»

Bajo las mantas de búfalo, donde habría estado la tierra de encontrarnos en un tipi en Wyoming, había una alforja de cuero sin curtir, pintada con figuras geométricas y decorada con crines de caballo y esas diminutas campanillas cónicas que los cheyenes denominan *axaxevo*. Me coloqué al lado de la abertura para poder ver mejor, deshice los nudos de las tiras de cuero y saqué dos libros de contabilidad de los que los indios utilizaban para dibujar en los tiempos en que los obligaron a vivir en las reservas. Abrí el de arriba y comprobé que era la descripción completa de un trato, escrita en un lenguaje que reconocí pero que no era capaz de leer.

Levanté la vista para encontrarme con la silueta de Vic recortada en el hueco de la puerta.

–Ni rastro de él.

Asentí e inspiré todo lo que mis costillas me permitieron.

–He encontrado algo –cerré el libro y lo coloqué con cuidado encima de la alforja–. Pero no sé exactamente de qué se trata.

Después de salir trabajosamente al exterior, me llevé el libro al regazo y lo abrí por una página al azar. Todo el mundo fue a echar un vistazo, Vic se arrodilló delante de mí, pero el primero en hablar fue Gowder.

–¿Qué idioma es ese?

–Es cheyene. El diseño del tipi es assiniboine, el tótem es cuervo..., parece que a William Ojos Blancos le cuesta decidir de qué tribu quiere ser de mayor –pasé algunas páginas–. Me da la sensación de que es un tío brillante.

–Fue el primero de su promoción en la Universidad de Pennsylvania, se licenció en matemáticas.

La respuesta de Vic no se hizo esperar.

–Entonces, ¿es un traficante de drogas entre un millón?

Meifert la ignoró.

–Su padre es un afamado inversor, pero su madre murió cuando él era niño. Fue secuestrada y asesinada, la estrangularon cerca de East Falls, a mediados de los ochenta. El caso nunca llegó a resolverse, probablemente estuviera relacionado con algún asunto de drogas.

–¿Cómo se llamaba su madre?

–Candace Carlisle. Ella.

Lo interrumpí con una pregunta.

–¿Acabas de decir que su madre se apellidaba Carlisle? –Meifert asintió. Me giré para mirar a Gowder, que de repente encontraba las ventanas de lo más interesante.

–Así que, ¿William se apellida Carlisle?

Meifert asintió.

–Sí.

–¿William Carlisle es Billy Carlisle, el mismo que fue arrestado junto con Shankar DuVall por tratar de vender sustancias pertenecientes a la clasificación 1 de la Ley de Sustancias Controladas despachándolas en la parte trasera de una furgoneta de helados? –me levanté con cuidado, me dirigí hacia Gowder y me situé entre él y la ventana–. ¿Billy Carlisle, el mismo que trapicheaba con Shankar DuVall y Toy Diaz y cuyo hermano recibió un balazo del ayudante del fiscal del distrito, Vince «Oz» Osgood, en presencia del recientemente fallecido Devon Conliffe? –Gowder continuaba sin mirarme–. ¿El mismo Billy Carlisle que mi hija representaba legalmente de forma gratuita? –me di la vuelta y mi voz resonó en la sala–. ¿Billy Carlisle es William Ojos Blancos?

Katz miró a Gowder y finalmente asintió.

–Sí.

Meneé la cabeza.

–¿Hay algo más que os hayáis dejado fuera, queridos compañeros?

Gowder miró a Katz.

–Devon Conliffe estaba a punto de delatar a Oz, con lo que podría haberle caído algo más que una acusación y la suspensión de empleo.

Permanecí quieto un momento, atando cabos.

–Entonces es Osgood.

Gowder negó con la cabeza.

–Eso no es posible.

–¿Y por qué demonios no lo es?

–Porque yo estaba con él en el acto de recaudación de fondos la noche en que Conliffe fue asesinado.

Me había cabreado.

–Entonces le ordenó a otro que lo hiciera.

Ahora Katz me estaba observando.

–¿A quién?

Lo siguiente lo dije a gritos.

–¡A Toy Diaz, que a su vez se lo ordenaría a Shankar DuVall, digo yo!

–No hace falta que levantes la voz –permanecemos así, mirándonos fijamente–. Ellos no le deben ningún favor y no se llevan demasiado bien en la actualidad.

Di un paso hacia ambos. El dolor de costillas había disminuido al mismo tiempo que me inundaba la rabia.

–Entonces, ¿qué hay de William Carlisle Ojos Blancos?

Katz volvió a ajustarse las gafas.

–Ya habíamos pensado en él.

Me pregunté si tendría fuerzas para tirarlos por la ventana.

–Doy por terminada nuestra colaboración.

Eché a andar pesadamente en dirección al hueco de la escalera, con Vic pisándome los

talones, cuando Katz habló.

–¿Qué hay de la tercera nota?

Vic le respondió mirando por encima del hombro.

–Si la encontramos, me pasaré a veros y te la meteré personalmente por el culo.

Solo aguanté dos tramos de escalera. Vic se sentó a mi lado en la superficie metálica pintada de gris descascarillado. Después de recuperar el aliento, le dije en voz baja:

–Eso ha sido una estupidez.

Ella asintió y sonrió.

–Apuesto a que ahora te sientes mejor.

–Lo cierto es que no.

–Mira, conozco a estos tipos y, si tanto te importa, te diré que no creo que se lo tomen demasiado a pecho. De todas formas, van a querer saber más acerca de la tercera nota, así que, cuando llegemos a la acera, seguro que estás perdonado.

Vic tenía razón.

Katz nos esperaba junto a la puerta de la camioneta con las manos metidas en los bolsillos y los libros de contabilidad debajo del brazo.

–Necesitamos la tercera nota.

Me apoyé con el costado bueno contra un saliente de cemento.

–Sí, y los condenados en el infierno necesitan agua con hielo.

Él cerró los ojos y encaró el sol de frente.

–Ese sería un buen remedio para un día como este.

–¿Dónde está tu amiguito?

–Se ha marchado en el coche de Meifert. Está convencido de que no te cae bien –Katz sonrió–. Se ha dado cuenta porque le has plantado cara y le has chillado. No está acostumbrado a eso.

–Lo siento.

Él abrió un ojo y miró a Vic, que estaba de pie a mi lado.

–¿Es una de las técnicas que os enseñan en Wyoming para combatir el crimen?
¿Chillar?

Ella estaba también disfrutando del sol.

–Sí, esa es una y almorzar es otra.

Katz asintió.

–¿Qué te parece Terminal?

Esperé que se estuviera refiriendo a un lugar y no a una situación grave.

El Reading Terminal Market, en la esquina de la Calle 12 con Arch, fue fundado en 1892, cuando la compañía de ferrocarriles Reading comenzó a abrir mercados bajo las vías elevadas de las nuevas estaciones de tren. Desde entonces, había albergado de forma continuada una cantidad de aromas indeterminada convirtiéndose en un bazar de la gastronomía convenientemente situado al mismo nivel de la calle.

Pasamos por delante de una panadería amish, de varios puestos de productos de granja y floristerías antes de llegar a un pequeño *diner* y nos sentamos en unos taburetes de

polipiel rojos ante la barra de acero inoxidable. A mí me tocó en medio y me fijé que ni Vic ni Katz cogían la carta. Una mujer corpulenta de edad indeterminada vestida con un mono de talla grande colocó ante nosotros unos cubiertos, vasos de agua con hielo y tres tazas de café.

–¿Qué vas a tomar, cariño?

Me dio un ataque de nostalgia al recordar La Abeja Hacendosa y solté lo primero que me vino a la cabeza.

–Lo de siempre.

Ella asintió. Estaba claro que era un concepto universal.

Katz deslizó uno de los libros sobre la barra, lo abrió y echó un vistazo al galimatías.

–Entonces, ¿sabes dónde podríamos encontrar a un experto en lenguas nativas americanas?

Tomé un sorbo de café humeante.

–Pues mira por dónde... –lo solté para que se enfriase y observé el libro con más detenimiento–. Debería estar en la academia, dijo que estaría ultimando los detalles de la exposición.

–¿La inauguración es esta noche?

–Sí –miré a Vic de reojo–. ¿No tendrías que ir a la ópera?

Ella puso los ojos en blanco.

–Por favor.

Miré de nuevo a Katz.

–Henry podría traducirlo –me quedé mirando el libro para darle un poco de cancha–. ¿Por qué no me contasteis que William Ojos Blancos y Billy Carlisle eran la misma persona?

–Es un tema de Asuntos Internos, un encargo del agente especial de la oficina del fiscal del distrito, no estábamos autorizados a hacer pública la información que los relacionaba.

–Me parece bien –puse en fila mentalmente a los sospechosos y comencé a hacer suposiciones–. Vince Osgood y Toy Diaz se traen algo entre manos.

–Es posible –lo miré y él se encogió de hombros–. Es probable.

–Devon Conliffe, el casi prometido de mi hija, era un drogata y amigo de Osgood.

–Sí. Y también era el encargado de blanquear el dinero.

Asentí y contemplé mi café.

–Eso tiene sentido. Entonces, Osgood utiliza su cargo para echarle un cable a Shankar DuVall, dejando que Carlisle/Ojos Blancos se pudra en Graterford.

–Sí.

–Tengo una pregunta –coloqué las manos en el borde de la barra, me golpeé el dedo entablillado y sentí que el brazo me vibraba hasta el codo.

–¿Quién era el abogado de Shankar DuVall?

Katz se quedó pensando un momento.

–Tu hija no.

Le sonreí.

–Supongo que además de ella habrá más abogados en Filadelfia. Solo me preguntaba

quién sería.

–¿Por qué?

Pensé en algo que llevaba unos días rondándome la cabeza.

–Creo que toda esta gente está más relacionada de lo que parece –Katz garabateó algo en su bloc de notas–. Entontes, Carlisle/Ojos Blancos cocinaba la droga, DuVall ponía el músculo, Diaz la distribución y Devon blanqueaba el dinero mientras Osgood miraba para otro lado.

–Todo apunta a que en efecto así era.

Me daba la sensación de que algo no cuadraba.

–Si Osgood mandó al hermano de Diaz, Ramon, al otro barrio, ¿por qué Toy iba a hacer negocios con él?

–No son una familia bien avenida. Si Oz no se hubiera deshecho de Ramon, probablemente lo hubiera hecho Toy.

–¿Cómo descubristeis lo del blanqueo de dinero?

–Investigamos en los archivos de Hunt y Driscoll. Devon canalizaba grandes sumas de dinero por medio de las cuentas de los clientes, pero estamos teniendo problemas para encontrar las cifras. ¿Sabes lo que es el colmo? –continué mirándole–. Lo contrataron siguiendo la recomendación de Osgood.

–Tiene que haber algo más.

Katz me observó durante un momento.

–¿Crees que puede haber más abogados implicados?

–No lo sé –tomé un sorbo de café, que por fin se había enfriado lo suficiente como para beberse–. Lo único que digo es que todavía nos faltan piezas en el puzle. Alguna conexión, alguna otra persona –lo medité y me pareció que tenía sentido.

–¿No ha dicho Meifert que la madre de Carlisle fue asesinada cuando él era niño?

–Sí, fue un caso muy sonado –Katz hizo un gesto en dirección a Vic–. Su padre lo investigó.

–¿Podrías conseguirme un perfil psicológico de Carlisle?

–Por supuesto, pero ¿por qué?

–Creo que él era el hombre que estaba en el Instituto Franklin la noche en que agredieron a Cady y creo que él ha sido el que me ha estado enviando cartas de amor, pero no creo que él fuera la persona que arrojó a Devon Conliffe por el puente Benjamin Franklin.

Katz torció el gesto.

–Entonces, ¿por qué te estaba siguiendo esta mañana?

–Para protegerme.

Él se tomó su tiempo para mirar mi maltrecho cuerpo de arriba abajo.

–¿Estás seguro de eso?

Me encogí de hombros.

–Yo fui el que sacó el arma y trató de arrestarlo.

–¿Y de quién te está protegiendo?

–No lo sé. De Osgood, quizá de Diaz –la comida llegó y lo de siempre resultó ser un

plato de higaditos de pollo con cebolla, beicon y mozzarella fresca. A Dorothy le habría encantado—. Billy Carlisle es un químico que fabrica drogas en Filadelfia, pero William Ojos Blancos es un tipo enamorado del Oeste, un Oeste que Cady y yo quizá encarnemos —extendí mi dedo roto y di unos golpecitos sobre la tapa de cuero del libro de contabilidad—. Creo que esto va a ser una relación detallada de los negocios entre William Ojos Blancos y Toy Diaz —tomé otro bocado de lo de siempre—. De todas formas, vamos a ir a ver al indio.

Katz cogió el tenedor y pinchó un trozo de su ensalada de salmón.

—Necesitamos la tercera nota.

Yo asentí y mastiqué.

—Por eso mismo vamos a ir a ver al indio.

Cuando llegamos, los cisnes y los peces que los indios estaban estrangulando continuaban expulsando chorros de agua en la fuente de Logan Circle. Katz detuvo el coche sin distintivos delante del Four Seasons, en una zona en la que estaba prohibido aparcar, y apagó el motor. Al salir saludé al portero que había esperado conmigo después de que saliera disparado del parachoques del Expedition.

—Hola, *sheriff*.

—Buenas, Lou.

Mientras yo sangraba en la acera tuvimos tiempo de sobra para conocernos bastante bien. Se acercó desde su puesto y me ayudó con la puerta.

—¿Qué tal te encuentras?

—Fuerte como un roble y listo para dar guerra —extendí un brazo por encima del capó—. Asa, ¿todavía tienes la foto de Billy Carlisle?

Katz la extrajo del expediente que estaba en el asiento y me la pasó.

—Lou, me da la sensación de que a ti no se te escapa nada —sostuve en alto la fotocopia—. ¿Has visto a este tipo alguna vez? —él le echó una ojeada a la foto—. Unos tipos malos, dentro y fuera de la ley, están buscando a este chaval. Solo trato de ponerlo a salvo.

Esta vez Lou examinó la foto a conciencia.

—Sí, lo he visto —el anciano se echó la gorra hacia atrás y miró en dirección a la fuente—. Hará como una hora.

Vic fue la primera en reaccionar.

—¿Lo dices en serio?

—Cruzó la calle entre el tráfico y se sentó junto a la fuente un rato, luego se marchó.

—¿Hace una hora? —Lou le sonrió a Vic y asintió. Ella se volvió hacia mí—. ¿Por qué coño haría algo así?

Miré el perfil de la estatua del buen salvaje de Logan Circle.

—Ha cambiado la nota.

Le di las gracias a Lou y Katz le dejó su tarjeta y le pidió que, si volvía a ver al chico, llamara a la policía de inmediato. Cruzamos al otro lado siguiendo el sentido del tráfico y nos detuvimos frente al indio que representaba el río Delaware. Vic se adelantó un poco

y puso los brazos en jarras.

–Joder, sí que se parece a Henry.

Me senté en el banco. Katz se sentó a mi lado; el traje le quedaba mejor que a cualquier maniquí.

–¿Y bien?

–Me imagino que está pegada a la parte inferior del asiento. ¿Por qué no echas un vistazo? –él se agachó, tanteó los bajos del banco y sacó algo.

Vic se acercó a nosotros.

–¿Por qué este banco en concreto?

–Fue el banco en el que tu madre y yo nos sentamos después de interrogar al guarda jurado del instituto –ella asintió y no dijo nada, y comencé a preguntarme hasta dónde llegaría la rivalidad madre-hija–. Creo que me ha estado siguiendo desde que llegué, la noche en que agredieron a Cady –miré a Katz–. ¿No vas a analizar eso antes?

Él me ignoró, pasó un dedo por debajo de la solapa para romper el sello y lo abrió, revelando una tarjeta igual que las anteriores.

Me incliné hacia delante para echar un vistazo, pero Vic me pegó un puntapié en la bota.

–¿Mi madre y tú venís al parque a menudo? –yo arqueé una ceja y le devolví la patada.

Katz me pasó la nota.

–Diría que estabas en lo cierto al asegurar que la había cambiado después de que nos lleváramos los libros.

La nota estaba escrita con la misma «o» con la gotita en la parte inferior. «VER PÁGINA 72. MIRA HACIA EL OESTE, PUEDES LUCHAR CONTRA EL AYUNTAMIENTO.»

Katz dijo que le contaría todo a Gowder y que más tarde se encontraría conmigo en la academia y que llevaría los libros para que Henry pudiera echarles un vistazo. Yo quería pasarme por el hospital, pero se hacía tarde y no me daba tiempo. Necesitaba darme una ducha y podía arreglarme para la inauguración en casa de Cady, matando así dos pájaros de un tiro. Cuando Vic y yo llegamos, Lena se había marchado con Perro. Había una nota en la encimera de la cocina, junto a un pollo asado y un envase de seis cervezas en la nevera.

Vic se sentó en un taburete.

–¿Crees que no deberíamos estar buscando a William Ojos Blancos?

Saqué dos cervezas de cuello largo de la nevera.

–No, al menos no por asesinato.

–¿Osgood? –las abrí y le pasé una.

–No creo, pero no sería la primera vez que me equivoco.

–¿Diaz?

Eché un trago de cerveza.

–Ese es un asesino.

–¿No crees que él y Osgood podrían haber hecho las paces?

–No me parece que Toy Diaz sea de los que perdonan.

Ella le dio un trago a su cerveza.

–El ayudante del fiscal del distrito podría ser un cómplice del delito ideal.

Me quedé pensando en ello.

–Creo que están conchabados.

Ella se echó a reír.

–Conchabados, ¿de dónde coño sacas las palabras...? –bebió de un trago el resto de la cerveza–. Parece bastante conveniente que Toy Diaz esté pasando desapercibido y que toda la gente relacionada con Osgood acabe estrellándose en el suelo.

–¿Cady incluida?

Ella enarcó una ceja.

–No me digas que no se te ha pasado por la cabeza.

Yo me encogí de hombros.

–Devon fue muy convincente.

–Yo también lo sería si alguien estuviera intentando arrancarme la cabeza para tirarla por el retrete del estadio de béisbol.

–Fui algo más civilizado.

Ella asintió y rozó con la punta de la lengua el mismo canino de siempre.

–Sí, conozco tus arranques de cólera. Apuesto a que fue un encuentro de lo más civilizado –se levantó y se estiró, de modo que se le subió la camiseta negra, dejando al descubierto los músculos tonificados de su estómago. Aparté la vista, pero estaba bastante seguro de que ella me había pillado mirando–. Necesito una ducha.

–Yo también, pero ve tu primero.

Ella se había quedado con el dormitorio de invitados de la planta de arriba, así que me derrumbé en el sofá y me fijé en que la luz del contestador automático estaba parpadeando. Vic se había detenido en el descansillo y estaba mirando a través del cristal del tragaluz los cables del puente Benjamin Franklin.

–Cady no está implicada en esto.

Esa no era la primera vez que me quedaba estudiando su perfil.

–¿Te refieres a que no está conchabada?

Ella sonrió.

–Sí.

Tomé una bocanada de aire entrecortada. Ya no me dolía tanto como antes al respirar.

–Creo que Osgood presionó a Devon y Devon trató de presionar a Cady. Creo que Cady descubrió los tejemanejes de Devon para blanquear el dinero gracias a William Ojos Blancos y que ella iba a delatarlos. Estoy intentando entender por qué no lo hizo.

–Todavía crees que Devon agredió a Cady.

Yo asentí y la observé mientras ella permanecía mirando la luz uniforme que bañaba el puente azul pálido.

–Creo que si hubiera sido Toy Diaz ya habríamos ido de entierro –me aclaré la garganta y pronuncié en voz alta todo lo que llevaba rondándome en la cabeza desde que había escuchado el mensaje en su teléfono móvil–. ¿Cómo pudo acabar manteniendo una relación con un maltratador?

–¿Te refieres a la hija que tú has criado? –no dije nada–. Le puede pasar a cualquiera, esa es la cuestión –Vic todavía miraba al horizonte y paseó su mano por la barandilla como si estuviera acariciando el perfil de la ciudad. Asintió con una sonrisa triste, miró hacia abajo, me observó un rato más y finalmente desapareció.

Me quedé a solas con el contestador automático. En Wyoming había personas que estarían desesperadas por tener noticias de Cady y de mí. Me dispuse a extender el brazo para apretar el botón, pero me fallaron las fuerzas de nuevo. Me recliné contra los cojines y me coloqué el sombrero delante de la cara, creyendo que lo arreglaría con una pequeña siesta.

El agua comenzó a recorrer las cañerías, sonaba como si fuera lluvia. Noté que empezaba a quedarme dormido. Me quedé sentado en aquella postura, con la espalda encogida y mi dedo entablillado en el respaldo del sofá, y me planteé qué iba a hacer con Cady.

El agua se detuvo pasado un rato y escuché los pasos de los pies descalzos de Vic recorrer el pasillo de arriba. Caí en un sueño ligero pero me desperté unos minutos después cuando sentí una presión sobre mis caderas. Me dispuse a enderezarme el sombrero, pero ella me lo quitó y se lo puso, una vieja tradición del Oeste. Vic estaba

sentada a horcajadas sobre mí y me tenía aprisionado entre sus piernas. Ya que el sombrero no me tapaba la vista, pude ver que llevaba el albornoz desabrochado. Distinguí el aroma de su piel todavía húmeda, tersa y plena.

Fui a hablar, pero Vic me puso un dedo en los labios y se inclinó hacia delante.

–Cierra la puta boca.

Vic me agarró la cabeza y hundió los dedos en mi pelo, y yo enterré la cara en su pecho mientras ella extendía la mano para desabrocharme el pantalón. Noté que dejaba caer casi todo su peso sobre las rodillas y que me abría el cinturón y comenzaba a masturbarme a través de la abertura del vaquero y los calzoncillos. Los dedos que me rodeaban eran fríos y luché por contener las ganas de correrme.

Sentí que me la levantaba y entonces la penetré. Ella dejó escapar un grito ahogado y me echó hacia atrás la cabeza, fundiendo su boca con la mía, metiendo la lengua hasta el fondo. Sentí que hundía sus caderas en mí, con la furia propia de una pasión insaciable, como si quisiera engullirme.

Me pareció escuchar un ruido detrás de ella, como si se hubiera abierto la puerta, pero lo ignoré e introduje las manos debajo del albornoz, sintiendo el calor de su cuerpo, rodeando sus pechos con las manos. Ella separó sus labios de los míos y jadeó, un sonido gutural que le salía desde el fondo de la garganta, luego me miró de nuevo y volvió a atraer mi cara hacia su pecho.

La detuve.

–No.

Ví que hinchaba las ventanas de la nariz y que la superficie terrosa de sus pezones subía apenas a unos centímetros de mi cara.

–¿No, qué?

–Quiero verte la cara.

Su mirada se dulcificó y sonrió. Me echó la cabeza hacia atrás, su cara quedaba un poco más arriba de la mía, y acoplamos nuestro ritmo sin dejar de mirarnos. Me deslicé hasta el borde del sofá y, por primera vez, pude penetrarla del todo. Sus ojos volvieron a centellear y la respiración le salió entrecortada, pero continuó en la misma postura, sin dejar de aferrarse a mí.

No fui capaz de pensar de nuevo hasta que me encontré en la ducha, intentando lavarme con una mano y con la otra envuelta con una bolsa del pan atada con una goma. No sabía si alguna vez abandonaría el agua: ahí fuera no estaba a salvo.

Vic debía de haberme leído el pensamiento porque, unos quince minutos después, me di cuenta de que su silueta se recortaba contra la superficie opaca de la puerta de la ducha. Cerré el grifo y permanecí allí sin moverme, chorreando.

–¿Walt?

–¿Sí?

Ella esperó un momento antes de hablar.

–Ha sido sexo, solo eso.

–Ajá.

Esta vez la pausa fue más larga.

–Tú sigues siendo el mismo de siempre, yo sigo siendo la misma de siempre y los dos seguimos siendo los mismos de siempre.

–De acuerdo.

La observé mientras se ponía un par de pendientes y se pintaba los labios.

–La única diferencia es el sexo.

–Vale.

Ella se echó a reír y se giró hacia la ducha.

–¿Estás bien?

Tomé aire y torcí un poco el gesto a causa del dolor.

–Sí –ella esperó y por fin oí que dejaba escapar un largo suspiro. Me sequé el agua de los ojos–. ¿Vic? –me quedé mirando fijamente el grifo de la ducha y traté de concentrarme–. No podemos volver a hacerlo.

Ella se rio por lo bajo al salir, sin molestarse en cerrar la puerta del cuarto de baño tras de sí.

–Eso lo dirás por ti, grandullón.

Como en el piso de arriba no tenía ropa, tuve que bajar las escaleras con una toalla atada a la cintura. Ella estaba sentada delante de la encimera con otra cerveza y el *Daily News* de hacía dos días que tenía el artículo de la muerte de Devon Conliffe en primera plana.

Memoricé cada detalle de su atuendo de un solo vistazo: el top de tirantes, la chaqueta de cuero marrón con tachas, el cinturón de remaches de cobre verde, una falda de encaje color verde oscuro que le llegaba a media pierna y un par de botas de caimán con cordones y tacón grueso.

Se había secado el pelo, de modo que ahora lo tenía esponjoso y le caía sobre los ojos, llevaba gargantilla y pendientes de turquesa y se había calado mi sombrero, que parecía ridículamente grande sobre su cabeza. Hacía tres años que la conocía y, aunque siempre había estado estupenda, nunca me lo había parecido tanto como esa noche.

–¿Quieres que te devuelva el sombrero?

Me agarré la toalla y saqué mi única chaqueta de traje y una corbata de la maleta.

–A su debido tiempo.

Ella tomó un trago de cerveza.

–Actúas de un modo raro.

–No lo hago.

–Sí lo haces –y sonrió.

–Mira... –me pregunté qué era lo que quería que mirase–. Están sucediendo un montón de cosas en mi vida y lo último que deberíamos hacer es.

Ella me interrumpió usando cada palabra como si fuera una frase independiente.

–Cierra. La. Puta. Boca –trató de continuar, pero le pudo la risa. Esperé mientras se reía a mi costa–. Joder, Walt, estás actuando como si fueras la reina del baile a la mañana siguiente de la graduación.

Me quedé allí agarrado a mi toalla y me sentí ridículo.

Se levantó del taburete y balanceó la botella de cerveza por el cuello, como había hecho en el puente, y caminó despacio hasta donde yo estaba.

–¿Qué tal si te lo pongo fácil? Diremos que fue un caso de violación, que te violé. ¿Qué? ¿Te sientes mejor? –ahora estaba muy cerca y olía a sexo, no había hecho nada por remediarlo. Me miró de arriba abajo y devolvió el sombrero a su sitio—. Ah, y si no te vistes, puede que vuelva a hacerlo.

Es difícil escabullirse envuelto en una toalla.

Vic dijo que se encontraría conmigo con Katz y Gowder en la academia y dejó que me las arreglara solo en el hospital. Compartimos un taxi parte del trayecto. Vic no dejó de mirar por la ventana mientras la ciudad pasaba ante sus ojos. Traté de detectar algo inusual en ella, pero no distinguí nada. Posiblemente tuviera más experiencia que yo. Desde que se separó, había salido fugazmente con un dentista y había pasado un fin de semana loco con un *cowboy* de rodeo que después se presentó en la oficina tratando de recrear la batalla de Benevento. Ruby y yo habíamos tratado de hacer oídos sordos por todos los medios.

–En toda mi vida solo me he acostado con seis mujeres –se me escapó antes de que tuviera la oportunidad de editarlo o de hacer algún cambio, lo dije como si hablara de afecciones cardíacas.

Ella giró la cabeza y me miró, un tanto apenada.

–Oh, Walt...

Cuando llegué a la UCI, la enfermera jefe me dijo que habían intentado localizarme. Cady había abierto los ojos mientras Michael estaba con ella. Se encontraba junto a su cama, apoyado cómodamente sobre el pie bueno.

–¿Cómo va eso, *sheriff*?

La miré, pero tenía los ojos cerrados.

–Los ha tenido abiertos durante más de hora y media y los ha cerrado hará unos diez minutos.

Me senté en la silla al lado de la cama y contemplé su rostro inmóvil, con los objetos ceremoniales cheyenes todavía rodeándola, y me eché a llorar. No pude evitarlo. Todas las emociones contenidas a lo largo de la semana encontraron rendijas en mi falsa coraza y comenzaron a agrietarse como el hielo al caer en agua caliente. Sentí que los regueros de lágrimas me empapaban los puños cerrados. No fui consciente de que Michael se hubiera movido pero sentí su mano en mi hombro. El miserable cascarón de cinismo que había construido para prepararme para la muerte de Cady se desvanecía. La transición del rencor al alivio fue rápida y, cuando pude volver a enfocar la vista, me di cuenta de que me había cargado el entablillado del dedo.

Michael y la enfermera se habían arrodillado ante mí y ambos estaban mirando el aluminio retorcido que me rodeaba el dedo roto.

–¿No te duele?

Traté de recuperar el aliento y me di cuenta de que las costillas tampoco me dolían ya.

Miré por encima de la cabeza de la enfermera y pude comprobar que Cady había vuelto a abrir los ojos. Esbocé una sonrisa.

–Ya no.

Habían llamado a Rissman, que había dejado dicho que lo avisaran cuando yo llegara para hablar conmigo. Estaba tratando de atraer mi atención mientras yo observaba a Cady y contaba el tiempo que tardaba en pestañear. Me explicó que la mayoría de los comas terminan cuando los pacientes abren los ojos y recobran la conciencia, pero que hay un diez por ciento que caen en un estado vegetativo y no responden a los estímulos externos.

Le apreté la mano a Cady pero no hubo indicios de respuesta. Tenía la mirada perdida en la distancia, en lugares que yo no podía ver. El color era límpido y el blanco de los ojos era tan brillante como de costumbre.

El doctor me dijo que para que recuperase la conciencia, tenían que entrar en juego la sensibilidad y la percepción.

Me mordí el labio inferior y sentí que los ojos volvían a arderme.

–¿Entiendes lo que te digo? –miró al techo, al suelo y a mi hombro izquierdo.

Lo miré por encima de la cama.

–Va a salir de esta.

Él agitó la cabeza.

–Por favor, no te dejes llevar por las buenas noticias. Incluso en el mejor de los casos.

–Va a salir de esta –a veces infravaloro lo vehementes que suenan mis afirmaciones, supongo que tendrá que ver con el hecho de ser un agente de la ley. Raras veces dejo que la emoción me invada o que influya en mis reacciones pero esta vez era diferente. Había esperado tanto hasta recuperar la esperanza que no iba a dejar que se me escapara–. Va a salir de esta.

Rissman comentó que iba a pedir que le hicieran más pruebas ahora que había abierto los ojos y que tardarían unas cuantas horas. Michael dijo que estaría encantado de esperar a Cady mientras yo iba a la inauguración. Yo traté de no fijarme en los rasgos que Vic y él compartían.

–Esta sección cuenta la historia que recoge el Calendario de Invierno. Dice la leyenda que el calendario fue una piel de búfalo que grabó Caballo Loco y que tenía la capacidad de predecir el futuro –Henry levantó la vista para mirarnos–. Solo había oído hablar de ello en el seno del consejo tribal y ciertamente nunca por boca de un hombre blanco –volvió a mirar el libro de contabilidad y pasó la página–. Este es con diferencia el relato más extenso sobre la *Notame-ohmeseheestse* que he leído fuera de la reserva –agitó la cabeza–. Me encantaría conocer al tal William Ojos Blancos.

Katz cogió una silla y se sentó frente a Henry, mientras Gowder se inclinaba sobre la mesa con los brazos cruzados. Vic estaba a su lado.

–Bienvenido al puto club.

El personal de la academia estaba dándole los últimos retoques a la inauguración, que estaba previsto que comenzara en menos de una hora y prometía ser un buen guateque.

El vestíbulo principal estaba engalanado con ampliaciones tamaño banderola de la Colección Menonita, como ahora la denominaban, y era un poco extraño tener a un Lonnie Pájaro Pequeño tamaño gigante mirándome desde detrás de la mesa donde Henry estaba sentado. Podía escuchar perfectamente el «aaajá, sí, es así» resonando por encima de los suelos de mármol del vestíbulo.

–¿Qué hay de la página 72?

Henry pasó las páginas, dejó caer la mano suavemente en una esquina y sostuvo el libro para que lo viéramos.

–Es una relación de transacciones comerciales, hay números, pero es un código que no comprendo.

Miré a Katz de reojo, que asintió.

–Son las cuentas del dinero blanqueado.

–Entonces, ¿es posible que este libro nos proporcione las cuentas detalladas de la operación de Toy Diaz? –Katz se encogió de hombros, probablemente estuviera sopesando si el libro sería una prueba válida en manos de un fiscal ante un tribunal–. Pero supongo que, sin la corroboración de William Ojos Blancos, esto no tiene mucho valor, ¿no?

Henry se volvió para mirarme.

–Son una obra de arte maravillosa, tú.

Extendí el brazo y le quité el libro.

–Llevas demasiado tiempo encerrado en el museo –le devolví a Katz el libro de contabilidad, que lo colocó encima del otro tomo–. Supongo que necesitamos a Billy Carlisle.

El detective bajó la cabeza.

–Tengo una mujer y un hijo que ya no se acuerdan de mi cara –levantó los libros, se los colocó bajo el brazo y miró a Gowder de reojo–. Voy a la Rotonda y a pedirle a Meifert que se ponga a buscar a Carlisle. ¿Y tú?

–Puede que me quede un rato.

Me volví a poner el sombrero y todos nos levantamos. Entonces hice el anuncio oficial.

–Cady ha abierto los ojos.

El representante de la nación cheyene fue el primero en responder, a pesar de que su expresión no cambió ni un ápice.

–Por supuesto que sí –extendió los brazos y me colocó sus enormes manazas sobre los hombros–. Me preguntaba por qué estarías actuando de una forma tan extraña –miré a Vic de reojo, que se había cubierto la boca. Henry había seguido la dirección de mi mirada y añadió–. Cuando acabe la inauguración iremos al hospital.

–Puede que no me quede hasta el final.

Él sonrió.

–Lo comprendo, tú. Entonces nos encontraremos allí.

Nos encontramos con Michelle Reddington, la sofisticada mujer del vestido negro y del pase de seguridad, procedente de la tienda de regalos. Se dispuso a conducir a Henry por

la escalinata, bordeada por una barandilla metálica, hasta el vestíbulo principal, donde habían expuesto la mayoría de las fotos. Él se detuvo en el pasamanos, se giró para mirarme, cerró el puño derecho, se lo llevó al pecho y luego señaló hacia abajo con el índice: en lenguaje de signos cheyene el gesto significaba «esperanza» o «corazón». Le sonreí y me coloqué la mano derecha abierta a unos treinta centímetros de la cara, luego la bajé y la moví hacia la derecha haciendo una ligera reverencia: «gracias».

Katz y Gowder también me felicitaron. Aunque les conté lo que Rissman había dicho sobre no dejarnos llevar por el optimismo, coincidieron en que era buena señal que Cady abriera los ojos, pasara lo que pasara. Vic se mantuvo al margen, sonriente, abrazándose el cuerpo. Poco después se giró y se marchó.

Katz se excusó y, de repente, Gowder y yo nos encontramos cara a cara.

—Te debo una disculpa.

Él le restó importancia con un gesto de la mano.

—Olvidalo —señaló el bar de la entreplanta—. Venga, te invito a una copa.

Mientras subíamos los escalones, me fijé en que habían abierto las puertas y que el vestíbulo inferior empezaba a llenarse de asistentes bien vestidos. Vic y Katz estaban manteniendo una conversación junto a la puerta giratoria y me pregunté de qué estarían hablando..., y luego me pregunté por qué me lo estaba preguntando. Fue en ese momento cuando me di cuenta de que Vince Osgood y su hermosa y joven acompañante estaban depositando sus abrigos en el ropero. La noche empezaba a tener todos los ingredientes para convertirse en una velada interesante.

Gowder pidió un *gin tonic*, yo una cerveza Yuengling. Subimos el resto de la escalinata y decidimos ver la exposición para adelantarnos a la avalancha de gente. Había unas doscientas fotografías, algunas de ellas expuestas en *collage*, otras en su formato original y otras ampliadas hasta alcanzar el tamaño de una puerta. Los poemas de Dena Muchos Campamentos estaban grabados al pie y en los márgenes de las más grandes en letra negrita y cursiva.

Le di un trago a mi cerveza.

—¿Te importa si te hago una pregunta?

Él observó la foto de unos jefes indios que sostenían un extremo de la bandera estadounidense mientras unos oficiales de caballería sostenían el otro.

—Adelante.

—Parece que a Katz y a ti os importa mucho este caso.

—¿Esa es tu pregunta?

Me eché hacia atrás el sombrero.

—Pues sí.

Se quedó un rato pensando.

—Nos importa por distintas razones: para Katz, es una forma de sacar la basura. Los policías sucios, los juristas sucios y los abogados sucios sacan al inquisidor que llevan dentro, y lo último que quiere cualquier persona de Filadelfia es que Asa Katz husmee en sus asuntos. Se pasó catorce años en Homicidios y trataron de dejarlo en dique seco antes de que se pasara a la división de Asuntos Internos.

–Esa clase de maniobras suelen hacerte impopular.

Gowder sonrió.

–Eso no le importa. Nunca le ha interesado el rollo del culto al poli.

–¿Entonces es por Osgood?

–En el caso de Katz, sí.

Asentí.

–Está aquí.

–¿Quién? ¿Osgood? Sí, lo he visto. ¿Por qué crees que me he quedado?

Le devolví la sonrisa.

–¿Y tú?

El detective le echó un vistazo a una fotografía donde aparecía el padre de Henry sentado en unos escalones con el gato.

–¿Conoces a toda esta gente?

–Sí.

Él asintió y masticó un cubito de hielo.

–¿Recuerdas el antro de *crack* donde hicisteis una redada a principios de semana? Yo nací a dos manzanas de allí.

Lo estudié con detenimiento.

–¿Te importa si te hago otra pregunta?

–Adelante.

–Vosotros estabais tras la pista de Devon por el tema del blanqueo de dinero, pero ¿quién os habló de Cady y de mí?

Él echó un trago de su copa y sonrió.

–Asa recibió una llamada de alguien que quería que cuidáramos de vosotros.

–¿De quién? –él permaneció mirando la fotografía, pero el mensaje había quedado bien claro.

Lo dejé y continué caminando, mirando esas fotografías que tan familiares me resultaban. Recalé en una donde aparecía la esposa de Frank Escudo Blanco desfibrando guisantes sentada en el porche de su cabaña de dos dormitorios. La foto era fascinante, pero fueron las palabras de Dena las que me dejaron helado.

*¿oyes el sonido de las ancianas chasqueando
sus viejas lenguas contra el cielo del paladar
en medio de la polvareda?
esta es una profecía
nunca preguntes a la india qué escogería
entre un millón de dólares y una cerilla
en los estantes de todas nuestras casas hay gasolina.
No me había dado cuenta de que Vic estaba a mi lado.*

–Estás muy guapo, Walt –no supe qué contestar, así que me toqué el nudo de la

corbata a falta de otra cosa que hacer. Ella dejó escapar un resoplido exasperado y me enderezó la corbata, que yo me había dejado hecha un desastre.

–Te he dicho que estás muy guapo. Deja de toquetearte.

–Lo siento.

–Y deja de pedir perdón.

–Vale –ella examinó la fotografía y se puso a leer el poema de Dena, con la punta de la nariz levantada. No pude evitar preguntarme si el mundo habría cambiado, si las cosas no serían diferentes–. Lucian siempre dice que es mi chaqueta de sindicalista –Vic no me estaba haciendo caso, pensaba en las palabras de Dena–. Tú también estás muy guapa.

Ella giró la cabeza para mirarme.

–Gracias.

Sonrió y yo le devolví la sonrisa.

–¿Por qué tengo la sensación de que solo yo salgo ganando con lo de esta tarde? –ella no respondió, pero le dio un sorbo a su Dirty Martini mientras yo contemplaba el destello iridiscente de sus ojos color oro bruñido. Y entonces pensé que estaba haciendo precisamente lo que llevaba años tratando de evitar: enamorarme de mi ayudante.

Había alguien a nuestro lado. Eran Osgood y la joven que antes lo acompañaba en el vestíbulo.

–Siento interrumpir.

–Buenas –di un paso atrás y les presenté a Vic. La rubia se llamaba Patricia Fulton y dejó patente que no había ido allí a conocer a unos palurdos como nosotros. Él la despachó pidiéndole que fuera a buscar las bebidas, lo cual provocó una cantidad apabullante de mohines, pero la chica desapareció.

Osgood le pegó a Vic un buen repaso, empezando por su gargantilla de turquesa y terminando por sus botas, un gesto que hizo que me entraran unas ganas repentinas de arrojarlo por encima de la barandilla.

–Así que ¿eres de Wyoming?

Ella se terminó su turbio cóctel y capturó la aceituna, empalada por una diminuta espada de plástico.

–Soy de la Calle 9, gilipollas, más te vale no olvidarlo –mordió la aceituna, se dio la vuelta y se marchó en dirección al bar, una retirada muy estudiada.

–¿He dicho algo malo?

–No –los dos nos quedamos mirándola.

–¿Es una Moretti Moretti?

–Eso me temo.

Él suspiró y bajó un poco la cabeza.

–Tío, no puedo tomarme ni un respiro –se fijó en mis puntos de sutura y en el dedo entablillado–. ¿Qué te ha pasado?

Me encogí de hombros.

–Me han atracado.

–¿Cuándo?

–Esta mañana, no es nada serio.

Él se acercó más a mí y bajó la voz.
–Tengo información que podría interesarte.
Esperé.
–¿Sí...?
–Aquí no –echó un vistazo a su alrededor–. ¿Nos vemos más tarde en el puente?
Tardé un momento en contestar.
–No.
Él me miró con atención.
–¿Qué quieres decir con eso?
–Que digo que no. Tengo otras cosas que hacer esta noche e irme hasta la otra punta de la ciudad a pasar un rato en un puente no entra dentro de mis planes. Si tienes algo que decirme, dímelo ahora.
–Tiene que ver con tu hija.
–Se llama Cady. Entonces me interesa, pero no tengo tiempo de ir a ninguna otra parte –saqué mi reloj de bolsillo–. De hecho, me quedaré aquí solo veinte minutos más.
Él se quedó pensando.
–Entonces nos vemos fuera.
–¿Dónde?
–Hay un callejón detrás del edificio. Al dar la vuelta te encuentras con una zona de carga y descarga. Nos vemos allí en quince minutos.
Seguí el ejemplo de la rubia y traté de parecer aburrido.
–Vale.
Lo dejé y continué recorriendo la galería, intentando establecer contacto visual con Gowder mientras le pedía al *barman* otra cerveza y recuperaba a Vic.
–¿Has traído tu arma contigo?
Ella pareció sorprenderse de veras.
–¿Qué?
–¿Eso es un no?
–Claro que es un no.
La saqué de la galería principal y la llevé hasta el rellano, donde le hice un gesto a Gowder para que se uniera a nosotros.
–Osgood me acaba de citar en la parte de atrás del edificio.
Él abrió mucho los ojos.
–Dale largas, te pondremos un micro.
Negué con la cabeza.
–No, estoy decidido a volver al Hospital de la Universidad de Pennsylvania en menos de una hora. Por muy importante que sea este caso, Cady lo es más aún.
El detective suspiró.
–¿Cómo quieres hacerlo?
–Vosotros adelantaos y tendedle una trampa. Yo iré en unos minutos. Si nos ve juntos puede que lo estropeemos –me llevé la mano a la pistolera que llevaba en los riñones y le entregué a Vic mi 45, que ella hizo desaparecer bajo su chaqueta–. Probablemente no sea

nada, pero los que frecuentan a este tío tienen una tendencia preocupante a aparecer muertos.

Gowder miró a su alrededor.

–Voy a buscar a la mujer de la academia. Quizá se pueda entrar por otra parte al callejón además de por la Calle Cherry.

Vic me miró un instante más y luego lo siguió. Yo permanecí donde estaba y observé que Osgood bajaba la escalinata, pasaba delante de mí y desaparecía en medio de la multitud del piso de abajo. Estaba hablando por el móvil.

¿Qué habría tramado el ayudante del fiscal del distrito? No creía que fuera demasiado peligroso, pero si Toy Diaz y él estaban conchabados, era mejor estar prevenidos. ¿Qué iría a decirme sobre Cady? ¿Tendría algo que ver con su conexión con William Ojos Blancos? ¿O todo formaba parte de su estratagema? Fuera como fuera, tenía que acudir a la cita.

Se había organizado cierta conmoción en el vestíbulo principal. La última persona que me hubiera imaginado que entraría por las puertas giratorias de metal de la Academia de Bellas Artes de Pennsylvania era Lena Moretti llevando a Perro de una correa.

Dos guardias de seguridad con serias dificultades para seguirle el ritmo le pisaban los talones. La gente retrocedía a su paso, aunque Perro nunca había estado así de bien. Era evidente que el tiempo que había pasado en compañía de Lena le había beneficiado, parecía recién lavado y peinado. Ella se detuvo en compañía del animal y sonrió mientras yo llegaba al pie de la escalinata.

Estaba preciosa, sonrojada y sin aliento.

–Te he traído a tu perro.

Me tendió la correa y me fijé en que era de cuero negro, en lugar del cable que habíamos estado usando. También me fijé en que hacía juego con la ropa que llevaba, una falda brillante y sofisticada que se ajustaba a su figura y un cárdigan de volantes negro sobre un top de hilo del mismo color. A la ópera le había salido competencia.

–Gracias –Perro se sentó sobre mi pie.

Ella escrutó mi cara.

–Sé que no es muy oportuno, pero no tengo dónde dejarlo esta noche –echó una ojeada a la sala, seguro que estaba buscando a su hija.

Pensé en el ruido que había oído mientras Vic y yo estábamos en el sofá.

–Esto, yo...

Me lanzó una mirada fulminante.

–Esta noche voy a salir y no estaba segura de poder pasarme mañana a verlo, así que pensé que lo mejor sería traerlo.

–Gracias –Perro levantó la cabeza para mirarme y traté de pensar en algo que decir. Finalmente me decanté por lo más importante.

–Cady ha abierto los ojos.

Ella se relajó y dio un paso hacia delante, estrechándome el brazo.

–Lo sé. Michael me ha llamado. Es maravilloso –su sincera alegría se impuso a lo incómodo de la situación–. Tengo que marcharme, no puedo llegar tarde a *Rigoletto*.

Me besó fugazmente en la mejilla y se dio la vuelta.

Su falda de tubo se movía lo suficiente como para dejar al descubierto una pantorrilla bien formada. La observé hasta que desapareció tras las puertas giratorias. De tal palo, tal astilla.

Perro me miró y yo me pregunté qué demonios iba a hacer con él. Miré a los dos guardias de seguridad y ellos me miraron a mí.

–Señor, el perro no puede quedarse.

Le acaricié la cabeza.

–No pasa nada, yo tampoco.

La lluvia había empezado a caer sobre Broad Street, una ligera llovizna que hacía relucir las superficies de la ciudad y que difuminaba las luces de las farolas. Hasta los rayos parecían más sutiles en la primavera del este, meciéndose suavemente sobre la cima de los rascacielos.

Me subí el cuello de la chaqueta y me calé un poco el sombrero mientras nos disponíamos a rodear la manzana. Perro parecía alegrarse de salir a la calle y, a decir verdad, yo también.

Al llegar a la esquina me detuve y miré el angosto callejón.

Ahí estaba el Hummer amarillo, con una pegatina identificativa en la ventanilla donde se leía «Oficial». Había algunos coches más aparcados junto al edificio, pero los cristales no estaban empañados y no se veía a nadie en el interior.

Había un tipo raro con gafas de sol y gorro de lana fumándose un cigarro bajo la marquesina de la puerta trasera, pero no vi a Osgood.

Desanduve el callejón y pasé por delante de un Cadillac vacío. Justo después el callejón de ladrillo giraba para luego seguir bordeando el edificio. Era una zona elevada de carga y descarga, tal y como él había dicho, que discurría en paralelo a un almacén de ladrillo de cuatro pisos con numerosos nichos que albergaban puertas y ventanas. Una valla metálica al final de la plataforma bloqueaba el hueco de poco más de medio metro entre ese edificio y el siguiente. Era difícil imaginarse un escenario más idóneo para una desgracia: el callejón era con diferencia el lugar más húmedo, oscuro y amenazador que había pisado en mucho tiempo.

El chaval del gorro de lana se dirigió a mí cuando llegué a la esquina.

–Eh, tío. Aquí fuera no se puede estar.

Le hice un gesto para quitármelo de encima.

–Vale, vale.

Miré hacia delante y vi a Osgood con las manos metidas en los bolsillos de su abrigo cruzado. Llevaba el cuello levantado y me hizo un gesto con la cabeza cuando lo miré. No parecía tener intención de acercarse a mí, así que continué caminando, preguntándome dónde estarían Vic y Gowder, cuando, de repente Perro se detuvo.

Justo en ese momento, la cabeza del ayudante del fiscal del distrito estalló.

Vi cómo el cuerpo descabezado caía sobre los charcos de agua de lluvia que se habían formado en la superficie desigual del suelo de ladrillo. La cabeza de Osgood no había explotado exactamente, más bien se había volatilizado en un estallido color carmesí, regándonos de paso a Perro y a mí.

Yo me había agachado instintivamente y volví la cabeza a un lado al escuchar el ruido. Tuve suerte de hacerlo, pues una lluvia de perdigones perdidos del calibre 10 fueron a parar al ala de mi sombrero y pasaron rozándome el cuello y el hombro. Perro salió disparado hacia delante y lanzó unos ladridos feroces mientras yo lo contenía tirando de la correa.

Se oyó una detonación familiar y observé que un proyectil de mi 45 rebotaba en la superficie del estrecho pasaje entre los edificios. Vic salió por la puerta de la academia que daba a la zona de descarga y se movió con destreza en dirección al callejón, sosteniendo el arma con ambas manos y disparando a medida que avanzaba, mientras Gowder echaba a correr en hacia la verja metálica con su pistola del calibre 40 en ristre.

Aparté la vista del cuerpo de Osgood, en sus últimos estertores, y miré la barrera de tela metálica de dos metros y medio de altura coronada con alambre de espino. Solté la correa y Perro se abalanzó hacia Vic. Yo le grité mientras me disponía a retroceder por el callejón sin salida:

—¡A por él!

Mientras doblaba la esquina inspiré tan hondo como me lo permitía el cuerpo desde mi caída de por la mañana en la calle. El dolor me nubló la vista y arrollé al chico del gorro, que cayó de espaldas y me arrastró consigo. Perdí mi sombrero.

—¡Eh, tío!

Alcancé la acera y me dirigí directamente hacia la esquina de la Calle Cherry con Broad, aunque aquellos cincuenta metros escasos se me antojaron una media maratón. Me pareció que pasaba una eternidad, pero llegué a Broad con tiempo suficiente para ver a un hombre corpulento que llevaba puesta una sudadera con capucha y encima una especie de impermeable negro del que asomaba una escopeta similar a las viejas Ithaca Roadblockers. Acababa de doblar la esquina de la Calle Arch.

Me agarré el costado y crucé la calle en diagonal entre los coches para aventajarle. Oí el chirrido de los frenos mientras cruzaba Broad a todo correr y sentí una corriente de aire provocada por un sedán que pasó a treinta centímetros de mí. Di un traspié al llegar a la mediana pero conseguí que otro coche se detuviese en seco al otro lado, extendiendo las manos y apoyándome en la rejilla delantera. Me di la vuelta y continué corriendo mientras otro coche daba un volantazo y desaparecía detrás de mí.

Pasé entre dos coches aparcados y por fin doblé la esquina de Arch. Había gente gritando al final de la manzana, donde se había congregado una multitud.

—¡Policía! ¿Alguien ha visto a un...?

Unas doce personas señalaron en dirección sur. Me giré y continué corriendo.

El tirador estaba doblando la esquina para girar a la izquierda en la siguiente calle y había reducido el paso. No tenía ni la menor idea de por qué iría caminando tan tranquilo. Posiblemente pensara que tenía vía libre. Me ahorré las ganas de vomitar y, haciendo un último esfuerzo, llegué corriendo hasta el final de la manzana.

En la acera, cerca del Reading Terminal Market, había una muchedumbre. Tendría que ver con algún acto del centro de congresos de Pennsylvania. Levanté la vista entre la llovizna y leí en una banderola: «Encuentro Nacional de la Asociación Nacional del Rifle».

¿Qué coño?, que diría Vic. Quizá pudiera comprarle una pistola a Charlton Heston.

Traté de distinguir al tipo de la sudadera gris entre la multitud: me había parecido que era bastante alto, así que pensé que tal vez existiera esa posibilidad. Me detuve mirando el paso elevado, convencido de que había tomado ese camino, y vi a un tipo encapuchado, pero el color de la prenda no era el mismo. Me sequé el agua de lluvia de la cara y sentí una punzada en el cuello. Estaba sangrando. No era demasiado grave, pero no me iba a ayudar a pasar inadvertido.

Percibí un movimiento al otro lado de la calle, un poco más abajo: capucha gris. No veía la escopeta por ninguna parte, debía de habérsela guardado bajo el chubasquero. Si de verdad era una de las viejas Ithaca del calibre 10, nunca se habría deshecho de ella, conseguir otra sería demasiado difícil.

Traté de seguirle el ritmo. Ahora iba más deprisa, pero no tanto como para no poder alcanzarlo. A él también le iba a resultar difícil pasar desapercibido. Se detuvo en la siguiente esquina y me entró el pánico por un momento, pues pensé que se disponía a coger un taxi. En lugar de eso, sacó un teléfono móvil.

¿Qué coño pasaba conmigo?, que diría Vic. Me había olvidado del móvil de Cady. Lo extraje del bolsillo de mi chaqueta y marqué el 911. El tipo saltó el charco que se había formado en la cuneta, sujetándose la escopeta que ocultaba bajo el chubasquero, cruzó la calle y continuó avanzando manzana abajo mientras el ruido de las sirenas comenzaba a inundar el aire de la noche. Una operadora respondió a mi llamada.

—Aquí el 911.

—Al habla el *sheriff* Walt Longmire del condado de Absaroka, Wyoming. Tengo un 10-32 en la esquina sureste de Filbert con la Calle 11. Estoy siguiendo al sospechoso de homicidio por el asesinato del ayudante del fiscal del distrito, Vince Osgood, en la Academia de Bellas Artes. Necesito refuerzos.

Hubo una pausa, pero no demasiado larga.

—*Sheriff*, ¿ha dicho Filbert con la 11?

—Recibido, eso es. Un varón negro, alto, con una sudadera con capucha gris y un chubasquero largo y negro, se dirige al este a paso ligero. El sospechoso va armado con una escopeta táctica.

–Recibido. ¿Puede permanecer al aparato?

Dejé escapar una carcajada carente de alegría.

–Lo cierto es que no me gustaría tener entre manos este móvil cuando lo alcance –me dispuse a cerrar el teléfono mientras cruzaba la calle; el tipo solo me llevaba unos treinta metros de ventaja, caminaba ligeramente escorado hacia la izquierda. Entonces pude ver que era el tipo del antro de *crack*, Shankar DuVall.

–¿*Sheriff*...?

Cerré el teléfono y me lo guardé en la chaqueta del traje, maldiciendo en silencio mientras él giraba a la derecha en la siguiente manzana y se encaminaba al norte por la Calle 10. Avivé el paso y vi que cruzaba al parking de la estación de autobuses Greyhound. Crucé la calle en diagonal, tratando de sacarle algo de ventaja.

Los autobuses estaban dispuestos en fila, la mayoría de ellos estaban en marcha. Caminé a lo largo de uno de los vehículos. DuVall se encontraba frente a otra fila de vehículos en el lado opuesto de la zona de estacionamiento. Estaba hablando de nuevo por el móvil.

Nos separaba un espacio abierto de unos veinte metros que me iba a resultar imposible cruzar sin ser visto. Me detuve y estaba a punto de sacar el teléfono móvil del bolsillo cuando oí unos golpes. Levanté la mirada y vi que el conductor del autobús me estaba increpando a gritos. Incluso con el parabrisas de por medio y el sonido del motor de diésel, lo oí perfectamente.

–¡Oye, amigo! ¡Ahí fuera no se puede estar! –le hice un gesto para que permaneciera en silencio pero él hizo sonar el claxon y el sonido fue atronador–. Amigo, ¡está prohibido estar ahí fuera!

No me quedó más remedio que cruzar el parking hacia donde acababa de ver a DuVall, pero este había desaparecido. Eché un vistazo entre los autobuses aparcados y traté de no pensar en la última vez que había visto a Vince Osgood de una sola pieza.

Cuando llegué al sitio donde había visto al tirador hacía un momento eché una ojeada al otro lado del bus estacionado pero no vi nada, salvo un muro de cemento y algunas malas hierbas. Me agaché para comprobar si se veían un par de pies, pero estaba tan oscuro que no había forma de saberlo. Avancé pegado a la superficie ondulada del gran vehículo y deseé haber llevado mi arma conmigo.

Una única farola se alzaba al final de la fila más próxima a mí, pero solo arrojaba algunos haces de luz por las ventanillas de los autobuses. Me sequé el agua de lluvia de la cara de nuevo, rodeé un charco enorme, giré y pasé entre el muro de cemento y la parte de atrás del autobús, pues suponía que era la única dirección que había podido tomar DuVall. Apenas había espacio para pasar. Evidentemente a él no le había costado ningún trabajo, aunque tampoco le había supuesto un problema pasar entre dos edificios prácticamente pegados el uno al otro para dispararle a Osgood. Cabía la posibilidad de que se hubiera marchado y que me encontrara solo, jugando al limbo con el Greyhound para pasar el rato. Traté de no pensar en la otra alternativa que me esperaba.

Me detuve un segundo a escuchar, creyendo que se oían voces. Escuché con más atención, pero no era nada. El conductor del autobús al que estaba pegado aceleró el

motor unas cuantas veces para que se airease. Cerré los ojos y contuve el aliento hasta que la nube de humo y hollín se disipó. El ruido era ensordecedor y comprobé que el compartimento del motor traqueteaba antes de girar la cabeza y encontrarme con el cañón de una escopeta Ithaca Roadblocker del calibre 10 que me estaba apuntando.

En la oscuridad solo se distinguía parte de su rostro, ensombrecido por la capucha, pero pude comprobar que movía los labios mientras su dedo se cernía sobre el gatillo.

—¿Qué? —ahí estaba yo, atrapado entre un autobús y una pared, incapaz de oír las últimas palabras que escucharía en mi vida.

Él se detuvo y volvió a hablar. Esta vez levantó la voz, pero yo seguía sin distinguir las palabras.

—¿Qué?

—¡Digo que iba a dejarte vivir!

Yo le contesté a gritos.

—¡Gracias!

—Pero... —y entonces apretó el gatillo.

La Ithaca Roadblocker es una escopeta táctica del calibre 10 que se introdujo en el mercado hace unas décadas y fue diseñada para obligar a los coches a que se detuvieran, de ahí su sobrenombre de «cortacarreteras». Era un arma cara y pesada, con posibilidad de realizar solo tres descargas. Se suponía que con sesenta gramos de plomo disparados a la velocidad del sonido había más que suficiente. No obstante, la escopeta presentaba problemas que solo podían corregirse ampliando la recámara. Sin esa modificación, tenía propensión a encasquillarse.

Y eso fue precisamente lo que hizo.

DuVall abrió mucho los ojos y vi que volvía a apretar el gatillo mientras yo desviaba el cañón hacia arriba. Que hubiera fallado a la primera no quería decir que no fuera a disparar ahora.

Y así fue.

El ruido de los autobuses ya era bastante atronador, pero el cañón de esa escopeta del calibre 10 emitió tal estruendo que oí un chirrido estridente, como si una sierra de cinta me taladrara el cerebro. Sostuve el cañón por encima de mi cabeza mientras una lluvia de cristales y fragmentos de chapa de aluminio del autobús caía sobre mi cara. Él le dio un tirón a la escopeta recalentada, yo también tiré de ella y el arma acabó por soltarse, saltó por los aires y fue a parar al suelo.

Volví la cabeza, pero él había desaparecido. Avancé como pude y miré hacia abajo: DuVall yacía en el suelo con un brazo entre las ruedas dobles del autobús Greyhound. Le habían disparado en la cabeza. Levanté la vista y vi a Gowder a unos diez metros de distancia sujetando su arma del calibre 40 con ambas manos, con la que seguía apuntando al muerto.

Me miró y dijo algo, pero yo no oía más que el pitido y todo lo que podía hacer era mirar hacia atrás, respirar tan hondo como me permitían mis costillas e intentar dejar de temblar.

Al Departamento de Policía de Filadelfia y a la oficina del fiscal del distrito del sureste de Pennsylvania les resultó sumamente interesante que Shankar DuVall se encontrara goteando sobre una bandeja de acero inoxidable en la morgue de la ciudad. Gowder dijo que había escuchado mi llamada, que había echado a caminar y que, cuando vio que había alguien tratando de disparar a otra persona detrás del autobús, decidió pasar a la acción. Una acción mortal. Me alegré de que lo hubiera hecho y así lo manifesté en mi declaración oficial y en la entrevista grabada que mantuve con los investigadores del caso.

Me quedé mirando la deteriorada escopeta que había sobre la mesa que nos separaba. Su vida no había sido fácil, pero empezaba a creer que la mía tampoco. Gowder estaba sentado frente a mí desprovisto de su pistola y de su placa. Los dos mirábamos de reojo de cuando en cuando el gran espejo que recorría la pared bajo el reloj militar. Me pregunté quién estaría al otro lado. El reloj marcaba las 2:33. Le sonreí y escuché el sonido de mi voz, que me llegaba como si estuviera bajo el agua. Podía hablar, pero no oía demasiado bien.

–Me alegro de que dispararas al malo, de lo contrario nos pasaríamos aquí la noche entera.

Él sonrió y dijo algo.

–¿Qué? –él sonrió aún más y se señaló sus propias orejas.

–Dicen que no es permanente, que debería mejorar en las próximas setenta y dos horas. Pienso pasarme la mitad de ese tiempo durmiendo –se quedó mirando la superficie de la mesa. Probablemente viese un montón de cosas que en realidad no estuvieran allí. Poco después, levanté una mano para atraer su atención y sus ojos oscuros se levantaron lentamente para encontrarse con los míos–. Si no le hubieras disparado, ahora mismo yo no estaría aquí sentado.

Él asintió. Poco después, volvió a asentir.

Nos pusieron en libertad. Conmigo habían acabado pero Gowder tendría que enfrentarse a otra serie de interrogatorios por la mañana. Cuando llegamos al pasillo principal de la tercera planta había un grupo de personas esperándonos.

Asa Katz estaba apoyado contra la pared y casi no lo reconocí, pues iba vestido con zapatillas de deporte, vaqueros y un impermeable azul. Todas las veces que lo había visto me había parecido un tipo recién sacado de una portada de revista, pero ahora mismo solo parecía un poli cansado cualquiera. Vic también estaba allí, con la misma ropa de la inauguración. Estaba guapísima y era la única de todos nosotros que no parecía exhausta.

Katz habló con Gowder y luego me dijo algo a mí.

–¿Qué?

Hablaron entre ellos y luego Vic me sonrió, me cogió del brazo y me condujo por el pasillo hasta el ascensor. Cogió el móvil de Cady y llamó a alguien mientras salíamos del edificio circular.

Vic le dio las gracias a los polis que nos llevaron en coche hasta casa de Cady, abrió la

puerta y me observó mientras yo iba hasta el frigorífico y cogía una cerveza. Me sentía un poco crispado y pensé que un trago antes de dormir me vendría bien. Le hice un gesto a Vic y ella asintió, así que saqué otra cerveza de la nevera.

Perro se acercó meneando el rabo para que lo acariciase. Dejé las dos cervezas en la encimera, me senté en uno de los taburetes y le pasé la mano por las orejas. Mi 45 estaba ahí y también mi sombrero, boca arriba. Toqué el ala y observé que describía un círculo perezoso sobre su copa.

Vic abrió las botellas de Yuengling y me pasó la mía. Suspiré y le sonreí mientras ella miraba hacia la puerta y Perro ladraba. Quizá fuese por mis oídos –aunque lo más probable es que fuera a consecuencia de los acontecimientos recientes–, pero mi mano se deslizó sobre el Colt mientras Vic le pagaba al repartidor y regresaba con una caja de pizza. Ella actuó como si no hubiera visto mi mano en la pistola, dejó sobre la mesa la pizza de *peperoni* con doble de queso y anchoas y fue a por dos platos y cubiertos. Luego cogió dos trozos del rollo de papel de cocina que había sobre el fregadero, me pasó uno y dijo algo.

–¿Qué?

Ella agitó la cabeza, abrió la caja y colocó un trozo con anchoas en mi plato. No es que tuviera mucha hambre pero, si no recordaba mal, no había probado bocado desde el almuerzo. Mastiqué de forma mecánica y eché un trago de cerveza.

Traté de no reírme ante tal situación: aquí estábamos los dos, tantas cosas que decir y yo sin poder oír nada. Hice un sobreesfuerzo para no mirar el sofá, pero algo dentro de mí se removió, el vil coletazo de mis instintos más primarios, y me entraron muchas ganas de repetir.

En lugar de eso, me concentré en la comida y me acabé mi mitad de la pizza y un cuarto de la ración de Vic mientras Perro iba de uno a otro detrás de los bordes. Después de un rato, Vic se levantó y dijo algo con contundencia.

–¿Qué?

Juntó las manos, se las llevó a un lado de la cabeza y cerró los ojos. Yo asentí y la miré mientras ella permanecía allí un momento más, luego se dio la vuelta y subió por la escalera en espiral en dirección al cuarto de invitados.

Permanecí sentado preguntándome si se suponía que debía seguirla. Permanecí sentado preguntándome si se suponía que no debía seguirla. Permanecí sentado haciéndome preguntas.

La respuesta me llegó cuando descubrí las sábanas, la manta y la almohada que conformaban una cama improvisada en el célebre sofá. Levanté la mano del índice entablillado y me toqué con los otros dedos el vendaje que los de emergencias me habían colocado en el cuello. Cogí mi sombrero, le di la vuelta y observé las marcas que habían dejado los perdigones al atravesar el ala: me pasaron a seis milímetros de la cabeza.

Cady yacía en coma en una habitación del Hospital de la Universidad de Pennsylvania después de que Devon Conliffe la empujara por las escaleras del Instituto Franklin.

Devon Conliffe estaba muerto porque alguien lo había arrojado por el puente Benjamin Franklin.

Osgood había muerto de un disparo en la cabeza a manos de Shankar DuVall.

A Shankar DuVall lo había matado Gowder de un tiro por intentar asesinarme detrás de un autobús Greyhound.

Eso era todo lo que sabía.

Apagué las luces, me puse el sombrero ya que era más cómodo llevarlo en la cabeza que en la mano, y me pregunté quién sería el siguiente. Cogí mi arma, descorrí el cerrojo para asegurarme de que estaba descargada y luego eché un vistazo a la galería del piso de arriba, comprobé que la luz de la habitación de invitados estaba apagada y me fui cojeando hasta el sofá. A pesar de que Vic había llamado y le habían confirmado que no se había producido ningún cambio, quería llegar al hospital temprano, así que creí que lo mejor sería intentar dormir un rato.

Parecía que mi sombrero se había deformado. Quizá el disparo le había causado más daño del que inicialmente había imaginado. Lo dejé en la mesita de café y coloqué la pistola bajo el ala, me quité las botas y me deshice de la chaqueta, la camisa y la corbata, todas ellas hechas un asco, procurando evitar las múltiples y variadas heridas. Me despojé de los vaqueros manchados de sangre y me derrumbé lentamente sobre el sofá con un quejido que provocó que Perro se acercara y posara la cabeza en el cojín que había al lado de mi almohada. Le di unas palmaditas con el reverso de la mano y lo observé mientras se acurrucaba en el suelo, vigilante incansable.

Las luces del puente se colaban por la cúpula de cristal en forma de resplandor azul. Probablemente estuvieran acompañadas de un sonido reconfortante, pero yo no podía oírlo, solo oía el pitido de antes.

Cady había abierto los ojos. Pensé en marcharme en ese momento al hospital. Quería ver esos ojos serenos de color gris claro. Quería verlos parpadear y saber que su mente continuaba funcionando, tan brillante como siempre, que trataba de encontrar el camino de regreso. Pero la idea era una estupidez. Estaba cansado, mugriento y sordo.

Tiré de las sábanas y me dispuse a ponerme de lado, pero mis costillas me recordaron que no podía, así que me quedé mirando mi sombrero. Sería una pena si tuviera que tirarlo, habíamos pasado juntos por tantas cosas, pero si ya no me valía, qué le íbamos a hacer. Pensé en intentar ponérmelo de nuevo y me dispuse a cogerlo. Tenía la badana marrón y el forro era de rayón rojo vivo. Y algo asomaba de la badana, algo blanco y puntiagudo.

—Qué demonios —todavía oía las palabras como si provinieran de debajo del agua, pero sabía que las había pronunciado. Parpadeé y volví a mirar, deseando que los ojos me estuvieran jugando una mala pasada, como los oídos, pero aquello seguía ahí. Dejé que Perro siguiera durmiendo, luego extendí la mano y utilicé el dedo anular y el corazón para extraer el diminuto sobre de la desgastada prenda de piel de castor. En él se podía leer la misma palabra mecanografiada de siempre: «*SHERIFF*».

Lo abrí, saqué la tarjetita y leí lo siguiente: «*HOMBRE MEDICINA*».

Me quedé mirando el papel, tratando de averiguar el significado de esas palabras, pero lo único que me vino a la cabeza fue Henry. No era el único hombre medicina que conocía, pero definitivamente era el único que conocía en Filadelfia. Pensé en la última

nota. «VER PÁGINA 72. MIRA HACIA EL OESTE, PUEDES LUCHAR CONTRA EL AYUNTAMIENTO.» Suponía que esa tenía que ver con los libros de contabilidad pero, al compararla con la nota anterior, me entró la duda. «VUELVE CON EL INDIO» indicaba una localización, quizá la parte de la nota que hacía referencia al ayuntamiento también lo fuera. De ser así, «HOMBRE MEDICINA» podría indicar otra ubicación.

Pensé en la escultura del indio en la fuente de Logan Circle y consideré que Billy Ojos Blancos había demostrado tener cierta obsesión por lo nativo y por el arte público de la región de Filadelfia.

Al despertarme, seguía dándole vueltas. Cuando Vic bajó las escaleras por la mañana vestida con una camiseta holgada y verde, el café ya la estaba esperando.

Le pasé la taza. Ella bostezó y se encaramó a un taburete. Traté de evitar fijarme en sus piernas.

—¿Qué haces levantado?

Le di un sorbo a mi café y me senté para echar una ojeada a la colección de libros que había desparramados sobre la encimera.

—Tenía que llamar al hospital y se me han ocurrido algunas cosas.

Ella se quedó mirándome un momento.

—¿Vuelves a oír bien?

Yo continué estudiando los libros abiertos.

—No del todo, pero estoy mucho mejor.

Había descubierto la biblioteca de Cady en una de las amplias paredes de la zona que hacía las veces de salón. Cuando la contrataron en su bufete de Filadelfia, mi hija había comenzado a acumular libros sobre la que iba a convertirse en su ciudad de adopción. Tenía libros sobre historia local, arquitectura, política, comida, deportes y, lo más importante por el momento, escultura.

—¿Sabías que Filadelfia tiene una de las colecciones más grandes de esculturas públicas del mundo?

—¿Y?

Recordé que nadie es profeta en su tierra y que, si quieres llevarte una mala impresión de Filadelfia, no tienes más que preguntarle a algún lugareño. Saqué la nota de un pliegue del libro.

—Anoche encontré otra nota.

Vic se despertó del todo.

—¿Dónde?

—La saqué de mi sombrero, literalmente —la miré—. ¿Quién te lo devolvió anoche?

Ella estudió la nota y me miró, distraída.

—Los del guardarropa. Me dijeron que alguien del personal lo había recogido del callejón de detrás de la academia.

Pensé en el chico de pelo oscuro fumándose un cigarrillo.

—Joder, maldita sea.

—¿Qué?

Meneé la cabeza, sin poder creer lo estúpido que había sido.

–Había un chico en la puerta trasera de la academia, tropecé con él cuando estaba persiguiendo a Shankar DuVall –levanté la vista hacia ella–. Tenía que ser William Ojos Blancos –pensé en ello–. Iba disfrazado con unas gafas de sol y un gorro, pero era la misma voz del tipo que conducía la Ford Expedition y utilizó la misma frase, algo así como «eh, tío» u «oye, tío».

–Walt, creo que el 70 por ciento de los habitantes de Filadelfia usan la expresión «eh, tío».

Mantuve los ojos fijos en ella.

–Era él. También estaba aquella vez en el puente.

–¿Qué puente?

–La primera vez que me encontré contigo aquí, en Filadelfia.

–De acuerdo, digamos que fue así. ¿Por qué te está siguiendo ese chico?

–No lo sé.

–¿No crees que podría haberse mezclado con la banda de Toy Diaz y con el recientemente fallecido Shankar DuVall?

–Lo estaba, pero creo que ya no lo está y no pienso que sea un asesino. Creo que es el cocinero y el contable –ella empezó a mover los pies con impaciencia antes de que yo pudiera terminar–. Oye, el negocio de la droga es como cualquier otro, si no llevas bien las cuentas, no ganas dinero.

–Claro.

–Si tienes en marcha una operación de drogas, no puedes plantarte en la oficina del contable más cercano. Necesitas alguien a quien se le den bien los números, alguien de confianza pero que pueda pasar desapercibido.

Ella asintió.

–William Carlisle, criado en el barrio de Gladwyne, estudiante de la Ivy League, perteneciente a la Phi Beta Kappa y ganador de la beca Rhodes.

Volví a rellenar mi taza y mantuve la jarra en el aire.

–Pero llegó un momento en que Billy Carlisle se convirtió en una bomba de relojería dentro de la organización de Diaz, debió de ser por la misma época en que se convirtió en William Ojos Blancos y creo que fue por Cady.

–¿Cuándo empezó a representarlo de forma gratuita?

–Sí.

Ella sonrió.

–¿Crees que tu hija ejerció tanta influencia moral sobre este tipo que acabó llevándolo por el buen camino?

Le serví más café a Vic.

–Te sorprendería saber lo mucho que te puede influenciar una mujer, para bien o para mal.

Ella sonrió y asintió con la cabeza.

–Ajá.

Solté la jarra de café.

–No creo que Billy Carlisle fuera un mal tipo. Pienso que tomó decisiones equivocadas

y que se juntó con mala gente. Creo que al tratar con Cady comenzó a tener mala conciencia y ella se convirtió en una especie de símbolo.

Vic asintió y observó la colección de libros que yo había desperdigado por la encimera.

–Por cierto, ¿qué es toda esta mierda?

–Investigación. El chico es un genio. ¿Qué pensó que sería la primera cosa que me llamaría la atención?

Ella miró los libros.

–¿Las esculturas?

–Los indios.

Ella abrió mucho los ojos.

–Qué coño.

–La primera nota no se refería a Henry. «VUELVE CON EL INDIO» hacía referencia a la escultura de Logan Circle. Creo que «MIRA HACIA EL OESTE, PUEDES LUCHAR CONTRA EL AYUNTAMIENTO» se refiere a las estatuas de indios situadas en la cara oeste del ayuntamiento –le di la vuelta a uno de los libros y tras empujarlo hacia ella señalé la fotografía de un hombre medicina de las llanuras montado a caballo, con el brazo levantado sobre su tocado de búfalo–. Está en Dauphin con la Calle 33, al este del parque Fairmount.

–El hombre medicina.

Asentí.

–Me voy al hospital, pero creo que me detendré antes en el ayuntamiento, me pilla de camino. La nota del ayuntamiento es anterior a la del hombre medicina, puede que sea importante respetar el orden.

El ayuntamiento de Filadelfia es una tarta pastelera que fue proyectado para ser el edificio más alto del mundo pero cuando lo terminaron ya había sido superado por la torre Eiffel y por el monumento a Washington. Ocupa 1,8 hectáreas de Penn Square y su torre, coronada por la escultura de William Penn y conocido como «el sombrero de Willy», alcanza los 167 metros de altura. Willy está acompañado por otras 250 esculturas que adornan el interior y el exterior del edificio.

Nos bajamos del taxi en el lado oeste del edificio y cruzamos la acera con Perro, como si nos aproximáramos a un barco fantástico que hubiera atracado en el centro de la metrópolis.

–Odio este edificio.

Ignoré a Vic y estudié la fachada.

–Es estilo Segundo Imperio, igual que el Louvre.

–Es una mariconada.

–Probablemente sea una de las obras más emblemáticas de finales del XIX.

Recorrí con la mirada las figuras del frontón de la cara oeste del edificio y me adelanté a Vic mientras ella se detenía a comprar un helado italiano en uno de los puestos ambulantes que abundaban por la zona. Perro tensó la correa y trató de sumarse a la propuesta de Vic, pero tiré de él con suavidad para apartarlo.

Hacía un hermoso día y el cielo y las calles habían amanecido limpias tras la noche de tormenta. Se notaba la humedad en el ambiente, como si fuera un aliento ajeno. Arrastré a Perro conmigo mientras me desviaba ligeramente hacia la izquierda y me detenía, estudiando las cariátides de las lucernas. Encima de ellas, en las esquinas de la torre que dan al norte, destacaban dos figuras colosales de bronce de unos ocho metros de altura: una de ellas representaba a una doncella india y la otra a un guerrero.

Contemplé los más de sesenta metros de altura que me separaban de las estatuas mientras Vic regresaba con dos tarrinas de helado italiano.

–No tendremos que escalar este puto horror, ¿verdad?

–No sé qué se supone que debemos hacer –cogí mi helado y me metí una cucharada en la boca. Era de piña colada y estaba buenísimo–. ¿Hay visitas guiadas al edificio?

–Sí, antes al menos solía haberlas.

Esta vez fui más preciso.

–¿Cuándo?

–Cuando yo trabajaba en este distrito, eran de lunes a viernes a las 12:30.

–Hoy es sábado.

–En Filadelfia nada es fácil.

Me desplazé un poco más hacia la izquierda para continuar observando las gigantescas esculturas.

–Una mujer con un niño y un hombre con un perro –bajé la vista para mirar a Perro, que de repente encontraba mi helado fascinante–. No tendrás tú por casualidad ninguna nota, ¿verdad? –él permaneció sentado, esperándose un premio. Me giré para mirar a Vic–. ¿No crees que se supone que deberíamos averiguarlo desde aquí?

Ella se encogió de hombros y continuó comiéndose su helado de limón.

–Hasta el momento no ha sido así.

Volví a ignorar a Perro y examiné la torre. «MIRA HACIA EL OESTE, PUEDES LUCHAR CONTRA EL AYUNTAMIENTO.» No tenía sentido que William Ojos Blancos hubiera dejado una nota en un lugar donde no pudiéramos alcanzarla. No lo había hecho antes y me daba la impresión de que era un animal de costumbres, si bien uno de lo más creativo. Al final sucumbí y bajé la tarrina para que Perro pudiera lamer el sirope del fondo y me pareció oír a alguien diciendo algo.

Miré a Vic, que estaba situada a menos de cuatro metros de la esquina noroeste del edificio.

–¿Qué?

Ella se volvió para mirarme.

–¿Eh?

–¿Qué es lo que acabas de decir?

Me miró sin entender.

–¿Tus oídos vuelven a hacer cosas raras?

Me quedé donde estaba.

–¿No acabas de decir algo?

–No.

Esta vez la voz me llegó directamente desde detrás. Me di la vuelta y me encontré con el propietario del carrito de helados italianos. Era un hombre fornido, de pelo entrecano y con entradas, que llevaba un viejo delantal rojo y una camisa a rayas.

–¿Disculpe?

Él sonrió y esta vez lo dijo más alto.

–Hombre medicina.

El hombre del carrito de helados no conocía a William Ojos Blancos ni a Billy Carlisle. Solo conocía a un tipo que le había pagado veinte pavos para que mantuviera los ojos abiertos por si veía a un tipo grande con un sombrero de *cowboy* y un perro, para que le dijera «hombre medicina». Nos contó que el tipo que le había dado el mensaje era alto, delgado y que llevaba una gorra y gafas de sol, así que no sabía de qué color eran sus ojos o su pelo, pero sí que iba bien vestido y que tenía unos zapatos relucientes. Nos dijo que siempre se fijaba en esas cosas y que se podía saber mucho de una persona por sus zapatos.

Le gustaron mis botas de *cowboy*.

Nos contó que el tipo le había dicho que me presentaría el día anterior y que había intentado decirle las dos palabras a un tipo que llevaba un sombrero de *cowboy* pero que no era grande y que tampoco tenía perro. Nos contó que el hombre lo miró extrañado y que pensó que se había equivocado de persona. Dijo que el tipo del billete de veinte le dijo que tenía que entregar el mensaje a lo largo de la tarde del día anterior. Me estudió durante un rato y luego me preguntó si se había metido en problemas. Le contesté que no.

Quería saber si yo tendría otros veinte pavos para él. También le dije que no a eso. Me preguntó que si le daría otros veinte si se le ocurría alguna cosa más. Le contesté que era agente de policía y que, si no me lo contaba todo, tendríamos que continuar nuestra conversación en la Rotonda.

Me dijo que me lo había contado todo. Le pregunté si estaba seguro.

Me contestó que estaba todo lo seguro que uno podía estar por veinte dólares.

El taxista tomó el puente de la Calle Market y yo contemplé el río Schuylkill y me pregunté si habría peces en él. Como esta vez Vic no tenía ningún objeto para tirar por la ventanilla, supuse que conseguiríamos llegar directamente al hospital.

–¿Por qué iba a dejarte dos veces el mismo mensaje, uno con el vendedor y otro en el sombrero?

–Pensó que no habíamos conseguido la información del vendedor, estaba en lo cierto.

–Entonces, después del hospital, ¿iremos al parque Fairmount con Katz y Gowder?

Acaricié a Perro y pensé en ello.

–Dejemos que lo hagan ellos.

–¿No tienes curiosidad?

–Cady me preocupa más –ella asintió y pasamos el resto del trayecto en silencio, pero ella también acarició a Perro.

Cuando llegamos al hospital, los detectives nos estaban esperando en la puerta. Le pregunté a Gowder por su interrogatorio.

–Lo han pospuesto hasta la tarde.

–¿Qué hay de tu placa y tu arma?

Él me dirigió su sonrisa inconfundible.

–He decidido explotar mi arrolladora personalidad y mi humor a prueba de balas.

Miré a Katz de reojo y él hizo un gesto aprobatorio con el pulgar. Vic los siguió.

–Voy con ellos, aquí no me necesitas.

Me quedé en la acera con la correa en la mano.

–¿Podrías hacerme un favor? –y Vic se llevó a Perro.

Cuando entré en la habitación de Cady, Henry estaba dormido en un sillón al lado de la cama con su gorra de los Phillies cubriéndole los ojos. Lena levantó la vista del *Daily News* y lo sostuvo en alto por la portada para que pudiera ver la fotografía de un Vince Osgood sonriente, antes de ser descabezado.

En el titular se podía leer: «Asistente del fiscal del distrito asesinado». Ella arqueó las cejas y dijo en voz baja:

–Estás ganándote una reputación en la gran ciudad.

–Yo no le disparé –me senté en una silla junto a la suya y también le hablé *sotto voce*.

–¿Qué tal la ópera?

–Comparada con lo tuyo, bastante sosa –me pasó una taza de café que tenía en el alféizar de la ventana y yo se la acepté, aunque había tomado suficiente brebaje como para teñir una piel de búfalo–. ¿Qué sucedió?

–Muchas carreras, muchos gritos y muchos disparos –miré a Cady–. ¿Cómo está ella?

Lena dobló el periódico y lo depositó en el suelo, junto a su sillón.

–Abrió los ojos cuando yo relevé a Michael, pero los cerró hace una hora o así.

–¿Cuánto rato llevas aquí?

–Desde las ocho más o menos.

–¿Cuándo se presentó la nación cheyene?

–Michael me dijo que pasada la medianoche. Ha estado durmiendo desde que he llegado.

Llevaba puesto un vestido veraniego de flores y unas sandalias de tiras que revelaban unos pies bellamente arqueados. Se reclinó en el sillón y estiró las piernas.

–Es muy guapo.

No era difícil imaginarse a Lena con treinta y pocos años, no más que imaginarse a Vic cuando tuviera cincuenta y tantos. Cada una de ellas era el recordatorio de lo que había sido y de lo que podía ser, pero la presión del pasado era demasiado fuerte y la del futuro asustaba demasiado.

–¿Dónde está el Terror?

Era evidente que me había leído el pensamiento.

–Encontré otra nota en mi sombrero, debieron de meterla después de que se me cayera.

Ella se llevó una mano a los ojos y suspiró.

–Estoy harta de esta historia de capa y espada –ella se inclinó hacia delante–. Tengo noticias para ti.

–Te escucho.

–Ahora ya no tiene mucha importancia, pero Alphonse dice que Devon Conliffe iba a testificar contra Vince Osgood.

–Ya lo sabía.

Ella se quedó mirándome.

–¿Y cómo lo sabes?

–A Katz y Gowder no les quedó más remedio que contármelo cuando descubrí que Billy Carlisle y William Ojos Blancos eran la misma persona.

–¿Y quién es ese Billy Carlisle y, por tanto, William Ojos Blancos?

La observé durante un buen rato.

–Lena, ¿por qué llamaste a Katz para pedirle que me echara un ojo?

Ella evitó mi mirada y permaneció sentada en silencio rodeando con las manos el vaso de papel.

–Estaba preocupada por ti –pasó un rato hasta que volvimos a mirarnos. Ella sonrió–. Bueno, no suelo meterme mucho en los asuntos de la policía –recogió su bolso del alféizar, se levantó y se giró para mirarme–. Estoy demasiado bien entrenada –sacó unas gafas de sol y se las puso–. ¿Tienes planes para cenar?

–¿Disculpa?

–Cenar –recogió el vaso de café vacío y lo arrojó a la papelera más cercana–. Victor y yo hemos pensado que estaría bien que Vic y tú vinierais a cenar. Estaríamos encantados de que Henry también nos acompañara. Debe ser temprano, porque Victor tiene otra representación esta noche. ¿Sobre las cinco? No será nada especial, prepararé la receta de Lena del *risotto a la marinara* Moretti.

Permanecí sentado y observé que se ponía cada vez más rígida.

–Lena, ¿he hecho algo que te haya molestado?

Ella no me miró.

–Es posible.

Me quedé escuchando el chancleteo de las sandalias mientras Lena desaparecía por el pasillo de la UCI y me pregunté si estaría desarrollando una habilidad involuntaria para alejar de mí a las mujeres.

–Eso ha estado bien, tú.

Me giré para mirar al indio mientras él se quitaba la gorra. Me miró mientras yo le retiraba la tapa al café que Lena me había dado y le daba un sorbo.

–¿Tú crees?

Él se ajustó la gorra y se inclinó sobre el brazo del sillón para mirarme mejor.

–Has utilizado tu voz de poli. Creo que eso es lo que le ha resultado más molesto.

–¿Voz de poli?

Él asintió.

–Es ese tono pedante que empleas cuando estás interrogando a un sospechoso que.

–Vale, vale...

–Es probable que esa mujer ya haya escuchado bastantes voces de poli en su vida, tú. Estiró el cuello y se cambió al sillón que Lena acababa de dejar vacante. Le ofrecí el café y él le dio un sorbo. Al devolvérmelo se fijó en mi nuevo vendaje.

–¿Esa herida es nueva?

–Pues sí.

Henry cogió el periódico que Lena acababa de dejar en el suelo.

–¿Me lo quieres contar o debería leerlo en el periódico?

–Osgood está muerto, Shankar DuVall también –levanté las manos en un gesto de inocencia–. Yo no he matado a ninguno de los dos.

–Eso está bien, tú.

Los dos sonreímos y volví a pasarle el café.

–Encontré otra nota...

–Eso he oído. ¿Cuál es tu nueva teoría?

–Creo que las notas están relacionadas con las esculturas de indios que hay en la ciudad –extraje uno de los libros de mi mochila y lo abrí por la foto del hombre medicina de las llanuras.

Él cogió el libro y solo por la forma de sostenerlo entre sus manos, el objeto cobró importancia al instante. Sus dedos recorrieron la página.

–¿Crees que el interés de William Ojos Blancos por lo nativo se extiende al mundo del arte?

–Pues sí.

Henry inspiró hondo y dejó escapar el aire lentamente.

–He sido relevado de mis deberes en la academia y ahora puedo colaborar contigo a tiempo completo, tú.

Me sentí culpable por haber pasado tan poco tiempo con él.

–¿Qué tal fue la inauguración? Parecía todo un éxito.

Él continuó examinando el libro.

–Lo fue.

–¿Y tu discurso?

–Brillante.

Tomé otro sorbo de nuestro café comunitario.

–Empiezas a sonar pedante.

Él asintió y me devolvió el libro.

–Ahora estoy en modo poli, tú.

–¿Sabes una cosa...? –me observó mientras yo miraba a Cady–. Quizá quieras regresar solo a Wyoming –él continuó estudiándome mientras yo metía el libro en la mochila de nuevo.

–¿Eso es lo que quieres?

Me removí en el sillón.

–No puedo dejar que te quedes mientras yo espero a que... –noté que el rostro se me acaloraba, así que dejé pasar unos instantes, tragué saliva y dejé que el calor se disipara–.

No sé cuándo podré volver a casa.

Henry se enderezó en su sillón.

—Quizá la espera no sea tan larga como te crees —levantó sus enormes manos y batió las palmas curtidas. Sonaron como el disparo de un rifle, acompañadas de una voz atronadora de las altas llanuras.

—¡Cady!

Derramé el café. La enfermera jefe se había levantado pero permaneció quieta detrás de su puesto. Probablemente temiera que el indio se hubiera puesto en pie de guerra. Me giré hacia él con el rostro impávido, pero cuando mis ojos se posaron en Cady, vi que ella los había abierto y que no miraban al techo, sino directamente a nosotros.

Noté que me levantaba de la silla y que caminaba hasta la cama. Sus ojos me siguieron. No podía respirar y la vista se me nublaba a causa de la emoción contenida, que parecía el cúmulo de toda una vida. Sus ojos nunca me habían parecido tan hermosos como en ese momento.

Extendí el brazo y la cogí de la mano con mi zarpa magullada y entablillada.

—¿Desde cuándo lo sabes?

Henry sonrió y agitó la cabeza ante tanta ignorancia.

—Desde ahora.

Me encontraba mirándolo cuando creí sentir algo de presión en mi mano, el tipo de presión que un hombre sin esperanza habría tomado por un acto reflejo. Me di la vuelta y miré a Cady y sus ojos me miraron fijamente. Le di un pequeño apretón en la mano y ella volvió a estrechar la mía débilmente. Me arrodillé junto a la cama al borde de las lágrimas.

—Puedo verte, puedo verte y acabo de sentirlo. —no me despegué de sus ojos, le sostuve la mirada, y también su mano—. No te vayas, no vuelvas a marcharte nunca más.

Ella no asintió y tampoco se movió, pero supe que me oía y que me comprendía. Volví a estrechar su mano, pero esta vez ella no hizo lo mismo, pero no importaba. Probablemente estuviera cansada y todavía quedaba mucho camino por recorrer.

Era el día libre del doctor Rissman. Otro cirujano de la planta de abajo dijo que la reacción de Cady era un efecto cognitivo que denotaba una reacción pero que esta no era necesariamente consciente. Empezó a explicarme el rollo cognitivo/reactivo pero me negué a escucharlo y le dije que «la mejor jurista de nuestro tiempo» había emprendido el camino de regreso, así que mejor sería que se preparasen.

Los escasos rayos de esperanza que había albergado irrumpieron en la UCI como el sonido de las palmas de Henry y me quedé sentado junto a su cama durante la hora y los cuarenta y tres minutos siguientes, hasta que volvió a cerrar los ojos.

Los médicos tenían intención de hacerle más pruebas y yo los estaba reteniendo. No quería alejarme de ella y deseaba estar ahí cuando volviera a abrir los ojos, pero Henry apoyó sus palmas de trueno sobre mis hombros y sentí la llamada del hogar, dos cadenas montañosas más allá.

Me pasé la manga de la camisa por la cara, manchándola de los residuos sentimentales

y cuidándome de evitar las partes recién suturadas. Me eché a reír.

–¿Qué ocurre, tú?

Traté de estirar la espalda sin perturbar mi maltrecha cabeza de muñeco de trapo.

–Estaba pensando en que si estuviera en su lugar y lo primero que viese hubiera sido mi cara, yo también volvería a dormirme.

Esperé a ver si respondía cuando aparté mi mano, pero no lo hizo. Como la Bella Durmiente, Cady volvía a estar bajo el encantamiento y no quedaba más remedio que esperar.

Era un día hermoso y el sol en mi espalda me resultaba agradable. Henry había elegido un restaurante vietnamita cerca de la universidad para tomar un almuerzo temprano y la comida era bastante buena. Al tipo casi se le cae la espátula cuando el indio le dijo lo que íbamos a tomar en vietnamita. Como era sábado y los estudiantes estaban ocupados en otros menesteres, ocupamos una de las mesas de picnic. Mis palomas de siempre se presentaron y se plantaron junto a mis botas. Las señalé con mi tenedor de plástico.

–Mutt, Jeff, os presento a Henry Oso en Pie.

Henry asintió en dirección a los dos gorriones.

–*Ha-ho*, Mutt y Jeff –Mutt ladeó la cabeza al escuchar la voz de barítono del cheyene, pero Jeff continuó mirando fijamente con sus ojillos relucientes mi arroz frito.

Miré en dirección a la fachada del estadio de fútbol americano Franklin Field y medité lo que había sucedido a lo largo del día. Pensé que al menos de momento la espiral de violencia y muerte había cesado. Reflexioné acerca de los actos de buena voluntad y de los actos arriesgados que merecen recompensa.

Henry me miraba sin decir nada mientras comía su arroz con gambas. Tomó un sorbo de té verde y me observó con sus ojos oscuros y firmes.

–¿Qué crees que encontrarán en la estatua del hombre medicina, tú?

Inspiré hondo y me dio la sensación de que ya no me dolían tanto las costillas.

–Ahora que he tenido tiempo para pensar en ello, creo que nada.

–¿Nada?

–Creo que William Ojos Blancos estaría allí –dejé mi plato de papel en el suelo para que Mutt y Jeff pudieran hincarle el diente al arroz–. No va a presentarse delante de la pasma de Filadelfia, pero sí lo habría hecho por nosotros.

Él apoyó su taza sobre la mesa.

–Entonces esto no ha terminado, ¿verdad?

–Él salvó a Cady –Henry no me contestó–. Tú y yo sabemos que si no hubiera recibido atención médica con tanta rapidez ahora estaría muerta –sabía lo que iba a hacer a continuación y sabía que no era algo agradable–. Se expuso no solo una, sino un montón de veces para asegurarse de que estábamos bien –utilicé mi dedo entablillado para rascarme los puntos de la mandíbula–. No es algo que pueda pasar por alto.

–¿Toy Diaz?

–Tiene que ser él. Desde mi punto de vista, Devon Conliffe intentó presionar a Cady para que contribuyese con el asunto del blanqueo, pero como ella no picó el anzuelo, él

se decidió a testificar contra Osgood. Osgood o Diaz, alguno de los dos, se pusieron nerviosos y decidieron enviar a Shankar DuVall a que tirase a Devon por el puente Benjamin Franklin, pero entonces Billy Carlisle se convirtió en un cabo suelto y todos decidieron que no podían fiarse de ninguno de los demás.

–¿No crees que Shankar DuVall se presentó en la academia para matarte?

–No. Puede que Diaz hablara con Osgood o quizá es lo que Osgood había planeado con él, pero creo que Diaz había decidido que el ayudante del fiscal del distrito Vince «Oz» Osgood no era la clase de tipo que se hunde con el resto del barco. Además, DuVall me dijo personalmente que no tenía pensado matarme –le di un sorbo a mi té helado–. Por eso el único que queda para proporcionarnos las respuestas es Billy Carlisle, alias William Ojos Blancos.

–Entonces, ¿crees que mantenerlo vivo es nuestra responsabilidad?

–Es mi responsabilidad.

–Entonces es de los dos, tú.

Nuestra atención se desvió hacia una morena descarada que estaba intentando entrar con un perro de gran tamaño en el vestíbulo del Hospital de la Universidad de Pennsylvania. Henry se llevó dos dedos a los labios y emitió un silbido agudo que hizo que se estremecieran los cristales de las ventanas a nuestro alrededor.

Vic dejó de discutir, se dio la vuelta con el perro, le sacó el dedo al guardia de seguridad y cruzó la Calle 34 sin mirar. Mutt y Jeff salieron volando al ver a Perro y Vic se sentó a mi lado y cogió mi té helado. Se sentó muy cerca de mí.

–Bueno, ¿qué?, ¿alguna otra idea brillante?

–¿Nada?

Ella se llevó unos cubitos de hielo a la boca.

–Nada.

–¿Dónde están los polis?

–Han avistado a un tipo que podría ser Toy en Germantown, donde han hallado MTQM al que fuera su competidor en el inestable negocio de la distribución de drogas de diseño –continuamos mirándola–. Más Tieso Que la Mojama.

–¿Ese competidor no se habrá caído de un puente?

–En Germantown los puentes no son lo bastante altos –negó con la cabeza y continuó machacando el hielo con los dientes–. Alguien lo arrolló con un coche. Dos veces.

Henry y yo intercambiamos una mirada y luego volvimos a centrarnos en Vic.

–Quiero ir a echarle un vistazo con mis propios ojos al hombre medicina, o quizá deje que William Ojos Blancos nos lo eche a nosotros –me acordé de la invitación de Lena mientras la miraba–. Tu madre y tu padre nos han invitado a cenar.

Vic se atragantó, cogió el vaso de nuevo y comenzó a masticar más hielo.

–Bueno, diles que les escribiré una nota.

Henry se quedó observándola unos instantes.

–Dicen que masticar hielo es síntoma de frustración sexual.

Vic deslizó una mano por mi rodilla debajo de la mesa y casi pegué un respingo en el asiento. Ella continuó masticando.

–Pues no lo sabía.

–Los cuatro cascos apoyados en el suelo simbolizan que el guerrero murió en batalla. Me fijé en las cuatro patas del caballo firmemente plantadas en la base de granito.

–Pensé que muerto en batalla era con un casco levantado.

Vic se estaba encargando de sujetar a Perro y aportó su grano de arena.

–¿Qué quieren decir dos cascos levantados?

Eché un ojeada a la descripción del libro.

–¿Te refieres a un caballo encabritado?

–Sí.

Eché un vistazo a mi alrededor.

–¿Que el jinete se cayó del caballo durante la batalla?

El prado inclinado de la zona del parque Fairmount donde nos encontrábamos no encajaba con la miseria y la sordidez que quedaban al otro lado de la Avenida Ridge. Las casas adosadas de la manzana estaban cayéndose a pedazos de puro abandono y el único negocio abierto era un club nocturno que tenía pinta de haber sido un restaurante en otros tiempos.

Me giré de nuevo hacia la estatua y leí un extracto del libro:

–«Cyrus E. Dallin, 1861-1944.» Era de Utah –Oso se aproximó un poco a la estatua pero parecía distraído y oteaba algún punto en dirección suroeste–. «El afamado experto en arte nativo americano Francis LaFlesche describió la desnudez del hombre sagrado como la representación de la indefensión del hombre frente a la fuerza del Gran Espíritu, simbolizada por los cuernos en la cabeza del hechicero.»

El representante de la nación cheyene pasó a mi lado.

–Parece que está a punto de decir «choca esos cinco» –levanté la vista y tenía razón–. Y ahora ¿qué?

–Bueno, mientras esperamos a William Ojos Blancos, podemos buscar una nota.

Estuvimos buscando durante un cuarto de hora. Ni rastro de nota. Vic estaba sentada en la colina hojeando el libro de escultura y Perro había decidido acompañarla. Henry y yo continuábamos rebuscando entre los árboles circundantes con la esperanza de que el viento se hubiera llevado la nota y que esta se hubiera quedado enganchada en una rama, pero no encontramos nada.

–No está aquí, tú.

–Empiezo a creer que tienes razón.

Retrocedimos y nos plantamos delante de Vic. Henry le preguntó:

–¿Este es el único hombre medicina?

Ella posó la mano sobre la página abierta y levantó la vista.

–Sí.

Yo me encogí de hombros.

–Supongo que será mejor que regresemos al hospital.

Henry había dejado aparcado el Thunderbird en la Calle Edgely. Estábamos de camino

al coche cuando me fijé en un Cadillac Escalade tuneado. Tenía un acabado cromado brillante y ruedas extragrandes, defensas relucientes y tantos faros en la parte superior como para iluminar Miracle Mile. Estaba aparcado a poca distancia. Me encontraba pensando en William Ojos Blancos cuando el vehículo de cristales tintados giró en redondo y se esfumó en dirección al lago en las profundidades del parque Fairmount.

–Si fueras un indio en esta ciudad, ¿dónde te ocultarías?

Le señalé a Henry el coche con la mano y observamos cómo el Escalade desaparecía tras la colina verde de Athletic Field.

–Dame tus llaves.

–¿Por qué?

Me dispuse a darle la vuelta al coche para alcanzar el asiento del conductor pero antes arrojé mi mochila en el asiento trasero, tras comprobar que mi 45 milímetros estaba en su interior.

–Conduces demasiado despacio.

Él se detuvo y me miró como si estuviera realmente dolido.

–No lo hago, tú.

–¡Que me las des!

Me pasó las llaves originales doradas a las que le había colgado una pata de conejo de la buena suerte. Vic se subió rápidamente a la parte trasera con Perro y Henry ocupó el asiento del copiloto.

–No se te ocurra estrellar a *Lola*.

Por el espejo retrovisor advertí que Vic rodeaba a Perro con el brazo.

–Intentaré no hacerlo.

Arranqué el motor de 7.046 centímetros cúbicos y lo hice rugir. Por suerte, estábamos aparcados en la dirección adecuada, así que pisé el acelerador y nos dirigimos a toda velocidad colina abajo, siguiendo el único camino que podría haber tomado el Cadillac. Al llegar a Fountain Green Drive tuvimos que tomar una decisión. Vic se enganchó al asiento y señaló a la izquierda.

–Quédate en la carretera del lago. O da media vuelta o tendrá que continuar hasta el desvío de la Calle 33.

Vic estaba en lo cierto. Doblamos la esquina justo a tiempo de ver cómo el Escalade negro se dirigía al norte por el cuarto carril. Pasé bajo un semáforo que estaba en ámbar, me situé a la derecha y me vi obligado a detenerme tras una camioneta de reparto en el carril más lento. En Dauphin él también se detuvo ante un semáforo y redujimos la marcha, pero el semáforo se puso en verde demasiado rápido.

–Maldita sea.

Henry continuó mirando fijamente el todoterreno negro.

–¿Qué?

–Si se hubiera quedado detenido un poco más en el semáforo, me habría bajado del coche.

–Sí, claro, como eso te funcionó tan bien la última vez.

Vic seguía enganchada entre los asientos mientras yo rodeaba la furgoneta y aceleraba.

El Cadillac se desplazó a la izquierda sin poner el intermitente y luego giró bruscamente a la derecha por Strawberry Drive.

–Supongo que ninguno de los dos habrá tomado aún el número de matrícula, ¿verdad?

Me pregunté si debía hacer también el giro, pues es difícil pasar desapercibido cuando uno conduce un descapotable antiguo color celeste con un *cowboy*, un indio, una morena y un perro. Al llegar al puente Strawberry Mansion el del Cadillac había pisado el acelerador y, cuando llegó al cruce, iba a más de noventa. Por suerte el semáforo estaba en verde y cuando tomamos la rampa del puente solo nos sacaba unos treinta metros de ventaja, aunque casi nos llevamos por delante a un ciclista que agitó un puño en nuestra dirección.

Cuando entramos en la autovía Schuylkill noté que aquel cochazo de medio siglo tenía la dirección un poco floja y pudimos observar que el Cadillac continuaba acelerando pero que se desviaba en Greenland Drive. Frené un poco al girar el volante, tomé la curva con fuerza y pisé a fondo el acelerador mientras el motor de hierro fundido quemaba el combustible y nos propulsaba por la vía pública de tres carriles a ciento treinta por hora.

Me fijé en que Vic había sacado mi 45 milímetros de la mochila.

–¡Ahí hay una señal de stop!

Comprobé que el Cadillac Escalade se saltaba la señal, giraba a la derecha haciendo chirriar las ruedas y continuaba por la siguiente calle a toda pastilla. Miré por encima de mi hombro izquierdo pero era incapaz de distinguir algo que no fueran los árboles del bosque. Nos habíamos delatado, mi única esperanza era que la suerte nos acompañara, así que continué pisando a fondo el acelerador del clásico.

Supuse que nuestra suerte no daba más de sí cuando, justo después de entrar en Chamounix Drive, vi ante nosotros un Grand Cherokee nuevecito y reluciente con un remolque con dos caballos bayos. Viré para evitarlo y nos salimos de la calzada, adelantando sin dificultad el Jeep y chocando con la acera. Por poco no nos empotrarnos con una camioneta Volvo que venía por el carril contrario y fuimos a parar al camino de grava que llevaba a los establos, rozando el cartel de los mismos, mientras todo el mundo hacía sonar el claxon. Cuando regresábamos al asfalto y nos situábamos en nuestro carril, vi que el Jeep continuaba hasta los establos. Miré calle arriba pero no vi nada.

–No puedo creer que acabes de hacerle un arañazo a *Lola*, tú.

Ignoré a Henry y reduje la marcha, preguntándole a Vic por encima del hombro:

–¿Adónde va a dar esta calle?

Ella le puso el seguro a la semiautomática.

–Enlaza con la Avenida Conshohocken en la dirección por la que hemos venido y por el otro lado con Falls Road y la autovía.

Grité para hacerme oír entre el ruido del motor y del viento.

–¿Qué camino tomarías?

–¡El de la autovía!

Giramos la esquina, pasamos junto a una mansión y de repente nos encontramos con la calle cortada. Unas vallas enormes bloqueaban el paso y exhibían un cartel en grandes letras negras y naranjas donde ponía: «Cortado por obras».

Pisé los frenos y nos quedamos mirándonos. Vic hizo un gesto con la barbilla.

—Continúa por la glorieta y da la vuelta.

Seguí sus instrucciones y regresé hasta la entrada de Chamounix Drive, desde donde se divisaba toda la calle. Ni rastro del Escalade. Ella señaló hacia la derecha, donde había un camino sin señalizar que desaparecía entre los árboles.

—Por ahí.

Di la vuelta y volví a pisar el acelerador.

—¿Adónde conduce?

—A ninguna parte. En unos cuatrocientos metros se convierte en un callejón sin salida.

Giré en seco y contemplé el idilio pastoral que se abría ante mis ojos. Divisé el Cadillac, que estaba tratando de dar la vuelta al final del camino. Pisé a fondo y salí zumbando por el camino de dos carriles sin nombre, detrás del coche negro. Él había terminado de dar la vuelta y se abalanzó con su vehículo sobre nosotros. Mantuve la cabeza fría mientras nos acercábamos el uno al otro casi a cien por hora.

Henry se agarró al salpicadero.

—¿Y qué pasa si no es William Ojos Blancos, tú?

La respuesta me llegó en forma de una cosa que vi y otra que sentí simultáneamente: la ventana tintada del Cadillac estaba bajada y algo asomaba por el hueco entre el espejo retrovisor y el parabrisas. Al mismo tiempo, comprobé que Vic se incorporaba y disparaba mientras una ráfaga proveniente de un arma automática barría primero la superficie del camino frente a nosotros y luego continuaba impactando en el Thunderbird.

Giré a la derecha cuando explotó el parabrisas y tiré de la chaqueta de cuero de Vic para que se agachase. El gran Colt había abierto fuego y había dado en el blanco: observé cómo los pesados proyectiles impactaban en el capó, en el parabrisas y en la puerta del Escalade mientras pasaba como una exhalación junto a nosotros rallando un lado del Thunderbird.

Pisé el freno e hice girar el volante, aprovechando el impulso para dar media vuelta, pero al menos dos de nuestros neumáticos habían reventado, así que no nos quedó más remedio que parar. El Escalade se había detenido en el camino a unos cincuenta metros de distancia. Abrí la puerta y me apeé del coche. No sé muy bien que pretendía hacer desarmado, pero supuse que se me ocurriría algo cuando llegara el momento. Oí a Perro ladrando y pisándome los talones.

En el reflejo del espejo retrovisor del Cadillac distinguí a alguien que forcejeaba como loco y yo deseé con todas mis fuerzas que no estuviera a punto de recargar el arma. Había recorrido casi la mitad de la distancia cuando Perro me adelantó y yo le grité para que volviera conmigo.

El hombre del Cadillac se dio la vuelta, hizo rugir el motor, llegó a la curva despidiendo tierra y césped y desapareció. Reduje el paso hasta detenerme y me quedé en mitad del camino plagado de casquillos de 9 milímetros desperdigados. Me prometí a mí mismo varias cosas al mismo tiempo que apretaba la mandíbula y tensaba los puntos de sutura.

Toy Diaz. Tenía que ser él.

Me llevé las manos a las rodillas tratando de recuperar el aliento mientras Perro se acercaba a mí y me rozaba la cara con el morro. Volví despacio al coche, me dolían las sienes. Me sentía mareado, estaba sudando y me recorrió una sensación de calor cuando levanté la vista hacia el descapotable, que estaba cruzado en mitad del camino. Henry se encontraba en la parte de atrás y yo apreté el paso. El cuero blanco del cavernoso asiento trasero estaba manchado de sangre, mucha sangre.

Henry había recostado a Vic y sostenía su cabeza con cuidado mientras hacía presión en la herida con su camisa. Uno de los proyectiles del rifle de asalto la había alcanzado en el costado, bajo el brazo, en el músculo oblicuo. Era difícil precisar si había recibido otro tiro. Me incliné hacia delante y miré sus ojos color oro bruñido, que habían empezado a ponerse vidriosos a causa del *shock*. Vic levantó una mano manchada de sangre y me sonrió.

–Deja de comportarte de un modo tan raro.

Era tan grave como parecía, quizá aún peor. Una bala de 9 milímetros la había alcanzado en el costado izquierdo a la altura de los michelines, de haberlos tenido, y la segunda la había atravesado un poco más arriba de la clavícula, llevándose consigo un fragmento de omóplato. Mi empeño en ocupar todas las camas disponibles del Hospital de la Universidad de Pennsylvania no había pasado desapercibido y Rissman me preguntó si prefería que toda mi gente estuviera en la misma ala. Me pareció que sería lo más conveniente.

Llamé a la familia Moretti a pesar de que Vic me había pedido que no lo hiciera y me senté en el vestíbulo a aguardar la masacre. Nos había tomado declaración Chavez. Decía que Asa Katz llegaría de un momento a otro pero que a Gowder todavía lo estaban interrogando por el tiroteo con Shankar DuVall.

—¿Y cómo va eso?

Él se encogió de hombros e introdujo los formularios en el sujetapapeles.

—A mí me parece que le ha hecho un favor a la sociedad, pero nunca se sabe.

Henry dijo que tenía que cerrar varios asuntos y que regresaría en un par de horas. Le pedí disculpas por haber rallado a *Lola* y por los agujeros de bala. Se llevó a Perro con él y yo supuse que me había buscado una buena.

Subí a la habitación de Cady mientras esperaba a que Vic saliera del quirófano y me encontré con Jo Fitzpatrick sentada en una silla junto a la cama de mi hija. Jo iba de incógnito pues llevaba puestos unos vaqueros, un viejo par de botas bastas y un chaquetón Carhartt muy desgastado que me resultó familiar. Las pillé en medio de una conversación unilateral sobre el caso de una compañía de Atlantic City que había intentado hacer algunos negocios de tapadillo. Parecía que le habían pasado el caso a Jo y que en ese momento estaba poniendo a Cady al día, a pesar de que lo único que podía hacer mi hija era mirarla mientras hablaba y apretar su mano de vez en cuando. Cuando entré en la habitación me resultaba muy difícil respirar.

—¿Qué te ha pasado?

Tenía tendencia a olvidarme de la pinta que tenía últimamente.

—He pensado que con algunas vendas encima pasaría más desapercibido.

Me miró con cara de incredulidad y yo me situé al otro lado de la cama y extendí el brazo para tomar su mano.

—¿Cómo está? —Cady estrechó mi mano y la observé con atención mientras su mirada iba lentamente de Jo a mí. Suspiré y escuché mi respiración entrecortada mientras ella volvía a estrechar mi mano.

—Tiene mucho mejor aspecto, ¿no crees?

–Pues sí.
Jo esperó unos instantes antes de volver a hablar.
–Hoy por la mañana tenía un rato libre y pensé en venir a ayudarte.
–Gracias –traté de continuar mirándola fijamente pero ella cerró los ojos. Retiré mi mano con delicadeza–. Jo, ¿te importa que te haga una pregunta?
Su respuesta tardó en llegar.
–Supongo que no.
–¿Cuál crees que es la postura de tu bufete respecto a Cady?
–Me parece que no te comprendo.
Tragué saliva.
–Estoy pensando en llevármela a Wyoming y ya que no puedo consultárselo a ella...
Jo se inclinó un poco hacia delante para que la viera bien. A juzgar por su postura, estaba más relajada.
–Cady es una de las mejores abogadas del bufete –se le quebró la voz un poco, entre sus palabras se colaba el viento que se había levantado en el exterior–. David Calder, el socio más antiguo, me llamó al despacho ayer por la mañana para asegurarse de que estábamos haciendo todo lo posible por ella –cuando levanté la vista, vi que las lágrimas le recorrían la cara–. Dijo que costara lo que costara y pasara el tiempo que pasara, nos íbamos a ocupar de que Cady se recuperara y de que continuara ocupando su puesto en el bufete.
Asentí y volví a mirar a mi hija.
–Entonces creo que vamos a volver a casa.
–¿A Wyoming? –parecía un poco aliviada.
–Tan pronto como ella pueda –volví a apretarle la mano, pero Cady se había quedado dormida–. Tengo algunos asuntos de los que ocuparme y ella también –sonreí y miré a la joven letrada al otro lado de la cama–. ¿Puedo hacerte otra pregunta?
Ella me sonrió y se limpió la cara con la manga.
–Claro.
Yo esperé.
–¿Quién es el encargado de asignar los casos de asistencia gratuita en el bufete?
Ella tosió, tragó saliva y se frotó los ojos un poco más, luego se aclaró la garganta señalándose con la mano para justificar el tiempo que había tardado en responder.
–Pues soy yo.
Yo asentí.
–Tú.
–Sí.
Asentí un poco más.
–Entonces, ¿tú le asignaste el caso de William Ojos Blancos a Cady?
Su mirada permaneció firme.
–Sí.
–Jo... –volví a sonreír, para que le quedara claro que no iba a saltar encima de ella para esposarla. Di unos pasos y me senté en una de las sillas al lado de la ventana. Pensé que

si me sentaba quizá le resultara más fácil. Cogí el libro sobre la estatuaría pública de Filadelfia. Ella no se movió y en ese momento me daba la espalda—. Te diré cómo lo veo yo: Osgood presionó a Devon.

—Les dije que no permitieran que Cady descubriera nada del tema.

Me quedé mirando el libro. Era un viejo truco, pero ella no picó y permaneció como estaba.

—Bueno, parece que tenías razón —hojeé el libro hasta llegar al apartado sobre la zona noroeste del parque Fairmount—. ¿Dónde está Riley Elizabeth?

Al oír eso, se volvió para mirarme.

—¿Qué?

—Me preguntaba dónde está tu hija —estudié el libro mientras ella se levantaba, se sentaba en la silla opuesta y cruzaba sus manos sobre el regazo.

—Mi madre la está cuidando —giró la cabeza y miró por la ventana.

Inspiré hondo y dejé escapar el aire de golpe, buscando un efecto cómico, pero probablemente acabé pareciendo un neumático desinflado.

—Se suponía que no tenían que poner en libertad a William Ojos Blancos.

—No.

Miré a Cady.

—Nadie como la mejor jurista de nuestro tiempo para conseguir una apelación —me reí y Jo se giró para mirarme. El pelo le caía por la espalda contrastando con su piel lustrosa color crema. Le sonreí—. ¿Te gustaría escuchar algo divertido? —ella esperó—. En parte te creo —me lo pensé—. Es bastante obvio que cuando Billy Carlisle se volvió nativo se convirtió en un problema, pero, cuando conoció a Cady, quiso que las consecuencias también recayeran sobre Devon y Vince Osgood, no quería cargar con toda la culpa él exclusivamente. Yo podía representar un problema para Diaz, pero muy pequeño comparado con Devon Conliffe, con Vince Osgood o, peor aún, con el ahora llamado William Ojos Blancos —continué mirando a Cady e interrogando a Jo Fitzpatrick—. ¿Sabías que Osgood tenía negocios con Toy Diaz y Shankar DuVall?

—No.

Volví a concentrarme en el libro y leí algo sobre una estatua cerca del puente de la Avenida Rex, en la Calle Prohibida, menudo nombre. Ella no añadió nada más.

—¿Qué más sabes sobre William Ojos Blancos?

—Nada.

Su pausa había sido demasiado larga, por lo que decidí darle otra oportunidad.

—¿Estás segura? —escuché mientras la seriedad de todas las cosas que le había dicho se iba asentando como una capa de sedimentos criminales, consiguiendo que ambos nos sintiéramos sucios. Los labios le temblaron y abrió la boca, pero las palabras no llegaron a salir. Contemplé el sol de la tarde que se iba apagando mientras ella recogía sus cosas y se marchaba.

Observé a Cady y suspiré, mientras pensaba en la foto de su oficina donde aparecían ella y Jo.

—El menor de los motivos por el que quiero que vuelvas es para que me ayudes a

resolver todo esto.

Katz salía del ascensor cuando yo llegaba, por lo que dio media vuelta y me siguió mientras yo pulsaba el botón y me colocaba bajo el brazo el libro sobre las esculturas al aire libre de Filadelfia.

–Puede que prefieras saltarte la tercera planta.

–¿Asumo que la familia Moretti ha acudido al completo?

–*Tutti quanti*.

Se ajustó las gafas al puente de la nariz con el dedo índice. Me miró largamente pero yo continué con la mirada fija en los números mientras el ascensor descendía despacio hasta la tercera planta.

–Entonces, ¿el ocupante del Cadillac era Toy Diaz?

–Sí.

De repente, me sentí cansado.

–Déjame adivinar: el Escalade era robado.

–Sí, de un aparcamiento en Wynnewood.

–¿Dónde está eso?

Katz estaba distraído repasando sus notas.

–En Main Line. Toy es de gustos caros.

–¿Se encuentra cerca de la zona donde está la estatua del hombre medicina?

–No demasiado –levantó la vista para mirarme–. ¿Tienes alguna teoría?

Me quedé pensando en ello.

–Ya no.

–Cuéntamela de todas formas.

–Sabemos que Diaz está buscando a William Ojos Blancos.

–Sí.

–A juzgar por las notas, es bastante evidente que Ojos Blancos me estaba siguiendo por el bien de Cady, pero con Osgood muerto creo que se ha dado cuenta de que quien necesita protección es él y entonces ha llegado a la conclusión de que nosotros somos lo único que lo separa de una corbata salvadoreña.

–De acuerdo.

–Las estatuas de indios son la clave y el truco está en saber cuál será la siguiente.

Cerró el cuaderno e hizo una mueca, apoyándose contra la pared del ascensor.

–Eso podría resultar difícil.

–Quizá no. Solo queda una –abrí el libro de la biblioteca personal de Cady y lo sostuve en alto para que él lo viera mientras las puertas de la tercera planta se abrían.

Cuando salimos del ascensor, Lena se encontraba de pie, sola, en el vestíbulo. Le pasé el libro a Katz y extendí un brazo hacia ella. Levantó la vista y me dirigió una sonrisa triste. No me cogió la mano.

–He oído que está mejor, ¿es cierto?

–Sí, gracias a Dios –su sonrisa se desvaneció–. Ha preguntado por ti, será mejor que entres.

Me quedé donde estaba, mirándome las botas llenas de rozaduras.

–Lo siento.

Oí cómo cogía aire y la observé mientras se cruzaba de brazos y miraba detrás de mí.

–Hola, Asa. Quizá quieras esperar aquí fuera conmigo –su voz no sonó afilada, solo cansada. Miré de reojo a Katz mientras este cerraba el libro en silencio, la observaba a través de sus lentes y extendía una mano para tocar la suya.

Permanecí allí un momento más y luego continué caminando por el pasillo. Abrí la puerta y entré en la habitación. Vic Padre y un grupo de hombres jóvenes estaban arremolinados alrededor de la cama. Entre ellos había una versión más joven de Víctor, una variación de Alphonse, uno que no se parecía a ningún otro miembro de la familia que yo conociera y Michael, que levantó la vista y sonrió.

–¿Cómo va eso, *sheriff*?

–Estoy bien. Gracias, Michael.

Ella me observaba, pero como la habían inmovilizado, me sentí lo bastante confiado como para atravesar la habitación. Miré a su padre y a sus hermanos y luego volví la vista a Vic, que sonrió y levantó una mano para saludarme.

–¿Dónde coño estabas?

Cuando Asa y yo salimos fuera, encontramos a Henry entregándole al aparcacoches una camioneta color verde oscuro que pesaría una tonelada, reforzada con defensas, barras antivuelco y una quinta rueda. Cuando nos vio, le pidió al aparcacoches que le devolviera las llaves.

Hice un gesto en dirección al gigantesco vehículo.

–¿Qué es esto?

–Necesitábamos un coche de alquiler.

Me quedé mirando aquel monstruo.

–Y ya que estabas, ¿por qué no has alquilado un autobús?

–Si vas a conducir como el general Patton, vamos a necesita un tanque, tú –Henry saludó a Katz con la mano y se dio la vuelta mientras yo me dirigía a la puerta del asiento del copiloto–. Además, estaba pensando en que quizá necesitemos remolcar alguna cosa.

–¿Dónde has alquilado esto?

Él sonrió por encima de la amplia toma de aire que recorría el capó.

–Yo no lo he alquilado, lo he cargado a tu seguro.

Genial.

Me detuve e invité a Katz a que nos acompañara, pero él dijo que tenía que pasarse a ver qué tal le iba a Gowder con la investigación y que se encontraría con nosotros a las seis en la taberna Valley Green, en el barranco Wissahickon del parque Fairmount. Luego me devolvió el libro.

Me subí al vehículo y cerré la puerta: sonó como la de una caja fuerte. Extendí un brazo hacia atrás y rasqué a Perro detrás de la oreja, luego me enderecé y me abroché el cinturón. Henry me miró con atención. Yo sabía que por ahora había conseguido engañar a todo el mundo, pero él me conocía demasiado bien, quizá mejor que yo mismo, y era poco probable que no comentara nada acerca de mis intenciones.

–Oh, oh.

–Conduce.

No fue más allá del oh, oh. Arrancó y el motor de la camioneta rugió.

–Me he puesto en contacto con la Asociación India de Delaware y...

–¿La qué?

Giró la cabeza y se quedó mirándome en lugar de quedarse de piedra, como yo.

–La Asociación India de Delaware.

–¿Qué demonios es eso?

–Es un instituto rural para el fomento de la inclusión india en entornos urbanos. Hablé con una chica muy simpática, llamada Felicia Gavilán, que dijo que la última vez que habían tenido contacto con William Ojos Blancos había sido cuando le consiguieron un empleo a tiempo parcial en los establos de Chamounix en.

–El parque Fairmount.

–Sí –condujo por el carril por el que se accedía a la autovía Schuylkill, pasamos junto a la estación de la Calle 30 y nos sumamos al tráfico que se dirigía hacia el oeste–. Se trata de un programa de reinserción para presos en libertad condicional.

–Eso encaja por varias razones.

–Sí –me fijé en que conducía la supercamioneta entre el tráfico como si fuera un tiburón tigre que nadara tranquilamente entre un banco de pececitos–. Tienen a una persona de contacto en los establos, pero la señorita Gavilán no tenía el nombre de la mujer. Le había parecido entender que había algo más entre ellos que una simple relación laboral.

Asentí y observé cómo se abría el tráfico a su paso. Henry conducía con suavidad pero despacio, dirigiéndose a la salida que quedaba a la derecha. Pensé en una amazona de Gladwyne y en lo bien que encajaba todo.

–Ya sé quién es.

Él me miró de reojo y asintió.

–Y yo también, pero hay más –se llevó la mano al bolsillo de su chaqueta de cuero negra y me pasó otra nota, idéntica a las que habíamos recibido hasta el momento–. Volví donde el hombre medicina, con la esperanza de que, con Toy Diaz fuera de la circulación por el momento, William Ojos Blancos hubiera regresado con otra nota.

Abrí el sobrecito y leí: «GRAN JEFE».

–¿Sabes dónde está eso? –abrí el libro que sostenía en mi regazo para que pudiera ver la ilustración en la esquina superior izquierda.

Él echó un vistazo y asintió.

–¿Queda cerca?

–Muy cerca.

–¿Esta noche?

–Sí.

–¿Cómo está Vic?

–Bien –por ahora me encontraba bien, pero notaba que volvía a tener el rostro entumecido y las manos agarrotadas. Me quité las vendas de mi mano izquierda

despacio, doblé el protector de aluminio de mi dedo índice y lo arrojé al suelo de la gran camioneta.

Él me miró de reojo.

–¿Qué estás haciendo?

–Es el dedo que aprieta el gatillo.

–Si eres diestro, tú.

Me quedé observando los árboles.

–Quiero ser capaz de usar los dos.

Tomó la salida y condujo por los mismos barrancos que habíamos recorrido antes.

–La mujer da clases de montar a caballo a niños sin recursos los sábados por la tarde.

Asentí.

–La santa del parque Fairmount.

Él agitó la cabeza y me miró, suplicándome con los ojos que me comportase.

–Si estás enfadado con el mundo quizá sea mejor que esperes en el coche.

Me crucé de brazos y oteé los árboles a través de la ventanilla. En Wyoming los álamos plateados habrían echado sus hojas, que se mecerían con la brisa como molinillos.

–No estoy enfadado con el mundo. Estoy enfadado con William Ojos Blancos por obligarnos a emprender esta persecución inútil, pero a quien le tengo unas ganas tremendas, reconcentradas, fermentadas y maduras en barrica es a Toy Diaz.

–Vamos a intentar recordar eso, ¿te parece? –tomó el camino que llevaba a los establos Chamounix y ambos nos quedamos mirando el cartel que ese mismo día yo había golpeado y que ahora yacía en la cuneta.

Cuando salimos de la camioneta Perro nos siguió y Henry y yo volvimos a poner el cartel en su sitio frente al jardín impoluto y cuidado que recorría el camino que llevaba a los establos, a escasos metros de distancia.

Ambos apoyamos una bota en el primer madero y nos asomamos con los brazos cruzados por encima de la valla para observar los esfuerzos de una niña en edad escolar con coletas por mantener sus pequeñas posaderas sobre su silla de montar. Una mujer de treinta y pocos años llevaba al animal por las riendas y daba tironcitos a la yegua baya en los flancos para que el ejemplar, bastante rellenito, se moviera a paso regular. Esa amante de los caballos habría encajado más en Wyoming que en la ciudad y solo de mirarla se apoderó de mí la nostalgia. Llevaba puesto un sombrero de montar negro y una gruesa trenza morena le asomaba por encima del chaquetón Carhartt color tostado. Se giró y vi que llevaba un pañuelo de seda estampada al cuello, una camisa vaquera con cierres de madreperla, un cinturón al estilo del Oeste y zahones de montar.

Jo Fitzpatrick.

Cuando nos miró a Henry y a mí sentí que la rabia que había sentido se disipaba al contemplar el azul de sus ojos. En la siguiente vuelta, inclinó la cabeza e hizo un gesto con ella en dirección a los establos.

–Acabaré en un minuto.

Regresamos al camino principal y entramos en el establo por un portalón que miraba

en dirección al camino. Era una estancia de buen tamaño y tenía dos docenas de cuadras que recorrían el suelo de pizarra. Al menos una docena de cabezas de caballo se giraron para mirarnos cuando entramos y uno de ellos relincho unas cuadras más allá.

Perro y yo seguimos los pasos de Oso mientras él iba derecho al animal que le había hablado, una yegua pinta de gran tamaño con el cuerpo cubierto de manchas que parecían nubes en un mar de café. Me detuve en seco y examiné al animal, Perro se paró a mi lado. La yegua dejó de observar a Henry para mirarme fijamente, dejando escapar un estentóreo relincho. Henry siguió la mirada del corcel y sonrió.

–Te conoce, tú.

–Ajá.

–Acércate a saludar.

Caminé hacia ella. En la plaquita metálica de la cuadra ponía que se llamaba «Bollito». Era idéntica al pinto que había visto en sueños. El animal extendió hacia mí su morro prensil e inquisitivo y comprobé que tenía una cruz poderosa mientras ella guiñaba sus grandes ojos marrones. Extendí una mano con la palma hacia abajo y dejé que me olisqueara, pasándome los belfos por los nudillos. Le retiré algunas crines de la cara y Perro me tiró de la pernera del pantalón: estaba celoso.

Henry había echado a andar a lo largo del establo hasta llegar a otra puerta que conducía al corral donde habíamos visto a Jo. Había un cobertizo grande para los arcos junto al pasillo y, al lado, una estancia que hacía las veces de despacho. Dejé de acariciar a la yegua y caminé hasta la puerta mientras Henry y Perro continuaban caminando en dirección al corral. Perro se detuvo para mirarme cuando se dio cuenta de que no los seguía. La yegua pinta volvió a relinchar y yo la miré.

Henry me preguntó:

–¿Qué?

–Espera un minuto.

Entré en el despacho y saqué del bolsillo la última nota de William Ojos Blancos, la extraje del sobre y la introduje en la máquina de escribir que se encontraba sobre el escritorio de madera contrachapada.

Pulsé la tecla de la «o». Tenía una gotita en la parte inferior.

Permanecí allí de pie hasta que oí los pasos lentos de un caballo aproximándose por las baldosas de pizarra. Me guardé lentamente la tarjeta y el sobre en el bolsillo y seguí a Henry y a Perro. Jo Fitzpatrick venía del corral con la niña. Ella le asintió a Henry cuando él miró a la pequeña sonriente, bien erguida sobre su silla. Los dos estaban a la misma altura.

–Espero que no hayamos interrumpido tu clase.

–Lo habéis hecho –la niña asintió con el consiguiente sube y baja de sus coletas.

–Si fuera por ella se quedaría aquí todo el día –Jo miró a su aspirante a jinete–. Montar le gusta, lo que no le gusta es el trabajo de después.

Henry añadió con su voz atronadora:

–¿Y a quién le gusta?

Joanne pasó junto a Henry guiando al caballo, dobló la esquina y giró a la derecha. Las

seguimos hasta la última cuadra y yo me quedé mirando mientras Henry bajaba a la niña de la montura y la dejaba en el suelo. Jo estaba quitándole la cincha al caballo y retirando la silla de montar, que colocó en un potro del pasillo. Oso se llevó las manos a las rodillas y miró a la niña, que se había dirigido a él.

—¿Eres indio?

Henry levantó la palma de su mano y con la misma seriedad que habría empleado en un subcomité del jurado, replicó:

—*How*.

Ella se rio y me señaló.

—¿Él es un *cowboy*?

Oso me miró.

—Más o menos.

La pequeña se aproximó al caballo.

—Este es «Trueno».

Henry asintió y observó a la rolliza yegua con cara de estar impresionado.

—Parece rápida.

Ella asintió entusiasmada.

—Es muy rápido.

—Es una yegua —Jo retiró la brida y la manta y plantó una pequeña escalera junto al animal, que ahora estaba masticando ruidosamente sobre un comedero lleno de alfalfa. Luego le pasó un par de cepillos a la niña—. Juanita, a trabajar.

Jo nos llevaba hacia el cobertizo de los arreos y al despacho pero cambió de idea y nos condujo al corral.

—Hace muy bueno, odio estar dentro en un día como este.

—Estoy de acuerdo.

Miré de reojo en dirección a los establos.

—¿Estará bien ahí dentro ella sola?

Jo soltó una carcajada, el primer gesto de buen humor que le había notado ese día.

—Como no se la coma «Trueno».

Nos detuvimos ante la valla y ella encajó el tacón de su bota en el tablón más bajo, pasó los brazos por encima y se quedó mirándonos. En ese ambiente parecía más relajada que en el bufete o que en la habitación de Cady en el hospital, a pesar de nuestra presencia, así que decidí preguntarle directamente lo que sospechaba.

—¿Osgood es el padre de tu hija?

Ella continuó mirándome.

—Sí, lo era.

Yo asentí pero a ella le llevó un rato continuar.

—No era un mal tipo, al principio no —asentí un poco más y me miré las botas—. No hace falta que diga que la cosa no funcionó. Nos ayudaba económicamente, pero eso era todo —se echó hacia atrás el sombrero y se llevó un mechón que se le había escapado de la trenza detrás de la oreja—. Oz descubrió el problema de drogas de Devon y, cuando este se marchó de nuestro bufete, le consiguió un puesto con Hunt y Driscoll.

Prácticamente lo chantajeó para que blanqueara el dinero. Devon siempre fue una persona inestable pero, como cada vez consumía más, amenazaba con poner en peligro toda la operación. Estoy segura de que Oz no mató a Devon con sus propias manos, pero tampoco dudo de que le encargase a alguien que lo hiciera.

Me quedé mirando a esa chica tan hermosa y pensé en su hermosa hija: tomé nota mentalmente para no causar más daño, pero necesitaba información.

–William Ojos Blancos. No tengo tiempo de más historias. Si te importa mantenerlo con vida, necesito que me cuentes todo lo que sabes, ahora mismo –extraje la nota del bolsillo y la sostuve en alto.

Ella la miró y apartó la vista, tenía los ojos llenos de lágrimas.

–Dios.

–¿Se está quedando aquí?

Ella terminó por decir.

–A veces, en la caseta del jardinero del camino.

Me volví a guardar la nota en el bolsillo.

–¿Está allí ahora?

–No.

Dejé pasar un momento.

–Esa respuesta ha sido muy rápida.

Ella se encogió de hombros, parecía resignada.

–Puedes mirar si quieres, pero allí no hay nadie. Ha cogido prestado un caballo esta mañana y me ha dicho que no volvería –y apartó el rostro de nuevo.

Miré a Henry.

–¿Un caballo?

–Sí.

Ese final no me lo habría imaginado nunca: William Ojos Blancos cabalgando hacia el ocaso por el parque Fairmount.

–¿No dijo adónde iba?

–No.

Permanecí allí, viendo cómo todas las piezas terminaban por encajar.

–Los dos sois de Gladwyne.

Ella dejó escapar un suspiro risueño.

–Crecimos en la misma calle, uno enfrente del otro.

Katz y Gowder estaban sentados en una mesa del porche de la taberna Valley Green, que se encontraba en otra zona del parque Fairmount, tomándose un té helado. Henry yo subimos los escalones y nos sentamos junto a los detectives en los dos asientos desocupados.

–¿Qué tal va la investigación?

Gowder sonrió y levantó su vaso.

–Me han exculpado –se echó la chaqueta del traje hacia un lado, dejando al descubierto su placa en el cinturón y la pistola de 40 milímetros en la sobaquera.

–Enhorabuena. Odiaría que hubieras perdido tu trabajo por salvarme la vida.

Katz tenía un mapa ampliado del parque Fairmount sobre la mesa y yo tenía el libro con la fotografía. Gowder se inclinó y miró el punto rojo que Katz estaba señalando.

–Ese es nuestro chico, ¿eh?

–Justo debajo de la Avenida Rex.

Me fijé en el mapa.

–¿La siguiente calle en dirección norte?

–Sí, pero no es tan sencillo como eso. Hay puntos de acceso aquí en Valley Green, en Rex, en Thomas Mill Road y también al otro lado, por Wisers Mill Road.

Estudí la sección del mapa coloreada en verde claro donde el arroyo Wissahickon serpenteaba hacia el norte y luego al oeste.

–¿Qué es esa línea de puntos junto al arroyo?

Katz se ajustó las gafas y se llevó el puño a la barbilla.

–Eso es la Calle Prohibida.

Examiné la calle, que tenía un aspecto relativamente inofensivo.

–¿Por qué se llama la Calle Prohibida?

Él y Gowder se quedaron mirándome como si fuera imbécil. Katz contestó despacio, para asegurarse de que lo comprendía.

–Porque está prohibido circular por ella.

–Oh.

Henry y yo intercambiamos una mirada: estábamos pensando lo mismo.

El jefe indio Tedyuscung en realidad ni era jefe ni era indio, pero su monumento representaba a los lenape, el primer pueblo que habitó la zona. Esta era concretamente la tercera versión de la rendición del jefe Tedyuscung que ocupaba la roca que dominaba todo el arroyo Wissahickon. Tendría poco menos de cinco metros de alto y lo habían representado llevándose una mano a la frente para resguardarse del sol, de manera que pudiera ser testigo de la marcha de su pueblo que, tras entender que la presencia del hombre blanco no auguraba nada bueno, había emigrado al valle Wyoming de Pennsylvania, ni más ni menos. El jefe tenía la nariz partida y le faltaba la pipa de la paz, pero la nobleza de su porte continuaba inalterable. Algunos seres mezquinos habían tratado de pasar a la posteridad grabando sus iniciales en los lados, pero el jefe mira siempre hacia el oeste y permanece impasible. Tomé ejemplo y me dispuse a aguardar inmóvil.

Había escogido un pequeño montículo rocoso al oeste del jefe y me encontraba agazapado bajo un roble negro mientras la lluvia caía sobre mi sombrero y me chorreaba hasta el regazo. El chubasco había empezado a descargar sobre las diez y media y continuó empapándonos durante una hora y media. En casa de Cady había confiscado un poncho de caza que le había regalado hacía años y, por el momento, había hecho un buen trabajo y me había mantenido seco, salvo las botas, que crujían cada vez que movía los dedos de los pies.

Aunque estaba oscuro podía distinguir el perfil del gran jefe y no era difícil sacarle parecido con Henry, de la misma manera en que había creído que tenía un aire a la estatua del indio de Logan Circle. El gigante indio miraba hacia donde yo me encontraba, hacia un lugar lejano donde yo esperaba regresar algún día. Observé las ráfagas de lluvia que caían entre los dos y, después de la ceguera momentánea causada por el relámpago, dejé que mis ojos se acostumbraran a la oscuridad por enésima vez y que mis oídos se recuperaran del atronador sonido.

El montículo me proporcionaba una buena perspectiva de la zona y del camino que subía desde el parque, del sendero que llevaba a la estatua y del propio Tedyuscung. Al margen de las hojas zarandeadas por las rachas de viento ocasionales, el único movimiento que se había producido en más de una hora lo había hecho yo al rascarme la pierna debajo del poncho, un episodio que empezaba a creer que había echado por tierra todo mi dispositivo de vigilancia.

Yo llevaba allí cuatro horas pero William Ojos Blancos o, peor aún, Toy Diaz, podían llevar cinco.

Pensé en el rumbo que habían tomado los acontecimientos que me habían conducido a

acechar a un informante y a un asesino en este pequeño barranco arbolado del parque Fairmount al caer la medianoche. Aparte de las obligaciones lógicas que me correspondían como agente de la ley, me encontraba ahí para intentar salvarle la vida a William Ojos Blancos pues se lo debía por haber salvado a Cady. Estaba ahí por Jo Fitzpatrick y Riley y por los dos hombres sentados en una camioneta de mantenimiento del parque Fairmount estacionada en la barricada junto a la Avenida Valley Green, uno de los cuales me había salvado la vida en una estación de autobuses hacía dos noches. Y estaba ahí por Toy Diaz y por lo que le había hecho a Cady, a Vic, a Osgood y a Devon.

En un tiempo pretérito, los círculos sincrónicos de nuestras vidas pasadas habían volcado una pieza de dominó y el runrún de las fichas al caer había ido *in crescendo* hasta ahogarse en el fragor de las circunstancias. Estaba convencido de que él se presentaría, al igual que sabía que estaba cayendo un aguacero oscuro, al igual que mis piernas doloridas sabían que no iban a recibir ningún alivio en breve.

Oí el sonido intermitente de unos cascos de caballo subiendo por el camino a mis espaldas. Al principio pensé que debía de tratarse de Henry que se había cansado de esperar, pero Oso tenía una paciencia capaz de competir con la del marmóreo jefe, así que asumí que se trataría por fin de William Ojos Blancos. El sonido era muy leve al principio pero fue cobrando intensidad hasta que el caballo se detuvo en el sendero a mi izquierda, apenas a cuatro metros de distancia.

Permanecí a la espera mientras su montura adelantaba un casco para afianzarse sobre el terreno y resollaba con fuerza en mitad del aire húmedo y fresco. El vapor de su aliento nubló por un momento mi campo de visión y luego se deshizo en pequeñas estelas arrastradas por el viento que se había levantado en dirección este.

Yo había contenido la respiración para no delatarme con el frío de la tormenta de verano y, con la aparición del jinete, se me olvidó del todo respirar. Continué escuchando mientras él se removía inquieto en la montura y lo observé escrutar los alrededores. Un momento después, condujo suavemente al bayo hacia delante y continuaron describiendo la curva del sendero en forma de herradura para aproximarse a la estatua del indio. William Ojos Blancos no llevaba puesto ni un poncho ni tampoco una chaqueta. Estaba completamente desnudo, solo tenía un taparrabos que se sostenía en un equilibrio precario sobre sus caderas, y su cuerpo, al igual que el de su caballo, estaba cubierto de dibujos geométricos multicolores y de franjas rojas, característicos de un Guerrero Perro.

William estaba resplandeciente a la luz tenue de la colina y, si Toy Diaz se encontraba en las inmediaciones, lo descubriría sin lugar a dudas. Observé a ese hombre joven y pálido, ataviado para la batalla, mientras se detenía, se giraba y miraba a su alrededor. No me había visto. Cabía la posibilidad de que Diaz no se encontrara allí, cabía la posibilidad de que la noche terminara con una escena en la que yo convencía a William Ojos Blancos para que resolviese las incógnitas de la historia y con la policía acorralando a Toy Diaz y deteniéndolo sin violencia; así yo podría llevarme a mi hija, mi amigo, mi ayudante y mi perro y volver a casa, a Wyoming. Era posible, aunque no era probable.

Diaz había demostrado que tenía talento para eliminar los cabos sueltos de sus operaciones con métodos expeditivos e implacables. No se llegaba a donde él había

llegado enviando tarjetas de agradecimiento, se hacía siendo el mayor y más malvado hijo de perra del valle de la muerte o de la Calle Prohibida, como era nuestro caso.

William se enderezó, pasó una pierna de un lado a otro y se dispuso a bajar del caballo. Oteé el perfil de la colina pero no se movía nada. Continué a la espera, aunque necesitaba sacarlo de allí cuanto antes.

Me levanté con las piernas entumecidas y me quedé allí tiritando un momento. William no había llegado a bajarse del caballo y continuaba sobre la silla. Se limitaba a seguir contemplando la estatua. Esta vez no podía perderlo. Me mantuve quieto, convencido de que los crujidos de mis rodillas y del plástico tieso del poncho atraerían su atención, pero el rumor constante de la lluvia sobre los árboles debió de haberme ocultado. El caballo sí me había oído y estaba mirando fijamente hacia el lugar donde me hallaba. Tenía dibujado alrededor de un ojo un círculo de pintura roja. Esperé, escaneando la colina para comprobar si se producía alguna reacción en otro lugar.

Nada.

Di un paso corto hasta el borde del promontorio rocoso y me quedé mirándolo. Nos separarían unos quince metros y no quería alarmarlo. Continuaba montado, si salía huyendo nunca lo atraparía.

—¿William? —él se dio la vuelta sobre la silla de montar y su perfil se iluminó al resplandor de un relámpago que cayó a mi derecha—. Soy Walt.

Esta vez me había oído.

—¿*Sheriff*?

—El mismo —yo permanecí a la espera mientras este guiaba al caballo castrado hasta donde yo me encontraba.

—Entonces, has encontrado mi nota.

—Así es.

Él miró a su alrededor.

—¿Estás solo?

Yo incliné la cabeza.

—Bastante.

Él asintió y, a pesar de la distancia, apreció que se mordía el labio.

—Devon le hizo daño.

—Lo sé —tracé la misma curva que él había tomado para llegar a la estatua—. Estoy en deuda contigo por conseguirle ayuda a mi hija.

Dejó las riendas a un lado mientras el caballo regresaba al sendero.

—Yo no lo maté.

Esperé.

—Eso también lo sé.

El caballo se revolvió ligeramente, por eso me detuve. Él me observó durante un instante y luego preguntó:

—¿Cómo está ella?

—Mejorando —me dispuse a dar otro paso y luego me lo pensé mejor—. Ha abierto los ojos y responde a los estímulos.

Él asintió y cambió las riendas de sitio.

–Es una buena noticia –esperé mientras él me observaba–. Supongo que todo esto te resultará bastante raro, ¿no?

Pensé que no tenía sentido mentirle.

–Un poco –apunté otro paso. Tres más y sería capaz de cortarle la retirada por el camino, en la medida de mis posibilidades, un hombre a pie frente a un jinete.

Me aclaré la garganta.

–Me encuentro más a gusto aquí en el parque que en la ciudad.

–Esperaba que fuera así.

Se movió inquieto sobre el caballo castrado mientras este levantaba un casco anticipándose, con el ojo coloreado clavado en mí. William Ojos Blancos no sabía qué me proponía, el caballo sí que lo hacía.

–No sé cuánto sabes de mí.

–Lo cierto es que bastante.

Él asintió y se miró las manos.

–¿Te lo contó Cady?

–No, últimamente te he estado estudiando.

Él asintió de nuevo.

–No sabía qué debía hacer a continuación, pero he pensado que a ti se te ocurriría algo.

–Bueno, los polis te buscan, pero no quieren matarte –di un paso más–. Me parece que tienes en tu poder un montón de información que ellos necesitan.

–Los números de cuenta de Toy Diaz.

–Pues sí –di el último paso y me planté en el sendero delante de William, que no dejaba de observarme. Hizo girar un poco al bayo en dirección a los escalones de piedra y el muro de contención, para que pudiera verle los ojos–. No tengo claro si el señor Diaz estará cerca, pero no me sorprendería. Necesitamos sacarte de aquí.

–Aquí es donde estoy más seguro.

–No, no lo estás –miré a mi alrededor, muy consciente de que no nos encontrábamos en los bosques primigenios–. Creo que van a registrar el parque a fondo hasta dar contigo. Cuanto antes nos unamos a mis amigos al pie de la colina mejor será –retrocedí un paso para bloquearle el acceso al sendero que se abría detrás de nosotros y señalé el camino de más abajo. Avancé hasta el flanco del caballo y levanté la vista para mirarlo–. Yo iré primero, por si acaso –extraje mi 45 milímetros de debajo del poncho y miré hacia delante; esperaba que, en caso de que hubiera problemas, al menos vinieran de esa dirección.

Descendimos el primer tramo del camino y, justo cuando nos disponíamos a tomar la segunda curva, me pareció advertir un movimiento en la siguiente. Me detuve a estudiar las sombras de los árboles en medio de la oscuridad del barranco empapado, levanté el brazo y detuve el paso del caballo sobre los cantos rodados del camino.

–So... –el bayo se paró y me echó su aliento caliente en la parte del cuello al descubierto.

Prácticamente me había convencido de que no era nada cuando volví a oír algo que se movía. No era fácil distinguirlo, pero era un sonido distinto a los demás. Esperé y le hice un gesto a William para que no moviera ni un pelo.

Di unos pasos por el sendero con el gran revólver Colt apuntando en la dirección de la que provenían el sonido y el movimiento. Henry nunca habría abandonado su puesto al pie de la colina y los policías se encontraban todos estacionados en los accesos para vehículos de Wissahickon Park.

Me escurrí un poco con una de las piedras más grandes y recuperé el equilibrio antes de terminar aterrizando sobre mi culo o disparándome en un pie. Esperé y luego me aproximé con cautela a algo que parecía un árbol. Efectivamente, era un árbol.

Me encogí de hombros, me di la vuelta y eché a andar tras bajar la 45 milímetros. No había ningún motivo para volver a subir la colina, así que le hice un gesto a William para que bajara. En ese momento, él espoleó al caballo y tuvimos suerte de que lo hiciera, porque fue entonces cuando la primera ráfaga de disparos restalló entre los árboles, desgarrándolos como si fueran heridas abiertas en el pecho.

El resplandor del cañón procedía de los árboles de más arriba. Toy Diaz debía de habernos seguido. Cometía el mismo error que la mayoría de los civiles cuando emplean armas automáticas, y es que disparaba hacia arriba y de forma oblicua. Aunque William Ojos Blancos no sabía qué hacer, el bayo pensó por él y echó a correr como alma que lleva el diablo hacia donde yo estaba.

Me precipité a la derecha y aterricé sobre uno de los muros de contención mientras el bayo pasaba a mi lado, con William ileso, agarrándose a la crin de su montura y agachado sobre la cruz. Otra salva de disparos de la automática describió una línea de puntos invisible justo donde él se encontraba hacía unos instantes, haciendo saltar chispas y algunas lascas de piedra. Eché a rodar sobre un hombro y efectué cuatro disparos a nuestras espaldas en mitad de la oscuridad. No hubo más disparos a modo de respuesta.

Nada.

Me levanté y permanecí a la escucha, deseando que William y su caballo hubieran llegado al pie de la colina donde Henry podría acorralarlos. Continué empuñando la pistola en dirección a la cima de la colina y fui a meterme de lleno en el tipo de situación que detestaba.

Corrí por el sendero hasta el lugar donde creía que tenía que estar el tirador. En el camino había desperdigados algunos casquillos y un rastro embarrado que señalaba el punto en el que alguien se había escurrido y se había caído. Encima de las piedras había un líquido oscuro derramado. Lo rocé con la mano y me la llevé a la nariz: sangre.

Miré arriba y abajo, seguía sin ver nada. Estaba al final de la curva y no podía distinguir el siguiente tramo del camino por el follaje, pero sabía que él estaba allí. Tomar la senda más corta suponía un gran riesgo pero era mi única esperanza si quería acortar distancias con William Ojos Blancos antes de que Diaz recorriera ese mismo trayecto. Me abalancé campo a través y levanté los brazos para impedir que las ramas me cegaran al avanzar, corriendo y dando traspiés con todo el impulso que llevaba. Mi tren superior

era muy pesado y sentía que me impelía hacia delante, así que le puse el seguro al Colt antes de volver a caer sobre el camino.

Me esforcé por ponerme de costado, levanté un brazo y comprobé que una figura oscura tomaba la siguiente curva y se escabullía. Se oía el repicar de los cascos del caballo en el tramo del sendero de más abajo. Yo era el tercero en discordia y el que más lejos me hallaba.

Me incorporé y arremetí hacia delante en otro intento de interceptarlos atajando en línea recta, me sentía como si estuviera sometiéndome a un rito iniciático tribal. Me despedí de protegerme la cara y me abrí paso a embestidas, como si fuera una nevera que alguien hubiera arrojado colina abajo. Levanté la cabeza pero no podía distinguir nada.

Los sonidos de la persecución me llegaban de más abajo. Esta vez el atajo fue más breve y llegué a la cuneta que discurría junto al sendero principal al mismo tiempo que Henry subía por el camino de la izquierda flanqueado de muros de piedra. Iba montado en uno de los dos caballos pintos y sostuvo las riendas del más grande para que pudiera cogerlas.

–¿¡Dónde están!?

–No han venido por aquí –espoleó su caballo en dirección al puente situado en el falda de la colina. El mío presentó resistencia y se encabritó ante Henry mientras yo enfundaba el arma y trataba de asirlo por el pomo de la silla, pero Oso sostuvo las riendas firmemente para que montara.

En el mejor de los casos, soy un jinete competente y, después de estrellarme con todos los árboles del este de Pennsylvania y casi perder el sentido en el intento, tenía suerte de saber para dónde tirar. Henry ya se había marchado y sentí que los músculos de mi montura se tensaban mientras la gran yegua salía disparada hacia el arco del puente de piedra. Me aferré a las riendas y pegué un brinco hacia delante, pues mi montura casi me tira de la silla con la fuerza de su galope. Era rauda y parecía saber hacia dónde nos dirigíamos. Supuse que seguiría a Henry y que lo único que tenía que hacer era permanecer neutral y dejarla que nos llevara a donde debíamos ir.

Cómo va eso, «Bollito».

El sendero se dividía en dos al otro lado del puente. Oso había refrenado su montura y se había puesto en pie sobre los estribos. Mi yegua pinta se detuvo junto a él mientras Henry oteaba en dirección oeste primero y al este después. Dejé caer mi trasero en el asiento y me calé los estribos para cabalgar mejor.

–Bueno, qué demonios.

Él sonrió y guió su pinto hacia la izquierda, emprendiendo el camino cuesta abajo en dirección este. Parecía estar en su salsa sobre la silla de montar, desplazándose como si el caballo y el hombre fueran uno solo. «Bollito» se dispuso a seguirlo pero tiré de las riendas y la guie hacia la derecha. Me dirigí hacia el oeste y atravesé como un rayo la rampa que conducía a la Calle Prohibida mientras la lluvia continuaba azotándome. El galope de la yegua pinta era constante y, cuando conseguí centrarme, pude ver el camino a la luz intermitente de las farolas, anuladas momentáneamente por los fogonazos de los

relámpagos.

Espoleé mi montura y dejé que la yegua tomara la iniciativa. En un instante había dado la vuelta a la última curva. Volví a oír el terrible sonido de la automática, como fibras que se quiebran en un paño.

Noté que «Bollito» apretaba el paso y engullía la tosca superficie del sendero para dejarla rápidamente atrás. Me incliné hacia delante y no me choqué con una señal por los pelos, evitando que los dos fuéramos a parar al camino resbaladizo, mojado por la lluvia. Justo a la vuelta de la esquina vi que algo yacía en el suelo y que Toy Diaz se le aproximaba con cautela. Era un caballo que coceaba entre relinchos en mitad del sendero, con William Ojos Blancos atrapado bajo su cuerpo.

El traficante de drogas no había podido atrapar un caballo al galope, pero la 9 milímetros lo había conseguido.

Las caprichosas farolas eligieron justo ese momento para iluminarse por completo y todo pareció de repente más afilado, centelleante, con Diaz de pie al lado del caballo abatido, cauteloso para ponerse fuera del alcance de sus coces. Entonces se apoderó de mí y de mi yegua pinta una rabia malvada en un último intento por salvarle la vida a William. En ese momento Diaz levantó el brazo.

Es posible que estuviera tan concentrado en lo que estaba haciendo que no me oyera o que el eco del rayo en el barranco nos hubiera dejado momentáneamente sordos. En cualquier caso, cuando nos escuchó fue demasiado tarde. La poderosa yegua no redujo el paso. No giró y tampoco desvió su galope. Simplemente le pasó por encima a Toy Diaz.

Él debía de haber apretado el gatillo a causa del impacto, pero las ráfagas se perdieron irremisiblemente en la ladera de la colina a la izquierda. Sus pasos me llegaron más sordos por un momento y la yegua pinta se desequilibró ligeramente cuando yo tiré de las riendas y la aparté del caballo herido que yacía sobre la grava.

Creí que me iba a caer al suelo cuando mi montura se encabritó y se revolvió hacia la izquierda. Tensó las patas y retrocedió ante el olor de la sangre y los relinchos del otro caballo. La yegua no quería tener nada que ver con la escena que se desarrollaba ante nosotros y huyó entre los árboles que discurrían junto a la orilla del arroyo.

Allí se encabritó de nuevo y esta vez yo no tuve tanta suerte. Caí sobre los árboles jóvenes que bordeaban el Wissahickon mientras ella se derrumbaba hacia atrás, escurriéndose sobre la grava húmeda y luego volcando de costado. Cuando los dos regresamos a la parte llana del sendero, ella giró a la izquierda y huyó del vehículo que se aproximaba en dirección opuesta a nosotros, con las luces estroboscópicas de emergencia amarillas iluminando la superficie brillante del camino de guijarros.

Extraje mi Colt de la funda que llevaba a la espalda y le quité el seguro.

El caballo había arrojado a Diaz a un lado del sendero. Todavía continuaba en el mismo sitio, boca abajo e inmóvil. La automática rectangular seguía también ahí, en el lugar donde la yegua y yo lo habíamos arrollado, totalmente fuera de su alcance, aun tratándose de un hombre de una sola pieza.

Me aproximé con precaución apuntándole con el Colt a la cabeza. Como no se movía

me arrodillé junto a él y coloqué los dedos a lo ancho de la muñeca. Tenía pulso.

Tenía la ropa empapada de haber vadeado el arroyo y llevaba una chaqueta de cuero negra con capucha que estaba chorreando y que debía pesar una tonelada. Volví a dejar su mano en el suelo y me agaché lo bastante como para poder apreciar su cara. Sí, era el hombre menudo que había visto en compañía de Osgood en el club de tiro. Quizá entonces fuera un hombre atractivo, pero había chocado con el suelo como una bola de billar en el tapete y tenía la cabeza torcida bajo la capucha de su chaqueta. El cuero aparecía rasgado a la altura del hombro y estaba sangrando de una herida en el punto donde mi 45 le había pasado rozando, cerca de una venda que llevaba en el cuello, cortesía de Vic.

Abrió los ojos y parpadeó pero no dijo nada cuando me vio observándolo. Mi voz sonó áspera:

–No te muevas.

Sentí que la sangre se me subía a la cabeza y el pulso se me aceleraba cuando una camioneta blanca se detuvo junto a nosotros. En la puerta ponía «Junta del parque Fairmount», pero los dos hombres que bajaron de ella no llevaban rastrillos.

–¿Te encuentras bien? –me quedé mirando fijamente los puntitos rojos–. *Sheriff*, ¿te encuentras bien?

Convertí el escalofrío que me recorría la espina dorsal en un gesto de asentimiento.

–Sí.

Katz miró más allá de donde yo estaba y Gowder se aproximó a Toy Diaz. Tropecé ligeramente cuando me alejé de allí, me detuve y permanecí quieto, respirando y tratando de contener las náuseas que me subían por la garganta. Solo entonces fui consciente de un ruido que se había producido delante de mí y de un alarido que no era humano.

William Ojos Blancos se había zafado de su carga, empujando con la pierna que tenía libre, y después se había arrastrado hasta la cuneta. Estaba cubierto de hojas y lodo. Tenía los ojos muy abiertos e intentaba levantarse apoyándose en el codo, pero, incluso a la distancia a la que yo me encontraba, comprendía que algo no iba bien.

Se derrumbó de espaldas contra el suelo, gimió y me miró mientras los gritos de su caballo continuaban.

Contemplé su cuerpo pálido y blanco a la luz de las farolas que se habían vuelto a encender y me fijé en que ahora todas las pinturas de su cuerpo parecían negras. Avancé y me arrodillé a su lado.

–¿Estás bien?

Él respondió con un hilo de voz.

–No.

Permanecí en silencio y lo sujeté hasta que los de emergencias llegaron a hacerse cargo de la situación.

Retrocedí por el sendero hasta donde el caballo castrado continuaba coceando débilmente. Me arrodillé de nuevo y posé una mano en el cuello del bayo, junto al dibujo que los hombres medicina cheyenes utilizan para simbolizar el viento. El caballo trató de levantar la cabeza pero dejó escapar un jadeo entrecortado y volvió a dejarla donde

estaba. Conté al menos cinco impactos de bala en el cuerpo del pobre animal. Mi padre era herrero y de pequeño me había asegurado que las bestias del campo no sienten el dolor de la misma manera que los humanos. Recuerdo que entonces no lo creí y aún hoy sigo sin hacerlo.

Oí el sonido de los cascos sobre los guijarros del camino, era el caballo de Henry que se aproximaba por detrás de mí al galope y, por el sonido, sabía que había capturado a mi montura. Llegaron más vehículos, añadiendo destellos azules y rojos al amarillo que iluminaba intermitentemente los árboles. Estoy seguro de que si hubiéramos estado a la luz del día habría podido levantar la vista a lo alto del barranco y habría visto al jefe Tedyuscung con la mano en la frente, mirando hacia el oeste, al desastre que había tenido lugar. Un griterío se sumó al sonido de las sirenas. Alguien iba a tener que pagarlo. Así sucede siempre, casi siempre a costa de los inocentes.

Tenía frío y mis piernas casi no aguantaban el peso de mi cuerpo. Los ojos parecía que se negaban a enfocar bien mientras me echaba hacia atrás el sombrero y sentía cómo el agua de lluvia en él atrapada me recorría la espalda. Me miré las manos y vi que me temblaban. Sentí un escalofrío. Volví a dejar caer una mano sobre el cuello del bayo para sujetarlo y, mirándolo al ojo rodeado de un círculo pintado, le hablé con suavidad.

–Tranquilo... Tranquilo, chico.

Sentí un peso en el pecho y, antes de que mis ojos se nublaran por completo, levanté el Colt y abrí fuego.

Epílogo

Habían pasado dos semanas y en mi cabeza seguían resonando los alaridos.

En ese momento me encontraba esparciendo algunas migas de mi *bagel* para Mutt y Jeff, que empezaban a estar algo más orondos que el centenar de compatriotas suyos que había desperdigados por la zona de los puestos de comida ambulante junto al Hospital de la Universidad de Pennsylvania. Supongo que creerían que habían encontrado buenos pastos y que no tenían razón alguna para irse a otra parte. El protector que me había vuelto a colocar Rissman en el dedo iba para largo. Las costillas todavía se quejaban cada vez que inspiraba y todo me dolía un poco aún, pero yo no le hacía ningún caso a las molestias.

—¿Vas a responder a mi pregunta?

Levanté la vista y de nuevo comprobé lo mucho que se parecía a su hija. También pensé que ver mujeres con vestidos veraniegos floreados es algo que me da esperanzas en general y pensé que ella lo sabía, lo cual era más de lo que yo estaba dispuesto a admitir.

—Lo siento.

Lena le dio un sorbo al café que había traído.

—¿Toy Diaz?

—Se le ve un poco desmejorado. Va a someterse a una rehabilitación supervisada en la prisión de Graterford. Promete ser larga, ya que ha dejado de tener amigos en la oficina del fiscal del distrito.

—¿Qué hay de la chica?

—¿Jo Fitzpatrick?

—Sí.

Les lancé más migas a las palomas.

—Desde el punto de vista legal no ha hecho nada malo —extendí la mano y cogí el vaso de café que me había traído. Por fin se había enfriado lo bastante como para beberlo—. Puede que este desastre ya haya castigado a demasiada gente. Cada error que Jo cometió se debió a que se preocupaba por su hija o por otras personas —Lena asintió pero no estoy seguro de que su sentido de la justicia, propio del viejo continente, quedara conforme. Le di un sorbo a mi café mientras ella, Mutt y Jeff me observaban—. No sé —di una palmada sobre la mochila que contenía los deberes que me habían puesto los detectives de la División Norte—. Si Katz y Gowder quieren continuar por ahí. —dejé la frase inconclusa, igual que había dejado la investigación sin terminar.

—He oído que William va a testificar en el juicio.

—Sí. Sucedió tal y como yo sospechaba. Vince Osgood y Toy Diaz dirigían la operación

y, cuando Billy Carlisle se convirtió en un problemilla, Osgood decidió aligerar la operación enchironándolo en Graterford. El comodín con el que no contaban fue la inesperada liberación de William Ojos Blancos. Eso puso en marcha una lucha de poder entre Osgood y Diaz, lo que significaba que uno de los dos tenía que morir –ella me miró por encima del borde de su vaso de café con sus esplendorosos ojos color caramelo–. Diaz necesitaba un soldado y Shankar DuVall encajaba en el papel. El plan de la Academia de Bellas Artes había sido originalmente diseñado para asesinar a Osgood. DuVall no contaba con Gowder y Vic.

–Ni contigo –Lena terminó el café y decidió darle un respiro a las fuerzas del orden–. ¿El indio tiene abducida hoy a mi hija? –Vic había estado recuperándose en casa de Cady mientras yo pasaba casi todo el tiempo en el hospital con mi hija.

–Henry ha mencionado algo sobre la Calle Pine. Han cogido el coche, supongo que se habrán llevado a Perro y habrían ido a ver anticuarios.

Ella asintió pero no pudo resistirse a hacer más preguntas.

–Entonces, ¿su contacto legal era Devon Conliffe y él era el encargado de blanquear el dinero?

Arrojé algunos trozos más de mi *bagel* a las palomas.

–Pero no pudieron con Cady: ella no quiso saber nada.

–Entonces, ¿Diaz le encargó a DuVall que arrojase a Devon por el puente Benjamin Franklin?

–Sí. Como dijo Alphonse, Devon estaba a punto de delatarlos. Cuando Osgood y Diaz descubrieron que su chico era un blandengue, decidieron hacer algo de limpieza. Al menos eso es lo que asegura William Ojos Blancos.

Ella estiró las piernas y las dobló a la altura de los tobillos.

–¿Y cómo lo sabe?

–Estaba allí.

Ella se volvió para mirarme.

–¿William estaba en el puente?

–Sí. Estaba siguiendo a Devon para asegurarse de que no volviera a hacerle daño a Cady –pensé en ello–. No creo que supiera que Diaz le había ordenado a Shankar DuVall que asesinara a Devon pero, cuando se enteró, eso lo obligó a decidir de qué lado estaba.

Ella me observó y yo a mi vez observé a Mutt y a Jeff.

–Entonces, ¿hay alguien en este caso que no se mereciera la muerte?

–Sí –no dije nada más pero me quedé pensando en un gran ojo castaño enmarcado por un círculo pintado.

Lena me soltó el brazo cuando llegamos al puesto del aparcacoches y se puso delante de mí para mirarme. El brillo oscuro de su pelo resplandecía con destellos azulados al sol de la mañana y advertí que su sonrisa tenía el mismo aire lupino que la de Vic. Las mujeres Moretti sonreían como si fueran a devorarte y encima lo fueras a disfrutar.

–¿Cenamos? Conozco un buen sitio de pizzas.

–Apuesto a que sí.

–Tráete a Henry y al Terror. Michael dice que se quedará con Cady.

–Creo que entre esos dos empieza a cocerse algo.

Ella asintió.

–Creo que tienes razón.

Examinó el protector de mi dedo y pasó una uña pintada en rojo valentino por mi carne magullada. Esperé un poco antes de volver a hablar.

–¿Fuiste tú la que abrió la puerta de casa de Cady cuando.? Antes de la inauguración, me refiero –ella ladeó la cabeza y la levantó para mirarme a través de sus pestañas, con la mirada momentáneamente afilada.

–No tengo ni la menor idea de qué estás hablando.

Ella advirtió que el Thunderbird de Henry se detenía junto a nosotros antes que yo, eso explica lo que sucedió a continuación. Se me acercó, se puso de puntillas y me besó suavemente en los labios. Puede que yo me inclinara un poco hacia delante después de que ella lo hiciera, pero inmediatamente me devolvió la mano y pasó caminando junto al descapotable celeste como una pantera floreada.

Vic estudió atentamente a su madre al pasar, el vestido de verano ondeaba provocativamente a la vez que las sandalias entrechocaban con sus talones desnudos.

–Madre...

Lena se detuvo un momento al lado del asiento trasero para rascar a Perro bajo la barbilla.

–Victoria.

Eché a andar y me apoyé contra el marco cromado del parabrisas, mientras todos los machos de las inmediaciones observaban cómo Lena se marchaba caminando por la acera y desaparecía entre la multitud.

Vic me dio un codazo en las costillas, todavía magulladas.

–¿Qué? ¿Interrumpimos algo o qué coño pasa?

Me llevó un rato pensar en algo que decir que fuera inofensivo.

–Pensaba que estabais viendo antigüedades.

Ella arqueó la ceja.

–Parece que tú estabas haciendo lo mismo.

Henry nos interrumpió antes de que la cosa se pusiera más fea.

–Es nuestro último día y todavía no he visto la Campana de la Libertad, tú.

Asentí y bajé la vista para echar un vistazo al brazo de Vic, que continuaba dentro de mi cabestrillo.

–Te advierto que está rajada pero, como la mayoría de las cosas rotas, merece la pena conservarla –ella levantó la vista y me sonrió. Miré de reojo a Henry.

–¿Te marchas mañana por la mañana temprano?

–Sí –se quedó mirando a la fiera–. ¿Estás seguro de que no quieres que me lleve a Perro, tú?

–No, quizá lo necesite y nos hará compañía –estudié los laterales aerodinámicos del Thunderbird, admirando el trabajo del taller del sur de Filadelfia–. Vas a tener que conducir solo todo el camino, ¿estarás bien?

Henry sonrió.

–Sí, pasaré por Chicago para ver a mi hermano.

Me quedé allí parado, atónito.

–¿A Lee?

–Sí.

Sabía que en los últimos quince años solo se habían dirigido la palabra una vez y que no habían pasado de unas frases.

–Creía que no os hablabais.

Él asintió.

–He pensado que ya va siendo hora de que empecemos –pasó un momento–. Dena está en Rapid, así que quizá me pase a verla también a ella.

Continué observándolo, pero no añadió nada más. Yo sentí que unos delgados lazos se abrían paso por las Montañas Rocosas, atravesaban las llanuras y cruzaban los Apalaches para acabar encontrando aquí, en Filadelfia, su objetivo. Me ajusté mejor la mochila sobre el hombro y bajé la vista para mirar a Vic.

–¿Y tú qué?

–Mi vuelo a Billings sale esta tarde. Chuck Frymer irá a recogerme.

–¿Quién?

–Frymer, el ayudante que contrataste para Powder Junction, ¿lo recuerdas? –asentí un de nuevo y los dos me observaron muy atentamente–. ¿Qué quieres que le comunique al condado y a Kyle Straub?

Había tanto que decir y tan pocas palabras para hacerlo...

–Diles que volveré a casa en algún momento.

A ella se le escapó una risotada.

–No les va a gustar cómo suena eso.

Me aclaré la garganta, me apeé del guardabarros de Henry y apoyé dos dedos, incluido el del protector, en el espejo retrovisor.

–Bueno... Diles que soy lento, pero que al final siempre llego.

Ella continuó sonriendo y me rodeó los dedos con los suyos.

–Eso lo sé.

Cady ya no estaba en la UCI, la habían degradado a una habitación en planta, a la misma donde solía estar Vic. Cuando las puertas del ascensor se abrieron me encontré al doctor Rissman, que estaba de pie junto al puesto de enfermeras.

–Los polis han estado aquí, te buscaban otra vez –se ajustó las gafas–. Pero creo que era una visita de cortesía.

Me detuve y me metí las manos en los bolsillos.

–Sabes dónde encontrarme –él miró el suelo, la pared y, finalmente, mi hombro izquierdo. Pensé en lo irritante que me había parecido su conducta cuando lo había conocido y lo tierna que me resultaba ahora. Los pararrayos tampoco te miran nunca a los ojos–. Quiero darte las gracias por todo lo que has hecho.

–No ha sido nada.

–Perdona, pero eso es una chorrada. Además de todo el tema práctico, me has dado esperanzas y se las has dado a ella –por fin, el doctor me miró directamente a los ojos y sonrió.

Michael estaba sentado junto a la cama leyendo en voz alta la sección de deportes del *Philadelphia Inquirer*. Se había reincorporado al servicio y llevaba puesto el uniforme.

–¿Cómo va eso, *sheriff*?

–¿Siguen castigándote con el tercer turno? –tenía los ojos cansados, no le hacía falta responder–. Entonces estás libre para cenar con nosotros esta noche.

Él asintió y dobló el periódico.

–Le he dicho a mamá que me quedaría aquí, pero estará todo el mundo.

–¿Quién es «todo el mundo»?

–Mamá, Al, Tony, Vic Padre, Vic Hijo y Vic el Maldito Terror.

Yo también sentí que me recorría un ligero terror.

–Acabo de verla abajo y me ha dicho que tiene el vuelo esta tarde.

Él asintió y estiró la espalda.

–Entonces supongo que ha encontrado la forma de esca–quearse –se levantó, echó los hombros hacia atrás y se puso la gorra–. Así que estaréis tú y la familia.

–Suena interesante.

Él se echó a reír.

–Siempre lo es –se metió el periódico bajo el brazo y ocultó un bostezo con la mano–. Me marcho a casa a echarme una siesta. ¿Nos vemos aquí sobre las siete?

Diciendo esto, se dio la vuelta para mirar a Cady, le estrechó la mano y se marchó.

Yo me senté en su sillón, lo acerqué un poco a la cama y me cubrí la cara con las manos, solo para verme asaltado de nuevo por los alaridos que reverberaban en mi cabeza como las cuerdas de un piano. Oí las vibraciones, los lazos y la melodía que nos conecta a todos. Pensé en Lee, el hermano de Henry, y en Dena. Pensé en Vic y en su familia. Pensé en Cady.

Extraje su libro del interior de la mochila, mezclado con los informes y las declaraciones que Gowder y Katz decían que tenía que leerme a fondo antes de mi cita con la oficina del fiscal del distrito y el tribunal del distrito quinto. Me incliné hacia delante acodado en mis rodillas con el libro entre las manos. Como tantas otras cosas en mi vida el libro se había estropeado, pero estaba desgastado con cariño, y no hay mejor desgaste que ese. Quizá todos fuéramos como esos coches usados, herramientas rotas, viejas prendas de ropa, discos rayados y libros carcomidos. Quizá la mortalidad no exista, quizá la vida se limite a consumirnos con amor.

Me llevó un rato poder enfocar la vista pero, cuando lo hice, las palabras me resultaron familiares.

–«Érase una vez, hace mucho, mucho tiempo, un rey y una reina...» –sentí que me estrechaban la mano, pero traté de concentrarme en la página–. «...que no tenían hijos».

¿Pa-pá?

Continué leyendo.

–«Un día la reina recibió la visita de un hada madrina...» –mis ojos se nublaron como

siempre y observé que mis lágrimas aterrizaban sobre la página arrugada que tantas veces había humedecido.

Pa-pá.

Tenía la voz débil y Rissman había asegurado que la pronunciación mejoraría. Teníamos por delante un montón de horas de rehabilitación pero, si Cady continuaba mejorando al mismo ritmo que lo había hecho hasta ahora, el neurocirujano afirmaba que podría llevarla conmigo a Wyoming en un mes. Continué leyendo.

—«... que le dijo: "Tendrás una hermosa niña".»

—Pa-pá... Está bien.

Levanté la vista para encontrarme con esa mirada de hermosos ojos grises y con la sonrisa vencedora de la juventud que todo lo puede, con la mirada de una persona mucho más valiente y decidida que yo. A veces consigo acabar todo el cuento.

Aunque la mayoría de las veces no puedo.

Agradecimientos

Un escritor, al igual que un *sheriff*, es la personificación de un grupo de personas y, sin su apoyo, todos estarían en apuros. He tenido la suerte de contar con la bendición de un buen puñado de amigos y compañeros que han hecho que este libro sea posible.

Tengo agradecimientos para toda la pandilla de siempre y para algunos ayudantes que se han apuntado a la fiesta. Gracias a Gail Hochman por arrancar los barrotes de la cárcel. A Kathryn Court, Ali Bothwell Mancini, Clare Ferraro y Sonya Cheuse de Viking/Penguin por ensillar los caballos, a Susan Fain, Joel Katz y Richard Rhoades por cubrirme las espaldas, y también a todos los Troiano por los *spaghetti westerns*.

Agradezco a Mandy Smoker Broaddus que me haya permitido utilizar sus poemas, extraídos del libro *Another Attempt at Rescue* (publicados por Hanging Loose Press) y a Marcus Trueno Rojo y a Henry Oso en Pie les doy las gracias por cortar los cables del telégrafo. Gracias a Eric Boss por ser tan buen vendedor de crecepelo, a Neil McMahon, Bill Fitzhugh y Christopher Moore por la lima escondida en la tarta, a Margaret Coel por el minúsculo revólver Derringer en su ligero y a Tony Hillerman por el perdón del gobernador.

Gracias a Jim Pauley y al departamento de relaciones públicas de la policía de la ciudad de Filadelfia, al centro de traumatología del Hospital de la Universidad de Pennsylvania, a la Ópera de Delaware y a la Ópera de Wilmington, en Delaware. Gracias a la Academia de Bellas Artes de Pennsylvania y a Judy, mi obra maestra favorita.

Créditos

Edición en formato digital: enero de 2014

Título original: *Kindness goes unpunished*

En cubierta: Fotografía de © iStockPhoto/Andrea Gingerich

© 2007 by Craig Johnson. By arrangement with the author.

All rights reserved

© De la traducción, María Porras Sánchez, 2014

© Ediciones Siruela, S. A., 2014

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid

Diseño de cubierta: Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-15937-94-4

Conversión a formato digital: El poeta (edición digital) S. L.

www.siruela.com

Índice

Portadilla	2
Dedicatoria	3
Cita	4
CASTIGO PARA LOS BUENOS	6
Capítulo 1	7
Capítulo 2	22
Capítulo 3	35
Capítulo 4	48
Capítulo 5	63
Capítulo 6	75
Capítulo 7	87
Capítulo 8	100
Capítulo 9	113
Capítulo 10	125
Capítulo 11	137
Capítulo 12	149
Capítulo 13	163
Capítulo 14	175
Capítulo 15	187
Capítulo 16	198
Epílogo	207
Agradecimientos	213
Créditos	214